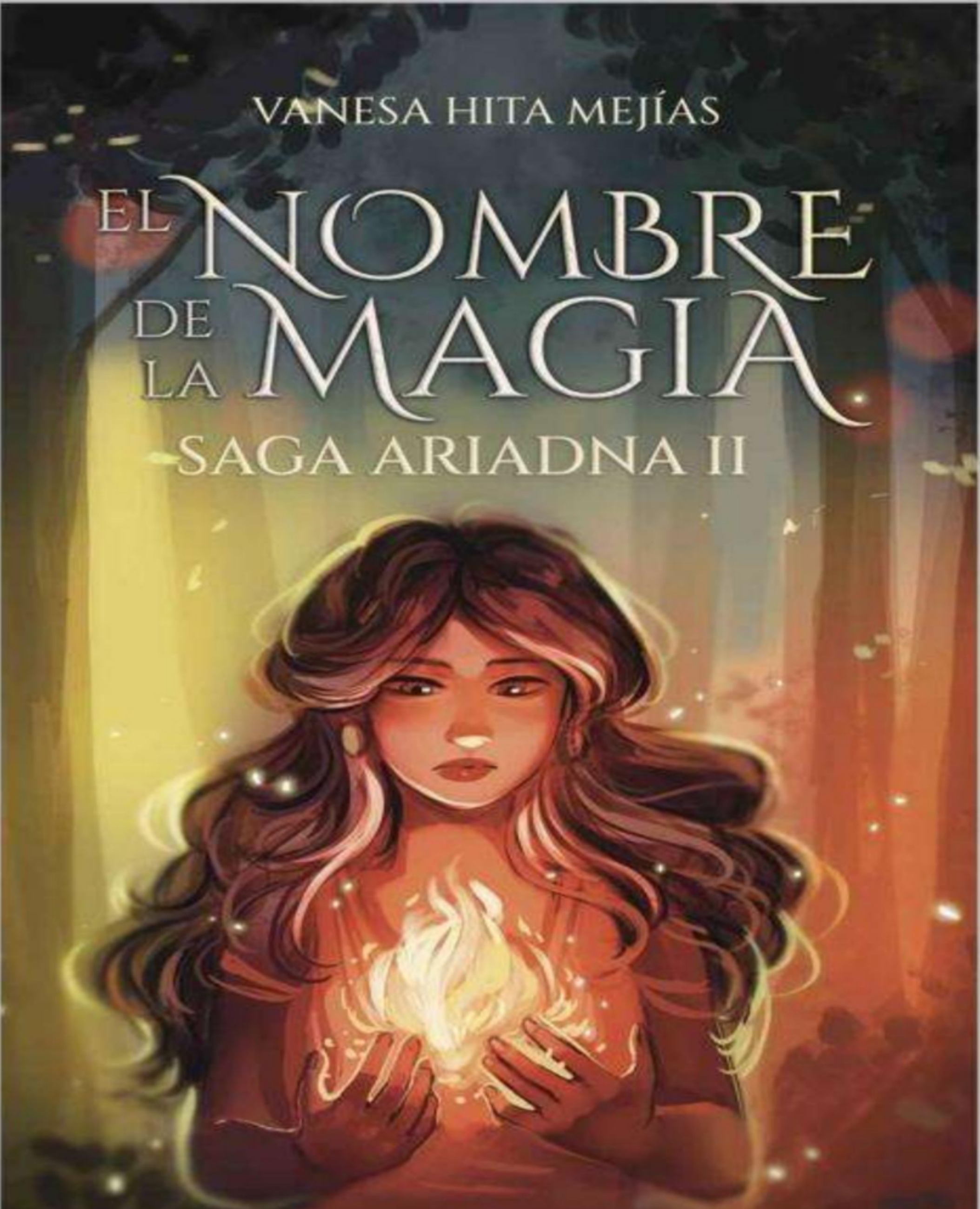
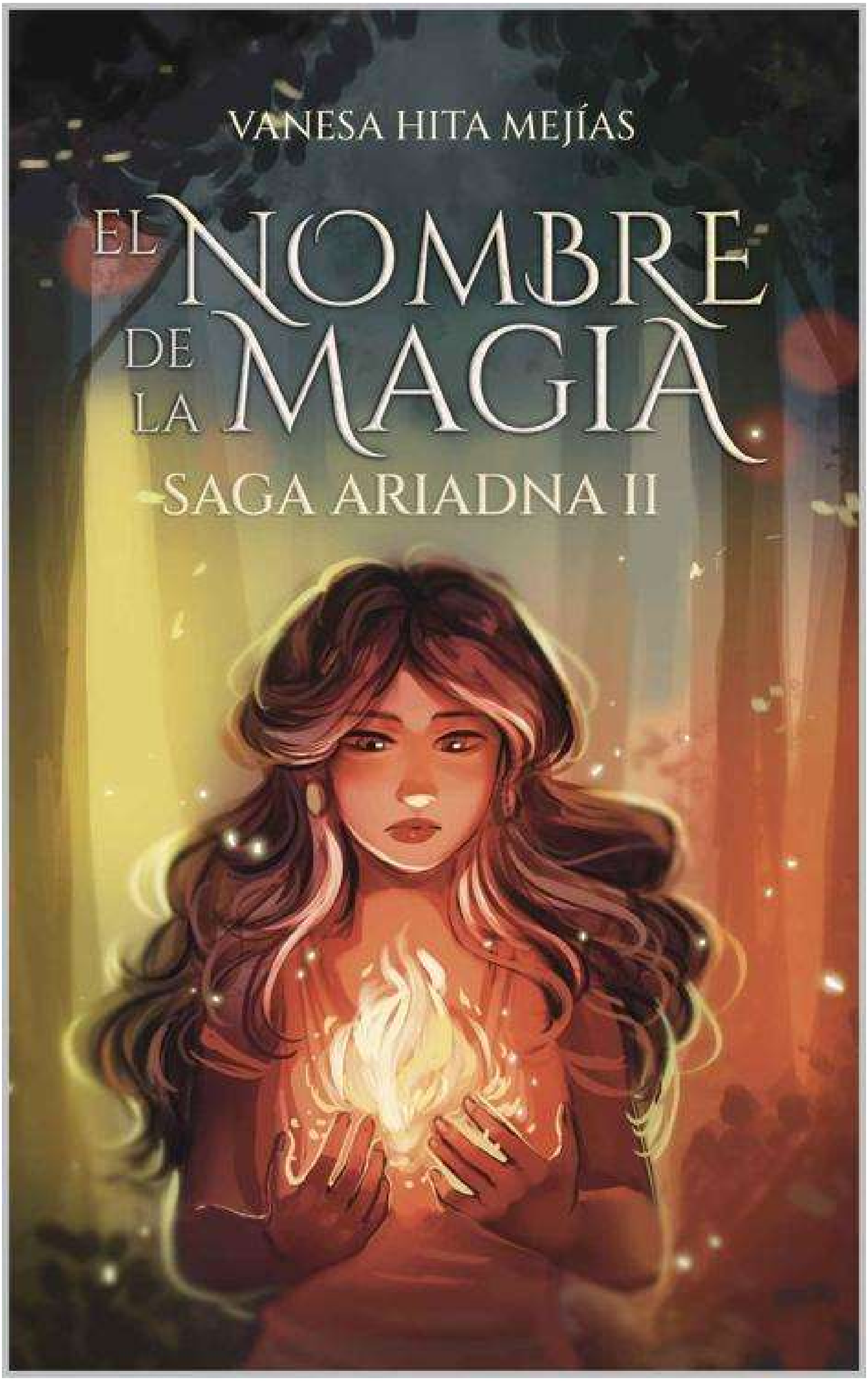

VANESA HITA MEJÍAS
EL NOMBRE DE LA MAGIA
SAGA ARIADNA II


VANESA HITA MEJÍAS
EL NOMBRE DE LA MAGIA
SAGA ARIADNA II

Para Dani,

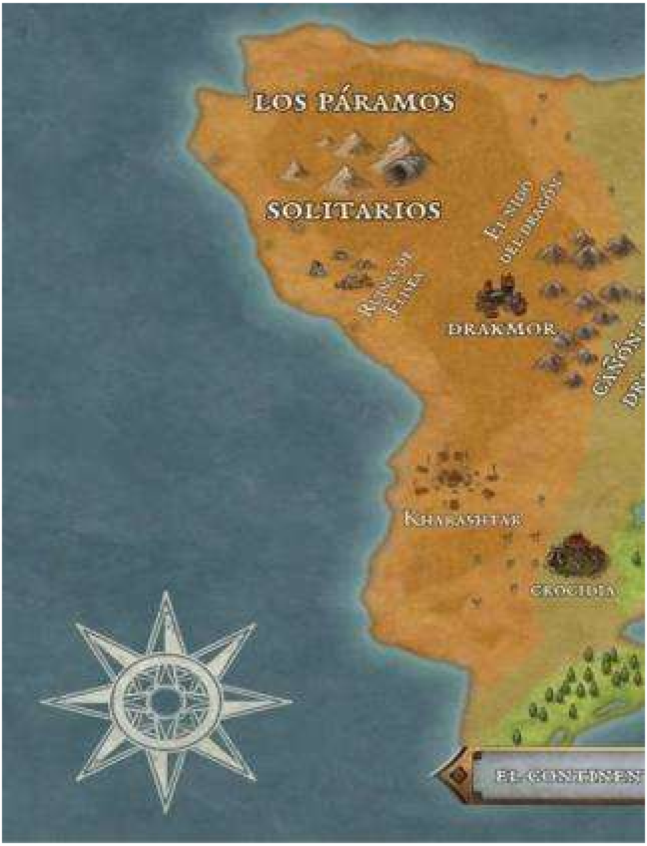
mi faro en los días de tormenta.

Para mi madre,

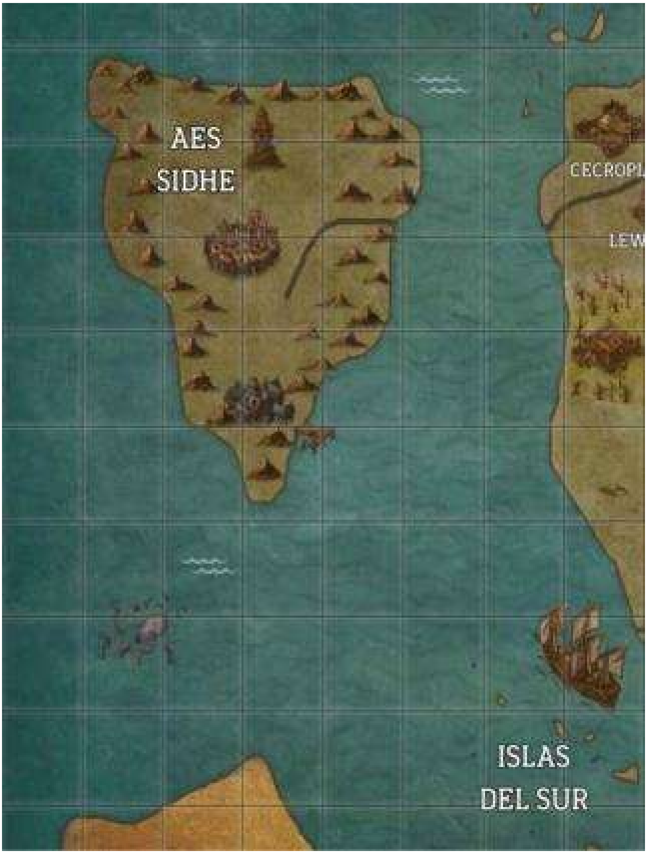
mi guía y mi mayor inspiración.

Y para Juan José,

por estar siempre ahí.


LOS PÁRAMOS
SOLITARIOS
DRAKMOR

PUERTO DE TALASSA
TALASSA, ZONA RICA
TALASSA, ZONA POBRE
AEGIS
DEL SUR


AES
SIDHE
CECROPI
LEW
ISLAS
DEL SUR

RESUMEN DE LA RELIQUIA ENCANTADA,

PRIMERA PARTE

En un reino mágico y sombrío, llamado Irëdia, estalla una gran batalla entre demonios y humanos. Los hombres, a pesar de encontrarse en desventaja, deben enfrentarse a estas malvadas criaturas para defender sus hogares y libertades. Mientras tanto, los pocos que osan hacer frente al rey Baltor, los denominados rebeldes, intentan paliar

los devastadores efectos de la guerra.

Ariadna recibe en legado una extraña reliquia, el espejo de Shaun, que la obligará a emprender un peligroso viaje. Pues el rey Baltor, conocedor del gran poder que ostenta el objeto mágico, intentará hacerse con él a cualquier precio. Al descubrir su paradero, el rey destruye la aldea de Laften, donde vive la muchacha. Por ello, Ariadna, Ciro, Helena y Dafne —dos muchachas, un niño y una elfa— se ven obligados a abandonar sus hogares y a esconder el espejo mágico para que no caiga en las manos del tirano.

Deciden dirigirse al bosque Drajar para encontrarse allí con la reina Hipólita y así descubrir cómo destruir la reliquia. Aunque, para ello, van a tener que superar diversos obstáculos y enemigos, encontrándose con criaturas que jamás habían visto y que pondrán a prueba sus múltiples habilidades.

En el bosque se encuentran con Dante, un soldado que pertenece al reino de Baltor.

No obstante, les ayuda a vencer muchas de las dificultades con las que se topan en su camino. También conocen a Kyra, la princesa amazona e hija de Hipólita, que los guiará hasta llegar a la ciudad de Lewis. Esto es decisivo para desentrañar algunos de los misterios que guarda la reliquia.

Tras acercarse más a su objetivo, descubren que Dante los ha traicionado y ahora temen que el malvado rey esté más cerca de encontrarlos, ya que Dante conocía algunos de sus secretos. Por ello, huyen del bosque para llegar hasta Lewis, lugar donde encuentran a Therion, la persona que les ayudará a desentrañar los secretos del espejo de Shaun. Pues este les desvela la clave para destruir dicho objeto. Juntos se dirigen

hacia la ciudad en la que se oculta el movimiento rebelde para pedirles ayuda en su periplo.

Mientras tanto, Cassandra, la madre de Ariadna, consigue escapar en barco de la aldea de Laften, junto con los heridos, ancianos, mujeres y niños, dejando atrás a todo aquel que pueda combatir, ya que en los navíos no había espacio suficiente para todos ellos. Llegan a las islas del sur y piden ayuda a su gobernante; pero, dada la negativa de éste, deciden, por su cuenta y con la ayuda de Mitril, una elfa esclava, robar una nave lo suficientemente grande y rápido como para rescatar a sus vecinos. Tras conseguirlo, lo que no se esperan al llegar es que la

mayoría ha perecido en combate o bien ha escapado hacia el Bosque Drajar. Por tanto, la prioridad de Cassandra es poner a salvo a su gente; así que, para ello, viajará hasta Brisa, una isla que aún no está en dominio de Baltor.

Demetrio, viejo amigo del difunto padre de Ariadna, Néstor, y Lander, el tío de Ariadna, ayudan al resto de aldeanos que quedan atrás a escapar. Para huir de las tropas de Baltor, se internan en el bosque Drajar, donde consiguen la ayuda de las amazonas. No obstante, los malvados esbirros de Baltor, pensando que la reliquia está allí, atacan Amacenos, la ciudad donde habitan las amazonas. Así que Demetrio y los aldeanos se verán de nuevo obligados a luchar. Entre todos, consiguen derrotar a Adonis y a Dis, dos de los trece demonios más poderosos y seguidores de Baltor. No obstante, se cobran la vida de varios de sus aliados.

RUMBO A MICKA

Con las primeras luces del día, Ariadna, Helena, Dafne, Kyra, Ciro y Therion abandonaron la ciudad de Lewis para proseguir su periplo. No podían perder más tiempo, así que se dispusieron a discutir sobre sus futuros planes mientras preparaban sus caballos para el viaje: —Pasaremos muy cerca de la capital y es muy peligroso, pero no tenemos más remedio que hacerlo si queremos llegar a tiempo —anunció Therion.

—Yo prefiero llegar sana y salva, si no te importa —debatió Kyra, mirándole fijamente a los ojos desafiante y poniendo los brazos en jarras.

—¿Entonces me estás diciendo que prefieres volver sobre tus pasos hacia el bosque susurrante y llegar hasta los rebeldes el año que viene? Se nos acabarían las provisiones para entonces. Además, el camino no es precisamente seguro. Está rodeado de gigantes, elfos oscuros y otros esbirros de Baltor que están deseando pillarnos por sorpresa. Por el contrario, si vamos por donde yo digo, no se esperarán que pasemos tan cerca de la capital. ¡Contamos con el factor sorpresa!

—¡Ya, claro! Y el camino que está más cercano a la capital va a estar desprotegido según tu fantástico plan, ¿no? —expresó ella con sarcasmo—. Habrá más espías de Baltor y nos descubrirán enseguida. Por si no te has dado cuenta, ¡hay carteles de "se busca" en todas partes con los retratos de Ariadna, Helena y Ciro! Dafne es una elfa del bosque, por lo que tampoco pasará desapercibida.

—Dejad ya de discutir los dos, ¿vale? Yo tengo una solución para que no nos reconozcan. Estuve estudiando y practicando nuevos hechizos del libro que me regaló mi padre. Lo he perfeccionado con la ayuda del libro de Hipólita. ¡Y mirad! —Se pasó la mano por la cara y susurró—: emfanis —y de repente, su rostro cambió por completo—.

Dura tan solo unas horas, pero creo que será tiempo suficiente para que no nos descubran. Cuando estemos cerca de Micka, lo usaré. Si nos paran y ven que somos otras personas, nos dejarán proseguir.

—No dejas de sorprenderme. Eres tan astuta como tu padre o incluso puede que más —observó Therion, y Ariadna se puso tan roja como un tomate, le llenaba de orgullo que la comparasen con su padre.

—¿Cómo lo ves ahora, Kyra? —preguntó Dafne.

—No sé, no me fío mucho, pero, teniendo en cuenta la nueva habilidad de Ariadna, no es del todo imposible, pero sigue siendo arriesgado —argumentó Kyra, sin dirigir la mirada a algún sitio en particular.

—Supongo que eso es un sí —concluyó Helena—: el camino que propones, Kyra, es igual de arriesgado e incluso más largo. Ningún lugar de Irëdia es seguro ahora que Baltor tiene tanto poder.

—Mi prima tiene razón —intervino Ciro—. Cuanto antes lleguemos a la ciudad de los rebeldes, mejor. Estoy seguro de que ellos nos proporcionarán la ayuda que necesitamos.

—Pienso igual —corroboró Therion—. Conozco a Dan, es el líder de los rebeldes y exteniente del Ejército de Fos. De hecho, él apreciaba mucho a tu padre; Ariadna, le quería como a un hijo…

—Entonces ya está decidido: pongamos rumbo a Micka y no se hable más del asunto—dijo Ariadna, decidida y segura de sus nuevas habilidades mágicas.

Tras unas horas de viaje, pasaron cerca de una aldea que llamó mucho la atención de Ciro, ya que las casas eran perfectamente circulares y estaban distribuidas de tal manera que entre ellas formaban un círculo casi perfecto. ¿A quién se le habría ocurrido disponerlas de aquella manera tan curiosa? El chico ordenó a Jacky que parase un momento para contemplarlas mejor, bajó de su lomo y exclamó: —¡Mirad! ¡Las casas son completamente redondas y parecen hechas de piedra blanca! Además, están distribuidas de manera que forman también un círculo entre sí, ¿no os parece muy curioso?

—Sí, chico. Esta ciudad se llama Oehin y es conocida como la ciudad pacifista porque en ella solo habitan moenios. Se dice que estos son tan pacíficos que construyeron sus hogares sin ninguna forma puntiaguda, y eso es porque les recuerdan a las armas, que están prohibidas en ese lugar. No nos haría ningún mal entrar a tomar provisiones —comentó Therion, haciendo virar su caballo hacia esa dirección.

—Nunca había oído hablar de ellos. ¿Qué son exactamente los moenios? —preguntó Ciro, poniendo los ojos como platos.

—Verás, son personas con una forma de vida muy diferente a la nuestra. Un estilo muy humilde, en mi opinión, pues no conocen el

término propiedad, sino que todos comparten lo que tienen. Dicho de otro modo, todo es de todos. Solo creen que existe un dios y se dedican día y noche a venerarlo en sus templos. La manera que tienen de venerarlos es a través de la reflexión profunda, la introspección y la concentración mental —le explicó Therion, poniéndose frente a él.

—¿Y a qué dios veneran entonces? ¿A Zeus, padre del Olimpo? —preguntó Ariadna, uniéndose a la conversación, ya que había conseguido captar su atención.

—No, creen en otro dios que nosotros no conocemos. Dicen que todos los dioses del Olimpo son él o algo así. La verdad es que tampoco es que comprenda muy bien su forma de pensar sobre las deidades —respondió Therion sin darle mucha importancia.

—Pff, pero, entonces, si, por ejemplo, no creen en Apolo, ¿cómo pueden explicar el suceso de los días y las noches? O, cuando hay rayos en el cielo, es porque Zeus está enfadado. ¿Cómo aclaran estos acontecimientos?

—No lo sé, Ariadna, tendrás que preguntarles tú misma. La verdad es que no me importa mucho sus creencias y ni siquiera las entiendo del todo como ya te he dicho.

—Por cierto, hay un asunto que me preocupa, ya nos queda poco dinero para comprar provisiones —comentó Dafne, mirando las escasas monedas de su bolsa.

—¡Estáis de suerte! Aquí el dinero no vale nada. Son moenios, acogen a los más desamparados y les dan comida a cambio de nada. No creo que nos den mucho por los tiempos que corren, pero no perdemos nada por intentarlo. Eso sí, hay que entrar desarmados y sin Jacky, ya que les podría resultar una amenaza.

—Le puedo hacer invisible o cambiar su apariencia para que así no nos separemos

—sugirió Ariadna.

—No, no será necesario. Debes reservar tu magia, creo que sería más sensato que fuésemos solo los tres. El resto que se quede aquí con la bestia.

—¡Eh! ¡No llames así a mi Jacky! Más bestia eres tú—exclamó Ciro, consternado.

—Me refería a ti —se burló, guiñándole un ojo y revolviendole el cabello. Ciro se apartó, pues no le gustaba demasiado el contacto físico y menos con personas que apenas conocía—. ¡No te enfades, niño! Necesito a Ariadna para que use su magia y,

¿quién va a ser el tercero?

—Pues yo misma —dijo Helena.

Así que haciendo caso de los consejos de Therion, Helena y Ariadna le siguieron y entraron en Oehin. Tal y como el muchacho les sugirió, Ariadna usó su magia para cambiar el aspecto físico del grupo: Ariadna era ahora una mujer con pelo canoso y corpulenta; Therion, un hombre entrado en años, calvo y más bajito; mientras que Helena era una mujer que aparentaba unos treinta años, de pelo castaño y nariz aguileña. La magia de Ariadna era increíble, ya que no quedaba rastro de sus rasgos, ni siquiera se parecían un ápice. Es más, el hechizo también le permitía modificar la complexión de sus cuerpos e incluso sus voces. Se trataba de una magia sorprendentemente avanzada.

—Cojamos lo que necesitemos y vayámonos rápido de aquí. No sé cuánto tiempo podré aguantar el hechizo; es una magia muy compleja como para mantenerla y no he explorado cuál es mi límite —susurró Ariadna, haciendo un gran esfuerzo por no perder la concentración.

Therion y Helena asintieron y entraron en la aldea. No había muros, ni torres vigías, ni portones, ni soldados, por lo que les resultó muy fácil entrar. No había nada que pudiera defender a Oehin de futuros invasores; allí solo había personas desarmadas.

Algunos estaban sentados con las piernas cruzadas mirando hacia el templo. Éstos parecían sumidos en un profundo trance o sueño. Otros ciudadanos recogían agua del pozo, mientras que otros cuidaban el ganado y los cultivos.

—¿Cómo podrán sobrevivir de este modo? No tienen nada con qué defenderse.

¿Qué pasaría si alguien tratase de invadirles? Lo más extraño de todo es que no hay signos de guerra —comentó Helena, asombrada.

—¿Por qué iba a haberlos? Fíjate bien en los alrededores —expuso Therion, señalando la cordillera—. Todo está bordeado por montañas y la única forma de entrar es por donde hemos pasado. Además, nadie quiere atacar a los moenios; son imparciales y pacíficos. Viven muy

humildemente; mira sus casas, son muy simples. No hay nada especial aquí que robar o saquear.

—¡Qué forma de vivir tan diferente a la nuestra! Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

¿Cogemos lo que necesitemos sin más o qué? —sugirió Ariadna.

—No, voy a hablar primero con un amigo mío. ¡Mirad, ahí está! ¡Eh, Ovadyo! —se dirigió al más joven de los moenios, el cual estaba dando de comer al ganado. El moenio lo miró con el entrecejo fruncido y le contestó: —¿Le conozco? ¿Qué se le ofrece, forastero?

—Cierto, no me reconoces por la magia de la chica. Soy Therion, vengo porque las cosas se han complicado en Lewis.

—¡Ah, Therion! ¿Qué clase de brujería es esta? Reconozco tu forma de expresarte tan peculiar, pero no tu físico. Pero ahora que me fijo mejor puedo notar tu aura; si que eres tú.

—¿Aura? —preguntó Ariadna sin entender.

—¡Oh, esta debe ser la joven maga! El aura es algo que nos rodea a todos y dependiendo del estado de la persona es de un color u otro. ¡Enhorabuena! La tuya es muy especial, sí. Es de color índigo [1] ¡Muchacha, es todo un placer conocerte al fin!

Estaba seguro que vendrías, pero no sabía cuando.

—Esto... ¿Nos conocemos? —preguntó Ariadna, incrédula.

—Ariadna, este es Ovadyo. Es el maestro de los moenios y su Dios le dota de ciertos dones especiales. Él ve a través de las personas; digamos que ve su esencia natural.

Ovadyo, échame una mano, explícaselo tú mejor, por favor.

—A ver, muchacha, como te comentaba antes todas las personas tienen un color a su alrededor que no se ve a simple vista; esto es lo que llamamos aura. Casi nadie conoce esas habilidades. Vuestros disfraces están muy bien para despistar a los espías de Baltor, pero para quien puede ver el aura no os sirven —dijo el moenio sonriente y añadió—: joven, todo el mundo en el reino te conoce; eres la chica más buscada y lo mismo pasa con tus amigos. Sus cabezas tienen un precio muy generoso, pero no temáis; a nosotros no nos mueve el dinero y mucho menos nos interesan los bienes materiales como

podéis apreciar por nuestra forma de vida.

—Lo sé, Ovadyo, por eso confío en ti y venimos a pedirte que nos... —se dispuso a decir Therion, pero el maestro moenio le interrumpió—: sí, que os ayude y os de comida para el viaje. Pero me temo que no podemos daros mucho. Las arpías de las montañas han vuelto a atacar nuestras cosechas y nos están dejando sin comida para

nosotros. Y, por si fuera poco, el ejército de Baltor nos exige alimentos cada mes para que podamos conservar nuestras vidas. ¿Qué podíamos hacer nosotros contra ellos? Es imposible negarse y mucho menos hacerles frentes.

—¡Son despreciables! —exclamó Ariadna—. ¿Cómo pueden haceros eso? En lugar de ayudaros…

—El ser humano es una plaga que arrasa con todo y siempre quiere más.

—Cierto, pero si te ayudamos a acabar con esas arpías, ¿podrías darnos algo de comida? —preguntó Therion, y Ovadyo asintió en respuesta.

—Por cierto, ¿cómo va lo de la maldición de Lewis? —preguntó el moenio a Therion.

Éste hizo una mueca triste y le contestó—: Lo tenemos más o menos controlado.

—¿Maldición? —preguntó Helena, quien no daba crédito a lo que estaba escuchando pues habían estado allí y no habían escuchado nada sobre ninguna maldición.

—¡Es verdad! Se me olvidó explicároslo, en realidad no quería preocuparos. El motivo por el que no se puede salir de noche en la ciudad de Lewis es que existe en ella una maldición. Cuando el sol se esconde, los aldeanos se convierten en hombres lobo.

Las noches de luna llena son aún peores, pues se ponen más violentos. Ese es otro motivo por el que no hay mujeres. Todo empezó cuando nos opusimos a Baltor: él se llevó a todas las mujeres y al resto los maldijo.

—Debe de ser extremadamente poderoso para maldecir a una ciudad entera —

razonó Ariadna, con la boca entreabierta—. Ahora todo encaja. Por eso Ciro dijo que vio una bestia a través de la ventana. Seguramente sería uno de los ciudadanos convertido en hombre lobo.

—Es una auténtica desgracia, pues hasta afecta a los niños del orfanato. Yo lo que hacía era encerrarlos con llave para que no se lastimaran. Es uno de los motivos por los que viajo con vosotros. Me temo que la única forma de destruir la maldición es derrotar a Baltor o al menos eso creo yo, no pierdo nada por intentarlo. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—No te preocupes, Therion, estoy segura de que lo conseguiremos cueste lo que cueste, Puedes contar con ello —trató de consolarlo Ariadna.

—Baltor se está ganando enemigos por todas partes. Es cuestión de tiempo que su reinado caiga. Lo malo es que todos le temen y con toda la razón —argumentó Ovadyo.

—¡Es lógico! Tiene demasiado poder, pero alguien ha de pararle los pies. No puede hacer lo que se le antoje con las personas. Todos somos iguales y tenemos derechos; no puede venir y pisotearlos sin sufrir las consecuencias —manifestó Ariadna sin disimular su rabia.

—Me gusta tu forma de pensar, Ariadna. Eres una muchacha un tanto peculiar. Sé que estás destinada a grandes cosas. Aun así, estás muy lejos de alcanzar tu verdadero potencial. He visto en las estrellas que lograrás convertirte en alguien muy fuerte, tanto que tus enemigos te temerán. Para conseguirlo, vas a hacer sacrificios —sentenció Ovadyo con un tono místico, pero estaba abstraído. Daba la sensación de que estuviese hablando para sí mismo, pero en voz alta.

Ariadna no entendió entonces lo que quiso decir, pero tampoco osó cuestionarle algo que decía con tanta vehemencia. Así que ella reaccionó como si no lo hubiese escuchado y cambió de tema de repente: —¿Qué podemos hacer para ayudar a tu gente con las arpías, Ovadyo?

—¡Me alegra que lo preguntes! —exclamó Ovadyo, saliendo de repente de su ensimismamiento—. Veréis, el nido de estos seres está en la cima de la más alta de las montañas. Para llegar podéis usar la cueva que está al pie de la cordillera montañosa.

No tiene pérdida: si seguís el cauce del río, llegaréis, pero el lugar está plagado de espectros. Seres que se alimentan de vuestras emociones más positivas. Y, aunque no os pueden hacer ningún daño físico,

pueden jugar con vuestras mentes de una forma muy cruel. Pueden hacer incluso que os tiréis de la montaña o que desconfiéis los unos de los otros. Por ello, los que entréis debéis estar muy serenos para que no os afecte tanto. Yo me comprometo a acompañaros por si me necesitáis.

—Vale, pensaremos primero en quienes estamos en las mejores condiciones para ir.

Y volveremos aquí para buscarte —le aseguró Therion.

—Muy bien, pero no os demoréis demasiado. Los espectros tienen mayor influencia de noche, por lo que pueden resultar un gran inconveniente.

Se apartaron un momento de la aldea para pensar entre los tres quiénes eran los más adecuados para llevar a cabo aquella peligrosa misión.

—Ciro se quedará con Jacky; no quiero que les pase nada. Por cierto, Kyra está últimamente con unos cambios de humor muy fuertes. Creo que no conviene que nos acompañe porque podría echarlo todo a perder —empezó a decir Ariadna.

—Tienes toda la razón, aunque creo que lo que le molesta es mi presencia. Ya sabes cómo son estas amazonas con respecto a los hombres…

—No digas tonterías, Therion, estoy segura de que esa no es la razón. Kyra está lejos de su hogar; es normal que esté así, pero concuerdo con vosotros en que no debería venir. Por el contrario, Dafne es muy serena, casi nada le afecta, siempre mantiene la cabeza fría —comentó Helena.

—De acuerdo, si queremos acabar con las arpías, tendremos que llevar a la mayor parte del grupo. Yo creo que, exceptuando a los que ha mencionado Ariadna, deberíamos ir todos —sugirió Therion.

—Bien, entonces vamos nosotros tres, Dafne y Ovadyo. Eso sí, necesitaremos armas

—expuso Helena.

—Sí, se lo comunicaré a Ovadyo y le avisaré para que venga con nosotros. Vosotras avisad a Dafne y traed las armas. No se puede entrar a la aldea con armas, así que nos veremos en la puerta de la

aldea, ¿vale? —dijo Therion.

—Está bien, en diez minutos nos vemos allí —concretó Ariadna.

Ariadna y Helena volvieron con los demás y les explicaron por lo que estaban pasando los habitantes de Ohein. También le pidieron a Dafne que les acompañara, cogieron las armas y se dispusieron a encontrarse con Therion, pero Kyra les retuvo.

Ella insistió en que ella también debía ir, pero Ariadna la convenció diciéndole: —Kyra, ya sabes que confío mucho en ti y sé que eres capaz de ayudarnos, pero necesito que, por favor, protejas a Ciro. Sé que tú lo harás porque todo este tiempo nos has protegido.

Además, estoy segura que estaremos bien, ya verás que estaremos de vuelta mucho antes de lo que crees.

—Pero… yo también quiero ir —intervino Ciro con los ojos vidriosos. Había estado escuchando toda la conversación a hurtadillas—. Hermana, yo ya no soy una carga.

Puedo pelear. ¿Cuándo vas a verlo?

—Lo sé, sé que eres capaz de grandes cosas, pero debes entender que necesito que alguien se quede cuidando a Jacky y a los caballos.

—¿Y por qué siempre tengo que ser yo? ¿Por qué siempre dejáis que me quede al margen de todo?

—Ciro, esto ya lo hemos discutido muchísimas veces, eres el más pequeño del grupo… —empezó a decir Ariadna a modo de excusa, pero éste le cortó.

—¡Ya no soy un niño! Dejé de serlo desde el momento en que Baltor decidió atacar nuestro hogar y yo también quiero hacer algo para detenerlo, pero si siempre me dejáis fuera… ¿cómo os voy a demostrar de lo que soy capaz?

La respuesta de Ciro cogió a Ariadna por sorpresa, pero ella siguió manteniendo su postura firme: —Ya lo sé, Ciro. Sé perfectamente cómo te sientes.

—¿Y qué sabrás tú acerca de como me siento? Tú tienes tu magia, pero ¿qué tengo yo? Soy un mago nefasto, no consigo más que hacer unas pequeñas chispas. Tú, a mi edad, ya sabías conjurar hechizos mayores. Para colmo, tampoco es que sea un buen combatiente; yo no

tengo nada, soy un completo inútil atrapado en este cuerpo enclenque.

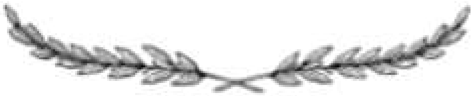
—¡Ya basta de tonterías! —Ariadna le abofeteó la cara; a Ciro se le escapó una lágrima y se marchó corriendo sin dirigirse a ningún lugar en concreto.

—¡Espera, Ciro! —intentó detenerlo ella en vano.

—De verdad, Ariadna, no serias capaz de controlar tu temperamento ni aunque lo intentases de verdad. ¿Qué necesidad había de usar la violencia?—le dijo Helena con frialdad y se marchó tras Ciro para consolarlo.

—Iremos nosotras dos, entonces, Dafne. Kyra, tú quédate y cuida a Jacky y a los caballos, te lo ruego —le pidió Ariadna.

—Claro, no te preocupes, yo me encargo. ¡Marchaos, ya!



NAUFRAGIO

Las nubes estaban cargadas de un gris oscuro, presagiando el comienzo de una tormenta inminente. El cielo estaba tan enfurecido que rugía; unos cuantos rayos cayeron muy cerca del navío. Las violentas olas hacían tambalear la nave y la madera crujía, amenazando con romperse. El capitán Auriga intentaba estabilizar el barco para que esta no se fuese a pique. Sus hombres obedecían sus órdenes, y cuando por fin amainó la tormenta, pudieron guarecerse en una pequeña isla desconocida. Los víveres y el agua potable ya eran muy escasos. Llevaban más de dos semanas en el mar, a pesar de que su destino, Brisa, no les debería haber tomado más de una semana. Pasaron varios días perdidos en alta mar y no sabían qué rumbo coger, pues las tormentas les habían llevado hasta aquel recóndito trozo de tierra.

—Nos detendremos aquí hasta poder volver a fijar la ruta. Aprovecharemos para venerar al dios Poseidón y también a Zeus, pues creo que por alguna razón están enfadados con nosotros. ¿Por qué motivo, si no, nos habrían hecho alejarnos tanto de nuestro destino?

—¡Tonterías! Deberíamos partir lo antes posible. Cuanto más tiempo pasa, más posibilidades hay de que nuestros familiares estén en peligro —objetó Cassandra.

—¡Qué pena que el que da las órdenes aquí soy yo!

—También podemos irnos en el barco de Andrius —le contrarió Cassamdra.

—Claro, y con esa cochambrosa nave, ¿creéis que llegaréis muy lejos?

—Hasta ahora nos lo hemos apañado muy bien —protestó Cassandra.

—Eso es porque yo estoy al mando —dijo Auriga con prepotencia.

—Permitid que discrepe en eso.

—¡Ya basta, Cassandra! En estas condiciones debemos parar, a no ser que quieras matar a todos los que están enfermos y heridos —le espetó Andreus, cruzando los brazos.

—Según Asclepio, ya están mucho mejor —informó Cassandra.

—Sí, pero ¿cuántos se nos han ido por el camino? Cassandra, necesitan un lugar donde reponerse. Ya hace dos semanas que partimos de la isla Fedora. La comida y el agua escasean; no estábamos preparados para estar tanto tiempo en el mar —

argumentó Andreus.

—Así es, de todas formas, estáis en mi barca y yo doy las órdenes.

Nadie más objetó su decisión y, a pesar de que la tormenta amainó, decidieron detenerse para recoger provisiones e intentar averiguar en qué parte del mar se encontraban, para así poder trazar una ruta segura hacia Brisa. De paso, también aprovecharían la oportunidad para realizar algún sacrificio en nombre de Poseidón, el dios del mar, y de Zeus, el padre de los dioses y de los hombres, con la esperanza de calmar su cólera y recibir su favor divino en el viaje.

Mientras tanto, Selene estaba sentada junto a la orilla, agarrando con fuerza la figurilla de barro que le había regalado su hermana Helena. La niña miraba al horizonte con una expresión ausente; estaba tan concentrada que ni siquiera escuchó los pasos que se acercaban. Hésper se sentó a su lado y la abrazó con fuerza, lo que hizo que Selene saliera de su ensimismamiento. Aun así, la niña no se movió ni devolvió el abrazo a su madre, sino que siguió contemplando ensimismada el cielo. Hésper, que no soportaba tanto silencio, le dijo con una voz muy dulce:

—Cariño, ¿qué haces aquí tan sola? ¿Por qué no vas a jugar con tus amigos?

—No me apetece, mamá —contestó Selene sin mirarla.

—Cariño, ¿te pasa algo? Si es así, no es bueno guardárselo para uno mismo.

Selene se fijó ahora en su madre, como si se hubiese dado cuanta en ese momento de su presencia y suspiró:

—Yo… echo de menos a papá, a mi hermana… No quiero que estemos separados.

Nunca nos hemos separado —logró decir con la voz quebrada, mientras un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos. Selene se agarró con fuerza a su madre, vertiendo todas

las lágrimas que se había guardado todos estos días sobre ella. Intentaba permanecer firme, pero no podía seguir con esa falsa.

—Ya lo sé, cariño. Tranquila, estoy segura de que pronto los veremos de nuevo… —

la arropó en sus brazos hasta que cayó en un profundo sueño.

Instalaron un pequeño y rudimentario campamento cerca de la playa y aprovecharon los recursos de aquella isla para llenar sus sacos. Asclepio apenas pasaba por allí, pues la mayor parte del tiempo se encontraba en el navío, atendiendo a aquellos heridos que se hallaban tan graves que no podían ser trasladados a la playa. Lo peor de todo era el hedor que desprendían algunas de las heridas, ya que sin duda se habían infectado. El curandero temía que murieran pronto, a causa de las fuertes fiebres. Asclepio presionaba a Andrius y a Auriga para partir cuanto antes, ya que los heridos necesitaban un sanador más experimentado que él y un lugar más adecuado para no empeorar. Muchos ya habían perecido y algunos presentaban fiebres tan altas que comenzaban a delirar, pero Asclepio mantenía la esperanza de que el resto pudiera recuperarse. Sin embargo, si la situación continuaba así, al final caerían todos. Sus conocimientos en medicina eran extensos, pero esto escapaba del todo a sus habilidades. Pues eran tantos enfermos, y el estaba tan agotado que no podía hacer más.

Mientras tanto, Auriga y Andrius trabajaban codo a codo para trazar una ruta rápida hacia Brisa, aunque ya sabían exactamente dónde se encontraban y solo se habían desviado un poco más de lo esperado. Por lo tanto, no debería resultarles muy complicado llegar si el tiempo les era favorable. El viento había sido el culpable de su desvío hacia aquella remota isla desconocida, aunque los más supersticiosos creían que había sido Poseidón, el dios de los mares y océanos, quien los había llevado allí. Fuese por el motivo que fuere, decidieron sacrificar dos caballos de los que habían tomado en Fedora para apaciguar al dios y asegurarse un viaje con el viento y las corrientes marinas de su parte.

Los marineros y aldeanos que se encontraban sanos, incluidos los niños, aprovecharon para conseguir provisiones. Algunos pusieron en práctica sus habilidades pesqueras y otros sus dotes recolectoras.

Tuvieron la suerte de que en esa isla había

suficientes recursos vegetales y grandes bancos de peces, pero lo que sí escaseaba eran los mamíferos. Algo que parecía extraño, ya que, al ser un terreno tan rico en vegetales y frutas, lo lógico sería que hubiese muchos de ellos.

Por todo ello, un equipo de cazadores tuvo que alejarse mucho más de la playa e internarse en la isla en busca de sus presas. Muy pronto se toparon con la razón de tanta escasez animal: una criatura de más de quince pies de altura, con un enorme y único ojo en lo que podría describirse como su cabeza.

—¡Cíclopes! —gritaron los cazadores mientras huían despavoridos a ocultarse.

Los cíclopes no eran muy ágiles, pero cuando se trataba de comida, eran los primeros en atraparla. Así, muchos de esos hombres cayeron en sus fauces. Otros, más afortunados, lograron escapar y, al llegar a la playa, algunos ni siquiera eran capaces de articular palabra debido al horror que acababan de presenciar.

—¡E-enormes bestias! ¡T-te-tenemos que huir! —consiguió decir uno de los marineros, a trompicones.

—¿Qué dices? ¿Has perdido la cordura? —Auriga no podía creer lo que le estaba diciendo.

—¡Cíclopes! —logró gritar otro cuando recobró el aliento.

Esa advertencia fue suficiente para que cundiera el pánico y todos subieran a las naves atropelladamente. Auriga intentó restablecer el orden en vano; ya era demasiado tarde, sus sospechas habían sido confirmadas. A lo lejos, el suelo retumbaba y se podía apreciar una figura colosal. Auriga no daba crédito a lo que veían sus ojos: una enorme criatura con un solo ojo se acercaba a pasos alarmantes.

Auriga, cuyos pies se habían clavado en el suelo, no podía moverse, presa del terror.

Cassandra pasó a su lado y le hizo recobrar la razón, zarandeándolo. Ambos se dirigieron con paso apremiante hacia uno de los barcos. Tan pronto como se recompuso de la carrera, Auriga comenzó a dar órdenes para zarpar. Lo lograron antes de que los cíclopes llegaran a la playa. Suspiraron aliviados; parecía que lo habían conseguido, aunque a duras penas. Cassandra miró hacia la isla para contemplar

una vez más a aquellas criaturas, como si necesitara verlas de nuevo para poder creerlo. Se horrorizó en cuanto las vio, pues uno de ellos lanzó una enorme piedra que estuvo a punto de impactar en la popa de la nave. Auriga también se percató de ello y apremió a los remeros para que el navío ganara velocidad. Otra roca estuvo a poco de colisionar con

ellos; afortunadamente, lograron virar a tiempo. Remaron lo más rápido que le permitieron sus fuerzas hasta que quedaron lo suficientemente lejos de la isla.

Siguieron navegando hacia la nueva ruta que Auriga y Andrius trazaron para llegar a Brisa. Afortunadamente, el viento les era favorable; aun así, tuvieron cuidado, ya que sabían lo que esas aguas aguardaban. En más de un relato de los marineros que se atrevían a navegar por allí, se contaba que muchos navíos quedaban atrapados en una isla llamada Sirenia. Andrius sabía que no tenían más remedio que pasar cerca de la isla si querían llegar a Brisa. No obstante, contaba con esa posibilidad, por lo que tomó medidas: ordenó a sus hombres que se taparan los oídos hasta que pasaran por aquella zona y trasladó toda la información al otro barco mediante un mensaje con ave para que Auriga también estuviese avisado.

La razón por la que todos se tenían que cubrir los oídos era que, según las leyendas, el canto de las sirenas provocaba la ruina de los navegantes. Sin embargo, si no escuchaban sus voces, no pasaría nada. Muchos fueron los marineros que, sintiéndose atraídos por la llamada de las sirenas, encallaron sus naves en la isla, quedando atrapados. Las sirenas, deseosas de atrapar a los humanos en una trampa mortal de sal, los guiaban hasta las rocas para destruir sus naves y así impedir que pudiesen regresar.

Al acercarse a la zona próxima a las sirenas, éstas comenzaron su canto. No obstante, el plan de Andrius surtió efecto, ya que ninguno de sus compañeros sufrió daño alguno, debido a que no podían escuchar nada. Cuando apenas se distinguía ya la isla Sirenia, todos dejaron de cubrirse los oídos y continuaron su viaje.

LA GRUTA DE LAS ARPÍAS

Ovadyo, Therion, Ariadna y Dafne ascendían por el paso de las montañas que conducía a la cima, donde anidaban las arpías que estaban destruyendo las cosechas de Ohein. Serían los primeros en mucho tiempo en poner los pies en ese sitio, pues nadie tenía la valentía suficiente como para acercarse siquiera allí. Sobre el paso de la montaña recaían un montón de supersticiones de mal agüero, por lo

que los aldeanos evitaban acercarse. Los pocos que se atrevían a aproximarse demasiado aseguraban que se podían escuchar lamentos de mujeres e incluso que veían siluetas fantasmales. A esta amenaza se sumaba la llegada de las arpías a la zona, que habían construido sus nidos en la cima de las montañas; ahora, más que nunca, nadie se atrevía a pisar aquellas tierras.

Dafne y Ariadna iban en la retaguardia, observando todo a su alrededor y en alerta; Therion, el cual sujetaba una antorcha, estaba justo delante de ellas. En cabeza, Ovadyo, los guiaba entre los laberínticos pasadizos.

—Parece que conoces a la perfección estos túneles —observó el perspicaz Therion.

—No es así; me guío por las señales que mi pueblo grabó en las paredes. Si os fijáis un poco, hay unos surcos, ya un poco desgastados, pero aún se aprecian.

—Tienes razón —dijo Ariadna, acercándose un poco más a una de las paredes y tocando una de las señales que estaban grabadas—. ¡Ugh! ¡Qué asco! —exclamó, sacudiéndose la telaraña que le quedó pegada en la mano.

—Desde luego, hace mucho tiempo que nadie pasa por aquí. Las telarañas se han apoderado de este lugar —comentó Dafne.

—Sigamos, por favor, y a ser posible sin tocar nada ni hacer ruido. A esta hora, las arpías deberían estar dormidas, y es el mejor momento para atacarlas. Pero si nos escuchan, todos los esfuerzos que estamos haciendo serán en vano —dijo Ovadyo, mirando torvamente a Ariadna.

—¡Uf! Lo siento, soy un poco patosa —le respondió ella, rascándose instintivamente la nuca.

—¡Shhh! —chistó Dafne, llevándose el dedo índice a la boca, y susurró—: he escuchado algo…

Todos la obedecieron y guardaron silencio, incluso temieron respirar. Sin embargo, no se escuchaba absolutamente nada. Dafne, no obstante, permanecía muy alerta.

—Parece que ya ha pasado, pero por un momento me ha parecido escuchar un sonido de garras arrastrándose por las paredes —indicó Dafne.

—Yo no he escuchado nada —añadió Therion en un tono de voz muy suave, casi inaudible, como temiendo que algo les estuviese asechando y se les echase encima en cualquier momento.

—Estemos alerta igualmente y avancemos con el mayor sigilo posible —sugirió Ovadyo.

Continuaron por los pasadizos repletos de polvo y suciedad. A veces, sus sentidos les traicionaban, pues de vez en cuando les parecía ver sombras que no eran las suyas moverse en la pared rocosa de la cueva. Conforme ascendían y se acercaban más a la cima, debían proceder con mayor cuidado para no pisar cráneos y huesos pertenecientes probablemente a las numerosas víctimas de las arpías.

Al fin vieron la luz filtrándose por un hueco del pasadizo y salieron de aquel espantoso lugar repleto de muerte, un lugar tan terrorífico que parecía salido de sus peores pesadillas.

Cuando se aventuraron por la apertura, tuvieron que taparse los ojos para no cegarse con el sol. Al dar un paso, se escuchó un fuerte "¡clack!". Ariadna miró al suelo y comprobó lo que ya se temía: el suelo de esa zona también estaba cubierto de cráneos humanos. ¿A cuántos inocentes habrían asesinado? Ariadna ahogó un grito de horror con la mano, solo esperaba que las arpías no les hubiesen oído. De repente, Dafne, la cual tenía unos reflejos envidiables, la apartó hacia un lado para evitar que una arpía la arañase con sus zarpas.

Therion desenfundó su arma y se precipitó hacia la criatura, decidido a acabar con ese engendro. Cientos de seres con patas y alas de halcón, pero con torso y cabeza de mujer, se lanzaron hacia ellos. Algunas mostraban temibles colmillos en sus fauces; otras tenían un aspecto más hermoso. Había demasiadas, más de las que podían haber esperado. Vivían entre excrementos, huesos y nidos gigantes de pájaros. No esperaban para nada encontrarse con una civilización entera de arpías, pues incluso había niñas.

—¡Estamos muertos! No debimos subir aquí —exclamó Therion, dejando su arma en el suelo tras verse rodeados de aquellos seres.

Las arpías los circundaron, sin dejarles ningún medio de escapar. De pronto, estos seres se apartaron para dar paso a la arpía más hermosa que jamás habían visto: tenía alas blancas como la nieve, al igual que su piel. Su pecho quedaba totalmente al descubierto. El cabello de la arpía brillaba como el oro, y sus labios eran dos enormes fresas. Era extremadamente hermosa, más que cualquier mujer que hubieran

visto antes. Sus alas y patas de halcón no la afeaban, sino que le conferían una apariencia exótica. Para sorpresa del grupo, la mujer habló: —Me llamo Nicótoe y tienes razón, no debisteis venir hasta aquí. Ahora no tendremos más remedio que mataros para que otros humanos no intenten lo mismo.

—¡Ignorábamos, oh, bella Nicótoe!, que conocierais nuestro idioma. De haberlo sabido, habríamos intentado conversar con vosotras antes —intervino Ovadyo, intentando aplacar la ira de la arpía.

—Tus cumplidos no te servirán de mucho —espetó ella, fulminándolo con la mirada—. La arpía intentó atacarle con sus garras de halcón, pero se detuvo en seco cuando vio surgir una llama de fuego de la mano de Ariadna.

—¿A qué esto no te lo esperabas, hermosa Nicótoe? —le preguntó Ariadna en tono de burla, amenazando a la mujer con la bola de fuego en su mano—. Puedo crear muchas más y, en un santiamén, prender fuego a todo este estercolero que tienes por hogar.

Incluso Dafne miraba con terror la expresión de Ariadna. ¿Cómo podía haber cambiado tanto? Antes jamás la habría visto capaz de tanta crueldad… Hasta había niñas arpías allí, temblando de miedo.

—¡No será necesario! Por favor, apaga eso. Nos estás asustando a todos —le rogó otra arpía, ya que Nicótoe no podía ni moverse. Tenía los ojos clavados en las llamas, como si estuviera hipnotizada.

—Está bien, pero si intentáis ponernos un dedo encima, todo lo que conocéis se convertirá en cenizas —amenazó Ariadna.

—Por favor, no nos hagáis daño. ¿No veis que tenemos a niños inocentes aquí? —

suplicó Nicótoe con una voz extremadamente suave, que parecía no pertenecerle.

—Claro, eso díselo a los cadáveres de humanos que tenéis bajo vuestros pies —

respondió Ariadna, llena de ira.

—¿Qué serías capaz de hacer por proteger a tu familia? —preguntó Nicótoe, pero Ariadna no le contestó—. ¿Ves? Al final, somos iguales… Haríamos lo que fuese necesario por sobrevivir.

—¡Vosotras fuisteis las que primero vinisteis a estropear nuestras cosechas y robarnos! —exclamó Ovadyo, que por fin dejó de mirar los pechos de Nicótoe como si le fuera la vida en ello.

—¡Eso no es así! Los humanos destruyeron nuestro hogar y tuvimos que anidar aquí

—argumentó la arpía que antes le había pedido a Ariadna que apagara el fuego.

—¡Déjalo, Ocípete! ¿No ves que es inútil hablar con ellos?

—Mirad, estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos —sugirió Therion.

—No tenemos más opciones, ya que venís con una portadora de la llama —razonó Ocípete con cara de pocos amigos.

—¿Una qué? —preguntó Ariadna, sin saber si ofenderse o no.

—Lo que tú eres, una maga de fuego, y a nosotras ese elemento nos aterra…

Ariadna se reservó el hecho de que en realidad ella era capaz de conjurar distintos tipos de magia, porque no creyó oportuno compartirlo. Las arpías ya estaban lo suficientemente aterradas como para que las asustasen más.

—¿Y si os dejamos vivir aquí en paz a cambio de que no volváis a arrasar nuestras cosechas?

—¿Eso es una amenaza? Nosotras también necesitamos comer.

—Ya, pero eso no es culpa nuestra —manifestó Therion.

—No le hagáis caso. Yo soy quien habla por mi pueblo y creo que lo más sensato es llegar a un acuerdo. Nos comprometemos a traeros algo de comida todas las semanas, pero, por favor, no arraséis así nuestras cosechas... O nos quedaremos sin alimentos todos —intervino Ovadyo.

—Está bien. Lo dejaremos así, pero si no cumplís, tendremos que conseguir comida de otro modo. No sé si me entiendes... —dijo Ocípete, mostrando sus blancos colmillos.

Ovadyo se estremeció por primera vez ante la imponente presencia de la arpía.

—Nos vamos, pues —concluyó Ovadyo, tragando saliva.

Se marcharon sin decir nada más. Ese lugar conseguía ponerles los pelos de punta: tantos cadáveres, las arpías sedientas de sangre... Serían hombres muertos si no hubiese sido por la intervención de Ariadna.

—¿Por qué has cedido? Casi las teníamos acorraladas —preguntó ésta a Ovadyo, quien no contestó, sino que siguió andando a paso ligero.

—¿No has visto cuántas había? ¿Y cómo viven? Son como animales salvajes... —

intervino Therion.

—Más a mi favor para exterminarlas. ¡Son peligrosas! —exclamó Ariadna, impasible.

—¿No te da vergüenza pensar así, Therion? Son personas como tú y como yo...

Estaban asustadísimas, por si no os habéis dado cuenta, y con toda la razón. No viven así porque quieran, sino porque no tienen más remedio. Han destruido su hogar, no les queda nada. ¿Y tú, Ariadna? ¿Qué diantres te pasa por la cabeza? Tú, mejor que nadie, deberías saber exactamente cómo se sienten. Desde luego, no te reconozco... Ovadyo es el único que ha sabido ver el sufrimiento de las arpías y, sin tener por qué, les ha ofrecido comida —terció Dafne, dando una palmadita de aprobación en la espalda a Ovadyo. Éste se sonrojó al sentir el contacto de la mano de Dafne.

—La verdad es que tenía mucho miedo. Lo que menos quiero ahora es un conflicto

—comentó Ovadyo.

—Una decisión muy sabia. Al parecer, eres el único con inteligencia —dijo Dafne, con desdén.

—¿Y tú de qué lado estás? —se ofendió Ariadna.

—No es cuestión de elegir bando o no, Ariadna. Es que pretendías hacer algo terrible, algo que haría el propio Baltor. ¡Te has vuelto igual de cruel que él!

—¿Pero qué estás diciendo? Nunca me podría parecer a él —rugió tan

enfadada que pegó un puñetazo en la pared de la cueva.

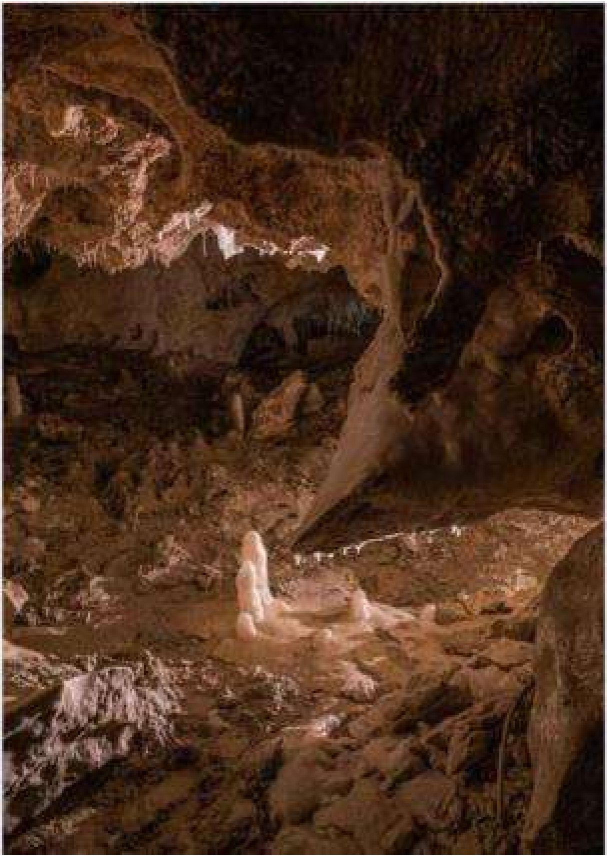
—¿Ves lo que te digo? Siempre estás de mal humor.

—No, si te parece, voy a estar contenta porque me compares con ese odioso usurpador. —Ariadna no dijo nada más, sino que aprovechó que llegaron a la salida de la gruta para escabullirse por el agujero.

Tal como prometió Ovadyo, este les entregó algo de comida y agua para el viaje como agradecimiento. Entonces llegó el momento de partir; Therion les informó que su destino era Berodia. Sin embargo, había un inconveniente: para llegar, debían pasar muy cerca de Micka. Así que Therion les explicó la importancia de evitar los caminos y de utilizar la magia de Ariadna para ocultarse cuando fuese estrictamente necesario.

Por otro lado, Ariadna seguía alterada por lo que dijo Dafne antes, así que no le dirigió la palabra en lo que quedaba de día. Ciro tampoco hablaba con su hermana, pues seguía dolido por la discusión que habían tenido antes de que Ariadna se marchara a la gruta.

Por todo ello, la tensión era tal que se podía cortar con un cuchillo.



MINERVA

Minerva estaba mirando con gran atención las preciosas aves que anidaban en los árboles. Eran seres muy diferentes a cualquier otro pájaro que hubiese visto antes: tenían el pico alargado y fino como el de un ibis, las plumas y la forma del cuerpo eran como las de un cuervo y las patas, de halcón. Por ello, le resultaba un animal muy enigmático. Además, su canto transmitía tristeza, ya que era muy apagado y lastimero, recordaba más a un sollozo que a un canto de ave.

—¡Eh, Minerva! No te detengas, ¿quieres? Es que no tienes remedio, te entretienes hasta con una mosca —le apremió Eneas, mofándose de ella.

—¡Ja! ¡Qué gracioso te crees! ¿No? Algo como esto no se ve todos los días, así que déjame disfrutarlo. Me resulta hasta inquietante.

—Aquí en el bosque sí son bastante comunes —le contradijo Diana—. Los llamamos obolydsen [2] porque su canto recuerda a un lamento.

—Desde luego, el nombre les viene muy bien —intervino Ícaro, taciturno.

—Sí, se dice que si escuchas su canto durante mucho tiempo, te olvidas de tus recuerdos alegres y solo recuerdas los dolorosos, pero no nos quedaremos a comprobarlo —aclaró Diana.

—¡Vaya, lo que nos faltaba! ¡Como si no tuviésemos suficientes problemas ya! —

exclamó Minerva y dejó escapar un suspiro—. Muy bien, ya me habéis convencido. Será mejor que sigamos avanzando —dijo Minerva mientras aligeraba el paso.

—¡Qué fácil eres de convencer, Minerva! Jejeje —se rió Diana, le pareció especialmente gracioso el modo que tuvo de aligerar el paso porque al ser bajita, daba muchos pasitos pequeños pero ligeros.

—Ya estamos cerca de nuestra aldea, así que os pido que os comportéis y seáis muy respetuosos —les pidió uno de los centauros que iba con ellos.

Hacía unas semanas que habían rescatado de los calabozos de Épones

a los centauros que ahora viajaban con ellos. Entre los prisioneros también encontraron humanos; algunos se habían marchado con sus familias. Sin embargo, los que no tenían a dónde volver, porque los demonios habían arrasado sus casas o asesinado a sus seres queridos, decidieron acompañarlos para ayudar a la causa en contra de Baltor. No se trataba de hábiles soldados, pero estaban seguros de que podrían contribuir de otra manera, por ejemplo, cazando, pescando y recogiendo frutos o leña.

Diana no negó su apoyo a ninguno de ellos y prometió que intentaría convencer al jefe de su tribu, Markus, para que les diera cobijo a cambio de tareas.

Para sorpresa de Diana, no había rastro ni de Markus ni de ninguno de los centauros. Se notaba que habían abandonado el campamento apresuradamente, pues dejaron atrás muchos objetos personales.

Diana no podía hacerse una idea de cuánto tiempo llevaba allí abandonada, pero daba la sensación de que había estado así unos cuantos días. Descubrió, muy a su pesar, que no había sido la única en visitar el campamento, sino que hace pocos días habían recibido una visita poco grata. Por los alrededores del refugio se apreciaban enormes surcos en el suelo y unas pisadas de pies enormes, lo que no podía significar otra cosa.

Esto debía de ser obra de los gigantes que estaban a favor del gobierno tirano de Baltor, sus más fieles secuaces.

—¡Oh, no! —exclamó uno de los centauros al ver las enormes huellas y se llevó instintivamente las manos a la cabeza, pues se temía lo peor.

—¡No te preocupes! A juzgar por el rastro, se marcharon antes de que llegasen los gigantes. ¡Mira, fíjate bien! No hay indicios de pelea. No, los centauros se fueron antes de que llegaran los invasores, pero debieron marcharse tan rápido que llevaron consigo solo lo más importante. ¿Quizás los alertaron a tiempo? —cuestionó Diana, dubitativa.

—Sigamos el rastro a ver hasta dónde nos lleva —sugirió Eneas.

—Sí, será lo mejor. Creo que las huellas se dirigen hacia el antiguo refugio.

Fueron avanzando por los senderos mientras seguían las pisadas de los centauros.

Las huellas estaban muy borrosas, por lo que, a Diana, a pesar de sus dotes profesionales de rastreo, le costaba seguirlas. Cada vez se adentraban más en las profundidades del bosque hasta que llegaron a un tramo en el que el rastro se dividía.

Unas pisadas se desviaban en dirección al norte, mientras que las otras lo hacían al sur,

por lo que Diana dudaba sobre qué camino debía escoger. Recordó que, si su instinto no le fallaba, los centauros estarían refugiados en el antiguo campamento. Así que si su instinto no le fallaba, debía seguir el camino de las huellas que la guiaban hacia el sur.

Afortunadamente, Diana estaba en lo cierto; al acercarse al campamento vio que dos centauros estaban apostados en la entrada del mismo. Ambos guardias tensaron el arco al verlos acercarse y apuntaron a los intrusos. Uno de ellos avisó de la llegada de extraños, mientras que el otro ordenó: —¡Quietos, no os mováis!

—¡Eh, soy yo, Diana! ¿Acaso no eres capaz de reconocerme, Neso?

—No podemos confiar en nadie, y mucho menos en ti. Dime,¿dónde estabas cuando vinieron a atacar nuestro refugio? Sin duda, alguien nos ha traicionado y ha desvelado la ubicación de nuestra tribu. ¿Acaso vienes a revelar a nuestros enemigos nuestro nueva posición? —y entonces el guardia apuntó con su arco a la cabeza de Diana.

—No pude ser yo. ¡Fíjate bien! ¡Traigo a los nuestros, a todos los que hicieron prisioneros! Tal y como me pidió Markus —argumentó Diana. El guardia echó un vistazo a la carreta y luego miró de reojo a los humanos que la acompañaban.

—¿Y qué me dices de esos apestosos humanos? ¿Por qué los traes a nuestra tierra?

—preguntó, mientras apuntaba con el arco a Eneas.

Diana se disponía a contestar cuando llegó Markus, acompañado de varios de sus hombres. Él presentaba una herida de muy mal aspecto en el pecho descubierto.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es este alboroto? —quiso saber Markus con tono autoritario, deteniendo su mirada en Diana—. ¡Ya basta! ¡Baja de inmediato tu arma! —

ordenó al soldado que seguía apuntando con el arco a Eneas y luego se

dirigió a Diana con tono amable—. ¡Me alegra mucho tu regreso! ¡Te dábamos por muerta! —El rostro de Markus se ensombreció al ver que estaba acompañada de humanos, y le espetó, sin poder disimular su odio—: Diana, espero que me aclares por qué has venido hasta aquí con estos seres repugnantes y que tu explicación sea lo suficientemente convincente.

—Markus, estos humanos sacaron a nuestros hermanos de sus prisiones en Épones, nos ayudaron a escapar y los hemos traído hasta aquí como agradecimiento, ya que ellos no tienen a dónde ir, sus casas fueron arrebatadas por Beltor. Después de lo que hicieron por nosotros, no podíamos dejarlos a merced de las tropas de Baltor, ¿no crees?

—argumentó Diana.

—Todo lo que dice Diana es cierto, Markus. Si no hubiese sido por estos humanos, estoy seguro que no habríamos conseguido liberar a nuestros hermanos —corroboró uno de los centauros del grupo de Diana.

—En ese caso, no hay nada que objetar por mi parte, estos humanos también son bienvenidos. Veo que hay algunos que están muy graves, así que ¡no hay tiempo que perder! ¡Que los vean nuestros sanadores ahora mismo! —ordenó Markus, mirando de soslayo la carreta cargada de heridos.

THERION

Estaba a punto de anochecer; ya llevaban varias horas viajando y los caballos estaban agotados. Therion les indicó que era un buen momento para hacer un descanso y se marchó a realizar un reconocimiento del terreno. No obstante, pasaron horas y él no regresó. El grupo comenzaba a preocuparse por la larga ausencia de Therion. La luna llena ya estaba muy alta y Therion seguía sin dar señales de vida, mientras el resto del grupo estaba sentado alrededor de una pequeña fogata que Ciro había conjurado.

—¿Qué hacemos? Deberíamos buscarlo, ¿no? —sugirió Helena, mientras se calentaba las manos en el fuego.

—Concuerdo contigo, Helena. Tarda demasiado. ¿Le habrá pasado algo? —

preguntó Dafne, llevándose las manos a la boca como si la sola idea la aterrara.

—¡Bah! No deberíamos perder el tiempo con él. No es más que un ladrón —dijo Kyra, quitándole importancia al asunto.

—Therion ha prometido llevarnos hasta los rebeldes —le recordó Ariadna—. Ya sabemos que no lo tragas, pero te guste o no… nos va a ayudar.

—Un ladrón que robaba por necesidad y para dárselo a los pobres —puntualizó Ciro—. Yo lo valoro mucho.

—Tienes razón, Ciro. Pocas personas así podremos encontrar en estos tiempos —

añadió Dafne, mirando de reojo a Ariadna, que aún seguía enfadada. Pero esta, que no quería pelearse de nuevo con Dafne, ignoró el comentario.

—Dafne, vamos a buscarlo. ¿Te vienes conmigo? —le preguntó Helena, tratando de evitar un posible enfrentamiento. La elfa asintió y se levantó.

—¡Esperad, voy con vosotras! —dijo Ciro, levantándose apresuradamente como si tuviese miedo de que se fueran sin él, y añadió—: seis ojos ven más que cuatro.

—Nosotras dos nos quedaremos aquí por si aparece. No os alejéis mucho, por favor

—rogó Ariadna, pues siempre que se separaba de Ciro se preocupaba por su seguridad.

Ciro y Dafne la ignoraron, pero Helena asintió con la cabeza como respuesta para tranquilizar a Ariadna. Así que solo se quedaron alrededor de la fogata Kyra, Ariadna y Jacky, el diente de sable, que estaba roncando sonoramente. Cuando pasaron un par de horas, vieron una silueta oscura acercarse a ellos. En respuesta, tanto Ariadna como Kyra permanecieron en alerta por si se trataba de algún intruso. La silueta dejó de avanzar y se quedó parada frente a ellas, pero lo suficientemente lejos como para que la luz del fuego no le iluminara la cara.

—¿Eres tú, Therion? —preguntó Ariadna con un tono de voz firme—. Seas quien seas, identifícate o, de lo contrario, te prometo que te mataré.

—¡Vaya, vaya! No sabía que eras tan fiera, Ariadna —contestó una voz de mujer, conocida para ellas. La silueta se dejó ver tras la luz de la fogata.

—¡Alejandra! —exclamó Kyra, sorprendida—. ¿Qué haces tú por aquí? Alejandra, la chica que les ayudó en el bosque con el desagradable encuentro de los nemed [3], estaba de pie frente a ellas.

—¡Hola! —saludó Alejandra con una de sus sonrisas risueñas—. He venido a advertiros...

—¿Sobre qué? ¿Qué ha pasado, Alejandra? —interrumpió Ariadna, impaciente.

—Me ha costado mucho dar con vosotras; sabéis ocultar bien el rastro...

—Ve al grano, por favor —le pidió Ariadna, a punto de un ataque de nervios.

—¡Tranquila, Ariadna! Solo quería avisaros de lo peligroso que es ir hacia donde os dirigís. Por vuestras caras de confusión, veo que no os habéis enterado aún. Una guerra está a punto de gestarse en la capital.

—¿Una guerra dices? ¿Entre quiénes? —preguntó Kyra, sin disimular su sorpresa.

—Sí, los seres que habitan en el bosque de Drajar se han pronunciado contra Baltor por el ultraje acontecido. Imagino que tampoco sabéis que Unax, el rey duende, ha sido asesinado a manos de los demonios.

¿Unax?», preguntó Ariadna para sí misma, sin dar crédito a lo que Alejandra les estaba contando. Recordaba que se había encontrado con un duende llamado Unax en el bosque y cómo este les ayudó a encontrar la gruta secreta hacia Amazenos, y ató cabos. Estaba segura de que ese tal Unax era el rey duende porque se acordaba de que llevaba un diminuto sombrero verde en la cabeza. Según había leído en el libro que le dio su madre sobre criaturas de Irëdia, los soberanos de los duendes coronaban sus cabezas con sombreros verdes, mientras que el resto de estos seres llevaba un color diferente según su rango: el rojo representaba a los duendes obreros, quienes se encargaban de construir las casas; el marrón, a los recolectores; el amarillo, a aquellos que se dedicaban a cuidar a los animales; el morado, a los que explotaban las minas, y el azul, a los exploradores, que son los que protegen al reino de amenazas.

—Alejandra, ¿eso quiere decir que las amazonas también van a la guerra? —

preguntó Kyra.

—Efectivamente. Amazonas, hadas, centauros... todos menos los elfos, claro.

Además, yo también voy a enviar a los nemed como apoyo —dijo, mostrando el cuerno con el que controló a esos seres en el bosque Susurrante la vez anterior.

—Ariadna, me vas a perdonar; prometí acompañarte, pero no puedo dar la espalda a mi pueblo —argumentó Kyra.

—Para que no faltes a tu palabra, yo te acompañaré —contestó Ariadna.

—¿Qué? ¿Estáis locas? Acabo de decir que van a intentar sitiar Micka y que vais de cabeza a una guerra. ¿Y vosotras queréis ir directas hacia el peligro? —preguntó Alejandra, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Ariadna, no lo hagas por mí. Tú tienes que cumplir tu misión —razonó Kyra.

—No sé tú, Kyra, pero yo ya me he cansado de esconderme. De todas

formas, todo esto que estamos haciendo es para quitar poder a Baltor, ¿no? ¿Qué sentido tiene que no echemos una mano a nuestros aliados cuando nos necesitan? —concluyó Ariadna.

—¿Tu misión? —preguntó Alejandra a Ariadna, sin comprender.

—Sí, Alejandra. Espero que algún día podamos confiártela, pero de momento debe mantenerse en secreto, ¿entiendes?

—Desde luego, no te preocupes, Ariadna. Estaremos encantados de contar con vosotras, pues no nos vendrían nada mal vuestras habilidades, y si estáis tan seguras de

ello… ¿Quién soy yo para oponerme? Tengo mucho que hacer aún, así que supongo que ya nos veremos en el campo de batalla.

—¡Adiós, Alejandra! ¡No lo dudes, allí nos veremos! —exclamaron Kyra y Ariadna al unísono.

Dicho esto, Alejandra subió con un salto acrobático a la rama de un árbol y se perdió entre las copas.

—¡Qué chica tan enigmática! —susurró Ariadna para sí misma.

—Oye, Ariadna, admiro que quieras ayudarme, pero hablando en serio, ¿no será demasiado arriesgado? Es decir, Baltor sabe que tienes la reliquia; si te reconoce…

—Kyra, voy a usar mi magia para que no lo haga. Además, ¿crees que entre todos los combatientes que habrá va a ser capaz de reconocerme?

—Vale, ¿y tu hermano qué? ¿Qué vas a hacer con él?

—Mmm, tendrá que quedarse al margen. Quizás con Helena o Dafne.

—Te recuerdo que habéis peleado por esa razón… No creo que sea la mejor idea; tienes que tener en cuenta que lo lógico es que quiera estar contigo.

En ese momento, Helena, Dafne y Ciro irrumpieron en el campamento. No llevaban a Therion consigo, por lo que dedujeron que no lo habían encontrado. Aun así, Ariadna les preguntó: —¿Cómo os ha ido?

—¡Como si te importase! —exclamó Dafne con desgana.

—¿Queréis dejarlo ya? ¡Ya hemos hablado de esto! Tenéis que hacer

las paces. No pienso seguir todo el camino soportando vuestras discusiones —sentenció Kyra, cruzándose de brazos.

—Pues que nos pida perdón ella —añadió Ciro, señalando a Ariadna.

—¡Por Zeus! ¡Sois la mar de tozudos los dos! ¡Está bien, vosotros ganáis! ¡Lo siento!

¿Os vale? —dijo Ariadna, alzando la voz más de lo habitual.

—¿Tú crees que eso suena a disculpa, Ciro? —preguntó Dafne al niño, y éste negó con la cabeza en respuesta.

—He dicho que lo siento por haberos tratado así antes... No sé qué me pasa últimamente. Hay veces que me irrito con mucha facilidad. Tengo unos cambios de humor horrorosos y debería controlar mi ira.

—Vale, mucho mejor —sonrió Dafne.

—Pasemos entonces al problemón que tenemos... Therion ha desaparecido y no lo encontramos por ningún lado. El único guía que teníamos no está —anunció Helena, sin ocultar su preocupación.

—¿Por qué no dices lo que todos pensamos? ¡Nos ha abandonado! Por lo que se nos acaban las opciones —exclamó Kyra y añadió—: no debimos fiarnos de él. Al igual que os pasó con Dante, no se puede confiar en los hombres.

—Ni siquiera menciones a ese traidor. Therion es diferente; él fue soldado del ejército de Fos. Luchó contra Baltor y sus esbirros. Por lo tanto, me extrañaría que ahora se volviese de su bando. Tiene que ser otra cosa... —Ariadna compartió sus pensamientos en voz alta.

—El caso es que no está y no nos hemos atrevido a alejarnos mucho más porque escuchábamos aullidos de lobos por todas partes —informó Helena.

—Eso no es lo peor; cuando os habéis ido, nos ha hecho una visita Alejandra, la chica que nos salvó en el bosque Susurrante. ¿La recordáis? Nos ha informado de que las tropas de Baltor han atacado el bosque de Drajar y... Unax ha... Unax ha muerto —

consiguió decir Ariadna, con los ojos vidriosos.

—¡No puede ser! ¿Ese duendecillo que nos ayudó a encontrar a Amazenos? —

preguntó Helena, sin dar crédito a las palabras de Ariadna.

—Pues es una verdadera pena. No tuvimos el placer de conocerlo mucho, pero parecía tan buena persona... —dijo Ciro, con lágrimas en los ojos.

—Sí, y hay más noticias desagradables —les comunicó Ariadna mientras se secaba algunas lágrimas que brotaron en sus ojos—. Él era el rey de los duendes, por lo visto, y esto ha ocasionado que todo el bosque se dirija hacia Micka para vengarle. Así que cuando vayamos camino a Berodia, nos encontraremos con una guerra entre los habitantes del bosque de Drajar y las tropas de Baltor —les comunicó Ariadna.

—Entonces tendremos que dar un rodeo bastante grande para llegar a Berodia —

razonó Dafne.

—No, participaremos en la guerra junto a nuestros amigos —aseguró Ariadna.

—¿Cómo? ¿Estás loca? —le preguntó Helena, atónita.

—Yo voy a luchar, hagáis lo que hagáis, pero le he insistido a Ariadna en que, si nuestros caminos se tienen que separar, no pasa nada. Es una estupidez que vosotros dejéis vuestra misión para ayudarme. Yo tengo que luchar por mi gente, pero vosotros no tenéis por qué hacerlo. Aunque he intentado convencerla, ya sabéis cómo es Ariadna; cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien la haga cambiar de opinión

—espetó Kyra.

—¡No actúes como si no estuviese aquí! He decidido que no abandonaremos a nadie del grupo, así que Kyra, no vas a ir tú sola. Si vosotros opináis lo contrario, no os obligaré a venir conmigo, pero me niego a abandonar a Kyra —sentenció Ariadna.

—Sabes de sobra que nosotras te seguiremos a donde haga falta, pero, ¿qué hay de Ciro? Es muy pequeño…

—¡No soy pequeño! —le interrumpió Ciro a Helena—. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Sé pelear, pero no me dejáis que os lo demuestre.

—Lo sé, Ciro. Simplemente me preocupa que crezcas demasiado

deprisa… Yo, a tu edad, estaba jugando con mis amigos y no en un campo de batalla, ¿entiendes? —dijo Ariadna con lágrimas en los ojos.

—Entiendo cómo te sientes, hermana, pero eso ya ha quedado atrás. No he tenido más remedio que crecer. Desde que abandonamos nuestro hogar, yo ya no soy el mismo niño de antes y nada podrá cambiarlo.

—¡Está bien! Iremos todos juntos, pero tú no te separes de mi lado, ¿vale? —dijo Ariadna mientras se secaba las lágrimas con el dorso de su mano.

—Yo estoy de acuerdo, ya estoy harta de estar de brazos cruzados. ¡Ayudemos a nuestros aliados! —exclamó Helena, alzando el puño.

—Yo pienso que es demasiado peligroso. Quizás le estamos poniendo a Baltor el espejo de Shaun en bandeja si intervenimos en la guerra —argumentó Dafne.

—Vale, pero dime, ¿de qué sirve que tengamos un arma poderosa si no la utilizamos contra Baltor? —preguntó Ariadna.

—El espejo es poderoso, pero también inestable… ¿Has olvidado la herida que te infligió en la espalda? —advirtió Dafne.

—Lo sé, de hecho, aún no ha sanado del todo, pero, Dafne, eso es diferente; me pilló por sorpresa. Ahora sé cómo funciona esta cosa y puedo manejarla —lo dijo tan segura de sí misma que nadie se atrevió a contrariarla.

—¿Y qué pasa con Therion? —preguntó Dafne.

—Creo que será mejor que lo busquemos por la mañana. Ahora parece peligroso y, además, no podemos ver apenas de noche —razonó Helena.

Nadie la contradijo, con lo que continuarían la búsqueda con las primeras luces del alba. Ariadna se recostó en su cama de ramitas, junto a su hermano. Por fin habían hecho las paces. El chico estaba tan cansado que se durmió, pero Ariadna, a pesar de que también lo estaba, se quedó reflexionando un rato. Millones de preguntas no paraban de acosarla sin dejarle pegar ojo: ¿había tomado la decisión correcta? ¿O tal vez estaba cometiendo un grave error y su amiga Dafne tenía razón? Realmente, ¿merecía la pena arriesgar la vida de su hermano por combatir a Baltor? Ariadna se mordió el labio inferior, como solía hacer cada vez que le preocupaba algo. Miró con decisión

el oscuro firmamento y se dijo para sí misma: «No puedo permitir que Baltor asesine a nuestros aliados y salga impune por ello. No puedo dejar que siga haciendo lo que quiere. ¿Y si el hecho de que participemos en esta guerra es decisivo para derrocarlo? ¿No merece la pena intentarlo? A ver, Ariadna, piensa, ¿qué haría tu padre en tu lugar? ¿Obraría con sensatez o con tenacidad? Sabía que su padre era muy valiente, así que no le costó encontrar la respuesta».

Después también pensó en Therion: «¿Qué le habrá ocurrido? A lo mejor lo han atacado». La sola idea le aterrorizó. Se quedó dando vueltas en la cama lo que parecieron horas hasta que, al fin, cayó en un sueño profundo.

BRISA

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía del barco.

—¡Atracad la nave en esa playa! —ordenó el capitán Auriga, y así lo hicieron.

—Señor, ¿ya hemos llegado al destino? —le preguntó uno de los marineros.

—Sí, esta debe ser la isla de Brisa. Tendremos que encontrar primero la ciudad, así que, ¿quién se ofrece a explorar la zona? —sugirió Auriga, pero nadie contestó de inmediato. Los marineros estaban muy asustados debido a su anterior experiencia con los cíclopes. Aunque Auriga aseguró que estarían seguros, nadie se atrevió a dar el paso.

Andrius fue el único que se ofreció voluntario, pero Cassandra insistió en que él debía quedarse para vigilar los navíos, pues si la situación se ponía fea, necesitarían que él y Auriga estuviesen listos para navegar. Estaban en tierras desconocidas, por lo que tenían que extremar las precauciones. Al final, Cassandra, Ofelia y dos muchachos que ya se habían recuperado completamente de sus heridas fueron los únicos valerosos que se ofrecieron para investigar los alrededores.

El clima de allí era bastante caluroso y pegajoso, más que incluso el de las islas del sur; esto se debía principalmente a que Brisa estaba más próxima al continente del sur, cuyas tierras eran áridas.

Brisa, por el contrario, tenía mucha vegetación, como palmeras y flores de colores muy llamativos. Cassandra y compañía cruzaron la playa y, tras una hora que les pareció eterna, llegaron a las lindes de un precioso bosque tropical. Más a lo lejos avistaron una bonita ciudad costera. Por fin encontraron civilización; nerviosos por el hallazgo, corrieron hasta el portón, el cual estaba cerrado a cal y canto.

—¿Quién va? —preguntó, para su sorpresa, un soldado elfo.

—Somos refugiados, venimos del reino de Irëdia. Yo me llamo Cassandra —se presentó esta.

Ofelia y los otros dos muchachos fueron diciendo sus nombres uno por uno ante el guardia, aunque no pudieron disimular su asombro al ver que su interlocutor era un elfo. No era muy común verlos en ciudades

humanas, ya que se creía que todos vivían en los bosques.

—Veníamos buscando la ciudad de Brisa; pensábamos que era esta… —prosiguió Cassandra al ver que no recibieron respuesta alguna.

—Sí, señora, así es. No hay otra ciudad en la isla. ¿Qué es lo que quieren? —dijo secamente el elfo.

—Solicitamos refugio para nuestros amigos, que se encuentran la mayor parte heridos en un navío atracado en la playa. Algunos están muy graves, así que necesitamos de su puerto para trasladarlos, pero antes de nada queríamos pedir su consentimiento para ello —se hizo oír Cassandra, alzando la voz para llegar a su interlocutor.

—No me compete a mí tomar ese tipo de decisiones y, como entenderá, no podemos dejar pasar a desconocidos sin más, pero les atenderá Argos y verificará que lo que dicen es cierto. Una vez que haya hecho las comprobaciones de que dicen la verdad, se le avisará a nuestro dirigente. Él es quien tiene que dar la orden y decidirlo,

¿comprende?

—Está bien, esperaremos lo que sea necesario.

—Aguardad, ahí —el soldado elfo avisó a otro guardia. Este era humano y, tras unos minutos, se abrieron las puertas del portón, dejando ver a un hombre muy corpulento.

Tras él, se cerraron nuevamente.

—Hola, soy Argos —se presentó el soldado humano—. ¿Me podéis indicar dónde está ese barco vuestro y así comprobarlo yo mismo, por favor?

—Sí, en realidad son dos naves, señor —le aclaró Cassandra.

—Por favor, llámame Argos, señora…

—Cassandra.

—Y ustedes son… —añadió Argos, dirigiéndose a Ofelia y a los dos muchachos.

Una vez hechas las presentaciones, se dirigieron hacia la playa. Cuando llegaron, Argos verificó que lo que le habían dicho era cierto, así que hizo un extraño movimiento con una pluma que sacó de su bolsillo. De pronto, como por arte de magia, salió de su túnica un

trozo de papel. Entonces, la pluma suspendida en el aire empezó a garabatear un mensaje. El pedazo de pergamino se dobló, haciendo la forma de un pájaro, y voló en dirección a la ciudad de Brisa. Todos los que estuvieron lo suficientemente cerca como para apreciar lo que Argos hizo se quedaron muy intrigados por lo que acababan de presenciar, pero Ofelia fue la única que se atrevió a preguntarle: —¿Qué ha sido eso?

—He mandado un mensaje mediante magia a nuestro gobernante para que nos conteste cuanto antes, ya que veo que hay heridos que necesitan atención médica urgente —respondió Argos.

—Pero si él le escribe otra carta… ¿Cómo le llegará hasta aquí? ¿O es que él también es capaz de usar esta extraña magia? —preguntó Ofelia.

—No, no. El pergamino está encantado para que, una vez lo reciba y nos responda, vuelva a mí. Así podré recibir la respuesta directamente.

—¡Vaya, es algo muy útil! —exclamó Ofelia, sorprendida.

—Aquí en Brisa hay muchos magos. Humanos solo yo, pero, como ya comprobó, no solo viven humanos en Brisa. Nosotros acogemos a todo aquel que necesite ayuda sin importar de qué raza sea. Por eso, si el arconte [4] les permite la entrada, veréis en las calles razas muy dispares —les explicó Argos.

—Mientras esperamos las novedades de vuestro dirigente, ¿por qué no os voy presentando a algunos de mis vecinos? —sugirió Cassandra. Argos aceptó la propuesta, pero la respuesta del gobernante llegó mucho antes de lo esperado. El pájaro mensajero se posó en la mano de Argos y este se apresuró a leer el mensaje y les informó al respecto.

—Tenéis permiso para hospedaros en la ciudad si así lo requerís y para utilizar la Asclepieia [5]. Además, solicita audiencia con vuestro líder para que le expliquéis con más detalle lo que os ha sucedido —anunció Argos cuando terminó de leer el escrito.

—Nosotros ahora mismo no tenemos a nadie que nos pueda representar —le explicó Cassandra.

—No importa, es simplemente un portavoz que pueda contarle en detalle lo que os ha ocurrido hasta llegar aquí —le aclaró Argos.

—Yo creo que Cassandra es la más indicada —propuso Ofelia—. Pues

ella nos sirvió de portavoz en las islas del Sur. Todos estaban conformes, así que siguieron las indicaciones de Argos y atracaron los barcos en el puerto de la polis [6].

Cassandra, acompañada de Argos, se dirigió hacia la casa del arconte de Brisa.

Mientras tanto, Asclepio y el resto de los aldeanos de Laften se encargaron de trasladar a los heridos hasta la Aclepieia. Muchos de los ciudadanos de Brisa también les ayudaron en dicho traslado. Al pasar por las calles de la ciudad, los aldeanos de Laften se percataron de que Argos no les había mentido cuando dijo que Brisa se caracterizaba por la disparidad de razas, ya que encontraron enanos, elfos, minotauros [7], hombres-lagarto [8], hombres-erizo [9] y algún que otro centauro.

Los aldeanos miraron con curiosidad a todas esos seres que jamás habían visto con sus propios ojos. No estaban acostumbrados a ver otras razas diferentes a la humana, ya que en la aldea todos eran humanos, excepto Dafne, quien era una elfa. Sin embargo, ya estaban tan habituados a ella que no les resultaba extraño; pero ver a toda esa variedad de razas convivir juntas, llevándose bien, les chocaba bastante.

Mientras Cassandra y Argos caminaban hacia la casa del dirigente de Brisa, pasaron por un mercado abarrotado de gente. Cassandra se detuvo al ver a un hombre-erizo negociar con un mercader hombre-lagarto. Los miró de arriba abajo, perpleja, pero cuando ellos le devolvieron la mirada, ella saludó con timidez y apartó la vista de inmediato hacia otro lado, como dando a entender que se sentía incómoda por haberlos mirado de forma tan descarada. Argos, que vio la reacción de Cassandra, sonrió y le explicó mientras seguían caminando: —Veo que nunca has visto a un koîros o a un sávras. No te preocupes, ellos ya están acostumbrados a este tipo de reacciones, ya que son razas poco comunes en Irëdia.

—¿Koî… qué? ¿Sávra? —quiso saber Cassandra.

—Los koîros son humanoides, pero con rasgos de erizo. Son comunes en el continente del sur, pero en el reino es extraño ver alguno. Por lo que parece, muchos han emigrado a Brisa porque su reino está en guerra. Los sávras son lagartos, pero con cuerpo humanoide. Estos seres vienen de las tierras áridas del sur; la mayoría está de paso y solo pretende ganarse la vida comerciando con sus especias.

—¡Vaya! No tenía ni idea de que estos seres existían.

—Brisa, al ser una ciudad-estado, tiene su propio gobierno independiente y sus propias leyes. Aquí permitimos la entrada a todo aquel que venga a aportar algo a la ciudad, independientemente de la raza que sea; es decir, no hacemos distinciones.

Además, todos pagan sus tributos de forma igualitaria; incluso nuestro propio líder paga las partes que le corresponden. Eso sí, para los que tienen menos poder adquisitivo en Brisa se les hace una reducción, de modo que no paguen lo mismo que quienes están más desahogados económicamente.

—Entiendo, es un gobierno justo. En Irëdia, me refiero a cuando estaba el rey Estefano en el poder, dejaban que las otras razas del reino viviesen en el territorio. Pero siempre han estado separadas de las demás; es decir, a cada una se le respetaban sus territorios. Me parece muy curioso que aquí hayáis sido capaces de dejar a un lado esas diferencias entre razas y convivir todos en una misma ciudad.

—Es bastante sencillo cuando se respeta la cultura y las costumbres de los demás.

Además, tenemos asuntos más importantes en que pensar que en las creencias del vecino. No estamos de acuerdo con el gobierno que se está gestando en Irëdia, pues Baltor quiere controlar a todos los seres del reino y tememos que lo intente aquí también. Él no tiene escrúpulos; piensa que los demonios son una raza superior e infravalora al resto. No entiendo por qué, pero también siente cierta debilidad por la raza humana.

—Yo creo que lo que le pasa es que no la teme; sin embargo, a las otras razas sí que les tiene miedo.

—Pues entonces está menospreciando a la raza humana porque piensa que es débil, pero comete un grave error. No somos tan fuertes como los enanos, ni tan ágiles como los elfos, ni tampoco tan diestros como los centauros, pero somos tenaces y valerosos, eso es algo que él debería temer y no desperticiar. En fin, Cassandra, tenemos que pararle los pies como sea, o su reinado se extenderá por todo el mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ya se han avistado a algunos demonios en el Continente del Sur. Ignoro los planes que puedan tener allí, pero lo que sí sé es

que, por eso, cada vez vemos a más hombres-erizo y hombres-lagartos aquí.

—Así que no solo Irëdia está siendo manipulada por Baltor —espetó Cassandra.

—Exacto. Me temo que Baltor pretende hacerse con el poder de todas partes. —

Argos giró por una esquina, se detuvo en seco frente a una enorme casa y anunció que ya habían llegado a la vivienda del arconte.

UN ATISBO DE ESPERANZA

El canto de los pájaros la despertó, y la fría brisa de la mañana acariciaba su cara.

Había tanta humedad en el ambiente que su pelo negro como la noche estaba muy encrespado. Su hermano aún dormía a su lado, así que se movió con cautela para no despertarlo. Para su sorpresa, no era la única que había madrugado; Helena ya estaba en pie. Ésta le ofreció un poco de pan con queso. Ariadna se lo tragó de un bocado, pues le rugía el estómago con fuerza, ya que con la agitación de la noche anterior apenas había comido. Helena le ofreció más al verla engullir el desayuno y le dijo: —

Deberíamos aprovechar y buscar a Therion, ¿no crees?

—Vale —dijo Ariadna mientras masticaba la comida, salpicando así saliva.

—¡Traga y luego habla, por Zeus! ¡Menudos modales!

—Lo siento —dijo Ariadna, devorando el pan—: tengo tanta hambre…

—¡Anda, bebe un poco de agua! ¡Te vas a atragantar!

—¿Empezamos? —dijo ella, y tragó un gran sorbo de agua. Después, se puso en pie de un salto y le preguntó—: ¿recuerdas dónde lo vimos por última vez?

—Mmm, déjame pensar… creo que sí. ¡Sígueme!

Helena y Ariadna recorrieron toda la zona de los alrededores del campamento, donde desapareció Therion por primera vez. Pero decidieron que era inútil buscar juntas, así que lo mejor era dividirse para abarcar el máximo terreno posible.

Tras lo que pareció media hora de búsqueda, a Ariadna le pareció escuchar un ruido a sus espaldas. Se armó de valor y se giró, pero no vio nada que lo pudiera originar. Así que se acercó más a su procedencia, tratando de hacerlo de la manera más sigilosa posible. Cuando ya estaba muy cerca, se acuclilló junto a un seto. Afortunadamente, el causante de semejante estruendo no era otro que Therion, quien yacía tirado en el suelo, roncando como si fuera un oso.

Ariadna se acercó un poco a él y vio que el muchacho presentaba un aspecto muy demacrado: tenía su albino cabello enmarañado y las ropas casi desgarradas por completo, como si una bestia las hubiese arrancado. Solo quedaba parte de su pantalón, que apenas le ocultaba las partes íntimas. A pesar de presentar un aspecto tan lamentable, Therion parecía estar sano y salvo. Intacto y sin ninguna herida de gravedad, solo tenía unos pequeños moratones en las piernas y brazos. Ariadna lo zarandeó, pero Therion seguía roncando, por lo que ella tuvo que abofetearlo para que reaccionara. Cuando éste despertó, se sentía muy desconcertado; no recordaba cómo había llegado hasta allí.

—¿Puedes ponerte en pie, Therion? —le preguntó Ariadna preocupada mientras intentaba ayudarlo a incorporarse.

—Sí, tranquila, estoy bien. Aunque no recuerdo nada desde ayer por la noche.

—A ver, Therion, dime lo que recuerdas.

—Estaba atardeciendo y decidimos descansar. Me ofrecí a ir a reconocer el terreno y, cuando me disponía a volver… Mmm… —daba la impresión de que Therion estaba haciendo un esfuerzo abismal para intentar rememorar lo sucedido la noche anterior.

—¿No recuerdas nada más a partir de entonces? —Therion negó con la cabeza ante la pregunta de Ariadna—. ¿Ni siquiera cómo quedó tu ropa así? —dijo Ariadna, sonrojándose por la desnudez de Therion. Luego desvió la mirada hacia un árbol cercano, dándole a entender que debía taparse.

—No, no me acuerdo de nada más, pero me duele todo el cuerpo como si me hubiesen dado una paliza —a Therion no parecía importarle encontrarse semidesnudo delante de ella.

—Será mejor que regresemos con los demás. Deben estar muy preocupados. Si quieres, apóyate en mí , pero tapate un poco —le dijo la muchacha, dándole su propia Epiblema [10].

Cuando Ariadna y Therion llegaron al campamento, todos ya se habían despertado.

Se sorprendieron al ver a Therion de vuelta, pues no pensaban que volvieran a verlo.

No obstante, por mucho que le preguntaban qué le había pasado, dado el aspecto que presentaba, él no podía recordar nada. Lo pusieron al

día sobre lo que planeaban Ariadna y Kyra, pero a Therion no le parecía buena idea.

—Es muy arriesgado… No sé qué piensas que son las guerras, Ariadna, pero no son un juego, ¿sabes? Muere mucha gente.

—Por eso precisamente, Therion, quiero ayudar a mis aliados del bosque y sé que Kyra va a ir. No la puedo abandonar sin más en una situación así. ¿Ves justo que su madre y su gente luchen, mientras nosotros nos ponemos a salvo como cobardes?

—Ya lo sé, Ariadna. Yo soy el primero que quiere ayudar, pero si Baltor se hace con el espejo, las consecuencias serán nefastas. Sabemos que la reliquia tiene un poder sobrenatural que tú, por mucho que te empeñes, no controlas. A tu propio padre le costaba manejarlo, y era un mago muy experimentado.

—Baltor no sabrá que estamos allí. Ya sabes, podemos disfrazarnos con mi magia.

Además, nos quedaremos en la retaguardia. No correremos a penas riesgos.

—¡Te agotarás! Te quedarás sin energía… —repuso Therion.

He estado entrenando mucho mi capacidad; ya no me agoto con tanta facilidad como antes —explicó Ariadna.

—Ya, pero aun así será demasiado como para soportarlo. Luchar mientras mantienes un hechizo de tal calibre es muy complicado —opinó Therion.

—Yo le prestaré mi poder mágico de ser necesario —aseguró Dafne.

—También podréis contar con mi poder. Aunque no es tan grande como el vuestro

—intervino un Ciro sonrojado.

—De todas formas, no creo que haga falta disfrazarnos. Entre tanta acción no nos va a reconocer nadie. Nos cubriremos el rostro por si acaso, pero no creo que sea necesario utilizar tu magia, Ariadna —razonó Helena.

—Tienes razón, Helena; será mejor que Ariadna se reserve su magia para la batalla.

Veo que lo tenéis muy claro todos, así que yo no soy quién para oponerme y, como prometí, os acompañaré hasta que deje de respirar. Eso sí, antes de nada quiero asegurarme de que tengáis claro que si nos descubren, nos retiraremos inmediatamente.

Si la cosa va mal, hacemos lo mismo, ¿vale? No quiero heroicidades; y eso va por todos vosotros —hizo una pausa, miró directamente a Kyra y prosiguió—: no quiero que corramos riesgos innecesarios. Si la batalla está perdida, nos vamos y luchamos otro día.

No servirá de nada morir, ¡tenedlo muy claro! —les hizo prometer Therion.

—Antes de marchar, me gustaría hablar con Ariadna a solas un momento. Si queréis, podéis ir recogiendo el campamento —sugirió Helena.

—¿Conmigo? —se extrañó Ariadna y Helena asintió con la cabeza, así que ambas se alejaron lo suficiente para que los demás no pudieran escucharlas.

—¿Por qué estás haciendo esto realmente? No es por Kyra, ¿verdad? —preguntó Helena, arqueando las cejas.

—¿A qué te refieres? —dijo Ariadna, aparentando incredulidad.

—No te hagas la tonta. Esto de la guerra te ha venido muy bien para poner en marcha tu venganza, ¿no? Porque es eso lo que quieres, ¿verdad? ¿Me equivoco?

—Me duele que pienses así. Naturalmente que quiero vengar la muerte de mi padre, pero no es ese el motivo de que vayamos a pelear. Nuestros aliados están ahí fuera luchando y no creo que sea correcto agradecerles su apoyo mirando hacia otro lado.

—Sí, pero acabas de reconocer que también lo haces por venganza, ¿por qué?

—Mira, prima, no sé hasta dónde pretendes llegar, pero no tienes ni la menor idea de lo que estoy pasando. Ni de la carga que llevo sobre mí. Si cometo el más mínimo error, puede significar la sentencia de toda Irëdia. De mí depende que el espejo no caiga en manos de Baltor. Aún no he tenido tiempo, siquiera, de procesar todos los acontecimientos que nos han pasado: desde la repentina muerte de mi padre, de quien ni siquiera me he podido despedir, hasta lo acontecido en la gruta de las arpías, donde casi morimos. He comprendido que la vida es corta y

creo que tenemos que hacer algo más que escondernos. Algo que merezca la pena por las personas a las que queremos y por el resto de nuestra querida Irëdia.

—Ariadna, te entiendo. Yo me siento igual, es como si estuviese perdida. Ni siquiera he podido despedirme como es debido de mi familia y, para colmo, ya no podemos volver a casa. Solo quería asegurarme de que estás segura de lo que haces.

—El hogar no está en un solo sitio; está donde están las personas a las que amamos.

Yo, mientras esté con vosotros, da igual a dónde vayamos, sé que a ese lugar podré llamarlo hogar —Ariadna dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos y Helena, en respuesta, le dio un fuerte abrazo.

Desayunaron y empezaron a recoger sus pertenencias, cargaron a sus caballos y emprendieron el camino hacia Micka. Therion insistió en seguir avanzando por rutas

poco concurridas. Los senderos eran muy traicioneros y estrechos, por lo que avanzaron mucho más lento que si lo hubiesen hecho por caminos convencionales. No obstante, era necesario, ahora más que nunca, extremar las precauciones, ya que, si avanzaban hacia una guerra, tal y como les dijo Alejandra, lo mejor sería intentar pillar al enemigo por sorpresa. Ya no debía quedar tanto, pues llevaban varias horas cabalgando. A lo lejos se empezaba a escuchar el fragor de la batalla, pero no veían nada debido a que había muchos árboles. Así que Therion les pidió que se detuviesen: —¡Esperad un momento aquí! Voy a ver primero qué camino tenemos que tomar para no encontrarnos con sorpresas innecesarias. Voy a echar un vistazo; si no vuelvo, marchaos y dad un rodeo —bajó de su caballo y se internó más en el pequeño bosque.

Después de unos minutos de tensión que parecieron eternos, Therion volvió, subió de nuevo a su caballo y les indicó con la mano que le siguieran.

—¡Creo que estamos ganando! —exclamó emocionado.

Cuando llegaron al final del bosque, ellos mismos lo vieron con sus propios ojos. La ciudad estaba completamente rodeada de tropas aliadas: los nemed, los centauros, algunos humanos, amazonas, duendes y hadas. Todos ellos luchaban codo con codo.

Estaban seguros de que los portones de Micka caerían muy pronto.

¡No podían desperdiciar esa oportunidad, tenían que actuar de inmediato!

PREPARATIVOS PARA LA BATALLA

Una semana antes de la batalla, en el campamento de los centauros, Markus estaba explicando con detalle tanto a Diana como al resto de sus acompañantes lo que había ocurrido en el bosque mientras ellos no estaban.

—Los demonios se internaron en el bosque y atacaron Amacenos—aclaró Markus.

—¿Cómo es posible que descubrieran el lugar exacto de la ciudad de las amazonas?

—preguntó Diana, incrédula.

—No lo sé; creemos que tenían a un topo dentro, pero eso es especular. Tampoco podemos permitirnos el lujo de desconfiar entre nosotros —respondió Markus.

—Ahora entiendo la reacción del guardia cuando nos vio —comprendió Diana.

—Sí, y ha sido un duro golpe para el bosque perder a Unax a consecuencia de esta batalla —dijo un cabizbajo Markus. No presentaba en su rostro su habitual carácter guerrero, sino que parecía completamente derrotado y agotado.

—¿Qué quieres decir? ¿Unax está…? —a Diana se le quebró la voz y no pudo terminar de formular la pregunta. Pero no hacía falta; Markus la entendió perfectamente y asintió con la cabeza, con una expresión de consternación en el rostro.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó uno de los centauros del grupo de Diana.

—Ya os he dicho que nos atacaron las tropas de Baltor. Pero lo peor de todo es que vinieron, nada más y nada menos, que dos de los trece demonios superiores.

—¿Los trece demonios superiores? —preguntó Minerva.

—Sí, son los demonios que gobiernan en cada uno de los trece reinos del mundo de las tinieblas. El poder de estos seres se supone que se asemeja al de Baltor, aunque he de añadir que los dos que estuvieron

en el bosque, en realidad, son los más débiles de los

trece y, aun así, mirad lo que pasó: mataron a Unax y casi asesinan al gran héroe Demetrio y a la reina Hipólita.

—Es increíble que seres tan poderosos existan —comentó el joven Ícaro, con el semblante ensombrecido.

—Es que no son de este lugar, chico. Se sabe que nuestro mundo y el de las tinieblas están conectados de alguna manera. Hacia el norte de Irëdia, las tierras son muy baldías e inhabitables, y nadie se atreve a acercarse por allí a causa de los rumores que circulan.

Se dice que en el norte es donde habita el mal y que hay un sinfín de criaturas perversas. También se dice que esas tierras ni siquiera las baña el sol y que allí siempre es de noche —informó Markus. A Ícaro se le erizó la piel y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Y qué buscan esos demonios en nuestro reino? —preguntó Eneas.

—Quieren gobernarlo para expandir sus tierras. Se dice que allí están ya yermas, no hay seres vivos de los que alimentarse, y ya no queda nada. Imagino que necesitan un reino del que nutrirse —le contestó Markus.

—Ya consiguieron invadir Micka y ahora quieren apropiarse del bosque también —

afirmó Diana.

—Vosotros no visteis Épones por dentro, pero la urbe también está siendo controlada por los demonios —informó Minerva.

—Sí, había montones de ellos y soldados de Baltor preparándose para la batalla; por eso enviamos el mensaje —corroboró Ícaro—. Tuvimos suerte de salir vivos de allí.

—¡Ah, así que fuisteis vosotros! Os lo agradezco; si no nos hubieseis avisado, a saber lo que nos habría pasado.

—Me alegro de que sirviese para algo. El precio fue muy alto… —susurró Ícaro, y unas lágrimas se le escaparon de los ojos al recordar a Filipo, quien se había sacrificado para que ellos siguieran adelante. Para él, Filipo era lo más parecido que tenía a un padre, pues Ícaro no había conocido a sus padres biológicos, ya que habían muerto de una enfermedad cuando él era un niño. Desde entonces, Filipo se hizo

cargo de él.

Ahora, por culpa de Eneas, Filipo estaba a merced de los guardias de Baltor, quienes lo pillaron provocando el incendio que hizo posible que todos salieran de allí ilesos.

Minerva abrazó al muchacho y le secó las lágrimas con un trozo de tela. Entonces, con voz amable, se dirigió a Markus:

—¿Podríamos retirarnos a descansar, Ícaro y yo, por favor? Han sido unos días muy duros de viaje.

—Claro que sí, podréis quedaros cuanto gustéis —le contestó Markus —. Gracias a vosotros, nuestros hermanos han vuelto sanos y salvos.

Minerva mostró una de sus amplias sonrisas como agradecimiento y se marchó hacia una de las cabañas que los centauros prepararon para sus huéspedes.

—Sé que es pediros demasiado, Eneas, pero necesitamos ayuda —dijo Markus, mientras miraba de soslayo cómo Minerva e Ícaro se alejaban lo suficiente como para que no pudieran oírlos—. Se avecina una guerra: el bosque no se quedará quieto, está sediento de sangre. Hemos hecho una alianza con los duendes, las hadas y las amazonas. En pocos días nos vamos a alzar contra Baltor; vamos a partir hacia Micka y se la arrancaremos de las garras a ese tirano. ¿Crees que podrás convencer a Minerva e Ícaro para que luchen en nuestro bando una vez más?

—Conozco a esos dos y son tan valientes que no se mantendrán al margen, así que podéis contar con nuestra ayuda. Aunque no sé de qué os podrá servir nuestro insignificante apoyo —contestó Eneas.

—Más de lo que creéis, toda ayuda es agradecida.

—¿Cómo están los heridos? —se interesó Eneas.

—Los sanadores están haciendo todo lo que pueden, pero algunos presentan heridas muy graves que tardarán en sanar. Necesitan mucho reposo de momento —informó Markus.

—Ahora que lo pienso, yo también debería descansar —Eneas cambió repentinamente de tema.

—Sí, tenemos planeado atacar en una semana, así que será mejor que descanséis bien —espetó Markus. Sin decir una palabra más, Eneas se

marchó hacia la cabaña en la que Minerva e Ícaro entraron hace unos segundos.

Mientras tanto, el grupo de centauros que dirigió Diana durante la misión de rescate también se marchó a descansar, tras pedir permiso a su líder, Markus. Así que Diana y Markus se quedaron solos.

—¿Cómo les pides esto? No ves que están destrozados… —le reprochó Diana, consternada.

—Diana, en otro tiempo no hubiese permitido que me hables así, pero ya han pasado tantas cosas que me da igual. Te necesito de mi lado porque eres una leal guerrera y también requiero de la ayuda de esos tres. Lo que está en juego es muy importante: es por el futuro de Irëdia —la voz de Markus sonaba derrotada, lo contrario al tono autoritario que solía emplear para conseguir lo que se propusiera.

—Markus, sabes que no es su guerra. ¡Caray! ¡Son supervivientes, no guerreros! —le espetó Diana, cruzando los brazos.

—Por eso mismo les necesitamos y no digas que esta guerra no les incumbe, porque te recuerdo que Baltor les ha quitado sus hogares. Aquí todos estamos en el mismo bando. ¿Vamos a permitir que Baltor nos mangonee a su antojo como si fuésemos marionetas?

—Claro que no, pero utilizarlos así me parece mal...

—No los estoy utilizando, les he dado a elegir. Ellos han decidido luchar; yo no les he obligado a hacer nada —argumentó Markus.

—Está bien, ¿cuál es el plan? —le preguntó Diana, cambiando de tema.

—Atacaremos desde varios flancos. Estoy seguro de que no se lo esperarán.

Centauros, amazonas y humanos por tierra: nosotros atacaremos desde el sur de la ciudadela, las amazonas desde el flanco oeste y los humanos desde el este. Hemos contactado con el jefe de los rebeldes y también ha accedido a prestarnos guerreros. Por último, desde el aire atacarán las hadas y los duendes. Se verán rodeados y no tendrán más remedio que rendirse.

—Suena muy bien, Markus, demasiado bien; tanto que incluso parece fácil. Por eso me da mala espina, quizás estamos subestimando al enemigo.

—Tú tan desconfiada como siempre... ¿Eso significa que no podemos contar con tu apoyo, Diana? —preguntó Markus, levantando una ceja.

—¡Qué va! Sabes que siempre puedes contar con mi ayuda, pero te ruego que vayas con cautela. Baltor es extremadamente inteligente y poderoso; ya nos lo ha demostrado con creces —le aconsejó Diana.

—Lo sé, Diana. Estamos teniendo en cuenta todos los posibles escenarios.

—¿Qué hay de los elfos? ¿Habéis tratado pactar una alianza con ellos?

—Sí, lo hemos intentado. Hipólita les mandó un mensaje y aún tiene esperanzas de que contesten, pero de momento no ha habido suerte.

—¡Vaya, es una pena! Podrían ser unos aliados muy decisivos para el desenlace de esta batalla.

—¿Crees que no lo sabemos? Pero ya poco se puede hacer... Por cierto, también hemos contactado con una chica muy interesante; se llama Alejandra y controla a los nemed del bosque Susurrante mediante una especie de instrumento, un cuerno creo. Ya nos ha mostrado su poder y estoy seguro de que será una gran aliada. Hemos acordado que ella atacará desde el norte con un ejército de esos seres. Sin embargo, ha insistido en que el ataque se realice durante la noche; me ha dicho que los nemed tienen mayor poder al ocaso.

—¿Confías en ella? Quizás sea una espía de Baltor e intente jugárnosla —cuestionó Diana.

—Aunque intentase traicionarnos, no le he desvelado mi plan. No soy tan estúpido; no conoce los detalles, pero aun así insiste en ayudarnos. Es más, el jefe rebelde es quien nos la ha enviado; si él confía en ella, no nos queda de otra que hacerlo nosotros —

razonó Markus.

—Quién te habría imaginado confiando en humanos.

—Puede sonar extraño viniendo de mí, lo sé, pero conozco al jefe de los rebeldes. No es otro que Dan, el exteniente del Ejército de Fos. Sé que él tiene las mismas intenciones que yo de acabar con el gobierno de Baltor.

—Así que está vivo después de todo. Yo pensaba que Dan, el grande, murió en batalla.

—Eso creíamos todos, pero no. Además, me ha confirmado que el rey Estefano tampoco murió; logró escapar y está a salvo con ellos. Nos ha ofrecido también cobijo,

pues el bosque ya no es un lugar seguro. Yo, sin embargo, lo he rechazado. Pienso que el bosque aún no está perdido, pero si nos vamos, me temo que así será. No obstante, el héroe Demetrio, el mismísimo que acabó con Adonis, se ha unido a ellos, todo con el fin de asegurar a los hombres que viajaban con él, pues, ¿dónde van a estar más a salvo que con los rebeldes? —Markus formuló la pregunta sin esperar una respuesta.

—Ha sido lo mejor, y si la cosa se pone fea... podemos ir con ellos.

—Diana, no pienses ya de antemano que las cosas van a ir mal; no seas tan pesimista. Espera a ver qué pasa; yo tengo muchas expectativas de nuestro triunfo.

Somos muchas razas las que nos hemos aliado y ellos son pocos.

—¿Qué hay de sus vasallos, los elfos oscuros? —cuestionó Diana.

—Alejandra nos ha confirmado que están ahora mismo muy ocupados con sus propias rencillas.

—Sí, pero los elfos oscuros responderán en nuestra contra por utilizar a los nemed; ya sabes que para ellos son dioses —insistió Diana.

—Lo sé, pero espero que para entonces hayamos ganado la guerra. No puedo rechazar a los nemed como aliados; voy a aceptar cualquier ayuda sin importar las consecuencias.

—No olvides a los gigantes, los no-muertos y todos los demonios con los que Baltor cuenta. Recuerda también que en Micka hay soldados humanos que se han postrado ante él.

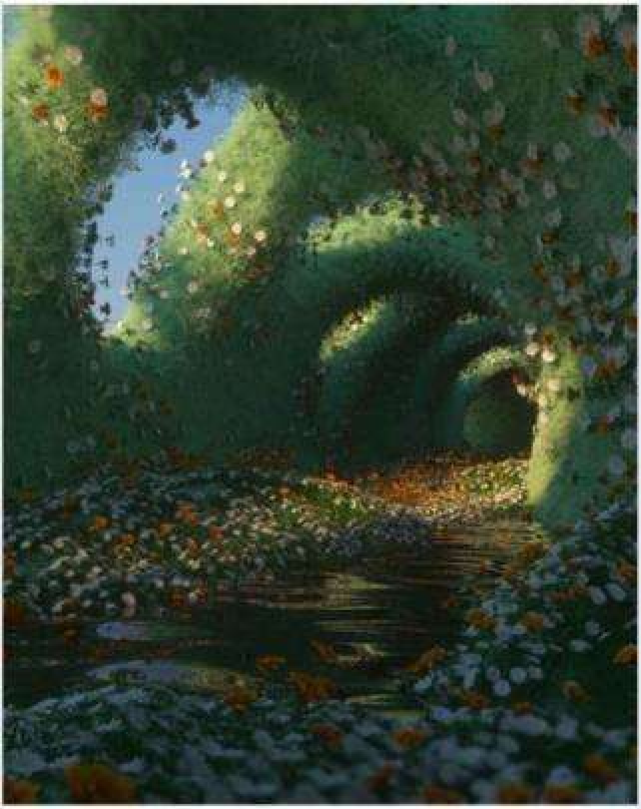
—Sé que tiene un ejército muy poderoso, pero ahora sus tropas están más mermadas. Baltor ya no cuenta con tantos aliados y, en cuanto a los gigantes, sí que son un problema; pero las hadas están encantando nuestras armas para que penetren sus duras pieles. También he hablado con las otras tribus de centauros y dejaremos nuestras diferencias a un lado para expulsar al invasor Baltor de Irëdia.

—¡Vaya! Veo que lo tienes todo previsto. Por cierto, si las amazonas se han quedado sin hogar, ¿dónde están ahora?

—Se ha construido un pequeño cuartel en una de sus grutas secretas y desde allí planean el ataque. A veces nos reunimos para ponernos de acuerdo. Nos hacemos llamar "la resistencia".

—Me alegra saber que, por fin, el bosque está tan unido. Si no te importa, Markus, yo también voy a retirarme —dijo Diana, restregándose los ojos, y añadió—: hablaremos mañana por la mañana y seguiremos haciendo los preparativos, si no tienes inconveniente.

En respuesta, Markus asintió y Diana aprovechó el momento para irse, por fin, a descansar.



NÚCRAX

El cielo estaba encapotado por densas nubes, y la total carencia de luz dejaba que las tinieblas merodearan libremente por los recovecos del enorme palacio, cuyos sombríos muros acentuaban aún más la oscuridad que reinaba en aquellas tierras estériles de Núcrax. De vez en cuando, algún que otro rayo de luna rasgaba los densos nubarrones para dejar ver el palacio y el paisaje, donde reinaba un silencio de muerte. No obstante, éste se interrumpía por el sonido de una voz que se hacía cada vez más audible: —

¡Amo, me temo que los rebeldes están atacando Micka! Necesitan refuerzos inmediatamente. Espero que no sea demasiado tarde, señor, pero nos han pillado por sorpresa; no esperábamos un ataque así —informó un demonio a su señor en la sala del trono, temblando de pies a cabeza.

—¡Bah! No será para preocuparse tanto. Tenemos muchas tropas en Micka; imagino que podrán apañárselas bien contra esos insignificantes rebeldes —dijo el rey con desdén, sin dar importancia a las palabras de su sirviente.

—Señor, he de insistir, me han informado de que la situación se está escapando de las manos. Los rebeldes vienen desde todos los ángulos; han rodeado la ciudad. Su propio hijo Kadar es quien ha solicitado la ayuda por mensaje urgente; se ha comunicado con uno de nuestros espías mentalmente.

—¡Vaya, entonces debe ser cierto! La situación se les ha ido de las manos, ¿pero cómo es posible? —A juzgar por su tono de voz, estaba furioso.

—Mi malignidad, vinieron desde todas direcciones: desde el Bosque de Drajar, desde el Bosque Susurrante, y de las montañas de Berodia también.

—¿Pero desde cuándo tiene tanto poder el movimiento rebelde? Creía

que estaban casi todos muertos. ¿Cómo han conseguido un ataque tan sincronizado?

—Mi querido amo, no solo son los rebeldes; se les han unido los seres del bosque: centauros, amazonas, hadas y duendes. Todos, excepto los elfos.

—¿Los seres del bosque? ¿No mandé a Dis y a Adonis para que se encargaran de ellos? —preguntó Baltor, sin poder disimular su cólera.

—Lo siento, mi señor. Ellos han muerto.

—¿Quéeee? Esos inútiles… —Baltor estalló en ira e hizo añicos el jarrón más cercano, por poco se lo estampa en la cabeza al demonio, y lo habría hecho de no ser porque éste logró agacharse a tiempo—. ¡Esos malakas, esos mentecatos! Solo tenían que hacer una cosa, ¡y ni de eso han sido capaces!

—Lo sé, señor, no entiendo cómo han podido perder.

—No te preocupes por eso, nosotros tenemos más aliados que ellos. Avisa a los gigantes, a los elfos oscuros, a los nemed, a los no muertos y a los vampiros también, llama a todos ellos, si crees que es necesario. Pídeles que defiendan la ciudad a cualquier costo. No pienso cederles lo que tanto tiempo nos costó conquistar.

—Mi señor, recuerde que pusisteis a los gigantes a peinar toda Irëdia en busca de la portadora del espejo. Los elfos oscuros y nemed me temo que ya no están de nuestra parte; de hecho, los nemed están ayudando a las tropas rebeldes. En cuanto a los no muertos, se han mermado desde que Dis murió, y los vampiros ya están echando una mano, pero no es suficiente, mi malignidad.

—Entonces llama a las legiones de demonios y a los restantes de los trece de inmediato.

—Mi rey me temo que para entonces, será demasiado tarde. Les llevará mucho tiempo llegar; Micka tendrá que resistir hasta que lo hagan y no sé si serán capaces.

—Les daré todo el tiempo necesario. Saldré yo a combatir esta vez. ¡Ensilla de inmediato a Devastación, vamos, que no tenemos todo el día! —le espetó Baltor al ver que no se movía.

—Señor, también debo informarle de que nuestros espías han comunicado que la portadora se aproxima a Micka; ya debe estar

llegando.

—Por fin esos espías sirven de algo después de todo —dijo, riendo con malicia—.

¡Qué bien! Esa niña tonta viene a traerme mi trofeo. Se nos ha escapado muchas veces, pero eso no volverá a ocurrir. No, mientras yo esté aquí para evitarlo. Ahora ve a preparar mi montura; antes que nada, tengo que hacer una cosa. —El sirviente se retiró corriendo de la sala del trono, sin mediar palabra.

Cuando Baltor se quedó completamente solo en su sala del trono, comenzó a meditar sobre su asiento e incluso levitó un poco. Entonces, empezó a hablar aparentemente solo en susurros, pero parecía que estaba entablando una conversación con alguien invisible.

—Dante, hijo mío, necesito urgentemente que vayas a Micka. Los rebeldes y los infieles del bosque la están atacando.

—Sí, padre. Voy hacia allí junto a Desolación y un pequeño grupo de hombres. Mi hermano Kadar se comunicó conmigo para que le llevase refuerzos. No tengo muchos hombres ahora bajo mi mando, pero ya estamos en camino —resonó la voz de su hijo menor en su mente.

—¡Muy bien! Este ataque nos ha sorprendido a todos, como ya sabes estoy en Núcrax, pero montaré en Devastación para llegar cuanto antes.

—¡Ah! ¿Vienes a ayudar? Entonces, te daremos todo el tiempo que necesites.

—Quiero pedirte otro favor, Dante, es muy importante.

—¿De qué se trata?

—Me han informado que la portadora del espejo va hacia Micka. Quiero que te encargues de ella y le quites la reliquia.

«¿Ariadna? ¿Qué hace allí?» se preguntó Dante para sí.

—Esa muchacha con la que viajaste nos ha causado muchos problemas. La quiero muerta, a ella y a todo el que se interponga— prosiguió Baltor de muy mal humor e interrumpiendo los pensamientos de Dante.

—Padre, creo que es un poco precipitado. Quiero decir que no es más

que una chica; yo estuve a punto de robarle el espejo una vez. Estuve tan cerca…

—Mátala y punto. No quiero más problemas, será lo mejor para todos. No pudiste sustraerlo porque el espejo la ha reconocido a ella como su portadora. Por eso tienes que eliminarla para quitárselo, no hay otra opción posible.

—Vale, padre. En ese caso, no te defraudaré —dijo tragando saliva, no sabía si estaría a la altura.

—Hijo mío, debo cortar ya la conexión; nos veremos allí. Espero que no me falles, cuento contigo.

Cuando Baltor cortó la comunicación, dejó de levitar de repente, dejando caer su cuerpo en el trono. Se levantó de un salto y salió apresuradamente de la sala, mientras su capa oscura ondeaba a su espalda y la capucha, como siempre, le ocultaba el rostro.

Sin embargo, debajo de la tela, donde debían estar sus ojos, se podían percibir dos enormes luceros rojos que destellaban como llamas.

ELIÁN

El sol estaba en su cenit cuando Cassandra y Argos llegaron a la casa del gobernante de Brisa. Lo que más llamó la atención de Cassandra fue que se trataba de una vivienda modesta, o al menos, eso parecía visto desde fuera, ya que no contaba con adornos demasiado ostentosos y el tamaño de la casa era similar al de una morada convencional.

Se diferenciaba notablemente, por todo ello, del resto de residencias de otros gobernantes que Cassandra había conocido.

Argos abrió la puerta y, al entrar, se encontraron con un patio sencillo, pero hermoso, rodeado de columnas cubiertas de enredaderas. Atravesaron otra puerta y descubrieron una estancia más amplia que el patio anterior. En esta habitación, el suelo estaba decorado con bellos mosaicos que mostraban el mito de Apolo y Dafne [11].

Cassandra tomó asiento en uno de los sillones, tal como le pidió Argos. Mientras él se alejaba por otra de las puertas, ella permaneció en la habitación observando con atención las escenas del suelo. Una ninfa huía de Apolo, el dios del sol, y en la siguiente escena se la veía transformada en laurel. En ese momento, Cassandra escuchó que una de las puertas se abría y apartó los ojos del mosaico para posarlos en la entrada. Por fin llegó Argos, acompañado de quien ella supuso que debía de ser el anfitrión. No pudo evitar que la curiosidad asomara en su mirada, pues el hombre que acompañaba a Argos era un koîros. Cuando sus ojos se encontraron con los del extraño ser, Cassandra disimuló, dejando de mirarle directamente, y se levantó de su asiento.

El hombre erizo hizo un gesto a Argos para que los dejara a solas y tomó la palabra cuando Argos abandonó la sala: —Por favor, Cassandra. Dejemos a un lado las formalidades y vayamos directos al grano —dijo secamente el arcontes y añadió—: Me llamo Elián. Argos me ha hablado de tu situación y la de tu gente, así que espero una explicación de por qué y cómo habéis llegado hasta aquí.

—Verá, hemos huido de nuestro poblado por las guerras y buscamos refugio en la isla Fedora, pero su gobernante no quiso acogernos y nos ofreció uno de los barcos que estaban atracados en su muelle para que buscáramos otro lugar —mintió Cassandra, ya

que no mencionó que en realidad el navío había sido robado. Al escucharla, Elián parecía muy atento a cada detalle de su lenguaje corporal, como si intentara averiguar si lo que decía Cassandra era verdad.

—Querrás decir que lo robasteis, ¿no? —adivinó Elián, Cassandra se quedó paralizada y pensó: «¿Cómo lo ha descubierto?». Los recuerdos le vinieron a la mente de repente y las lágrimas se le escaparon de los ojos al rememorar el sacrificio de Mitril.

Elián parecía haberle leído el pensamiento, pues le dijo:

—Ella decidió su destino, Cassandra. De nada sirve apenarse por el pasado.

—Perdóneme, pero que yo recuerde no le he dicho nada sobre nadie. ¿A quién se refiere? No le entiendo… —respondió Cassandra, más confusa que antes, pues, o Elián sabía lo que ella estaba pensando en todo momento, o el erizo estaba hablando solo.

—A Mitril, ¿a quién, si no, me iba a referir? —le respondió Elián como si lo que dijese fuera una verdad absoluta. Cassandra parecía haber enmudecido, porque no dijo nada más, como si temiera que él pudiese oír sus pensamientos mientras hablaban.

—Efectivamente, soy un telépata, es decir, un mago capaz de leer la mente de las personas con el simple contacto visual. No deberías asustarte por ello; ya sé que puede resultar un poco molesto que alguien penetre tu mente. No obstante, no creas que puedo leérsela a todo el mundo. Hay personas que, por algún motivo, se resisten más que otras. Tú, sin embargo, eres como un libro abierto para mí.

—¿Puede dejar de hacer eso?

—Podría, Cassandra. Desde luego que podría parar, pero respóndeme sinceramente:

¿me vas a mentir otra vez? —Cassandra negó con la cabeza, a lo que Elián le contestó —

: supongo que has venido hasta aquí porque quieres que te ayudemos,

¿no? O, más bien, eso es lo que desea tu pueblo, pero tú quieres otra cosa, ¿no, Cassandra? Quieres ver a tus hijos, ¿verdad?

—Sí, aunque entiendo que no es el mejor momento para pedirle nada. Lo que más deseo en este mundo es volver a ver a mis hijos.

—Mmm, ¿sabes dónde están?

—Creo que en el bosque Drajar; al menos, allí se dirigían cuando los vi por última vez.

—Entiendo. Mira, Cassandra, yo trabajo con los rebeldes. Les llevo provisiones, armas, en fin, todo lo que necesitan. Te cuento esto porque, por lo que he visto en tu mente, sé que puedo confiar en ti. Lo que vengo a decirte es que sería una gran oportunidad enviarte con los rebeldes para que tú puedas encontrar a tus hijos, pues aquí no los vas a hallar. Y, además, ellos necesitan mano de obra y gente dispuesta a arrimar el codo. No sé si entiendes lo que te quiero decir, pero podríamos colaborar entre nosotros, ¿no crees?

—Me parece un trato justo, pero, ¿y qué pasa con mi gente? ¿Pretendes que también te ayuden, no es así?

—Según me ha dicho Argos, la mayoría no puede ni mantenerse en pie, así que, ¿de qué me iba a servir mandarlos con ellos? Pero todo el que quiera será libre de ir.

Pretendo llevar pronto a los rebeldes un cargamento con algunos soldados y provisiones; el que quiera ir puede hacerlo. Y si no, yo no tengo reparos en que se queden, pero tendrán que colaborar igualmente. Les ofrezco la oportunidad de recuperar la vida que han dejado atrás.

—Estoy muy agradecida, la verdad, y creo que ellos también lo estarán. Solo quieren volver a la normalidad, si es que eso es posible. Hemos perdido a demasiados ya…

—Lo sé… No puedo evitar sentir tu sufrimiento… Pero no te preocupes, Dan es muy buena persona.

—¿Dan? Un momento, ¿de qué me suena ese nombre?

—Es el líder rebelde y antiguo teniente del ejército de Fos. Sí está vivo —contestó Elián, leyéndole de nuevo la mente a Cassandra. A ella se le notó en la cara que la noticia la impresionó mucho. Después de todo, Dan seguía vivo cuando todo el mundo creía que el ejército de

Fos estaba acabado. Un atisbo de esperanza se apreciaba en sus ojos castaños.

—Esta noticia hará que todo el pueblo recupere la esperanza. ¿Qué digo? ¡Más que eso! ¡Todo el reino la recuperará!

—Cassandra, no conviene que esto se sepa, pues, ¿cuánto crees que tardarán en descubrirlo los espías de Baltor si comienza a correr el rumor?

—Tienes toda la razón, Elián. Nos podría perjudicar que se supiese. Elián, no quiero ser descortés, pero tengo mucho que hacer: debo ayudar a los enfermos y demás aldeanos a instalarse.

—Claro que sí, no te preocupes. Te avisaré cuando el cargamento para los rebeldes salga, por si quieres viajar en él —dijo comprensivo Elián.

—Por supuesto, cuanto más cerca de mis hijos, mejor —Cassandra se disponía a salir de la casa cuando recordó algo muy importante y dijo —: ¡Ah, casi se me olvidaba! Odio tener que pedirle más favores, pero hay algo que me perturba… Auriga, el capitán del barco que robamos, llegó a un acuerdo con nosotros a cambio de llevarnos hasta aquí…

Le prometimos que le pagaríamos, pero no tenemos dinero. Sé que estoy siendo muy ilusa al pedirle ayuda con esto, pero no sé qué podría ofrecerle.

—No te preocupes, yo me encargo de todo. Cuando te reclame el pago, dile que venga hasta mi casa, yo tengo un trato mejor que ofrecerle —se rió Elián a carcajadas y añadió—: sé que no podrá rechazarlo.

Elián acompañó a Cassandra hasta la entrada de la casa y ambos se despidieron.

Al cabo de los días, Auriga no tardó en reclamar el pago a Cassandra. Ella siguió el consejo de Elián y guió a Auriga para que fuese a la casa del hombre-erizo. Cassandra llamó a la puerta, y un elfo la abrió.

—Buenos días, ¿qué les trae por aquí? —preguntó el elfo con un tono desconfiado en su voz, difícil de disimular.

—Buenos días, queríamos ver a Elián. Yo soy Cassandra, él ya me conoce, y mi amigo Auriga, el capitán que nos trajo aquí con su navío.

—Entiendo, ¿tienen concertada audiencia? —preguntó el elfo con cara de pocos amigos.

—No, pero me dijo que podríamos verle en cualquier momento, siempre y cuando no estuviera en otras labores.

—Ya veo; le preguntaré entonces si puede verlos. Tendrán que esperar aquí —dijo el elfo de mala gana y los condujo hasta la sala en la que Cassandra había conversado con Elián hace unos días.

Estuvieron esperando en la sala lo que les pareció una eternidad. Auriga ya comenzaba a impacientarse en su asiento y se cuestionaba si realmente no sería una artimaña de Cassandra para eludir el pago acordado. Cuando estuvo a punto de dejar su asiento para fisgonear por la casa, se abrió la puerta que daba a una lujosa sala y tras ella apareció Elián. Auriga lo contempló boquiabierto; se notaba por su perplejidad que jamás había visto tan de cerca a un hombre erizo. Cassandra se puso en pie cuando su anfitrión llegó y le dijo: —Encantada de volver a verte, Elián. Es un privilegio que hayas bajado a atendernos. Como verás, este es nuestro capitán Auriga y quiere reclamar un pago por sus servicios. Tal y como concretamos, le he indicado que quizás puedas ayudarle.

—Perfecto, Cassandra. Si no te importa, ¿nos podrías dejar solos para hablar de negocios? —le indicó Elián.

Cassandra agradeció de nuevo su hospitalidad y se marchó por la misma puerta por la que entró. Cuando se quedaron los dos hombres solos, Elián tomó la palabra: —

Auriga, como comprenderás, no te voy a pagar ninguna moneda por traer a esta gente hasta mi isla, porque creo que ya he saldado esa deuda con creces al acogeros en mi ciudad. ¿Acaso yo os he pedido dinero por alojaros en mis posadas o por comer mis alimentos? —Auriga, que por fin cerró la boca, negó con la cabeza y Elián, sin prestarle mucha atención, prosiguió—: Si puedo ofrecerte, en cambio, querido amigo, un trabajo de por vida y te aseguro que pago bien. Pues, como sabes, necesitamos capitanes, marineros y barcos…

—¿De cuánto estaríamos hablando, exactamente? —preguntó Auriga con los ojos iluminados por la codicia.

—Dependerá del tipo de trayecto que tengas que hacer, pero lo común

es que te pague

en

irënos

[12],

para

que

te

hagas

una

idea.

A Auriga se le iluminaron los ojos al escuchar tan buena oferta; quiso disimular su alegría con una tos y luego le preguntó, titubeante:

—¿Cuándo recibiré el dinero? Lo necesitaría para hacer todos los preparativos.

—Antes de cada viaje, te pagaré la mitad de lo acordado para que así puedas costear los posibles gastos. No obstante, tendrás que dar por saldada tu deuda con Cassandra y los demás si quieres trabajar a mi lado.

Auriga le cogió de la mano, sellando su acuerdo, y salió de la casa brincando de alegría, pues si era cierto que le iba a pagar en irënos, iba a ganar una buena fortuna.

Dejaría atrás sus días de marinero errante y se establecería en Brisa, realizando los trayectos suficientes para hacerse con una gran suma de dinero y quizás vivir como un rey.

EL AVANCE DE LA BATALLA

El silencio de la noche fue interrumpido por el sonido del entrechocar de las armas.

El ruido se podía escuchar desde lejos. Las tropas de Baltor resistían como podían el ataque del movimiento rebelde, ya que a éstas se les unieron las criaturas del bosque de Drajar y también los nemed del bosque Susurrante. Los centauros atacaban desde el sur de Micka, dirigidos por Markus; las amazonas, desde el oeste, guiadas por Hipólita; los humanos, encabezados por Fos, desde el este; y desde el norte, los nemed, liderados por Alejandra. Desde el aire, daban apoyo las hadas y duendes con sus habilidades mágicas.

Mientras tanto, Ariadna y su grupo, salvo Therion, que volvió a desaparecer, habían llegado a tiempo para apoyar a sus aliados y se posicionaron junto al ejército de las amazonas con el objetivo de que el muro del oeste cayera. Para su sorpresa, encontraron entre los soldados aliados a Demetrio, a algunos de sus vecinos y también a Minerva.

Aunque se alegraron muchísimo de verlos, la situación no permitió que intercambiaran palabras. Por desgracia, con la aparición de la noche, muchas criaturas de las tinieblas se unieron a las tropas de Baltor: entre ellas, vampiros y demonios.

La victoria parecía inclinarse por el bando rebelde, pues contaban con más efectivos y habían sorprendido al enemigo. No obstante, apareció desde el cielo una temible figura encapuchada a lomos de un enorme pájaro, cuyo plumaje negro se camuflaba con la noche. El jinete lanzaba rayos por doquier desde sus manos, mermando considerablemente las tropas rebeldes. Con su llegada, aparecieron más demonios desde el cielo, precipitándose sobre los aliados de los rebeldes.

Ariadna y compañía seguían luchando junto con las amazonas sin amedrentarse.

Dafne atravesó con una flecha a un demonio que se disponía a atacar a Hipólita con sus garras. La reina amazona miró con agradecimiento a la elfa y se precipitó hacia otro enemigo para degollarlo con su espada. Mientras tanto, Ciro apuñaló en el tobillo a un demonio que atacaba a Kyra por la espalda. El demonio produjo tal alarido que

alertó a Kyra, y esta dio media vuelta, atravesando a su enemigo con su lanza. Por otro lado, Jacky hincaba sus colmillos en un humano que intentó atravesar a Ariadna con su espada. Mientras, Ariadna estaba concentrada en proyectar enormes bolas de fuego en sus manos para provocar el mayor número de bajas enemigas posible.

En respuesta, los hombres de Baltor gritaban y se tiraban al suelo para intentar apagar el fuego, pero, al ser mágico, no conseguían extinguir las llamas. Otro soldado trató de atacar a Ariadna con su espada bastarda, pero ésta esquivó el tajo con agilidad.

No pudo disimular su sorpresa al ver que no se trataba de otro que Dante. El dientes de sable le gruñó para intimidarlo, y Dante dio un paso hacia atrás, poniéndose a una distancia considerable del animal. El semblante de Ariadna cambió de inmediato, reflejando la ira que sentía hacia el muchacho.

—¡Tú! —dijo Ariadna con un odio imposible de disimular—. ¡Tú nos traicionaste!

La joven, cegada por la ira, lo siguió para enfrentarse a él y, sin proponérselo, se apartó del resto del grupo.

—¡Hermana, espera! —exclamó Ciro, pero ya era demasiado tarde; la silueta de Ariadna se perdió entre la multitud de la batalla.

—Ciro, no te alejes de nosotros, es peligroso —dijo Dafne, agarrándole el brazo, ya que el chico iba a ir tras su hermana.

—Llévatelo de aquí, por favor. Te ruego que lo guíes a un lugar seguro —le suplicó Helena a Dafne. Ésta se llevó al niño a rastras; Ciro opuso resistencia en vano, pues la elfa era mucho más fuerte. Un demonio intentó cortarles el paso, pero Jacky se interpuso en su camino y le arrancó la pierna con sus colmillos.

Mientras tanto, Helena y Kyra luchaban codo con codo para intentar mantener a raya a los enemigos que se les aproximaban. Cada vez venían más y más; parecía que no pararían de venir. Baltor lanzó otro rayo desde el cielo; éste cayó muy cerca de Kyra, no la fulminó por muy poco. El campo de batalla se convirtió en una masacre, con millones de cuerpos desmembrados desperdigados por el suelo. La tierra se había teñido de ríos de sangre, y los cadáveres de ambos bandos estaban apilados por doquier. El olor a muerte era insoportable, y los pocos que sobrevivieron trataban de salir corriendo de allí.

Como fue el caso de Dafne y Ciro, que, por suerte, ya se habían alejado del campo de batalla. Todos se preguntaban una cosa: ¿dónde estaba Ariadna? Entre el caos, no podían encontrarla. De repente, una misteriosa luz surgió justo en la dirección que Ariadna había tomado antes de perderse. Enemigos y aliados tuvieron que taparse los ojos para que el brillo no les cegara. Tras la luz apareció el alba, y muchas de las criaturas de la noche se vieron obligadas a huir para no morir quemadas; otros no tuvieron tanta suerte y se convirtieron en cenizas.

—¡Retirada! —gritó Hipólita sin apenas comprender lo que estaba sucediendo.

Aprovechando la confusión que la luz les había brindado, las tropas aliadas se retiraron de la batalla. Helena y Kyra siguieron buscando a Ariadna sin éxito, pues era como si la tierra se la hubiese tragado. No tuvieron más remedio que marcharse de inmediato.

Además, todo el ejército aliado quedó tan reducido que la opción más razonable no era otra que huir, dejando, muy a su pesar, a Ariadna a su suerte.

Unos minutos antes del destello…

—Tangea —murmuró Ariadna, y unas enredaderas brotaron del suelo para rodear a Dante. Él intentó cortar las plantas con su espada bastarda, pero estas habían crecido tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar. Por lo tanto, Dante quedó inmovilizado con las enredaderas. De repente, su cuerpo se metamorfoseó: la piel se le tornó de color sangre, le crecieron dos enormes cuernos en la cabeza y su musculatura aumentó. Su estatura había crecido lo suficiente como para permitirle romper sus ataduras. Los movimientos de Dante se volvieron más salvajes; había soltado su arma y ahora atacaba a Ariadna con sus enormes garras, sin ningún tipo de control.

Ariadna estaba tendida en el suelo y no podía hacer otra cosa que recibir golpes; mucho menos era capaz de conjurar cualquier hechizo. Sentía que sus fuerzas le flaqueaban e incluso empezaba a ver borroso. Por último, terminó perdiendo la conciencia; pero entonces sucedió

algo extraordinario: el colgante que llevaba en el cuello empezó a vibrar con fuerza. Aunque ya estaba rojizo, se volvió de un color rojo más intenso y un fogonazo de luz salió de él, cegando durante unos minutos a aquellos que estuviesen lo suficientemente cerca.

El intenso brillo rojizo obligó a Dante a taparse los ojos con las manos para evitar quedar deslumbrado. Cuando el resplandor se esfumó, ya no había ni rastro de Ariadna. El destello había conseguido que Dante volviera a su condición de humano, pero cayó inconsciente de inmediato.

El caos y la confusión se cernían en el campo de batalla: las criaturas de la noche, vulnerables a la luz, habían abandonado sus posiciones, mientras las que estaban más cerca del foco del fulgor se convirtieron en cenizas. Las tropas de Baltor estaban perplejas ante lo que acababan de presenciar, pues, desde su perspectiva, habían visto cómo una hechicera había conjurado un resplandor capaz de eliminar a todo vampiro que estuviese a treinta pies de distancia, aproximadamente. Sin contar con el hecho de que esa misma maga, después de recibir tan letales golpes de su comandante, había sido capaz de cegarlos el tiempo suficiente como para huir del combate.

Los rebeldes y sus aliados aprovecharon tan oportuna distracción para abandonar la batalla y ponerse a salvo. Si bien los que miraron directamente al brillo también estaban tan desorientados como el ejército de Baltor.

Baltor presenció todo lo ocurrido desde el cielo, por lo que no tenía muy claro qué estaba pasando abajo. Por ello, descendió con su montura hacia donde, unos segundos antes, había aparecido la luz. Encontró a su hijo Dante tendido en el suelo y a todos sus hombres con el miedo dibujado en sus rostros.

—¡Vamos, inútiles! ¡Corred a por ellos! ¡No dejéis que escapen o desataré mi ira sobre vosotros! —ordenó Baltor a los confusos soldados y demonios que aún no entendían lo que estaba ocurriendo.

Baltor sentía un fuego que le ardía por dentro y parecía a punto de estallar. Se dirigió raudo a su hijo, con los puños apretados y una sensación de ira que le desbordaba el pecho. Puso la mano sobre la nariz de su hijo y, al comprobar su respiración, suspiró aliviado. Entonces, una especie de aura morada rodeó a Dante y, de repente, fue capaz de recobrar el sentido. Se incorporó y miró hacia donde debería estar Ariadna, preguntando:

—¿Dónde ha ido?

—¿Dónde ha ido quién? —preguntó Baltor con una voz áspera, y fue entonces cuando Dante se percató de la presencia de su padre.

—La portadora del espejo estaba aquí hace un momento.

—Dante, estabas inconsciente. Dime, ¿ha sido ella la que ha conjurado ese resplandor?

—No recuerdo mucho; sé que perdí el control y luego lo único que recuerdo es aquel brillo.

A Baltor se le resbaló la capucha y, por un instante, dejó ver su rostro: su cara era de rasgos marcados, con unos pómulos muy pronunciados. Sus cejas, puntiagudas, le conferían una mirada seria. Su boca era fina y de apariencia cruel, con unos dientes blancos, particularmente agudos; estos sobresalían sobre sus negruzcos labios. En cuanto al resto de sus rasgos, sus orejas eran extremadamente puntiagudas en la parte superior. Unos cuernos asomaban por su largo y lustroso cabello negro; su tez era de un azul extraordinariamente pálido.

Ningún mortal era capaz de ocultar el horror que inspiraba aquel rostro malicioso, y cualquier soldado en su presencia se tornaba nervioso. Baltor cogió a uno de sus hombres del brazo con tanta violencia que por poco se lo arranca y, mirándolo directamente con sus ojos rojos, repletos de malicia, le ordenó:

—¡Cuéntame qué ha pasado!

—Nuestro señor, Dante tenía a la portadora acorralada. No sabemos cómo ha sido capaz de conjurar ese fulgor, ya que creía que estaba inconsciente; pero ha salido una luz de su cuerpo y, de repente, estábamos todos cegados. Los vampiros se convirtieron en cenizas, y después de eso muchas criaturas de la noche huyeron del combate. Luego, cuando quisimos atrapar a la portadora, ya no estaba; había desaparecido sin dejar rastro.

—¡No puede ser! ¿Cómo es posible que una simple muchacha se burle de todos vosotros? ¡Sois inútiles! ¡Seguid buscándola, no puede andar muy lejos! Dad prioridad a encontrarla; la quiero a ella pase lo que pase, ya me está causando demasiados quebraderos de cabeza.

—Padre, los rebeldes están huyendo —añadió Dante, que ya se había levantado del suelo.

—Ya lo sé, pero esa chica no se nos puede volver a escapar. Necesito el poder del espejo lo antes posible. Ya nos encargaremos de los rebeldes más tarde, pero a ella casi la teníamos y la hemos perdido. No podemos permitirlo; nos ha costado mucho dar con la portadora como para ahora echarlo todo a perder.

Dante asintió con la cabeza y buscó por todas partes a Ariadna, pero no había ni rastro de ella. Era como si la tierra se la hubiese tragado, porque con esas heridas era imposible que llegara muy lejos por sí misma.

EL FRAGOR DE LA BATALLA

Un par de días antes del combate, Minerva, Eneas e Ícaro decidieron ayudar a los centauros y formar parte de la contienda. Por ello, Markus les pidió que se unieran al ataque desde el oeste para apoyar a las amazonas, ya que las tropas de Hipólita eran más reducidas. Allí fue cuando Minerva se reencontró con Ariadna y el resto del grupo.

Aunque se alegró mucho de verlos, ese no era el lugar más idóneo para hablar; tan solo pudieron intercambiar un par de miradas.

Luego, en una milésima de segundo, Minerva los volvió a perder de vista debido al fragor de la batalla. Veía a soldados de ambos bandos caer; las bajas estaban muy igualadas. El suelo se encontraba cubierto de montañas de cuerpos, y Minerva miraba horrorizada a su alrededor, preguntándose: «¿Qué hago yo aquí?». Minerva estaba en shock y tenía los pies anclados al suelo. Eneas la apartó justo a tiempo para que no recibiera el tajo que estuvo a punto de propinarle uno de los soldados de Baltor. El joven Ícaro se interpuso entre ellos y empezó a intercambiar golpes con el enemigo hasta que, por fin, cayó. Mientras Ícaro les protegía, Eneas intentaba en vano que Minerva volviera en sí, pero ella seguía hipnotizada, mirando los montones de cadáveres apilados y el reguero de sangre correr por el suelo.

—¡Vamos, reacciona! —le gritó Eneas, pero ahora empezó a entender la razón de por qué Minerva seguía mirando los cadáveres, pues estos, tanto aliados como enemigos, se estaban levantando y empezaban a rodearlos a los tres.

—¡Por Zeus! ¡Qué horror! ¿Cómo es esto posible? —exclamó Ícaro con una expresión entre sorpresa y terror.

—Es magia negra muy poderosa. ¡Todos, atrás! —ordenó Minerva, que por fin salió de su ensimismamiento, decidida a que, si no intervenía, sería el final. Minerva conjuró una diminuta chispa de fuego y la dirigió hacia uno de los cadáveres. Consiguió que el fuego se extendiera por todo el cuerpo, pero no era lo suficientemente fuerte para prender a todos ellos.

Eneas e Ícaro cortaron a unas cuantas de esas criaturas. Aunque aparecieron cortes en sus gélidas pieles, aquellos seres no tenían sangre que derramar, de modo que seguían acercándose a ellos, insensibles al dolor. Parecía que lo único que realmente les afectaba

era el fuego mágico de Minerva, pero ella no se caracterizaba por ser una gran maga. Así que retrocedieron y, de pronto, Eneas sintió como unos brazos fríos como la muerte se aferraron alrededor de su cuello. Eneas no podía zafarse y comprendió que él y sus amigos pronto formarían parte de las tropas de cadáveres de Baltor.

Entonces, Minerva se concentró como nunca lo había hecho, y de sus manos brotó una corriente de fuego que destruyó a todas las tropas de cadáveres que los rodeaban.

Sin embargo, Minerva no era ahora capaz de controlar su magia y no podía parar de expulsar fuego de sus manos; incluso estuvo a punto de chamuscar a Eneas, que estaba enzarzado con una de esas criaturas. Ícaro la golpeó en la cabeza para que perdiera el conocimiento, y fue entonces cuando el fuego dejó de salir. Eneas la recogió a tiempo para que no cayera al suelo.

—¿Qué crees que haces? —le preguntó Eneas a Ícaro, con cara de pocos amigos.

—Estaba fuera de control, nos habría quemado a todos —razonó Ícaro, mientras examinaba las manos de Minerva con cuidado. Mira, ¿ves las quemaduras de las palmas de sus manos? Hasta ella misma se estaba dañando; si la hubiera dejado, habríamos acabado los tres como esos muertos vivientes.

Después de la inesperada, pero oportuna exhibición mágica de Minerva, el campo de batalla quedó reducido a cenizas y un silencio abrumador se extendía por los alrededores. No obstante, llegaba a sus oídos el lejano ruido de armas entrechocando.

—No podemos seguir combatiendo en estas condiciones; ¡nos matarán! Tenemos que poner a Minerva en algún lugar seguro —argumentó Eneas. Así que ambos se alejaron; Eneas cargaba con Minerva en brazos, mientras Ícaro los protegía a ambos.

Cuando ya se encontraban a una distancia considerablemente segura, se percataron de que el cielo, alrededor de la ciudad de Micka, se volvió de repente grisáceo y unos horribles rayos caían desde las amenazadoras nubes.

—¡Por Zeus! ¿Cómo es posible que haya cambiado el tiempo así de repente? ¿Será que hemos enfadado a los dioses? —preguntó Ícaro, con un deje de voz.

—No, tiene pinta de magia, lo noto. Al igual que esos cadáveres no se

han despertado solos; debe haber un nigromante o un hechicero muy poderoso cerca —le contestó Eneas, mientras recolocaba a Minerva en sus brazos.

—En parte me alegro de haber salido de allí, pero, por otra, me siento mal por nuestros aliados —expresó Ícaro.

—No podíamos hacer… —Eneas dejó la frase a medias, pues advirtió desde la distancia una asombrosa luz que le recordó a los rayos de sol.

Ícaro también desvió sus ojos hacia donde estaba mirando Eneas y, a pesar de la lejanía, tuvo que taparselos para no quedar deslumbrado.

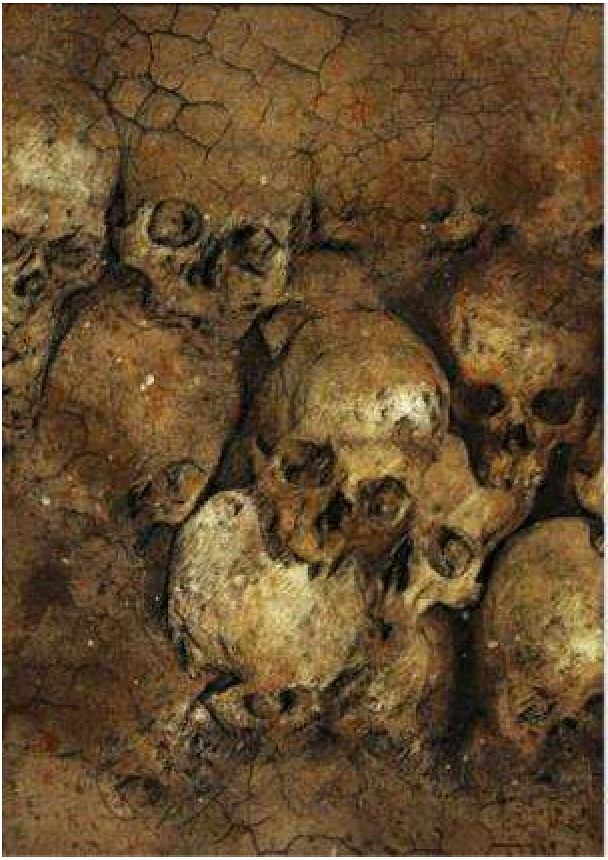
—¿Qué fue eso? —preguntó Ícaro—. Era un resplandor tan cálido...

—No estoy seguro, pero será mejor que nos marchemos de aquí mientras podamos y pongamos a Minerva a salvo —comentó Eneas.

El sol salió del horizonte, lo dejaron a sus espaldas y caminaron rumbo al bosque de Drajar para reunirse con aquellos aliados que tuvieron que quedarse en el bosque, es decir, los más vulnerables que no podían luchar, como, por ejemplo, los niños, ancianos y enfermos. Tenían la esperanza de que los que habían quedado atrás en la contienda regresarían al bosque; así que era su mejor baza. En realidad, su única opción.

Tenían la certeza de que la batalla se había decantado por el bando de Baltor, pues el poder que estos ostentaban era mayor. Además, contaban con poderosos magos y también con seres horripilantes como vampiros, demonios, no-muertos y gigantes. Ellos tres no eran más que simples mortales; ¿qué podían hacer contra tales enemigos?

Incluso Minerva, que tenía algo de poder mágico, no era rival para ellos. Así que se vieron obligados a huir para poder luchar otro día, pero estaban desanimados porque comprendieron que, por muy duro que entrenaran, jamás igualarían el poder de esos seres. Toda esperanza había desaparecido de sus corazones, pero seguirían luchando por sobrevivir y por conseguir su ansiada libertad.



DEMETRIO

Un par de horas antes del destello, Demetrio se encontraba liderando a su grupo de hombres de Laften, los cuales luchaban codo a codo con las amazonas. Unieron fuerzas con el fin de penetrar las defensas de la puerta oeste de la ciudad de Micka. Tras varias acometidas, consiguieron que el portón cediera. No obstante, en la ciudad les aguardaban demonios y soldados de Baltor, impidiendo así que pudieran acceder a tomar la ciudad. De entre sus contrincantes, Demetrio notó una presencia imponente.

Kadar, uno de los hijos de Baltor, emergió en todo su esplendor: una aberración que emanaba oscuridad y muerte.

Kadar fue creado a partir de restos mortales, parte de los cuales pertenecieron a la exmujer de Baltor y su primogénito, ambos fallecidos en el parto.

Sin dudarlo, Demetrio empuñó la espada que le dio Eynah para hacer frente a Adonis, a la que algunos llamaban “La Esplendorosa”, y se preparó para el combate. La criatura, con su cuerpo grotesco y desfigurado, lanzó un alarido aterrador que resonó en toda la ciudad. Las almas de los cadáveres de los que estaba formada se agitaron, como si quisieran escapar de su prisión infernal.

La piel amarillenta del engendro apenas podía cubrir parte de sus músculos y huesos. Sus ojos amarillos y vidriosos no hacían más que resaltar sus negruzcas y profundas ojeras. Las moscas revoloteaban campantes sobre su cuerpo y algunos gusanos sobresalían de él. Nadie era capaz de soportar la repugnancia que su presencia infundía. De hecho, muchos de los presentes empezaron a sentir arcadas al mirarlo, y los más aprensivos vomitaron por su olor a muerte.

Kadar llevaba un enorme garrote que hacía justicia a su tamaño. El engendro medía aproximadamente unos diez pies de altura [13], pero nadie era capaz de saber cómo podía siquiera mantenerse en pie, pues daba la sensación de que sus partes podridas se caerían en cualquier momento. Demetrio fue el único de los presentes capaz de mantener la compostura ante aquel horripilante ser y, muy valerosamente, alzó su espada contra él.

La batalla comenzó con una ferocidad inigualable. Demetrio esquivó ágilmente los ataques del monstruo, mientras su espada cortaba con

precisión la carne podrida de su pantorrilla derecha. Esta cayó con un tajo, dejando tras de sí un olor repugnante. No obstante, el miembro amputado volvió por arte de magia a unirse. Si esa cosa sentía dolor, tampoco lo manifestó, pues contratacó con su garrote como si nada. Sin embargo, Demetrio reaccionó rápidamente para esquivarlo de nuevo. Además, el hecho de que su contrincante no sintiera dolor no lo desmoralizó en lo más mínimo, sino justo lo contrario: le entraron más ganas de batirse contra Kadar, ya que sería un gran reto que afrontar.

La lucha se prolongó durante horas; el choque del acero contra la carne en descomposición hizo eco en la ciudad. Demetrio, en un furioso arrebato y sin saber cómo, concentró un rayo de luz que hizo que "La Esplendorosa" brillase. Con una inmensa fuerza, arremetió un tajo contra el abdomen de su adversario, quien se retorció en agonía mientras la luz le hirió. Esta vez, el golpe sí había surtido efecto y dejó un gran boquete en el engendro, del que brotó un intenso reguero de sangre negra. Acto seguido, Kadar dejó caer su enorme mazo sobre la cabeza de Demetrio.

Afortunadamente, el héroe fue más veloz y esquivó el ataque con una grácil voltereta.

—¡Rápido, ahora que se ha apartado de la puerta! ¡Avanzad! —exclamó Demetrio, respirando entrecortadamente y haciendo una señal con la mano a sus hombres.

Sus aliados aprovecharon la oportunidad que les brindó para avanzar hacia el interior de la ciudad. Su misión era liberar a unos cuantos prisioneros y sembrar el mayor caos posible dentro de Micka, para distraer al enemigo y permitir que el resto de las tropas aliadas siguieran avanzando para tomar la ciudad.

Kadar trató de detenerlos, pero Demetrio le lanzó otro certero tajo con la espada luminosa; este acertó de lleno en el pecho.

—Yo soy tu oponente y, como te descuides un solo momento, te cortaré por la mitad

—le amenazó Demetrio para captar toda su atención, y lo consiguió.

Kadar arremetió de nuevo con su garrote hacia la cabeza de Demetrio, pero era tan lento que este le esquivó con una pirueta. Kadar empezaba a impacientarse y sus golpes se volvían más violentos, aunque menos precisos. No obstante, en una milésima de segundo ocurrió algo que Demetrio no se esperaba. Kadar pegó una patada al

suelo que sacudió todo el terreno, lo que hizo que Demetrio cayera por una fisura. Sin embargo, el héroe se aferró al filo clavando su espada y la sujetó con fuerza para no caer en el boquete. Su agresor aprovechó el momento para asestar otro golpe de garrote, y

Demetrio se aferró a su espada, cerrando los ojos y sabiendo que ese era su fin. Para su sorpresa, el metal del arma enemiga no llegó a entrar en contacto con él, lo que le hizo preguntarse por qué su enemigo se detenía. Abrió los ojos y se vio rodeado de una especie de barrera luminosa. Kadar arremetió de nuevo contra ella para tratar de romperla, sin éxito.

Demetrio no sabía lo que estaba pasando, pero sacó fuerzas renovadas para tratar de ponerse de pie. La barrera se disipó en cuanto pudo sostener de nuevo su espada, y le cayó otro garrotazo muy cerca; este le había rozado la pierna y un reguero de sangre se extendía por toda ella. Demetrio veía sus fuerzas flaquear y no sabía si volvería triunfante de esa batalla, pero tenía que aguantar el mayor tiempo posible por sus hombres. Aunque eso significara su muerte, nada más importaba que cumplir la misión, y si sus hombres lo conseguían, sería infinitamente feliz. A Demetrio le costaba respirar; notaba cómo sus pulmones le ardían en el pecho y cómo sus movimientos se volvían cada vez más lentos.

Esquivó otro garrote por los pelos, y mientras Kadar se movía para asestar otro golpe, se percató de que algo le sobresalía del pecho y bombeaba con energía. El corte que le había hecho en el torso no había sanado y estaba seguro de que esa cosa que bombeaba era el corazón de Kadar. Si lograba cortarlo, habría ganado. Se preguntaba cómo sería capaz de llegar, cuando otro garrote se aproximaba de lleno a su cabeza.

Entonces lo comprendió: tenía que saltar como nunca antes lo había hecho, y así lo hizo.

Saltó encima de la mano de Kadar que sostenía el garrote y se impulsó de nuevo para saltar y arremeter contra el corazón del engendro. El órgano explotó con el mero contacto de la espada sagrada, y un montón de partes del cuerpo, sangre negruzca y gusanos se estrellaron contra el suelo. Como consecuencia, Demetrio cayó al suelo envuelto en toda esa pringue. Pero nada de eso le importaba; había conseguido derrotar a nada más y nada menos que a Kadar. La vista se le

emborronó de repente; ya no había ni rastro de las fuerzas que había recuperado en el fragor del combate. Por lo que se desplomó en el suelo en el acto.

Tras un par de horas, Demetrio se despertó con un sabor a metal en la boca. Escupió sangre e intentó incorporarse, pero le dolía muchísimo el pecho. Durante la adrenalina del combate, no se había dado cuenta de su situación, pero lo cierto era que estaba maltrecho por las heridas que Kadar le había causado. Miró alrededor y se percató de

que estaba en un carro; podía escuchar la marcha acelerada de los caballos que tiraban de la carreta y veía cómo el cielo pasaba a toda prisa. Había claridad. ¿Acaso era de día?

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Todas estas preguntas y muchas más rondaron su cabeza, y quiso moverse y mirar más allá del carro, pero el cuerpo le ardía de dolor. De pronto, empezó a ver cómo las copas de los árboles tapaban casi por completo el cielo y notó que el carromato se detuvo en seco. Entonces vio que un ángel, o al menos eso le pareció a él, le tocaba el rostro con sus cálidas manos. Un manto de hermosos cabellos azabaches le caía sobre una cara tan bonita que parecía esculpida por dioses. Entonces, escuchó una voz muy familiar.

—¡Demetrio! ¡Demetrio, respóndeme, por favor! No me digas que…

—Estoy bien, mi reina —logró decir en un débil susurro que ni siquiera era audible.

—¡Rápido, tenemos que llevarlo a Amazenos! Podemos tratar sus heridas en el lago; estoy segura de que las aguas lo sanarán —contestó la voz de Hipólita.

Los caballos continuaron tirando del carromato sin detenerse ni una sola vez más hasta llegar a su destino. Cuando llegaron a la entrada de Amazenos, Hipólita cogió en brazos a Demetrio, ella era tan fuerte que lo logró sin esfuerzos [14], y lo sumergió en las aguas del lago, tan conocido por sus capacidades curativas. Él sintió un gran alivio en el pecho y en el cuerpo en cuanto entró en contacto con el agua y subió inmediatamente a la superficie para no ahogarse. Notaba cómo los tejidos de sus músculos desgarrados se iban reparando a una velocidad asombrosa; ya no sentía dolor, sino alivio. Cuando Demetrio abrió los ojos, se percató de que varias personas estaban allí observándolo:

Hipólita, muchos de sus hombres, algunas amazonas y también curiosos centauros.

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos ganado? —logró decir Demetrio.

Hipólita negó con la cabeza; unas lágrimas recorrieron su preciosa cara y dijo, con una

tristeza

en

la

voz

difícil

de

disimular:

—Creíamos que estabas muerto, Demetrio. Apenas te latía el corazón; pensábamos que no llegaríamos a tiempo.

—Estoy bien, de verdad, majestad; no os preocupéis por mí. Lo que sí me gustaría saber es todo lo que ha pasado en Micka. Estábamos ganando, ¿no? ¿Qué ha pasado?

¿Por qué no estamos allí festejando? —preguntó Demetrio.

—No, en ningún momento íbamos ganando. Nos hicieron pensar que podíamos, pero después llegó Baltor y arrasó todo el campo de batalla. No le importó si había

enemigos o aliados debajo; empezó a soltar rayos por doquier. Afortunadamente, gracias a tu destreza, conseguimos liberar a muchos prisioneros de Micka, pero aún así perdimos a muchos amigos. Tuvimos que huir y dejar a nuestros muertos atrás. Luego llegó un oportuno rayo de luz que ahuyentó a los hijos de la noche [15], oportunidad que aprovechamos para escapar —le explicó la reina.

—Entonces, ¿me estás diciendo que todo ha sido en vano y que estamos igual que antes o peor? —Demetrio se echó las manos a la cabeza.

—¿Acaso no escuchas nada de lo que te digo? Hemos conseguido

liberar a los cautivos —replicó la reina Hipólita.

—¿Pero cuántas vidas han costado? —quiso saber Demetrio.

—Muchas —musitó, cabizbaja, Hipólita.

—No seáis tan pesimistas; también hemos reducido el ejército de Baltor considerablemente y, además, ese tal Kadar ya está fuera del mapa. Un problema menos, ¿no? Es cierto que no ha salido como esperábamos, pero podría haber sido peor

—soltó Markus con oprimismo.

Demetrio no se dio cuenta de su presencia hasta entonces; le saludó con la mano y le dijo:

—Me alegro de que estés sano y salvo. Tienes razón, en las guerras siempre hay bajas; es algo que no se puede evitar. Tenemos que centrarnos en lo que hemos conseguido, también debemos recordar y honrar a los caídos por sus hazañas —

comentó Demetrio.

—Cierto, ya pensaremos en planes futuros en otro momento. Yo propongo que ahora cada uno llore a sus seres queridos y volvamos con los que aún nos están esperando. Los que estamos hoy aquí deberíamos agradecer nuestra suerte a los dioses y dejar de lamentarnos por la derrota que hemos sufrido hoy. Pues en el mañana vendrá nuestra victoria —dijo Markus, mostrándose muy seguro de sí mismo, y todos lo vitorearon por tan alentadoras palabras.

Ese día, todos los seres del bosque volvieron a sus respectivos hogares y tallaron en una piedra, en lo más profundo del bosque, los nombres de todos los caídos para que fueran rememorados por su sacrificio. En la inscripción rezaban las siguientes palabras:

“Para perpetuar la memoria de los valerosos guardianes del bosque, que cayeron en el intento de tomar Micka para liberar de las cadenas y la opresión a la que fueron sometidos por el tirano Baltor y ofrendaron sus vidas para conservar la paz”.

Con respecto a la innumerable lista de nombres que rezaba a continuación, nadie tuvo el coraje de contarlos, pero eran demasiados. ¿Realmente había merecido la pena intentar asediar Micka? Esa pregunta rondaba la cabeza de todos los habitantes del bosque, pero ya nada podía reparar esa decisión y no tendrían más remedio que

lidiar con las consecuencias. Lo más importante ahora era mantener al bosque a salvo de sus agresores. Por lo tanto, amazonas, centauros, duendes, hadas, humanos y el resto de criaturas que vivían en el bosque, salvo los elfos, los cuales seguían sin dar señales de vida, trabajaron juntos para levantar las defensas. Se reunían cada día para aportar ideas de protección, ya fueran mágicas o físicas. Por ello, penetrar en el bosque de Drajar se había vuelto más complicado que nunca. También dedicaron semanas, incluso meses, a reconstruir la ciudad de Amazenos, que aún estaba derruida debido al ataque del ejército de Baltor.

A pesar de sus tantos que haceres, no se olvidaron de rendir culto a los dioses y cada vez eran más habituales los sacrificios de animales para conseguir el favor de sus deidades. En cuanto a los rebeldes, no se supo nada más de ellos. Simplemente huyeron a su fortaleza en las montañas de Berodia y, por lo tanto, se cortaron las comunicaciones con ellos. No obstante, tenían la esperanza de que no su hubiesen rendido tan fácilmente y que como ellos, estuviesen esperando la oportunidad perfecta para contraatacar.

LA PIEDRA PROTECTORA DE SÍDHE

Ariadna despertó en una habitación que no había visto antes. Miró a su alrededor en busca de algo que le delatara dónde podía estar. Descubrió que se encontraba en un dormitorio con motivos decorativos florales en las paredes; de hecho, parecía que la naturaleza campaba a sus anchas por todos los recovecos. Ariadna recorrió con sus manos la cama en la que estaba tumbada y se percató

de que se hallaba acostada sobre hojas y flores. Por su nariz percibió diferentes aromas mezclados: olía a jazmín, gardenia, lirio y también lavanda.

No recordaba cómo había llegado hasta allí; intentó hacer memoria, pero lo único que pudo rememorar fue el campo de batalla. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al recordarlo, pues aún sentía el dolor de los violentos golpes de aquella bestia. Se enfrentó a Dante, y este se convirtió en un demonio atroz. Ariadna quiso pensar que Dante había perdido el control entonces, tal y como le ocurrió en otra ocasión en el bosque, pues le dolía pensar que quien un día fue su aliado quería infligirle tales heridas. Entonces, cayó en la cuenta de que los demonios son malvados por naturaleza y que él ya no era su amigo, sino uno de ellos. De hecho, probablemente nunca lo había sido; la había engañado. Por más que buscó en sus adentros, no recordó nada más. Así que supuso que, después de tremenda paliza, había perdido el conocimiento.

Lo importante es que ahora estaba en aquella misteriosa sala y pensó que probablemente alguien la había llevado hasta allí; pero, ¿sería un enemigo o un aliado?

Tras darse cuenta de ello, se incorporó de golpe, y, a continuación, le sacudió un intenso dolor en todo el cuerpo. Tan fuerte que incluso llegó a perder el equilibrio, y, con tan mala suerte, resbaló por la cama y se precipitó hacia el suelo con un sonido seco. Como consecuencia, de su nariz salió un reguero de sangre, y entonces fue cuando Ariadna se percató de la situación de su maltrecho cuerpo, que estaba lleno de rasguños y moratones por toda la piel. Tenía un mal presentimiento y no pudo contenerse las ganas de gritar: —¡Ciro! ¡Helena! ¡Dafne! ¡Kyra! ¡Jacky! ¡Therion!—llamó a sus amigos desde el suelo, con un deje de voz, intentando en vano ponerse de pie. Ya no le importaba si estaba en manos del enemigo o no; necesitaba respuestas cuánto antes.

Ariadna escuchó cómo alguien abría la puerta de madera y, luego, un extraño aleteo.

Miró de reojo desde el suelo para descubrir al intruso y se encontró con una mirada de color esmeralda y la amplia sonrisa de una muchacha, cuya tez era blanca como la nieve y tenía unos preciosos rizos castaños que le recorrían toda la cara. Ariadna se fijó un poco más en la joven, que se arrodilló junto a ella para devolverla de nuevo a la cama: llevaba un vestido que parecía hecho de hojas y adornado con rosas. Además, en su espalda asomaban dos bellas alas que no

tenían nada que envidiar a las de las mariposas.

Ariadna quedó enmudecida; aunque ver aquella sonrisa, en cierto modo, la reconfortaba y la hacía sentir mejor. La muchacha de largas pestañas le habló con una voz tan dulce que parecía una melodía: —¡Hola! Me llamo Calíope y me alegro mucho de que hayas despertado por fin.

—¿Por fin? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Durante tres días, mi querida Ariadna.

—¿Cómo? ¿Tres días? ¡Espera! ¿Cómo sabes mi nombre si ni siquiera te conozco? —

preguntó Ariadna sin disimular su desconcierto.

—El Oráculo de las Hadas lo sabe todo. Verás, Ariadna, seguramente tienes muchas preguntas y no debes preocuparte, porque lo descubrirás todo a su debido tiempo. Por ahora, lo que necesitas saber es que estás en Aes Sidhe, el reino de las hadas, y has llegado hasta aquí gracias a la piedra protectora de Sidhe —explicó Calíope, señalando al colgante de Ariadna que reposaba sobre la mesa al lado de la cama.

—¿Te refieres a mi collar? —se extrañó Ariadna.

—Sí, ese collar, como tú lo llamas, te avisa cuando corres peligro, pero no solo hace eso. Si quien lo lleva está en riesgo de muerte, lo llevará al reino de Aes Sidhe. Debiste estar expuesta a una gran amenaza para que la piedra te trajera hasta aquí. Tuvimos que quitártela porque no ha parado de vibrar y ponerse en rojo. Ahora, como ves, la piedra ha vuelto a su color azul original, eso significa que estás a salvo. Por ahora es lo que tienes que saber, así que descansa y, cuando estés recuperada, puedes ir a ver al Oráculo; él responderá todas tus preguntas.

—No puedo descansar, sabiendo que quizás mis seres queridos estén… —Ariadna no pudo encontrar las palabras adecuadas y una presión le oprimió el pecho solo con pensar en la idea de que Ciro, Helena, Dafne, Kyra o Therion estuviesen muertos.

—Te entiendo, Ariadna, pero en eso no te puedo ayudar… Cuando estés descansada, el Oráculo te dirá todo lo que quieras. Mi reina me ha pedido que te proporcione todo lo que necesites para que te mejores cuanto antes. Creo que te vendría bien algo para calmarte, así

que sé buena y espera un segundo; ya vengo.

Ariadna no le dio tiempo a protestar, sino que Calíope apareció de nuevo en la puerta de la habitación con un cuenco de barro en las manos del que emanaba vapor.

Un fuerte olor a lavanda impregnó la nariz de Ariadna cuando Calíope se lo acercó a los labios para que bebiera. Ariadna pegó un sorbo, pero el brebaje estaba tan caliente que se quemó la garganta.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Calíope al ver la cara de disgusto de su paciente y dejó el cuenco en la mesa junto al colgante.

—Seguro que esto te hará sentir mejor. Te dejo descansar —le dijo el hada mientras se acercaba a la misma puerta de la habitación por la que había entrado.

—¡Espera! —exclamó Ariadna al ver que la muchacha alada se marchaba—.

Háblame sobre lo que pasó en la batalla. Recuerdo perfectamente que estaba en Micka luchando contra el ejército de Baltor. Todo iba bien hasta que apareció el rey. Yo estaba en problemas, pero ahora estoy aquí. ¿Qué pasó? ¿Cómo terminó?

—Ariadna, creo que tú misma puedes responder a esa pregunta —Calíope hizo una pausa y añadió—: perdimos y nos vimos obligados a huir.

—¿Y qué pasó con...? —se trabó de nuevo Ariadna.

—¿Tus amigos? Ya te he dicho que tendrás que preguntarle al Oráculo de las hadas cuando te recuperes. Yo no estuve allí y no sé lo que pasó en detalle —le dijo cansinamente el hada, que empezaba a perder la paciencia.

—¡Tengo que saberlo ya! —Ariadna se incorporó de nuevo, pero, antes de que pudiera levantarse, Calíope extendió la palma de la mano, pidiéndole que parase.

Ariadna, sin comprender la razón, se detuvo en seco. Quería levantarse y ella se lo ordenaba a su propio cuerpo, pero este no le respondía. Calíope le ordenó que se tumbase y, aunque Ariadna luchaba por no hacer lo que el hada quería, su cuerpo se tendió sin oponer resistencia. Ariadna seguía intentando levantarse, pero una fuerza superior a ella se lo impedía. Tampoco podía hablar, así que la

magia quedaba del todo descartada. Calíope se acercó, mojándose las manos en el cuenco, y entonó un cántico muy hermoso y tranquilizador. El hada extendió sus palmas mojadas y tocó el rostro de

Ariadna. Cuando su piel entró en contacto con las manos de Calíope, se sumergió en el reino de Morfeo.

Ariadna despertó desorientada y confusa; la cabeza le daba vueltas. Seguía en aquella extraña habitación, así que sabía que no lo había soñado. Esta vez comprobó que su cuerpo le respondía antes de intentar levantarse de golpe. Le rugía el estómago tanto como un león. No estaba segura de si era de día o de noche; también había perdido la percepción del tiempo, lo que hacía que se sintiera aún más confundida de lo que ya estaba. Abrió la puerta de madera, decorada con florecillas, con cuidado para no hacerla chirriar. Miró en la próxima habitación, asegurándose de que no hubiese nadie, y siguió adelante.

No reparó demasiado en su alrededor, sino que fijó su mirada en la siguiente puerta, que la condujo hasta un jardín. ¡Qué bonito era contemplar aquel lugar! Su mirada se posó primero en las variadas flores que acariciaban sus pies. Luego, en unos enormes champiñones que, al fijarse un poco mejor, se percató de que se trataba de casas. Desde allí, podía ver las lucecitas que iluminaban las setas desde su interior. Ariadna estaba segura de que nada podría impresionarla más que aquellas vistas, pero al alzar la vista y contemplar el firmamento, lo olvidó. Estaba más cerca que nunca antes de las nubes y las estrellas. Aes Sidhe debía estar en la cima de una montaña o algo por el estilo.

Después de visitar Amazenos, pensó que no contemplaría un lugar más bonito, pero sin duda Aes Sidhe le resultaba aún más encantador. Más bien, le daba la sensación de que estaba dentro de aquellos cuentos que su padre le contaba de niña; historias sobre un hermoso reino que reposaba sobre las nubes y donde la magia podía respirarse en cada esquina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz que ya le era familiar—. ¿Me descuido un poquito y te escabulles?

Ariadna no le contestó, sino que la miró fijamente a los ojos. Aquella hada entrometida, llamada Calíope, era como un auténtico grano en el culo.

—No tendrías que estar levantada; deberías descansar —le regañó el hada a Ariadna.

—Ya he estado demasiado tiempo dormida. Lo que necesito son respuestas. —

Ariadna intentó adquirir un semblante firme, pero le rugió con fuerza de nuevo el estómago.

—Lo que te hace falta es comer algo. Anda, ven adentro, por favor. Te prometo que luego te llevaré ante el Oráculo, pero primero tienes que alimentarte o te desmayarás.

Ariadna tenía tanta hambre que no refunfuñó y la siguió hasta el interior de la casita en forma de champiñón.

—Espera aquí —le pidió Calíope, señalando una silla del comedor. Ariadna se sentó y ahora sí echó un vistazo a su alrededor. La estancia estaba iluminada con una lámpara de aceite de arcilla. Aquella sala estaba más amueblada que la habitación en la que había dormido, pero la decoración era similar, pues por las paredes de champiñón trepaban unas extrañas enredaderas con flores. Ariadna se levantó para acariciarlas, pero entonces entró el hada con un enorme cuenco de verduras en las manos y un par de platos, así que Ariadna se ofreció a ayudarla.

Calíope le sonrió en agradecimiento, se perdió nuevamente de su vista y volvió con una jarra, un par de vasos y cubiertos. Se sirvieron una variedad de verduras y a Ariadna le volvió a rugir la bestia interior de su estómago, exigiendo comida. Ariadna dejó de lado la compostura y devoró sin compasión el contenido de su plato. Calíope quedó sorprendida, pero le sonrió y le sirvió de nuevo. Cuando el apetito de Ariadna quedó satisfecho, la joven suspiró y dijo: —Creo que jamás había tenido tanta hambre.

—Es normal; llevas tres días inconsciente.

—¿De verdad llevo tanto tiempo? —preguntó Ariadna sin esperar una respuesta y suspiró—. Necesito enterarme de lo que ha pasado.

—No te preocupes, iremos a ver al Oráculo. Estoy segura de que te aclarará todo.

—Antes de nada, quiero preguntarte algo —le dijo Ariadna en tono serio. Calíope asintió para indicarle su aprobación.

—Cuando me desperté y quise ir al Oráculo, hiciste un movimiento con la mano y, con solo ordenarme que parase, el cuerpo no me respondió. ¿Me hiciste algo?

—Sí, Ariadna. Fue un hechizo y, seguramente, si está en mi mano, te enseñaré a usar la magia como lo hacemos las hadas y puede que, incluso, seas más poderosa que yo con el tiempo. Todo a su debido tiempo; ahora tienes que recuperarte, tanto física como

mentalmente. Y creo que, para esto último, tienes que hablar con el Oráculo, ya que imagino que tienes muchas dudas que preguntarle, ¿verdad?

Ariadna asintió y Calíope le indicó que la siguiese. Ambas salieron al exterior y, guiadas por la luz de la luna, recorrieron la ciudad de las hadas, descubriendo sus maravillas: las casas eran setas, las calles estaban llenas de plantas, a excepción de un camino hecho de piedra; y las luciérnagas surcaban la noche como si fueran estrellas. Se alejaron del bullicio de los hogares y llegaron hasta un gran árbol que tenía una amplia abertura al pie. Entraron juntas al interior y se encontraron con una estancia enorme, en cuyo centro se podía apreciar una fuente de la que brotaba agua. Ariadna ignoraba cómo podía ser posible encontrar esto en el interior de un árbol, pero estaba acostumbrada a ver cosas tan extrañas que ya nada podía sorprenderla. Al borde de la fuente habían colocado muchos jarrones con flores y cuencos de barro con alguna especie de ungüento que Ariadna no reconoció.

—Ariadna, tal y como te prometí, te he traído hasta aquí. Primero, te voy a explicar cómo funciona, ya que, si me quedo contigo mientras haces la consulta, puedo distorsionar las palabras del Oráculo. Solo se permite formular las preguntas a una sola persona a la vez. Solo tienes que tener claro en tu mente lo que quieres saber y, entonces, arrojar una ofrenda a la fuente. Como ves, las hadas solemos usar flores.

¿Tienes alguna duda?

—¿Cómo se supone que va a contestarme si no es más que una fuente? —preguntó Ariadna con el ceño fruncido.

—Pues el Oráculo te mostrará la verdad en sus aguas con escenas. Es capaz de enseñarte lo que quieras saber. Te esperaré en la puerta, ¿vale? Tómate el tiempo que necesites—. Sin decir una palabra más,

Calíope dejó a Ariadna sola.

Ariadna se acercó con timidez al manantial; en lo primero que pensó fue en Ciro y en si estaría sano y salvo. Cogió un puñado de flores y las arrojó al agua. De repente, unas imágenes se arremolinaron en la fuente hasta que se hicieron nítidas. Ariadna pudo distinguir a Ciro abrazando a Helena y a Jacky.

—Están a salvo, menos mal —suspiró Ariadna aliviada y, entonces, se acordó de su madre, de Dafne, Kyra, de sus tíos, de Demetrio, Diana, Therion, Minerva y, para su alivio, el Oráculo le mostró que todos ellos estaban sanos y a salvo en alguna parte del mundo.

Tenía la certeza, por las escenas que le enseñó la fuente, de que su madre y sus tíos estaban en alguna zona costera y que Ciro y sus amigos debían estar en alguna especie de fortaleza. Indagó más para saber el paradero de su hermano, pero el Oráculo solo le reveló un sistema montañoso. Ella creyó que podía tratarse de Berodia, aunque no lo podía asegurar, ya que nunca antes había estado allí. No obstante, era la opción más lógica, pues allí se dirigían antes de separarse. Inmediatamente después, pensó en Baltor, con la esperanza de que quizás el Oráculo le pudiera desvelar algún secreto de él, pero nada más que vio oscuridad. Esta vez, recordó a Dante, con la esperanza de averiguar así algo de Baltor, ya que el muchacho es su hijo. Vio en la fuente que Dante se encontraba en unas tierras áridas; parecía un desierto. Se quitó un trozo de tela del torso y se lo restregó por la frente para quitarse el sudor. Ariadna se puso roja de furia y dijo en voz alta: —¡Mira a esa rata traidora! Ahí está tan tranquilo. Es que me pone de los nervios, me repugna…

Ariadna formuló su última pregunta en voz alta:

—¿Cómo puedo derrotar a Baltor?

Las aguas se arremolinaron otra vez y le mostraron su camino: Ariadna experimentó algo muy extraño, ya que se veía a ella misma entrenando la magia junto a Calíope. De repente, se emborronó esa imagen y luego se vio a sí misma emprendiendo un viaje.

Después apareció una llama brillante. En otra escena pudo ver que llegaba junto a sus amigos a unas ruinas y sellaban el poder del espejo. También pudo ver cómo emprendía un peligroso camino montañoso hasta llegar al templo de Zeus.

Posteriormente, se vio a ella misma enfrentándose a Baltor, pero el resto de imágenes eran un poco confusas, pues no se sabía quién

resultaba ganador. La visión hizo que Ariadna recordara las palabras de Therion: «La llama eterna de los Páramos solitarios que está en el Continente del Sur; rocío de Yggdrasil, el árbol de la vida, custodiado por los elfos del bosque Drajar. Esto mermará los poderes del ser maligno; y, por último, realizar un ritual en las ruinas de Shaun, el mismo sitio donde fue encontrado. Para este último paso, necesitaréis magia y conocimientos muy avanzados que, en estos momentos, solo las hadas conocen». Entonces comprendió que no estaba ahí por casualidad y que tenía que aprovechar la oportunidad para entender mejor la magia de las hadas.

Ariadna estaba tan eufórica por su descubrimiento que no se le ocurrió qué más podía preguntar al Oráculo, así que se dispuso a salir del interior del gran árbol, cuando una misteriosa voz la detuvo: «En tiempos de guerra, un enemigo se transformará en aliado para sorpresa de muchos. La llama que arde no será lo que todos esperan, pero

cambiará el rumbo de las interminables luchas. Una nueva semilla crecerá y será el lazo que una los dos reinos en conflicto».

Ariadna estaba aún más confundida que al principio. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie; era como si la voz la hubiese escuchado en su cabeza. Se preguntó: «¿Qué querrá decirme? ¿Y quién o qué me habló?»

Al salir del gran árbol, Ariadna se encontró con Calíope. Y le confesó lo que más temía: —Es extraño y seguramente vas a pensar que estoy loca, pero he escuchado una voz dentro del árbol que me ha dicho algo la mar de raro —Ariadna le repitió las palabras que había escuchado.

—Yo nunca lo he experimentado, pero se dice que a veces el Oráculo revela profecías. No sé lo que te habrá querido decir, pero estoy segura de que es muy importante —afirmó Calíope.

Ambas se dirigieron a la casa del hada, mientras Ariadna le contaba todas las visiones que el Oráculo le había mostrado. —El Oráculo me mostró cómo tú me ayudabas a aprender una magia desconocida para mí: la magia de las hadas. De hecho, la necesito para...

—Para debilitar al ser que vive en el espejo de Shaun, lo sé... —le interrumpió Calíope, y añadió al ver a Ariadna tan desconcertada —: el Oráculo me lo dijo todo, pero he de advertirte que es arriesgado para un humano controlar ese poder.

—Pero, ¿es posible? ¿Alguien más lo ha conseguido? —quiso saber Ariadna.

—Sí, solo una persona lo ha logrado, y ese era tu padre.

—¿Mi padre? ¿Mi padre estuvo aquí?

—Claro que sí. Él tenía antes que tú la piedra protectora de Sidhe, y tu abuelo también la tuvo. Ha pasado de generación en generación en tu familia, pero nadie más que tu padre ha sido capaz de entender el sentido y el nombre de la magia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ariadna, te puedo enseñar, pero necesitas primero un gran dominio de la magia.

Necesitas comprender la naturaleza de esta y canalizar tu energía para concentrarte al máximo. No es nada fácil aprender la magia de las hadas; se utiliza directamente la fuerza de la naturaleza. Para ello, tienes que ser uno con la tierra.

—No entiendo muy bien lo que quieres decir, pero, por favor, necesito aprender. El Oráculo me ha mostrado mi camino y sé que no será precisamente sencillo, pero he de intentarlo.

—Está bien, Ariadna. Si estás tan segura, empezaremos mañana, pero te advierto que es muy complicado.

Ariadna estaba tan emocionada que no pudo pegar ojo en toda la noche.

COSTA DE BERODIA

Pasaron un par de meses desde que los aldeanos de Laften llegaron a la ciudad de Brisa. Afortunadamente, ya estaban recuperados y preparados para el momento de partir. Tendrían que dejar atrás la hospitalidad que Brisa les brindó para volver al reino de Irëdia, a su hogar. Elián, el gobernante de Brisa, les había tratado maravillosamente, pero deseaban regresar a su tierra más que nada en el mundo. Necesitaban averiguar qué había sido de aquellos que no tuvieron suerte y quedaron atrás. El barco con el cargamento para los rebeldes estaba a punto de zarpar y esa era su mejor opción para llegar a Irëdia de forma segura. Una vez allí, irían a parar a manos de los rebeldes en las montañas Berodianas. Sin embargo, no todos querían irse de Brisa, pues algunos se habían instalado en la ciudad y se habían acostumbrado a la comodidad de vivir entre cuatro paredes. Así que muchos decidieron quedarse, sobre todo los ancianos, que preferían una vida tranquila. Además, a algunos les daba miedo regresar al mar. Esto se debia a los contratiempos que sufrieron durante el trayecto desde las islas del sur hasta Brisa. Los cíclopes tuvieron mucho que ver, pues estuvieron a punto de hundir los navíos.

No obstante, muchos de ellos, como era el caso de Cassandra, estaban decididos a volver a Irëdia en busca de sus familiares. De hecho, lo que más anhelaba Cassandra era volver a ver a sus hijos, Ariadna y Ciro. Su hermana Hésper y su sobrina Selene decidieron ir con ella para encontrarse con Lander y Helena. Ofelia también quería acompañarlas, ya que estaba segura de que su hija adoptiva, Dafne, estaba en Irëdia y no permitiría que le ocurriera nada malo. Asclepio y Andrius planeaban unirse a los rebeldes, pues pensaron que serían más útiles allí, en Irëdia, donde estaba la acción.

Puesto que los rebeldes valoraban mucho a los navegantes como Andrius, ya que él podía aprovisionarlos con mercancía de otros lugares. El conocimiento de Asclepio en medicina también sería muy apreciado por los rebeldes, ya que era un hábil curandero.

De hecho, se ofreció voluntario en cuanto vio que todos los aldeanos de Laften estaban sanos y salvos, y comprendió que donde más necesitaban sus cuidados y conocimientos era en el campo de batalla.

Así que zarparon; llegar a la costa de Berodia les tomó apenas un par de días de trayecto en barco. No podían creer que hubieran estado todo este tiempo tan cerca de Irëdia. La playa de Berodia era muy

hermosa, pues el agua era cristalina y la arena estaba muy limpia. Se podía apreciar el sistema montañoso de Berodia a pie de playa.

Bajaron de las naves acompañados de Argos y algunos soldados de Brisa que los escoltaron.

—Os llevaremos hasta la gruta secreta donde entregamos las mercancías, y, una vez allí, los rebeldes os llevarán hasta su base —les informó Argos a los vecinos que decidieron unirse a la causa.

—Argos, ¿estás seguro de que podemos confiar en ellos? —preguntó Cassandra, sin disimular las reservas que sentía por aquellos desconocidos, pues si algo había aprendido en sus años de experiencia era no fiarse absolutamente de nadie.

—No te preocupes, te aseguro que son aliados y estarán encantados de acogeros porque necesitan toda la ayuda que les sea posible. Además, todos queremos lo mismo: el final de la tiranía de Baltor. Estamos sufriendo por todo lo que Baltor nos está haciendo; la gente tiene miedo, no quiere salir de sus casas, encarcelan a todos los que no están a favor de su gobierno y confinan a las criaturas mágicas. ¿Quieres más motivos para fiarte de ellos? Tenemos el mismo objetivo y, por tanto, un enemigo común.

—Lo entiendo, siento mis sospechas, pero yo también lo he pasado tan mal que me he vuelto desconfiada en exceso.

—No te preocupes, de todas formas, nadie te está obligando a ir con ellos. Si quieres, puedes volver con nosotros a Brisa tras descargar la mercancía.

—Argos, te lo agradezco, pero necesito encontrar a mis niños y me temo que si me quedo en Brisa, no voy a poder hacerlo.

—Cassandra, si te quedas más tranquila, podemos encontrarnos aquí cada dos semanas, ya que, de todos modos, tendremos que venir a traer provisiones más a menudo. Y si algún día cambias de idea, puedes volver con nosotros a Brisa.

—Gracias, eso me tranquiliza un poco. Además, así podremos compartir información de cómo marcha todo. Te pido que, si descubres algo del paradero de mis hijos, me lo cuentes de inmediato, por favor.

—Claro que sí, Cassandra. Cuenta con ello; aun así, espero que tengas la suerte de encontrarlos muy pronto.

Avanzaron hasta una gruta marina y dejaron la mercancía en la entrada de la misma. Esperaron un rato a que aparecieran los rebeldes, y cuando pasaron un par de minutos, estos llegaron para recoger las existencias que les habían dejado.

—Hola, Argos —le saludó un guerrero que, más que un humano, parecía un toro.

Tenía todo el cuerpo de hombre cubierto de pelo marrón y medía, al menos, unos siete pies de altura [16]. Dos cuernos coronaban su cabeza y de la parte trasera de los pantalones le sobresalía un rabo de toro. Cassandra y todos los aldeanos de Laften que decidieron acompañarla se quedaron petrificados al contemplar a semejante bestia, pues no estaban acostumbrados a ver a otros seres que no fueran humanos. Si bien durante su estancia en Brisa se habían acostumbrado a los hombres erizo, elfos y hombres lagarto, nunca antes habían visto a una criatura así. Además, su sola presencia les intimidaba. El tauro, al ver a tantos humanos juntos, añadió con una voz seca e imponente:

—Veo que vienes muy bien acompañado esta vez.

—Sí, Minos. Estas personas vienen desde Laften, una pequeña aldea del sur de Irëdia, con la idea de aliarse con vosotros. No tienen a dónde ir, Baltor destruyó sus hogares, por lo que tienen la esperanza de encontrar a sus familiares perdidos y ayudar a vuestra causa en lo que puedan. Además, son de fiar, ya que Elián ha examinado sus pensamientos y sus intenciones son buenas.

—Ya veo. De hecho, es posible que encuentren a sus familias porque algunos refugiados de Laften están con nosotros. Si no, haremos todo lo posible por encontrar a los supervivientes. Cuantos más aliados, mejor; más cerca estaremos de derrocar a Baltor. Además, no nos vendrá mal más mano de obra. Argos, el tiempo apremia. Por favor, agrádecele a Elián por las provisiones y dale esto también como compensación.

Minos le dio una bolsa de cuero. Al moverla, sonó un tintineo, como si muchas monedas entrechocasen entre sí. Argos no revisó el contenido de la misma, sino que se la guardó debajo de la túnica y, despidiéndose de los presentes, volvió a la nave.

Cuando Argos se marchó, Cassandra dirigió su mirada a la costa y distinguió la silueta de una persona a lo lejos. Dio la alarma a los rebeldes, pues temía que se tratase de algún espía de Baltor. El

semblante de Minos cambió por completo y sacó su hacha, dispuesto a rebanar al intruso. Algunos rebeldes lo siguieron y arrastraron al extraño

por la arena de la playa hasta llevarlo a la entrada de la gruta. Ahora que el entrometido estaba más cerca, Cassandra se percató de que su rostro le resultaba familiar; acaso no era el muchacho que le entregó el espejo de Shaun. Se trataba de un joven de veintipocos años, de piel bronceada, cabello largo y tan blanco como el alabastro. Su estado físico era lamentable, pues tenía arañazos por todo el cuerpo y la ropa hecha jirones, por lo que llevaba el torso desnudo. Minos miró a su alrededor en busca de más invasores, pero daba la impresión de que el muchacho estaba solo. El minotauro sostenía su hacha con una mano y con la otra sujetaba al extraño por la cabeza. Uno de los rebeldes se acercó un poco más para examinar al muchacho, que parecía haberse desmayado, pues tenía los ojos cerrados.

—Minos, suéltale, por favor. Creo que reconozco su cara —dijo el soldado rebelde.

El minotauro le hizo caso y lo dejó tendido en el suelo. El rebelde tomó su odre y le limpió la magullada cara para verlo mejor.

—¿Quién es? —quiso saber Minos.

—¡Es Therion! Perteneció al Ejército de Fos. Es un héroe de guerra —aclaró el rebelde.

—¡Venga, vamos! Llevémoslo adentro, esas heridas tienen muy mala pinta, es como si una manada de lobos lo hubiese atacado —respondió Minos, cargándolo a sus espaldas y adentrándose en la gruta lo más rápido que pudo.

—Soy curandero, así que puedo ayudarle —dijo Asclepio examinando de cerca al herido.

Cassandra, Hésper, Selene y Ofelia se adentraron en el interior de la montaña, siguiendo las indicaciones de Minos, quien se ofreció para enseñarles la ciudad y los alrededores. Quedaron embelesadas con las extensas construcciones de piedra, una obra tan magnífica que no

tenía nada que envidiar a otras ciudades que habían visitado antes. Enormes esculturas esculpidas en la roca se extendían por doquier. No podían delimitar ese reino con la vista, pues era tan inmenso que ocupaba todo el horizonte.

Las casas estaban excavadas en la roca y, de ellas, salían personas de tamaño pequeño, aunque más grandes que los duendes y mucho más barbudos, a dedicarles miradas curiosas. Cassandra había escuchado hablar de la raza enana, así que no se extrañó, a pesar de no haber visto nunca a uno en persona. Entre la multitud, también se podían apreciar otras razas, como humanos, algún que otro hombre-erizo, hombres lagartos, un par de minotauros, duendes y hadas.

Minos les guió por extensas callejuelas de piedra, iluminadas por las luces de las antorchas, ya que no llegaba del exterior ni un ápice de luz natural. Se detuvo cuando llegaron a una imponente construcción, cuya entrada estaba custodiada por dos enormes enanos esculpidos en la roca, cuyos ojos eran rubíes. Cassandra contempló más de cerca a los enanos de piedra y vio que uno de ellos llevaba un martillo de forja en las manos, y el otro, una espada. La puerta del edificio era una enorme cabeza de un enano tallada en piedra. Se adentraron por la abertura y se toparon con una sala muy grande, repleta de preciosos muebles de mármol. Continuaron por los pasillos, cuyas paredes estaban revestidas de relieves que contaban historias sobre la raza enana, desde sus orígenes hasta las batallas más épicas que enfrentaron. Minos los condujo hasta un comedor, donde se encontraban muchos humanos y enanos, brindando y comiendo juntos.

Entonces, Cassandra, entre la multitud, vio a Ciro. Sintió como si su corazón diera un salto; su respiración se aceleró mientras examinaba con detenimiento el rostro de su hijo, como si no creyese que realmente estuviese allí. Él, como si notase que alguien lo estaba observando, se giró y su mirada se encontró con la de su madre, y el tiempo pareció detenerse.

Cassandra corrió hacia él con los ojos llenos de lágrimas; el mundo a su alrededor se desvaneció. Ciro hizo lo mismo, cruzando la distancia que los separaba, y ambos se abrazaron con fuerza.

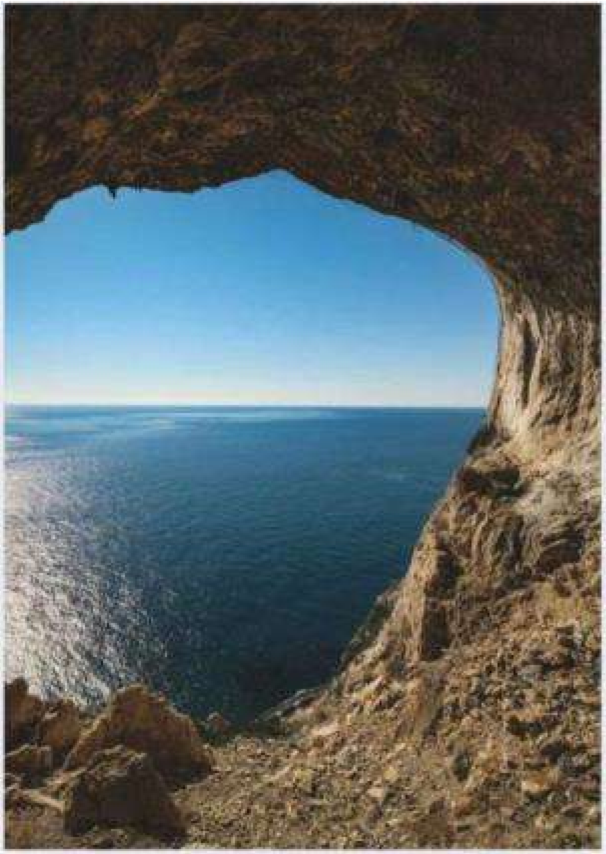
—Mamá —susurró Ciro, quebrándosele la voz por la emoción. Cassandra sujetó a su hijo y sintió cómo él dejaba fluir las lágrimas que tanto había tratado de contener.

—Ciro, por fin te encuentro —le respondió ella, incapaz de separarse,

como si temiese perderlo de nuevo.

Los dos se separaron ligeramente, mirándose a los ojos, como si quisieran comprobar que no era un sueño. Ciro sonrió y Cassandra le revolvió el espeso pelo negro como el azabache. A su alrededor, se podía ver cómo más familias se reencontraban: Ofelia y Dafne sollozaban entrelazadas; Hésper, Selene, Lánder y

Helena estaban abrazados; Mirto y Actea se besaban apasionadamente; y Demetrio se acercaba para saludar a los recién llegados. El resto de hombres que viajaron con él hacia el bosque también se unieron al reencuentro, y entre todos festejaron y brindaron, brincando de alegría. También Timeus, que por fin se recuperó de la herida que Adonis le infligió en el pecho, aunque le había quedado una quemadura bastante fea.



POLVO DE HADA

Tras cuatro años desde que Ariadna llegó a Aes Sidhe, el reino de las hadas, el aprendizaje de esta en lo referente a la magia ya se podía dar por concluido. Durante esos años, que a Ariadna le parecieron eternos, estuvo practicando la magia de las hadas día tras día sin descanso. Le enseñaron, entre otras cosas, a extraer la energía de su entorno para no agotarse tanto al utilizar sus poderes mágicos. Calíope, su mentora, le ayudó a realizar hechizos complejos e incluso la adiestró para que fuera capaz de ejecutar sortilegios sencillos sin necesidad de articular palabra. Ariadna había progresado mucho en sus capacidades mágicas, hasta el punto de casi igualar a su padre. Lo que para ella resultaron ser cuatro años de entrenamiento con las hadas, en Irëdia tan solo pasaron dos años, pues el transcurso del tiempo en el reino de las hadas era muy diferente.

Otra de las cosas que Ariadna aprendió durante su estancia en Aes Sidhe fue a canalizar su temperamento y a controlar sus emociones, algo que le resultó muy útil a la hora de lidiar con la influencia negativa que transmitía el espejo de Shaun. El ente que la reliquia guardaba sellado en su interior, se había hecho más poderoso e intervenía en el estado anímico de Ariadna cuando lo portaba durante varias horas seguidas. Ahora, la muchacha se sentía más segura de sí misma que cuando empezó su periplo, e incluso sus ganas de vengarse se aplacaron. Es decir, aún deseaba enfrentarse a Baltor, pero ahora le movía una emoción distinta: el amor que sentía por sus seres queridos y por los que todavía estaban en Irëdia. La herida que el espejo le infligió en la espalda hace ya tanto tiempo sanó, pero le dejó una fea cicatriz a lo largo de toda la espalda. Ariadna no estaba segura de si era casualidad o no, pero ahora que no le afectaba tanto la influencia del espejo y su herida había sanado, se encontraba con mejor estado de ánimo.

Ariadna se despertaba muy temprano cada mañana para consultar al Oráculo sobre el estado de Ciro, Helena, Dafne y Cassandra. Cada día, la esperanza de reencontrarse con ellos crecía, pues sabía que estaban a salvo en alguna parte de Irëdia. No tenía muy claro dónde, aunque podía hacerse una idea, ya que el lugar al que se dirigían, antes de separarse, eran las montañas Berodianas. Lo más lógico era que, después de la batalla, se hubiesen dirigido allí para encontrarse con los rebeldes. A menudo, Ariadna podía

ver, desde las aguas del Oráculo, que tanto su madre como su

hermano lloraban su pérdida. Ella deseaba más que nada en este mundo poder comunicarse con ellos y decirles que no se preocuparan, que estaba bien, pero los poderes del Oráculo se limitaban a mostrar escenas del presente o futuro, por lo que no funcionaba para contactar ni nada por el estilo. Así que Ariadna se limitaba a contemplarlos cada mañana, anhelando su compañía.

No podía permitir que sus ganas de reencontrarse con ellos le nublaran el juicio, porque tenía una misión que cumplir. Tendría que ir ella sola hasta el Continente del Sur y buscar la llama eterna, tal y como le había mostrado el Oráculo en una de sus visiones. Si no lo conseguía cuanto antes, temía que el sello del espejo se rompiera del todo. Pues, tal y como Therion le había indicado ya hacía años, conseguir la llama eterna era un requisito indispensable para debilitar los poderes malignos del ser que habitaba en el interior de la reliquia.

Así que llegó el momento; ya era hora de marcharse de aquel reino lleno de magia y esperanza. Quizás, si se hubiesen dado otras circunstancias, a Ariadna no le habría importado quedarse. Pues, a pesar de las cosas horribles que decían de las hadas, eran muy bondadosas. Nada que ver con las historias que le contaron cuando era pequeña, en las que aseguraban que eran maliciosas y traicioneras. Llegó el día en el que tenía que reunirse con la reina y exponer todas sus razones para abandonar Aes Sidhe. Ainhe, como así se referían las hadas a su soberana, tenía fama de ser muy permisiva y benevolente. No obstante, Ariadna necesitaba pedirle un método de transporte, pues no sabía cómo viajar hasta el continente y no estaba muy segura de si Ainhe aceptaría. De hecho, Ariadna temía abusar de la hospitalidad de las hadas y que éstas se lo tomaran como un ultraje. Sin embargo, no debía postergarlo mucho más porque, en el fondo, sabía que el sello del espejo estaba a punto de romperse.

Calíope le acompañó, pues durante la estancia de Ariadna allí se habían hecho inseparables. Ambas iban sentadas a lomos de una rosa enorme que las transportaba gracias al polvo de hadas. En Sidhe, si rociabas un poco de él sobre cualquier cosa o planta, esta adquiría la capacidad de moverse por sí misma, a voluntad de la persona que le había esparcido el polvo, entre otras habilidades como volar. Aunque esta capacidad era por un tiempo limitado, la duración dependía de la cantidad de polvo de hadas que echaras. Después de ello, el objeto o la planta volvía a su forma original. Lo cierto es que Ariadna nunca había estado en la capital de las hadas y estaba muy emocionada, pues Calíope le había contado maravillas. A pesar de todo lo que el hada le había dicho, no podría creerlo hasta que lo viese con sus propios ojos. Desde luego, las palabras se quedaban cortas a la hora de describir la

belleza de aquella ciudad:

Sobre una enorme llanura se extendían millones de casas construidas dentro de champiñones y flores enormes. En el centro se ubicaba una isla enorme, suspendida en el aire. De ella brotaban cinco cataratas que desembocaban en los cinco ríos que había en el reino. Todos ellos discurrían rodeando los hogares de las hadas. Cerca de las cataratas se estaba formando un arcoíris que dotaba al paisaje de más belleza. A Ariadna le pareció discernir un gran edificio sobre la isla que se levantaba sobre las nubes y se fijó un poco mejor para divisar un palacio. Cuando se acercaron un poco más, pudo contemplar su magnificencia; sus adoquines eran de color rosa y, en el aire, se podían distinguir extraños brillos dorados.

—¿Eso de allí es polvo de hadas? —preguntó Ariadna, con incredulidad.

—Sí, ahí es donde se fabrica y luego se distribuye por todo el reino.

—¡Es increíble! ¿Y para qué queréis tanto polvo de hadas?

—Es nuestro modo de transporte y, gracias a él, nuestra vida es mucho más fácil.

—¿Podremos coger un poco?

—A eso vamos precisamente, Ariadna, a pedirle a Ainhe que nos preste un poco para que puedas salir de nuestro reino y llegar al Continente del Sur.

—Pero, Calíope, con un barco me bastaría.

—No, no podrás atravesar las aguas que nos rodean. Ningún navío lo ha conseguido jamás. El ser conocido como hipocampo nos protege y no deja que nada penetre en nuestro mar; por eso Aes Sidhe es casi imposible de hallar.

—He llegado a escuchar que el hipocampo es un fabuloso caballo de mar, cuya parte inferior, desde el pecho, es pez.

—Sí, claro que en realidad jamás lo hemos visto, pero sabemos que navegar por nuestras aguas no es nada seguro. A través de los ríos sí que podemos, pero nunca debemos salir al mar.

—¿Cómo hacéis para visitar Irëdia? Sé que muchas de las hadas habitan en sus bosques.

—Ya te lo he dicho, el polvo de hada es nuestra única forma de llegar a donde nos propongamos, pero hay que tener cuidado de que no se nos acabe para poder regresar.

Últimamente, muchas hadas de Irëdia están volviendo y no vienen solas.

—¿Qué quieres decir, Calíope?

—Pues que traen duendes refugiados. Utilizan el polvo de hada para traer a los duendes a nuestro reino, porque la situación en el bosque está cada vez peor.

—¿Y qué pasa con los centauros y las amazonas? —preguntó Ariadna, preocupada.

—No tenemos tanto sitio aquí, ni tampoco tanto polvo de hadas, ¿entiendes? No obstante, no te preocupes por ellos porque están con los rebeldes.

—Me quedo más tranquila por ellos. Por cierto, Calíope, ¿podrías hacerme un favor?

—el hada asintió y Ariadna le pidió—: Si alguna de vosotras vuelve a Irëdia para comunicarse con los rebeldes, quiero que busque a mi hermano y le diga que estoy bien y que me dirijo al Continente del Sur. Pero, por favor, que insista en que no venga a buscarme, pues iré a Irëdia a verles en cuanto me sea posible.

—Ariadna, ninguna de las nuestas quiere volver a pisar Irëdia y no las culpo, pues cada vez es más peligroso. Te aseguro que, si se diera el caso, haré todo lo posible. ¿El Oráculo te ha dicho que tu hermano está con los rebeldes?

—No lo sé con exactitud, pero tengo esa esperanza, pues allí se dirigía cuando nos separamos.

—Perfecto, haré lo que pueda. Ariadna, recuerda que el tiempo está en nuestra contra; tenemos que darnos prisa para que encuentres la forma de detener a esa maldita criatura del espejo.

—Cierto, no sabemos cuánto aguantará el sello que puso mi padre.

Calíope esparció más polvo de hadas sobre la flor gigante que las llevaba, y esta empezó a levantarse del suelo poco a poco hasta alcanzar la altura de las cataratas. La planta se desplazaba en

dirección al castillo tan deprisa que Ariadna temía bajar la mirada, así que se agarró con fuerza a los pétalos, esperando el momento del aterrizaje.

Ariadna cerró los ojos como si esperara que se fueran a estrellar contra algo, pero no fue así; la flor las dejó en el suelo de la isla con sorprendente suavidad. Bajaron entonces de ella y, cuando Ariadna abrió los ojos, no pudo creer que el lugar en el que estaba fuese real, sino que parecía más bien un sitio extraído de sus propios sueños.

Desde ahí arriba podía contemplar las diminutas casitas que, desde esa altura, parecían pequeños champiñones. Se escuchaba el sonido de las cataratas más fuerte, sus aguas caían con violencia hasta el reino que se extendía debajo de la isla. Las nubes estaban tan próximas que a Ariadna le daba la sensación de que podía tocarlas si extendía el brazo. Los árboles allí eran muy diferentes, pues sus hojas eran de color rosa y parecían muy esponjosas. Ariadna se acercó para coger una de sus hojas como recuerdo, pero al tocarlas se dio cuenta de que estaban pegajosas. Cogió un trozo y lo olió; tenía un olor muy dulce, así que Ariadna se lo llevó a la boca.

—¡Está riquísimo! ¿Qué es?

—Es un árbol de azúcar —le contestó Calíope.

—Nunca había escuchado nada similar.

—Claro que no, solo crecen en el palacio de la reina y creo que se debe al polvo de hada que hay en el ambiente.

—¿Dónde se crea este polvo de hada? —quiso saber Ariadna.

—Nuestra querida reina Ainhe lo hace; no sabemos cómo lo produce, pero es algo que pasa de generación en generación entre nuestros soberanos.

—¡Es increíble! ¿Crees que la reina me prestaría lo suficiente para poder volver a Irëdia? Después de ir al Continente, me gustaría regresar con mis seres queridos.

—Tendremos que preguntarle, pero lo primero es lo primero. Como sabes, el sello del espejo es muy probable que se rompa pronto. Quizás con un poco de polvo de hada lo puedas retener, pero necesitas la llama eterna.

—Lo sé, tengo muchas ganas de regresar con mi familia, pero soy

consciente de lo que debo hacer primero.

—Muy bien, va siendo hora de ver a su majestad.

Conforme ambas se iban aproximando al imponente edificio que se erigía en la isla flotante, podían contemplar la hermosura del palacio. Este iba en conjunto con los árboles de azúcar y sus paredes eran de color rosa.

Lo que más llamó la atención de Ariadna fue que, al entrar, no había guardias, sino una enorme puerta de piedra cerrada. Calíope le indicó que pusiera la mano sobre uno

de los surcos que había en uno de los laterales del pórtico. Cuando Ariadna lo hizo, la piedra se iluminó y la puerta desapareció sin dejar indicios de que alguna vez hubiese estado allí. Ariadna quedó maravillada, pero por más que buscó, no encontró ningún mecanismo.

—Ariadna, es magia. El hueco sirve para detectar a la persona que intenta acceder al palacio. Como tienes audiencia con la reina, te ha dejado pasar; y si no la tuvieras, no se habría abierto —le aclaró Calíope.

Ambas pasaron por el arco que antes estaba cerrado, lo que les dio acceso a un enorme patio con muchas flores y fuentes. Lo extraño es que parecía que nadie se encontraba en el palacio en aquel momento, ni siquiera les recibió ningún sirviente. Por el contrario, una flecha de luz dorada les señaló el camino a seguir y las guió por los laberínticos pasillos del palacio. Algo que tanto Ariadna como Calíope agradecieron, ya que de lo contrario se habrían perdido. A menudo se paraban para admirar los bellos murales y mosaicos repletos de escenas en las que las hadas veneraban al dios Eolo, pues él era el que les había dotado de la capacidad de volar.

Tras recorrer diversas salas y pasadizos, mientras la luz las guiaba, dieron con el salón del trono real. La sala principal estaba enteramente decorada con frescos increíbles y un trono de piedra decorado con enredaderas y bellas flores. Sentada en él, había una mujer muy guapa con unas enormes alas azules. Ainhe llevaba una corona de flores y una túnica larga hecha de lirios.

—Os estaba esperando —alzó la voz la reina, dirigiendo una fría mirada a Ariadna—. No solemos acoger a seres de tu calaña en nuestro país, pero dadas las circunstancias, hemos dejado que te quedes y te hemos ofrecido más de lo que merecías.

Sin embargo, ahora, no contenta con ello, vienes a pedirme algo, ¿no es así?

—Disculpe, majestad. No pretendíamos causarle molestias, pero…

—¡Calla, Calíope! He hablado con la humana, no contigo; deja que se exprese —le interrumpió la reina.

—Mi majestad —empezó a decir Ariadna, mientras hacía una reverencia a la mujer—, no pretendo importunarla, pero, seguramente, como ya le habrá explicado mi amiga Calíope, antes de que llegásemos, poseo un objeto muy peligroso, una reliquia que pretendo destruir por el bien de todos. No solo por mi pueblo, sino también por el vuestro. Deseo traer la paz a los dos reinos y que, a poder ser, sea duradera.

—Solo te estaba probando, Ariadna. Veo que hablas desde la sabiduría y que ya no te mueve el odio como antes. Sí, te he estado observando durante mucho tiempo, a través del Oráculo, y he visto que puedes traernos la grandeza o también la ruina. Todo dependerá de las decisiones que escojas, pero creo que ya estás lista. Conoces el verdadero nombre de la magia, y eso significa que has aprendido a manejar las emociones y eres capaz de realizar la magia de nuestro pueblo. Algo que es del todo inusual en los humanos, aunque, teniendo en cuenta de quién eres hija, no me extraña nada. Pero dime, ¿qué te ha llevado hasta aquí?

—Mi reina, le ruego que me dé un método de transporte para poder emprender mi viaje y así finalizar mi misión.

—Déjame ver el espejo un momento, niña —Ariadna vaciló ante la extraña petición de Ainhe, pero Calíope le indicó que procediera, así que Ariadna sacó el espejo de su bolsa y se lo entregó a la reina.

Tras examinarlo con minuciosidad durante unos minutos, se lo devolvió y le dijo:

—Noto que el sello que puso tu padre con la magia de las hadas está cada vez más débil. No te garantizo que dure el tiempo suficiente como para llegar a cumplir tu objetivo, así que, antes de partir, llévalo al templo de Eolo que está en esta misma isla.

Calíope sabe dónde, y yo reuniré a las hadas para que celebren un ritual mágico para reforzarlo; con eso debería bastar. Cuando mis hadas finalicen, tendrás que partir al día siguiente hacia el puerto, donde te esperará un barco. Te cederé ese navío para tu aventura

como muestra de mi buena fe. No te hará falta tripulación, pues solo necesitarás esto —Ainhe le enseñó un frasquito de polvo dorado y prosiguió su explicación—: con espolvorear un poco sobre la nave será suficiente; piensa, antes de ello, al lugar al que quieras llegar. En el navío, dispondrás de un suministro pequeño de polvo de hadas, pero debería bastar para volver si así lo deseas. No obstante, tengo entendido que tienes que volver a Irëdia, ¿verdad?

—Así es, mi reina. Tengo que conseguir rocío de Yggdrasil y luego viajar hasta las ruinas de Shaun para completar la tarea que se me ha encomendado —le contestó Ariadna.

—Entiendo, puedes usarlo entonces para volver a Irëdia, pero no puedo dejarte más polvo de hadas. Si necesitas volver al Reino de las Hadas, tienes ese collar —dijo Ainhe, señalando a la piedra protectora que Ariadna tenía colgada del cuello—. Aunque espero que no lo necesites.

—Muchas gracias, majestad, es usted más que generosa —agradeció Ariadna mientras alcanzaba el frasco que le tendió la reina.

—Por cierto, Ariadna, en el navío tendrás un mapa del Continente del Sur para que puedas guiarte. Cuídate mucho, pues de ti depende la paz de Irëdia. Antes de irte, ten en cuenta que el polvo de hada es escaso, así que no abuses de él; solo utilízalo para salir o volver a entrar en Aes Sidhe. Te vendrá bien guardarte un poco para casos desesperados. Podéis partir ya —ordenó Ainhe.

Sin atreverse a desobedecer a la reina, Ariadna y Calíope se marcharon del palacio.

Encontraron la salida gracias a la luz que las guió al entrar. Entonces, se dirigieron al Templo de Eolo, tal y como les había indicado su majestad.

Una vez allí, una de las hadas le pidió a Ariadna que le entregara el espejo. Ariadna se lo dio de buen grado, pero la reliquia, que tenía conciencia por sí misma, no lo puso tan fácil y quemó la mano del hada. Ésta, con un grito desgarrador, arrojó el objeto al suelo. Cuando el espejo dejó de estar al rojo vivo, Ariadna se atrevió a tocarlo y, siguiendo las instrucciones de las hadas del templo, lo colocó sobre el altar.

Las hadas entonaron un bello cántico en una lengua que Ariadna no podía entender.

A pesar de haber pasado tanto tiempo con ellas, era incapaz de articular su lenguaje y mucho menos entenderlo. Por suerte, las hadas sí habían aprendido a hablar el idioma humano y así se comunicaron con ella durante esos años. Ariadna empezó a sentir que la magia fluía por todo el templo y que se estaba acumulando alrededor del pequeño espejo, el cual nuevamente descargó su ira contra las hadas que cantaban, intentando que éstas parasen.

Las muecas de dolor de las hadas estaban poniendo a Ariadna muy tensa; ella quería hacer algo, pero no sabía cómo ayudar. Se concentró en canalizar la magia tal y como le había enseñado Calíope y, en silencio, empezó a tratar de redirigir todas las vibraciones mágicas hacia el espejo, y eso mismo hizo con la ira que éste emitía. De tal manera, que el espejo no pudo contraatacar de nuevo y las hadas finalizaron su canto con éxito.

Tras varias horas de cánticos alrededor de la reliquia, el sello se reforzó. Ariadna lo notó, pues la presencia del demonio que albergaba en su interior parecía ahora más lejana, como si la conciencia del ser estuviese dormida.

El sol ya se estaba recostando en el horizonte y se acercaba el despertar de la noche, así que ya iba siendo hora de descansar. Pues Ariadna estaba segura de que mañana le

esperaría un duro día de viaje. Debía partir con las primeras luces del alba, así que ese día se acostó muy temprano.

MINERVA

Tras la batalla en Micka, Minerva, Eneas e Ícaro se vieron obligados a huir y buscar refugio en el Bosque de Drajar. Desde ese momento, Markus les ofreció cobijo en su tribu y así fue como sobrevivieron varios meses. Resultaba extraño ver cómo los centauros cooperaban con humanos. No obstante, muchos de los centauros de la tribu vieron la decisión de Markus como un error, mientras que otros los aceptaban como hermanos, pues entendían que tenían un objetivo común: acabar de una vez por todas con el reinado de los demonios. Sin embargo, los que no los aceptaban los miraban con desprecio e incluso algunos centauros se marcharon de la tribu y se unieron a otras porque no querían convivir con humanos.

Minerva insistió en que debían irse para no provocar posibles enfrentamientos entre los centauros, pero Markus y Diana les convencieron para que se quedaran con ellos.

Así lo hicieron, y en los primeros meses parecía que todo iba bien, salvo alguna que otra mirada torva de algún centauro receloso. Las cosas empeoraron, ya que el bosque se volvió más peligroso que nunca, pues los demonios envenenaron las aguas de los ríos con alguna especie de sustancia que hacía que el bosque cobrase vida y se volviese muy hostil.

Los árboles levantaban sus ramas a placer para hacer que tropezaras, y las criaturas se volvieron mucho más siniestras, pues reían a carcajadas tras las ramas de los árboles.

Muchos animales enfermaron y unas horribles pústulas negras con olor a fruta podrida emanaban de sus cuerpos. Entre las sombras existían unos seres que te cazaban antes de que pudieras verlos. Con todo ello, vivir en el bosque se había vuelto mucho más peligroso, incluso para los centauros. De hecho, la única agua potable era la del lago de las Amazonas, la única que era capaz de resistir la ponzoña que los demonios vertían en los ríos y lagos.

Habían pasado dos años desde que perdieron, y los demonios acudían con más frecuencia a las lindes del bosque. Cada vez sacaban más valor y se internaban en el bosque en busca de cualquier criatura mágica a la que encerrar. De hecho, habían atacado varias veces la ciudad de las Amazonas sin éxito e incluso se volvieron buenos

rastreadores, pues buscaban las ubicaciones de las diferentes aldeas de centauros para atraparlos.

La situación cada vez era más insostenible, así que, tras un nuevo consenso en el que se reunieron Amazonas, centauros, duendes y hadas, decidieron que lo mejor sería dirigirse a las montañas Berodianas y cobijarse junto a los rebeldes. Tenían la esperanza de que, todos unidos, serían más fuertes y los demonios no se atreverían a atacarlos.

Muy a su pesar, abandonarían el bosque a su suerte, pues no eran capaces de protegerlo.

Intentaron contactar en varias ocasiones con los elfos, pero seguían sin personarse en las reuniones que Hipólita convocaba; era como si a ellos la guerra no les importase.

Hipólita temía que pronto, cuando nada se interpusiera en el camino de los demonios, comenzaran a acometer contra el pueblo elfo. Sin embargo, por más que ella intentaba mantener una alianza con ellos, el rechazo de estos era mayor. Se mantenían ocultos en sus ciudades y no acudían en ayuda del resto de habitantes del bosque.

Píndara, el nuevo soberano de los duendes e hijo de Unax, ocupó su lugar en el trono y era el único que no estaba de acuerdo con la idea de abandonar el bosque. Los duendes no conocen otro lugar en el que vivir y temía que, si se marchaban de allí, sus vidas se marchitasen.

Las hadas cada vez pasaban menos tiempo en el bosque, pues se marchaban a su reino en Aes Sidhe y no volvían en grandes periodos de tiempo. Como Píndara seguía firme en su decisión, las hadas intentaron convencerlo para que se viniera al reino de las hadas. Al final, Píndara no tuvo más remedio que aceptar la oferta, pues los árboles que antes fueron sus hogares se volvieron muy hostiles, haciendo que fuera imposible vivir allí. Sin embargo, las amazonas, los centauros y los humanos no podrían llegar hasta el reino de las hadas porque no tenían un medio de transporte para tanta gente, y como eran más grandes que los duendes, no habría suficiente polvo de hadas para transportar a todos ellos.

Así que las amazonas, los centauros y los humanos se turnaron para viajar en grupos reducidos, para que al enemigo le fuera más difícil detectarles. Así fue como Minerva, Eneas, Ícaro y Diana coincidieron junto a otros compañeros centauros en su periplo. Diana era la que los guiaba, pues ella conocía a la perfección los peligros de las montañas

berodianas, ya que había senderos traicioneros en los que, de no haber sido por su compañía, se habrían perdido. No eran conscientes de cuántos días vagaron seguidos sin bebida ni comida, pues tuvieron que tomar un camino más largo para

pasar desapercibidos, ya que los caminos principales estaban vigilados siempre por gigantes, demonios o incluso humanos al servicio de Baltor.

Por lo que, cuando por fin llegaron a lo que Diana les indicó que era la entrada hacia el refugio rebelde, estaban agotados. Minerva escudriñó la piedra de la montaña que Diana señaló, pero por más que miró y miró, no supo apreciar ningún indicio que delatase que ahí había alguna entrada. Entonces fue cuando la falda de la montaña se movió y dio paso a un portón de piedra que se abrió de par en par ante ellos. Al instante, les recibió una hueste compuesta de diversos seres: centauros, elfos, minotauros, sátiros, enanos y humanos. Minerva nunca había presenciado que tantas razas estuviesen en un mismo lugar sin discutir entre ellas, sino trabajando codo a codo para poner a salvo al grupo de extraños que había irrumpido en su montaña.

Sus huéspedes los dirigieron hacia el interior, donde apreciaron una amplia estancia compuesta de piedra que los llevaba hasta un imponente precipicio dentro de la montaña. Un puente de roca comunicaba con el otro lado del abismo, y se podía apreciar al final del mismo dos colosales esculturas de enanos armados con escudo y hacha, y ambos provistos de pesadas armaduras de piedra. Entre ambas estatuas destacaba una gigante puerta de madera maciza que prácticamente se fundía con la roca de una muralla que se unía con el techo de piedra. Tras entrar en el portón, apreciamos numerosas edificaciones de piedra; algunas parecían humildes casas, mientras otras daban la impresión de ser construcciones dedicadas a otros fines. Sin duda, el edificio que más destacaba de todos tenía que ser el palacio de los enanos por su majestuosidad e imponente tamaño. Nos llevaron al interior del castillo y fuimos testigos de pinturas y mosaicos que nada tenían que envidiar a otros palacios que habían contemplado antes.

La bienvenida fue muy acogedora, ya que los llevaron hasta una gran sala de banquetes, les sirvieron diversos platos de comida y les llenaron las jarras hasta arriba de vino. Minerva estaba abrumada porque se sentía observada por toda esa gente, como si tuviesen mucha curiosidad por saber sobre su viaje. Sin embargo, no les atosigaron con preguntas, sino que los llevaron hasta una habitación con muchos lechos. El enano que los condujo hasta allí les dijo:

—Sé que no es gran cosa, pero espero que descanséis.

Minerva se percató de que la única persona que no estaba con ellos en esos momentos era Diana, pero Minerva estaba tan agotada que ni siquiera se planteó en aquel momento el motivo; simplemente se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Eneas e Ícaro hicieron lo mismo; sus cuerpos estaban tan fatigados que ni siquiera notaron cuán duras e incomodas eran aquellas camas.

Se despertaron a la mañana siguiente, aunque en realidad el transcurso del tiempo allí era muy relativo, pues no se veía la luz de la superficie, ya que estaban en el interior de la montaña. Supusieron que era de día porque habían llegado al atardecer y ya habían pasado varias horas. Diana apareció para comunicarles que los rebeldes los habían aceptado y que pronto les asignarían una tarea a cada uno, no sin antes hacerles pasar por unas cuantas pruebas con el objetivo de determinar las labores que mejor se les daban. Además, Diana parecía muy contenta, así que Minerva no pudo evitar preguntarle:

—Diana, hace tiempo que no te veo sonreír. ¿Puedo saber qué es lo que te hace tan feliz?

—Nada, es solo que me he encontrado con mis antiguos amigos de viaje. Verás, es un poco raro, pero en el bosque me encontré con un grupo muy peculiar: una elfa, un dientes de sable, dos mujeres y un niño. Los considero muy buenas personas y no sabía hasta hoy que estaban bien, aunque a decir verdad… Una de ellos no está con nosotros… —tras decir esto, a Diana se le desdibujó la sonrisa.

A Minerva le pareció una extraña coincidencia que ella también se había topado en Lonxe con un grupo similar y, de repente, reaccionó a lo que Diana le estaba diciendo:

—¿Te refieres al grupo de Ariadna, verdad? —le preguntó Minerva. Diana, en respuesta, asintió aún más confundida, y entonces Minerva añadió:

—Les ayudé a escapar de Lonxe; nunca me dijeron a dónde se dirigían, pero imagino que fueron hacia el bosque. ¿Qué quieres decir con que una de ellos no está con nosotros? ¿Quién?

—Muy a mi pesar, perdieron de vista a Ariadna en la batalla que hubo en Micka, hará ya casi dos años, y desde entonces no la han encontrado. Han buscado entre cielo y tierra, pero dicen que es como si se hubiera esfumado —aclaró Diana y tragó saliva.

—No puede ser… Esa chica tiene mucho potencial… Es la hija de Néstor. Estoy segura de que estará bien.

—Sí, ella se las sabe arreglar muy bien, pero ya te imaginarás cómo está su familia.

—Entonces, ¿el pequeño Ciro está aquí?

—Claro que sí. Aunque ya no es tan pequeño, ¡ya lo verás! ¡Ha pegado un estirón!

¡Qué casualidad! No tenía idea de que los conocieras.

—Pues sí, y la verdad es que me encantaría verlos. Supongo que Helena, Dafne y Jacky están con él, ¿verdad?

—Por supuesto, si quieres, puedo llevarte con ellos.

Dicho esto, Minerva siguió a Diana, y esta le condujo hasta el comedor, donde tuvo lugar el banquete la noche pasada. Diana se acercó a una de las mesas, en la que había un joven de pelo negro como la noche sentado y dando la espalda a la entrada del comedor. Justo a su lado izquierdo había un dientes de sable tumbado en el suelo y al otro lado, una mujer de una larga melena rubia que le llegaba casi a los pies. Tanto la figura del muchacho como la de la mujer se giraron de pronto, y sus miradas se cruzaron con la de Minerva. Mientras tanto, Jacky ya se había levantado del suelo y corría en su búsqueda. El dientes de sable se abalanzó hacia Minerva y le pegó un lametazo en la cara. Minerva se tambaleó debido a la fuerza que ejercía el animal, pero a ella no le importó; por el contrario, lo abrazó y le acarició detrás de la oreja. Al poco, llegaron a su lado Ciro y Helena, que también se lanzaron hacia ella y la llenaron de besos.

Con tan solo intercambiar unas palabras, se pusieron al día de inmediato: Minerva les contó, muy a su pesar, que habían perdido a Filipo en Épones y que sospechaban que éste, o bien, estaba retenido o había perecido. También les contó que había llegado hasta allí con los centauros, con Ícaro y Eneas, y que participó en la guerra. Conforme Minerva iba conversando con ellos, se dio cuenta de que Ciro había pegado un estirón, tal como le dijo Diana; se podría considerar que estaba hecho todo un hombretón, pues, por lo menos, había crecido veinte centímetros. Su cuerpo era más delgado, seguramente debido a que estaba creciendo muy rápido y a las penurias que habría pasado.

Minerva se percató de que ni Dafne ni Ariadna estaban con ellos en

ese momento, así que, para saciar su curiosidad, les preguntó:

—¿Dónde está Dafne? Y bueeno, Diana me ha contado lo de Ariadna. ¿Qué pasó realmente en la guerra?

Cuando mencionó el nombre de Ariadna, el semblante de Ciro se oscureció. Helena, al ver su reacción, fue la que tomó la palabra:

—Dafne salió esta mañana con un grupo de exploradores de expedición. Estos grupos los componen personas que tienen ciertas habilidades de cazadores y supervivientes. Este equipo se encarga de hacer batidas por los alrededores con el objetivo de encontrar intrusos, si los hubiera, o rescatar supervivientes. De hecho, Ciro está muy ilusionado en formar parte de los exploradores; lo que pasa es que, por la edad, no le han permitido unirse.

—No obstante, el año que viene cumplo ya 13 años y creo que me permitirán entrar si demuestro de lo que soy capaz —intervino Ciro, muy convencido.

—¿Y qué le pasó a Ariadna? —preguntó de nuevo Minerva. A Ciro se le ensombreció el rostro y se le formó un nudo en la garganta, abrió la boca para intentar decir algo, pero no le salieron las palabras.

—Ella simplemente se esfumó, desapareció tras el destello de luz que hubo en la guerra. Buscamos por todas partes, pero el caos y la confusión reinaban en el campo de batalla y no pudimos dar con ella. No lo entiendo; recuerdo que estaba a nuestro lado y, de repente, se marchó corriendo. La seguimos, y cuando la vimos tendida en el suelo, apareció aquella luz que nos cegó, y después de eso, ya no estaba allí —intervino Helena.

—¿Creéis que Baltor la tiene prisionera? —preguntó Minerva.

—No, no lo creo. De ser así, no seguirían buscándola por todas partes. No han retirado los carteles de "Se busca". Por lo tanto, no la tienen, pero no tenemos ni idea de dónde puede estar. Hemos buscado en casi todas las ciudades e incluso nos hemos arriesgado a que nos atrapasen, pero nada —anunció Helena, cabizbaja.

—Entiendo, no os rindáis. Estoy segura de que tarde o temprano la encontraréis y, si puedo ayudar, lo haré —dijo Minerva, sonriendo.

—Muchas gracias —logró decir Ciro.

—¿Cómo está la situación aquí? —quiso saber Minerva.

—Cada vez vienen más refugiados buscando cobijo. Si seguimos acogiendo a tantas personas, pronto nos veremos sin suministros —contestó Helena.

—Pero tengo entendido que todo el mundo tiene aquí una labor, ¿no es así? —

preguntó Minerva.

—Así es, lo que ocurre es que hay pocas personas capaces de formar parte del grupo de exploradores y cazadores, que es lo que realmente necesitamos. Si no fuera por la ayuda de Brisa, esta fortaleza habría caído en manos del hambre y la miseria mucho antes. No obstante, hace poco llegó un barco desde Brisa con gran parte de nuestros allegados de nuestra aldea natal. Llegó mi tía Casandra y también Demetrio, nuestro amigo que, además, es un gran combatiente —dijo Helena, sin poder disimular su alegría.

—Eso son muy buenas noticias —contestó Minerva, sonriendo.

—Sí, fue genial porque nos reencontrarnos con mi madre, mis tíos y mi prima —

comentó Ciro, un poco taciturno; esa reacción llamó la atención de Minerva.

—Eso es fabuloso, Ciro. ¿Por qué no te noto contento? —le preguntó Minerva, arrugando la nariz.

—Los han destinado al grupo de exploradores a todos, excepto a mi prima Selene.

Cada vez que salen de la fortaleza rebelde, me siento muy preocupado. Esto va a acabar conmigo... Encima, me gustaría unirme y me he ofrecido de voluntario, pero no me dejan por la edad —comentó Ciro, molesto.

—No te preocupes, todo llegará —le tranquilizó Helena.

—¿Os importaría enseñarme todo esto? Para mí es como un laberinto —sugirió Minerva.

—Claro, seguro que a Ciro no le importa hacerlo; yo tengo que salir de la fortaleza ya para cazar y buscar suministros —contestó Helena, mientras se levantaba bruscamente de la silla.

—Por supuesto, déjamelo a mí, pero ten mucho cuidado —en respuesta, Helena le guiñó un ojo a Ciro y cruzó la puerta del comedor.

—Minerva, ¿qué sabes de la fortaleza de Berodia?

—Poco, la verdad. Lo único que sé es que se encuentra bajo el sistema montañoso de Berodia y, por eso, se dice que es inexpugnable —se sinceró Minerva.

—Correcto, la construyeron los enanos. Es más, ahora, en cuanto te adentres conmigo entre sus callejuelas, verás la influencia de la cultura enana en cada esquina.

Cuando la cosa se puso fea en la Gran Guerra, los rebeldes pidieron asilo al rey enano.

Éste aceptó porque quería derrocar algún día a Baltor, pues no estaba de acuerdo con su forma de gobernar. Pensó que, con la ayuda de ellos, podría conseguirlo.

—¿Por qué no ayudaron en la batalla de la toma de Micka? Nos habría venido muy bien su ayuda —preguntó Minerva sin disimular su irritación.

—La razón es bien sencilla: a ojos de Baltor, los enanos están ocultos en sus ciudades y no se han decantado por ningún bando. Si hubiesen participado en la contienda, Baltor habría tomado represalias con su pueblo. Creo que estaban esperando a que la batalla pareciera favorable.

—Sigo sin estar de acuerdo, pero no soy quien para debatir esto. Entonces, ¿quién está al mando aquí? ¿El rey enano? —quiso saber Minerva.

—A ver, han formado un consejo en el que se reúnen los siguientes: el rey enano, la reina de las hadas, el rey de los duendes, la reina amazona y el rey Estefano. Un monarca por cada reino que se integra en el grupo de los rebeldes. Los centauros están todavía eligiendo a su representante, pero seguramente resulte Markus. Dan, el jefe del movimiento rebelde, también ocupa un lugar en el consejo, pero normalmente se encarga de las maniobras militares.

—A mí me hablas de política y me pierdo, la verdad, pero pensaba que el rey Estefano murió en la Gran Batalla.

—Por lo visto, Dan lo salvó; no sé muy bien los detalles.

—¡Wow! Me parece increíble que humanos, duendes, hadas, enanos, amazonas y centauros estén cooperando, dejando atrás las diferencias de antaño por un mismo objetivo. Espero que después de esto, y si todo sale bien, sigamos manteniéndonos unidos.

—Y, como podrás ver, hay más variedad de razas en la fortaleza: hay algunos minotauros, hombres erizos, hombres lagartos, *etc.* A ver, es verdad que son minoría, pero lo que quieren es que reine la paz en Irédia.

—Me pregunto a qué se debe ese interés; es decir, entiendo que a ellos ni les va ni les viene, ¿no?

—Algunos vivían en lugares remotos de Irédia. No es lo habitual, pero tenían sus hogares aquí. Como a Baltor no le gusta la diversidad de razas y pretende echar de Irédia a todos los que no sean humanos, demonios o sus secuaces.

—Te digo una cosa: si es así con todas las razas, al final, cuando haya ganado, va a desechar también a los gigantes y a los vampiros, por mucho que tenga acuerdos ahora con ellos.

—Yo también lo creo. Sabemos que no va a ser el caso de los humanos porque siente una gran debilidad por ellos. No obstante, si alguno se interpone en su camino, seguro que también tomará medidas.

AINHE, LA REINA DE LAS HADAS

Ariadna se despertó al alba, se lavó la cara y, al ver su reflejo en el espejo del cobre pulido de Calíope, se dio cuenta de cuánto había cambiado. Su tiempo de risas y excursiones por la aldea quedaba ya muy atrás; parecía que hubiese pasado una eternidad. No solo se había transformado en cuanto a físico, pues su rostro, aunque aún era un poco aniñado, se había endurecido, ya fuera por lo duro que le había

tratado la vida o por el paso de esos años.

En cuanto a mentalidad, el cambio había sido aún más severo, pues cuando salió de Laften era una chica de 17 años que poco sabía del mundo. En cambio, ahora solo tenía 21 años; seguía siendo joven, pero sabía que su vida allí con las hadas había cambiado por completo su punto de vista. Ahora valoraba más las cosas cotidianas y se sentía muy vinculada con la naturaleza. Había aprendido a utilizar el nombre de la magia, un poder ancestral que solo conocían las hadas, y que le sería necesario para cumplir su objetivo de sellar al malvado demonio que dormía en el interior del espejo de Shaun, una herramienta más de las que necesitaría: la llama eterna del continente del sur y el rocío de Ygdrasil de los elfos del bosque.

Se había unido mucho a la reliquia en estos años, pues a veces el ser que vivía dentro se comunicaba con ella en sueños. Sobre todo, le tentaba para utilizar su poder. No obstante, Ariadna era más experta que antes y, ahora que comprendía mejor la magia, sabía que solo debía usar su poder en casos desesperados, porque cuanto más lo utilizara, más probabilidades habría de que el sellado mágico se rompiera.

Había llegado el día en que Ariadna dejaría la seguridad de Aes Sidhe para viajar a una nueva aventura y a un continente diferente. Ella era consciente de que se enfrentaría a muchos peligros, pero tenía que conseguir a toda costa la llama eterna de los Páramos del Sur. Para ello, tendría primero que atravesar el mar y luego el Desierto Drake. Lo curioso es que prácticamente todo el continente del Sur era desértico; solo había algunas zonas pobladas y un par de bosques pequeños. El agua también era bastante escasa, pues había muy pocos ríos en el continente y alguna que otra laguna o pantano, pero nada más.

Por todas estas dificultades, habitaban pocos humanos en aquellas inhóspitas tierras.

Sin embargo, vivían otras especies a lo largo y ancho del continente como: hombres lagartos, hombres hienas, hombres cocodrilos, felínidos y draconianos. Según le informó Calíope, estos últimos son seres que tienen rasgos humanoides y de dragones.

Sin embargo, los dragones son criaturas que, afortunadamente, se extinguieron hace mucho, pero las leyendas dicen que surcaron el cielo y anidaron en las montañas del continente. Algunos saqueadores buscan los codiciados tesoros de dragón, por lo que aquellas tierras se

han vuelto peligrosas hasta para sus propios habitantes.

Aquella mañana, Ariadna partió de la casa de Calíope y se dirigió al puerto. No obstante, no iba sola, sino que Calíope la acompañaba. Cuando llegaron al muelle, una enorme nave estaba atracada. La popa era alta y curvada hacia delante. Estaba diseñada de tal forma que facilitaba la maniobra de varar el barco y proporcionaba mayor protección al recibir las olas por popa durante la navegación. Tras unos minutos de silencio, Calíope lo rompió: —Este es el navío que te presta mi señora. Sabemos que le vas a dar más uso del que le podamos dar nosotras —entonces, el hada se elevó del suelo, roció la proa del navío con polvo de hadas y, con lágrimas en los ojos, le dijo —: Ahora entra y piensa a dónde quieres ir, pues, muy a mi pesar, no puedo acompañarte.

Ariadna le abrazó, pero entonces el barco empezó a levitar sobre el agua. Si no se apresuraba, partiría sin ella, así que Calíope la apartó bruscamente: —¡Vamos! Debes subir ya o se irá sin ti. No te preocupes, para el camino de vuelta a Irëdia tienes más polvo de hadas en la bodega, seguro que te será de utilidad.

Ariadna subió antes de que la escalera de la nave se hiciese inalcanzable, pues el navío comenzó a elevarse muy alto, tan alto que parecía navegar entre las nubes.

Ariadna consultó su peculiar objeto rectangular que le marcaba el norte para comprobar el rumbo, ya que por un momento había dudado sobre el lugar al que quería dirigirse y temía que eso hubiese confundido a la magia del polvo de hadas. Su corazón deseaba volver con su familia a Irëdia, pero la razón le decía que debía ir al Continente del Sur y que no podía desperdiciar una oportunidad así. Para su alivio, el barco se dirigía en la dirección opuesta a la flecha que marcaba, es decir, hacia el sur.

Ahora que admiraba el navío tan de cerca, se percató de que tenía unos ojos y unas alas talladas en el mascarón de la proa. Esto le reconfortaba, porque significaba que los dioses y diosas le guiarían y no se perdería. Aun así, las vistas desde arriba eran tan sobrecogedoras que Ariadna estaba segura de que, si caía desde esa altura, no sobreviviría. Al pensar en esto, se puso un poco nerviosa, así que entró en el barco para inspeccionarlo y mantener la mente ocupada hasta llegar a su destino.

Vio que había un camarote con objetos para la navegación, como cartas, mapas y otros instrumentos que ella no entendía para qué

servían. Por suerte, no sería necesario utilizarlos, ya que el polvo de hadas la llevaba directamente surcando las nubes.

Ariadna revisó en profundidad esa misma sala y también encontró estanterías repletas de libros. Le llamó la atención que algunos debían estar escritos en el idioma de las hadas, porque no entendía absolutamente nada, y otros sí estaban en el lenguaje común.

El primero que leyó trataba sobre las costumbres del Continente del Sur; otros abordaban las zonas desérticas y sus peligros, por lo que podría recabar información muy útil antes de llegar allí.

Ariadna siguió explorando la nave y se percató de que contaba con una despensa de comida para varios meses. Al lado había una pequeña cocina, equipada con diversos utensilios. También encontró camarotes con varias camas y un comedor. Bajó a la bodega y allí había muchos barriles: algunos repletos de vino y otros de agua. También encontró un saquito lleno del suficiente polvo de hadas como para el viaje de vuelta.

Ainhe había pensado en todo, incluso en la posibilidad de que, en algún momento, se tuviera que navegar con ese barco en el mar, porque estaba provisto de todo lo necesario.

A Ariadna le pareció escuchar un sonido de voces en la cubierta del navío, así que salió al exterior para comprobarlo. Al salir, se encontró con que cinco arpías estaban apoyadas sobre el borde de la cubierta, listas para investigar aquella nave voladora.

Ariadna reconoció enseguida a dos de ellas: se trataba de Nicótoe y Ocípete. Eran las arpías con las que habló en la gruta de Oehin cuando Ovadyo les pidió ayuda a cambio de provisiones hace dos años. Aunque, para Ariadna, habían transcurrido cuatro años, ya que el tiempo en el mundo de las hadas pasaba de forma diferente.

—¡Hola, Nicótoe y Ocípete! ¿Qué hacéis por aquí? —les saludó Ariadna con énfasis, ya que estaba contenta de ver una cara conocida, aunque en el pasado les amenazara con una enorme bola de fuego.

—¡La portadora del fuego! —exclamó Ocípete, más asustada que sorprendida.

—¿Este es tu barco? —quiso saber Nicótoe.

—Ahora podría decirse que sí, pero en realidad es de las hadas, ellas me lo han prestado —respondió Ariadna—. Pero, ¿qué hacéis tan lejos

de Oehin? ¿Las cosas marchan bien allí?

—No muy bien si te soy sincera, y Ovadyo ha cumplido su acuerdo en la medida de lo posible, pero ahora no es que haya mucha comida por los alrededores, y para no comer humanos, nos hemos visto obligadas a irnos al mar a buscar alimento. El rey Baltor no para de pedir tributos a todas las ciudades y, como sabéis, Oehin es una ciudad pobre y lo único que puede ofrecer es lo que crece de sus cultivos. Antes la situación era sostenible, pero el rey está pidiendo cada vez más —le informó Nicótoe.

—¡Es horrible! Me gustaría ayudaros, así que, por favor, coged comida de mi despensa —ofreció generosamente Ariadna.

—¿Qué dices? ¿Hablas en serio? ¿Y qué hay de ti y tus amigos? —preguntó Nicótoe.

—No os preocupéis, viajo sola y hay más alimento del que pueda necesitar —aclaró Ariadna.

—¿Qué pasó con tus amigos? ¿Acaso os separasteis? — se interesó Nicótoe.

—¿Recuerdas que hace dos años hubo un asedio en Micka? —le preguntó Ariadna.

—Claro, cómo no recordarlo. Los habitantes del Bosque de Drajar y los rebeldes se unieron contra las fuerzas de Baltor y pelearon por su libertad, pero aquello habría sido una masacre si no fuese porque un destello de luz les permitió escapar. Yo no estuve allí, pero eso es lo que cuentan todos en Irëdia.

—Pues después de eso nos separamos; yo perdí el conocimiento y me desperté en el reino de las hadas. Afortunadamente, el Oráculo de las hadas me confirmó que estaban bien.

—Creía que el Oráculo no era más que un mito. ¿Se te ocurrió preguntarle sobre el destino de Irëdia?

—Sí, pero por lo visto es incierto.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Voy al Continente del Sur.

—Imagino que tendrás tus propios motivos para ir a esas tierras

desconocidas, pero si necesitas ayuda, podemos acompañarte. Es lo menos que podemos hacer después de habernos dado comida.

—Os lo agradezco, pero creo que es algo que necesito hacer yo sola.

—¡Ariadna, me parece increíble lo que has cambiado desde la última vez que nos vimos! — comentó Nicótoe.

—Cierto, a mí me parecías una completa, pero aterradora cretina — intervino Ocípete riendo.

—Gracias por el cumplido —bromeó Ariadna—. La verdad es que sé de sobra que resultaba un tanto estúpida y repelente, ¿no os parece?

Nicótoe, Ocípete y Ariadna rieron estridentemente al recordar aquellos días. Las arpías se quedaron un rato a acompañar a Ariadna y la pusieron al día sobre todo lo que estaba pasando en Irëdia: los humanos estaban muriendo de hambre porque no podían pagar los elevados tributos que les imponía el rey; Baltor dejaba campando a sus anchas por las noches a vampiros y hombres lobo para saciar su sed de sangre; el pueblo estaba asustado porque no tenía protección; las tropas de Baltor no daban tregua a los habitantes del bosque, atacando sus ciudades, atrapando a todas las criaturas que podían y ejecutando a las que no dejaban morir de hambre.

Ariadna no daba crédito a lo que oía. Si Baltor seguía así, no quedaría nadie vivo en Irëdia, solo sus demonios y seguidores. A pesar de sus ganas de enfrentarse a él, tenía que encargarse primero del maldito espejo porque, si caía en sus manos, estaba segura de que provocaría el fin del mundo. Así que Ariadna debía ser paciente y buscar la manera de fortalecer y derrocar de una vez por todas al rey. Eso la llevó a preguntarse:

¿quién ocuparía el lugar de Baltor en el trono? Por un momento, se imaginó a sí misma con una corona en la cabeza y ocupando el trono de Micka, pero pronto desechó esa idea, pues no tenía ni idea de reinar y no podría soportar tanta responsabilidad. «Sea quien sea, seguro que no puede ser peor que él», pensó.

Las arpías se marcharon con la mitad de la comida que Ariadna tenía en la despensa de la nave. La joven maga les ofreció mucho más, pero Nicótoe se negó a aceptarla, pues el viaje hasta el Continente del Sur no era precisamente corto y sabían que Ariadna planeaba volver a Irëdia, así que lo necesitaría.

Cuando se marcharon, estaba empezando a oscurecer y a Ariadna le

entró mucha hambre, así que fue a prepararse la cena. Se sirvió un abundante vaso de vino y cocinó en el brasero un pescado que le salió exquisito. Para acompañar, se cortó un poco de queso. Cuando terminó, estaba tan llena que le costó levantarse de la silla del comedor y llegar hasta la cubierta. Allí se tumbó sobre el suelo de madera, contemplando el

manto azul oscuro que cubría el cielo y las estrellas que lo alumbraban. Por un momento, le pareció que estaba tan cerca de ellas que extendió la mano, intentando tocarlas en vano.

El rumor del mar le llegaba como un susurro lejano y agradable, como si estuviese cantándole una nana. Ariadna se hizo un ovillo y se trasladó al mundo de los sueños, el lugar en el que se sentía libre y podía convertirse en lo que quisiera: un ave, un pez, una mariposa…

DANTE

Los rayos de luz del sol que se colaban por la ventana de la habitación despertaron a Dante. Se levantó de la cama no sin antes restregarse los ojos con las manos. Bostezó de manera tan escandalosa que se le escuchó en las habitaciones colindantes. Caminó hasta el baño mientras seguía restregándose los ojos y se golpeó la espinilla con el pico de una mesita. Dante gritó y maldijo entre dientes; pero cuando el dolor mermó, continuó hasta llegar al espejo del cuarto de baño. Allí se lavó la cara y revisó la cicatriz que le surcaba desde la frente hasta el labio superior. Si hubiese recibido el golpe un poco más hacia la izquierda, sin duda habría perdido el ojo. Ya hacía dos años desde que la tenía, pero aún no se acostumbraba del todo a su desagradable aspecto. La capacidad de regeneración de su cuerpo era tan extraordinaria que las contusiones apenas le dejaban magulladuras. Sin embargo, las heridas provocadas por magia maldita, como era este el caso, tardaban mucho más en sanar que las normales.

Dante nunca había visto a su padre, Baltor, tan enfadado como aquel día, y nunca antes lo había agredido con tal crueldad. Cuando Dante regresó de la toma de Micka sin Ariadna y sin el espejo, esto provocó la ira de Baltor, que este descargó sobre él, pues le endiñó tal tajo en la cara con su espada imbuida de magia oscura que le causó dicha cicatriz en el rostro.

A pesar del fracaso de Dante en su misión, Baltor le dio una última oportunidad y le encomendó la tarea de hacerse con la llama eterna de los Páramos del Sur, ya que uno de sus espías había escuchado a Therion decir que, para mermar los poderes del espejo de Shaum, debían hacerse con ella. Así que Baltor pensó que aquel sería el siguiente destino de Ariadna y quería adelantarse a sus pasos. No obstante, muchos de sus esbirros pensaban que la muchacha había muerto al usar aquella poderosa magia de luz, pues dudaban que un humano fuese lo suficientemente poderoso como para sobrevivir a aquello. Sin embargo, Baltor no opinaba así; ya habían subestimado suficiente a Ariadna. Y aunque sabía que los humanos no solían ser magos muy poderosos, Néstor y Ariadna habían demostrado ser la excepción de su raza.

Según lo que Dante sabía, Baltor no solo pretendía detener a la portadora, sino que también buscaba al hermano de ésta, pues tenía la sospecha de que el chico también podría ser un mago poderoso y lo veía como una verdadera amenaza. Incluso mandó a Baal, uno de los

trece demonios superiores, a erradicarlo. De nada sirvió que Dante le desvelase a su padre que el pequeño Ciro no era habilidoso con la magia.

Dante tenía claro que, tras la muerte de su hermano Kadar, Baltor se había instalado en Micka para controlar el reino de los hombres y que puso a Hécate, el demonio superior de la magia, a cargo de Épones, ya que el pueblo también se había sublevado.

Mandó tropas hasta el bosque de Drajar, pero Dante no era consciente de más noticias respecto a Irëdia, porque lo tenían desinformado, y hacía un par de años que no ponía un pie allí, así que suponía que la situación podría haber cambiado. Dante no se atrevía a volver para comprobarlo porque su padre le aseguró que, si volvía al reino sin terminar la misión que le había encomendado, lo ejecutaría de inmediato.

Dante no quería desatar la ira de su padre de nuevo, y aunque la tarea que le encomendó era del todo un suicidio, no se atrevió a contradecirlo. ¿Cómo podría derrotar él solo al dragón que protege la llama eterna? Por suerte, el tiempo que permaneció en el continente del Sur le sirvió para hacer nuevos amigos: simpatizaba con una tribu de draconianos que vivían en el desierto, que pronto lo aceptaron como miembro, debido a la ayuda que Dante les prestó. Su pueblo estaba en eterna disputa por territorio con los hombres hiena, pero desde que Dante los defendió, estos no se atrevieron a volver a asaltar a los draconianos. Sus nuevos aliados le enseñaron las debilidades de los dragones y la forma en la que solían actuar, ya que en algún tiempo remoto habían pertenecido a la misma familia, hasta que la unión entre humanos y dragones se hizo más fuerte y surgieron los jinetes de dragón. A veces, el vínculo que se creaba era tan fuerte que entre jinetes de dragón nacían niños que presentaban escamas, colas y cuernos, muy parecidos a sus hermanos los dragones, pero con rasgos humanoides, de ahí surgieron los draconianos.

La convivencia entre ambas razas era pacífica hasta que algunos dragones lo consideraron la unión un insulto, y la guerra estalló; así es como ocurrió la masacre de Elisea, la ciudad de dragones y jinetes de dragón. Se dice que no quedó más que cimientos y cenizas; se sabe que algunos draconianos lograron huir y se asentaron en el desierto. Si algún dragón o jinete se salvó, esto se desconocía, pero desde entonces no se han visto dragones sobrevolar el cielo de aquellas tierras, salvo a Terra, que es la dragona que anida en la cima de los Páramos del Sur, también conocidos como los Páramos Solitarios, pues nadie se atreve a poner un pie en aquellas baldías y peligrosas tierras.

No se sabe muy bien lo que Terra protege en su nido, pero las leyendas dicen que, en las ruinas de la ciudad, solo quedó en pie la llama eterna, el símbolo de la amistad entre humanos y dragones. Se cree que Terra transportó la llama eterna a aquella cima con el objetivo de protegerla, pero nadie que se haya atrevido a poner un pie allí ha vivido para contarlo. No obstante, a pesar de la remota posibilidad de que la llama esté ahí, Dante sentía que tenía que intentarlo y descubrir si realmente esa reliquia existió o si tan solo se trataba de un mito como se temía. Pero, ¿cómo se acercaría al nido del dragón sin desatar la ira de Terra?

De hecho, la dragona ya estaba tan habituada a su olor que, con tan solo aproximarse, lo percibía y le atacaba. Dante pensó que la única solución era distraerla mientras otro se acercaba sigilosamente, pero ¿quién estaría lo suficientemente loco o desesperado para intentarlo? Dante trató de convencer a los draconianos, pero estos se negaron en rotundo, alegando que Terra conocía de sobra su olor y que sería inútil siquiera intentarlo. Dante sospechaba que lo que tenían era miedo, pero tampoco los culpaba, pues era algo tremendamente lógico. También intentó engatusar a un mercenario con el oro que seguramente el dragón guardaba en su guarida, pero ni siquiera un insensato avaricioso se sentía con fuerzas suficientes para probar suerte. Ni el más avaro de los hombres se atrevía a desatar la ira del dragón, así que Dante ya empezaba a resignarse y a pensar que allí estaba mejor que en Irëdia: había conocido a muchos amigos y, para él, los draconianos ahora eran su familia. Se empezó a acomodar a la tenaz vida del desierto, pues ya estaba más que acostumbrado al severo clima, a la dura carne de los lagartos y a otras bestias del desierto como: arazoyi [17], armadizos

[18], escorpiones del tamaño de un perro, víboras, diablos espinosos [17] coyotes, salamandras escupe fuego.

Durante todo ese tiempo, Dante intentó hacerse con la llama sin éxito, pues cuando se acercaba a la montaña en cuya cima se decía que se encontraba, Terra, la enorme dragona de escamas marrones, le impedía el paso. No obstante, había algo más que lo inquietaba, pues no paraba de pensar en Ariadna, y esos pensamientos lo distraían de sus tareas constantemente. Se había obsesionado con la portadora del espejo y tenía la sensación de que necesitaba hallarla como fuese, pero ¿qué haría si alguna vez se topaba con ella? Aquí sus sentimientos entraban en conflicto, porque durante todo el tiempo que habían viajado juntos, le había cogido un especial afecto a la muchacha. Sin embargo, sabía que ella era la enemiga de su padre y que su deber era hacer que él se sintiese orgulloso de él. Tampoco tenía muy claro lo

que sentía por ella: ¿era solo afecto o había algo más? Si era solo amistad, ¿por qué se sentía de esa forma tan especial solo con ella? Es decir, ¿por qué no le pasaba lo mismo con Ciro, Helena, o con el resto de personas con las que había viajado y había empatizado? Él se sentía de manera diferente con ella; era como si estuviera muy cómodo cuando estaba con Ariadna y,

ahora que no la había visto después de tanto tiempo, se sentía como si algo muy importante le faltase, como si estuviese vacío. No podía pensar en lo peor; estaba seguro de que ella habría sobrevivido. La idea de perderla era del todo inconcebible. Entonces,

¿era amor? Pero si era así, ¿por qué la atacó? ¿Por qué perdía el control cuando se transformaba en esa cosa? De hecho, Dante se sintió tan culpable que estuvo entrenando todo ese tiempo para poder controlar lo que hacía mientras estaba transformado, y lo cierto es que consiguió muchos avances: ya no perdía el control de sus acciones cuando se transformaba en demonio.

Dante pensó que, al estar dos años apartado de todo lo que conocía, podría profundizar en lo que realmente quería, sus sueños y sus metas. Quizás podía aclarar sus ideas, pero pasó justo lo contrario: estaba más confuso que nunca. La distancia debería haberle hecho olvidar a Ariadna, pero era extraño que la mayor parte del tiempo se encontrara pensando en ella. Por suerte, el entrenamiento, las tarea de ayudar a fortificar la aldea de los draconianos y la supervivencia ocupaban gran parte de su tiempo y conseguían, por un momento, no pensar en la portadora.

Sin embargo, tantos años solo en aquel insólito lugar le habían hecho comprender que él no era como su familia y que no podía evitar tener sentimientos como los humanos, a fin de cuentas era también mitad humano. De hecho, los lazos de amistad que había hecho con los draconianos eran muy fuertes, pues fueron ellos los que lo ayudaron a sobrevivir todos esos años en el desierto. Comprendió que, al estar en grupo era más fuerte que cuando estaba completamente solo, y que todo lo que le habían enseñado no era verdad. No todo el mundo era malo o te iba a traicionar, sino que también había gente buena en la que podías confiar, personas a las que podías llamar amigos. Entonces se dio cuenta de que los demonios estaban equivocados por no amar, pero ahora se sentía entre la espada y la pared, porque una parte de él también sentía cariño por su familia de sangre. A pesar de todas las humillaciones que le hicieron pasar por ser diferente al resto, algo dentro de él decía que era su familia y que no podía simplemente desvincularse de ellos. A veces también les odiaba por haberle privado

del sentimiento de amar durante tanto tiempo.

DRAKE

Ariadna llevaba un par de días viajando a bordo del Pegaso de Oro, así es como llamaba a la nave que las hadas le habían prestado para llegar al Continente del Sur. El nombre se le ocurrió por las alas blancas que el navío tenía pintadas en el mascarón de proa, ya que esto le recordaba a Pegaso, el caballo alado. El adjetivo "de oro" se le pasó por la cabeza por el destello dorado que el polvo de hadas dejaba en el cielo. Al estar el barco recubierto del mismo, dejaba una estela dorada a su paso. Sin embargo, el efecto mágico de dicho polvo estaba comenzando a desvanecerse, puesto que la nave estaba descendiendo suavemente hacia el puerto de lo que Ariadna percibió como una ciudad del Continente.

Ariadna susurró unas palabras en el idioma de la magia e hizo que el viento soplase de tal manera que resultara favorable y guiara el barco hasta el muelle de una abarrotada ciudad. Esto atrajo la atención de numerosos curiosos que se arremolinaban alrededor del puerto. Muchos dedos apuntaban al Pegaso de Oro, y la gente de aquel lugar cuchicheaba entre sí, intentando averiguar quién era el dueño de aquella espectacular nave voladora y cuestionándose cómo era posible. Si bien todos eran conscientes de que la magia existía, no estaban acostumbrados a ver cosas similares todos los días.

Ariadna atracó el navío en el muelle y, haciendo caso omiso de las miradas indiscretas de los lugareños, tarareó una canción que hizo que un aura protectora de luz rodeara el barco. «Esto mantendrá alejados a los ladrones y malhechores», pensó.

Ariadna había aprendido a utilizar la magia sin entonar palabras, pero eso era mucho más difícil, así que solo recurría a ella cuando era estrictamente necesario.

Ariadna se hizo paso frente la multitud, atravesó el mugriento puerto y se internó en las callejuelas de la ciudad. Si las anotaciones del mapa de navegación eran correctas debía de encontrarse en Thalassia [19]. Necesitaba verificarlo, así que buscó la taberna o posada más cercana. Con suerte, podrían indicarle también la ubicación hacia los Páramos Solitarios.

Aquellas calles eran laberínticas y no tardó en perderse. Debía encontrarse muy lejos del ágora porque las casas allí eran muy precarias. De hecho, las ratas se habían adueñado de esa parte de la

ciudad. Los niños jugaban descalzos e iban vestidos con harapos. Además, en el ambiente había un olor similar al de la fruta podrida. Aquellas personas vivían en la absoluta pobreza, a juzgar por el aspecto de sus casas y sus ropas.

No parecía haber ninguna zona para hospedarse cerca, así que Ariadna paró a un niño para preguntarle. Según había leído, la gente de allí conocía un idioma diferente, pero estaban tan acostumbrados a tratar con otros continentes que dominaban el idioma común en Irëdia. El muchacho la entendió perfectamente porque le indicó:

—Este es el barrio pobre. Tienes que subir un poco más.

—Entiendo, muchas gracias, muchacho —Ariadna depositó un kalko [20] en la mano del chico, y a éste se le iluminaron los ojillos y se metió corriendo por uno de los callejones.

Ariadna siguió las indicaciones del chico y llegó hasta una puerta robusta de madera. Una vez allí, llamó a la puerta y un soldado que estaba vigilando la atalaya le preguntó a gritos:

—¿Quién va?

—Me llamo Ura; vengo desde Irëdia. He realizado un largo viaje para hospedarme en la ciudad.

—Desde luego, tus ropas no combinan con las de aquí. ¿Cómo has llegado hasta aquí, muchacha?

—He llegado esta mañana en mi nave y he atracado mi barco en el puerto.

—Pff, ¿en el puerto del barrio pobre? Te puedo asegurar que, antes de mañana, tu navío ya no estará ahí. Deberías haberla atracado en el puerto que tenemos aquí.

—No lo sabía, pero la nave no me preocupa; dudo que lo roben.

—Tú misma, extranjera. Yo te he avisado.

—¿Me dejas entrar, por favor?

—Depende, ¿vas a pagar la tasa?

—¿Perdona? ¿Así es como tratáis a los viajeros?

—Lo siento, señorita, pero no puedo dejar que entre cualquiera sin

pagar un kalko.

Ariadna pensó: «A este paso, me voy a arruinar en esta ciudad. Menos mal que las hadas me dieron un saquito de monedas».

—Está bien, no tengo ningún inconveniente, pero ¿me podrías al menos indicar dónde hay algún sitio para alojarme?

—Claro que sí. Un momento, le indico a mi compañero que te abra la puerta y te indique.

Ariadna entró y, a cambio, pagó lo acordado al soldado de dentro. Éste, una vez que recibió el pago, fue muy amable y le dio indicaciones para llegar a la posada más cercana, que, según él, estaba a dos calles a la derecha.

Conforme avanzaba por el barrio rico, se dio cuenta de por qué ese nombre le iba como anillo al dedo, ya que las calles estaban impolutas, las casas muy arregladas y eran mucho más grandes que las que había visto en el barrio bajo. Las ropas de la gente de allí parecían de mayor calidad y estaban adornadas con bordados de oro. Cada ciudadano iba acompañado de un esclavo. Entonces, Ariadna se preguntó si la gente que había visto abajo también serían siervos. Aunque entendía que probablemente no, ya que los esclavos vivían normalmente con las familias a las que prestaban sus servicios.

No podía dejar que estos pensamientos ocuparan su mente en ese momento; debía centrarse en su misión, que era, ni más ni menos, llegar a los Páramos Solitarios y encontrar la Llama Eterna. Así que prosiguió el camino que le había indicado el guardia, sin dejar de contemplar maravillada la belleza de las calles. En los murales de las paredes se mostraban escenas, algunas de la vida cotidiana y otras sobre los dioses de aquel lugar. Según había leído Ariadna en los libros que Calíope le dejó en el barco, los habitantes de allí no compartían los mismos dioses. Se dio cuenta de que las figuras de los dibujos de los murales estaban presentadas de una manera curiosa, pues la cabeza y las piernas de los personajes estaban orientadas de forma lateral, mientras el torso se mostraba de frente. Las escenas estaban delimitadas por figuras con motivos florales y geométricos.

Ariadna siguió caminando hasta llegar a un edificio enorme, cuyo letrero estaba escrito en un idioma que no comprendía. Sin embargo, dedujo que decía algo como "La

Gacela Dorada" por el dibujo que había justo encima de las letras. Sin duda, debía ser el lugar del que el soldado le había hablado. Así que

Ariadna tocó en la puerta de madera.

Un hombre de mediana edad y pelo escaso, vestido con una túnica blanca y unas sandalias, la miró con una ceja levantada, como esperando a que ella le dijese por qué estaba ahí parada en el umbral de su puerta.

—¡Hola! Soy extranjera y me han dicho que puedo hospedarme aquí —le dijo Ariadna con una sonrisa.

—¡Ah, claro que sí pasa! Ofrezco cobijo a los viajeros en mi humilde morada y también sirvo comida a cambio de un precio, claro está. ¿Quieres algo?

—No, gracias, no tengo hambre. Quiero que me reserve una habitación para esta noche y que me de cierta información.

—Claro, será un par de kelmas [21]. Pero, habláme de tú a tú, porfavor.

—Vale, ¿conoces los Páramos Solitarios?

—Claro que sí, todos lo conocemos y también las leyendas que alimentan ese lugar.

—¿Me podrías indicar cómo llegar allí?

—No entiendo por qué una muchacha como tú se plantea siquiera ir. Ese sitio, dicen, está maldito y todo el que va nunca vuelve. Ahora que me pongo a darle vueltas, sí que hay una persona que ha vuelto.

—¿Quién? —preguntó Ariadna con curiosidad.

—Es un extranjero que se hace llamar Drake, creo. Sé que lleva alrededor de un año investigando sobre ese lugar. Si quieres llegar hasta allí y volver con vida, creo que él es la persona más idónea.

—Entiendo, ¿dónde puedo encontrarlo? ¿Y qué aspecto tiene?

—Es difícil, pues se pasa los días fuera, pero cuando viene, pasa las horas en la biblioteca. Así que yo lo buscaría allí primero, pero te adelanto que hace mucho que no pasa por aquí. Lo reconocerás por una cicatriz enorme que tiene en la cara.

—Muchas gracias; probaré suerte de todos modos. ¿Me indicas dónde está la biblioteca, por favor?

—Sí, claro. No tiene pérdida; es todo recto y la segunda calle a la derecha. La distinguirás porque destaca entre el resto de casas.

Ariadna era muy despistada y a menudo se solía liar con las indicaciones. En vez de coger la segunda calle a la derecha, tomó la segunda a la izquierda. Le costaba discernir entre derecha e izquierda porque no prestaba mucha atención a su alrededor y se confundía

fácilmente.

«Debería haber llegado ya a la biblioteca, pero no veo ningún edificio diferente; parece que todas son casas lujosas», se dijo Ariadna.

Entonces pasó a su lado alguien que llevaba el rostro tapado con una capucha marrón. Ariadna pensó que tenía un aspecto sospechoso, pero, de todas formas, no había nadie más que pasara cerca en ese momento, así que se armó de valor y le dijo:

—Disculpe, buen hombre, ¿podría ser tan amable de indicarme hacia dónde está la biblioteca?

Daba la sensación de que el encapuchado se había percatado ahora de la presencia de Ariadna, porque al escuchar su voz dio un respingo. No obstante, se giró para mirarla, pero se quedó inmóvil. Ariadna no distinguía el rostro de esa persona porque estaba bien oculto tras la capucha, pero, por la estatura y la complexión, dedujo que debía ser un varón. Al ver que el desconocido no le respondía, Ariadna se disponía a seguir recto hasta encontrar la dichosa biblioteca, ya que supuso que esa persona no entendía su idioma. Quizás no todos allí conocían la lengua común después de todo.

Cuando el hombre se percató de que Ariadna estaba a punto de marcharse, le contestó con una voz que le resultó familiar:

—Muchacha, ibas en la dirección opuesta. ¡Sígueme! Yo me dirijo hacia allí también.

Ariadna no le agradeció, sino que lo siguió en silencio. Esa voz le sonaba mucho, pero para estar cien por cien segura tenía que escucharla de nuevo. Así que, mientras lo seguía, empezó a preguntar cosas sobre la ciudad, esperando que él hablara. No obstante, el desconocido estaba muy concentrado en el camino y solo le contestaba asintiendo o negando con la cabeza. Cuando Ariadna le hacía una pregunta más abierta, el hombre emitía algún tipo de gruñido extraño. Sin duda, tenía una gran habilidad para evadir las preguntas. Cuando Ariadna se decidió a preguntarle si lo había

conocido antes, el encapuchado giró una esquina tan rápido que lo perdió de vista.

—Pero, ¿dónde se ha metido? No puede haber ido muy lejos —se dijo en voz alta.

Por mucho que buscó, no lo encontró entre el bullicio de personas que había en aquella calle. Ariadna estaba ahora en una plaza muy concurrida; miró hacia adelante y distinguió un enorme edificio. Ella estaba segura de que debía tratarse de la biblioteca, así que, aunque seguía pensando en el desconocido de voz familiar, decidió que no podía perder más tiempo buscándolo. Se lamentaba por su falta de orientación, ya que se había desviado bastante de su destino. Sin perder más tiempo, entró. Se percibía el característico olor de los libros [22], y a ella le encantaba esa fragancia; de manera inexplicable, se sentía a gusto rodeada de conocimiento.

Ariadna recorrió la biblioteca buscando a un hombre con una cicatriz en la cara, pero no tuvo suerte. Se dio cuenta de que había más hombres lagartos que humanos y, de todos modos, nadie tenía una cicatriz en la cara. Así que preguntó a una mujer tigresa que llevaba el registro de los libros. Ariadna nunca antes había visto a alguien similar, por lo que no pudo evitar quedarse mirándola. Se notó que la tigresa se ofendió por su comportamiento y le indicó, en el idioma común, de la forma más cortés que le fue posible:

—Si no va a leer o a pedir algún libro, me temo que debe marcharse, señorita.

—Discúlpeme, es que estoy buscando a un tal Drake; ¿lo conoce?

—Pues sí, curiosamente pasa muchas horas aquí. Hace ya varios días que no aparece, pero no es algo raro, pues suele desaparecer por largos períodos de tiempo.

—¿Y sabe, por casualidad, qué es lo que suele leer cuando está aquí?

—No te puedo decir con exactitud porque hojea varios papiros de esa sección, pero nunca se lleva nada; cuando viene, pasa todo el día leyendo hasta que cerramos.

—Vale, muy amable… gracias.

—Soy Jade; ¿y tú?

—Me llamo Ura.

Ariadna se despidió de Jade con una sonrisa y se dirigió hacia la sección que esta le había indicado. Siguió buscando a alguien con una cicatriz en la cara, pero como no vio a nadie con esas características, decidió pasar el día allí por si Drake aparecía. Cogió uno de los rollos de papiro al azar, esperanzada en que fuera uno de los que Drake consultaba a menudo y que eso le pudiera dar alguna pista, por pequeña que fuera. En concreto, el rollo que eligió trataba sobre las razas del Continente del Sur; tenía un libro

parecido en el barco, pero este le resultó más completo, pues estaba mucho más actualizado y contenía descripciones más detalladas.

Descubrió que las razas más comunes en aquella zona eran los hombres lagarto, y que la mayoría vivía en el desierto. Cuando llevaba unas diez páginas leídas, Ariadna empezó a sentir la extraña sensación de que alguien la observaba. Así que miró a su alrededor lo más disimuladamente que pudo y se percató de que, justo en la mesa de atrás, había un hombre que antes no estaba allí. Lo miró por el rabillo del ojo y se sobresaltó al descubrir que se trataba ni más ni menos que de Dante. Se sorprendió tanto que le pegó un manotazo al libro que estaba leyendo, y se le cayó al suelo.

Ariadna se quedó paralizada, pues no esperaba encontrarse con sus enemigos en el Continente del Sur, y mucho menos después de tanto tiempo. Dante se sentó a su lado y le susurró al oído:

—Te había dado por muerta. No serás un espejismo, ¿verdad? —Dante tenía los ojos como platos y la miraba de arriba abajo, con la boca entreabierta. Aún no se creía que ella estuviera ahí.

A Ariadna le temblaba todo el cuerpo, pero no iba a dejarse intimidar, así que le respondió de la manera más fría que pudo:

—Eres la última persona que deseaba ver. Tienes suerte de estar en un lugar público; de lo contrario, te mataría.

—¿A qué viene tanta agresividad? Después de aquel altercado en Micka me desterraron. Como puedes ver, ya no llevo el escudo de armas de Baltor.

Ariadna se percató de que también tenía una enorme cicatriz muy cerca del ojo izquierdo.

—La verdad es que no me interesa lo más mínimo.

—Por cierto, de nada por haberte indicado el camino hasta la

biblioteca.

—¿Cómo? ¿Eras tú? —Ariadna revisó la capa que llevaba, y coincidía con la de la persona que, hacía un momento, le había ayudado.

Jade se acercó a ellos con cara de pocos amigos y les dijo:

—Siento interrumpir, pero veo que ya ha encontrado a Drake. Si no les importa, tienen que salir de la biblioteca; aquí hay que permanecer en silencio.

Ariadna se dio cuenta de que habían alzado la voz más de lo deseado y atraído miradas indiscretas. Decidió salir de la biblioteca para dejar de llamar la atención, pues no le convenía en absoluto. Había enlazado las piezas del rompecabezas: una cicatriz que iba desde la frente hasta el labio superior, un extranjero... Jade llamó a Dante, Drake. Así que, ¡Dante era Drake!

Dante la siguió, la tomó de la cintura con delicadeza y le susurró:

—Te ruego que disimules, Ariadna. Eres la criminal más buscada de Irëdia. Si crees que Baltor no ha puesto ya una recompensa en todo el mundo por tu cabeza, estás muy equivocada. Espero que hayas utilizado otro nombre.

—No sé a qué viene tanta preocupación por tu parte, si estarás deseando que me cojan —dijo ella, apartándose bruscamente.

—¡Cállate y sígueme la corriente! ¿Ves a esos hombres de allí? Están preguntando por ti ahora mismo, alguien te ha debido de reconocer. ¡Piensa! ¿Con quién has hablado antes de venir?

—Con un hombre en la Gacela Dorada. Me dijo que daba cobijo a los extranjeros.

—Ese es un espía de Baltor y seguramente te habrá reconocido. ¿Qué le contaste?

—Le conté que… iba hacia los Páramos Solitarios y me aconsejó que te buscase a ti.

¡Qué estúpida he sido! Me ha conducido a una trampa.

—Lo que él no sabe es que estoy de tu lado. ¡Corre, haz lo mismo que yo! ¡Vienen hacia aquí!

Dante se inclinó hacia ella y la besó con suavidad en los labios.

Ariadna jadeó, perpleja, pero cerró los ojos y se dejó llevar. Sintió que un extraño hormigueo le recorría todo el cuerpo. Los cálidos labios de Dante se fundieron con los suyos. Ariadna no sabría decir cuánto tiempo estuvieron besándose, pero cuando Dante se separó de ella, se sintió tan débil que tuvo que apoyarse en el pecho de él para no caerse al suelo. Era la primera vez que Ariadna se sentía de esa forma, nunca antes había besado a un chico.

Afortunadamente, los soldados que la perseguían los tomaron por una parejita de enamorados y pasaron de largo, siguieron calle arriba.

Dante la agarró de la mano y tiró de ella para que reaccionara; estaba tan confusa que no podía moverse. Dante la condujo hasta una casa y la hizo entrar antes de que unos soldados que patrullaban los viesen.

Ariadna se dejó caer en una silla. Seguía sintiendo el hormigueo por todo el cuerpo y se dio cuenta, por el calor que sentía en las mejillas, de que debían estar encendidas. No entendía muy bien lo que acababa de suceder. Dante, que estaba mirando por la ventana, suspiró y se sentó a su lado.

—Por fin se han ido; por suerte, han pasado de largo.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Ariadna, roja como un tomate.

—¿El qué? ¿Salvarte la vida?

—¡Besarme! —estalló ella.

—Lo siento, no se me ocurrió otra forma de salir de allí —dijo él, evitando su mirada y sonrojándose.

—¡Gracias! —le contestó ella de repente, y se le volvieron a encender las mejillas—.

Es decir, no agradezco que me beses, sino el haberme ayudado.

—Ya claro, lo he entendido —dijo él mientras se rascaba la nuca.

—Tengo que irme —soltó Ariadna.

—¿Estás loca? Tienes que quedarte aquí hasta que pase todo.

—Dante, no van a dejar de buscarme.

—Lo sé, pero esperaremos el momento más oportuno, ¿vale?

—¿Esperaremos? —le preguntó ella, sorprendida.

—Claro, yo voy contigo.

—Lo que no entiendo es qué me ha delatado; usé otro nombre

—Pero dijiste que ibas a los Páramos, ¿verdad? —ella asintió—. No sé cómo, pero Baltor sabía que ese era tu objetivo.

—Sólo lo saben Therion, Dafne, Kyra, Helena y Ciro, y confío ciegamente en ellos.

—Ignoro cómo se ha podido enterar, pero esto va a dificultar las cosas —comentó Dante—. ¿Para qué quieres ir a los Páramos?

—Necesito lo que se conoce como llama eterna para mermar los poderes del espejo de Shaun, aunque no sé si es una leyenda o no; tengo que comprobarlo.

—Entiendo, yo te ayudaré a buscarlo. Conozco muy bien estas tierras.

—Aún no entiendo una cosa, Dante. Creo que puedo confiar en ti porque, de lo contrario, me habrías matado. De hecho, has tenido muchas oportunidades de hacerlo.

Sin embargo, me confunden mucho tus acciones. ¿Por qué nos traicionaste en el bosque de Drajar? Eras nuestro aliado...

—Ariadna, quizás en ese momento no te diste cuenta, pero lo que hice fue salvaros.

Los demonios llegaron al bosque y estuvieron a punto de descubrir a tu hermano y a Jacky. Yo sugerí que perderíamos mucho tiempo buscando a un mocoso y que Baltor se enfadaría. A cambio, les ofrecí un plato más suculento: a los centauros que apresaron. Y

no me siento orgulloso de ello, pero fue lo único que se me ocurrió para que no atraparan a tu hermano en ese momento. ¿Nunca te dio por pensar en ello? Todo lo que he hecho ha sido por vosotros —se justificó Dante.

—Siempre me pregunté cómo había escapado Ciro, pero como es tan escurridizo, pensé que se habría escondido —titubeó Ariadna—. ¿Pero por qué quieres ayudarme?

Es decir, Baltor es tu padre.

—Ariadna, durante todo este tiempo en el que no has estado, he llegado a darme cuenta de muchas cosas. Por primera vez en mi vida, fui verdaderamente feliz cuando viajé con vosotros; formamos lazos de amistad y cariño, sentimientos que hasta entonces me eran ajenos. Siempre me han enseñado a ser egoísta, y al principio estaba confundido, sin poder reconocer mis verdaderos sentimientos. Sin embargo, tú me hiciste ver que no estoy solo en el mundo. Cuando te ataqué en la batalla de Micka, perdí el control de mi transformación y te hice daño. He pasado estos años lamentándome por ello, sintiéndome lo peor al pensar que pude haberte matado.

Gracias a los dioses, estás viva.

Dante se vino abajo y se le pusieron los ojos vidriosos, como si estuviese a punto de llorar. Ariadna le abrazó y le susurró:

—Ya te he perdonado por eso, tonto. Recuerda que has salvado mi vida muchas veces, y hoy también lo has hecho.

Los ojos azules se encontraron con los marrones. Dante estaba tan cerca que Ariadna podía sentir su cálida respiración sobre su boca. Ella se humedeció los labios, deseando sentir el hormigueo que había experimentado hacía un momento. Estaba a punto de volver a rozar los labios de Dante, pero algo la frenó. Se ruborizó de nuevo y se alejó de él para mirar por la ventana.

UNA VISITA INESPERADA

El consejo estaba reunido en una enorme sala, cuya única fuente de iluminación era la luz de las antorchas colocadas en la pared de la habitación. Cada uno de sus miembros estaba sentado alrededor de una rectangular mesa de madera inmersos en diversos debates. Las personas que formaban parte de este grupo eran: el derrocado rey Estefano, como representante de los humanos; Dan, como líder de los rebeldes; Hipólita, reina de las Amazonas; Markus, como portavoz de una de las tribus de los centauros del bosque; Ainhe, como soberana de las hadas; y, por último, pero no menos importante, el señor de la montaña Dwargun, corazón de roca.

—Como sabéis os he reunido hoy aquí para trazar una estrategia y recuperar la ciudad de Épones —tomó la palabra Dwargun, soberano de la montaña.

—Señor, me preocupa mucho que en la toma de la ciudad se derrame sangre humana. Pues como bien sabe, la mayor parte de los ciudadanos están retenidos allí en contra de su voluntad —manifestó su preocupación el rey Estefano.

—Lo sé, pero ¿quieres que estén presos durante toda su vida? Un asedio nunca es agradable, pero tenemos que hacer algo para liberar a la gente de Irëdia —opinó Dwargun.

—Para evitar bajas innecesarias se me ocurre que utilicemos los canales de drenaje de agua, nos colaremos unos pocos en la ciudad y abriremos las puertas al resto desde dentro— propuso el astuto Dan.

—Una gran idea, si no fuese por un detalle. En ese canalizado no cabe más que un niño pequeño. ¿Quién es lo suficientemente diminuto como para colarse por ahí? —le llevó la contraria Markus.

—Es una misión que tendréis que dejarnos a nosotras —comentó Ainhe.

—Puede que nosotros quepamos también —intervino Dwargun —Sí, y quizás algunos duendes también se presten, pero no hay que olvidar que será muy arriesgado

—aseguró Hipólita.

De pronto, un soldado irrumpió en la sala y gritó: —¡Nos están

atacando!

—¡Eso es imposible!—exclamó el rey enano.

Hipólita en respuesta desenfundó su arma y le susurró a Ainhe: —¿Cómo han dado con este lugar si está escondido bajo las montañas?

—La única explicación lógica que encuentro ahora mismo es que alguien se ha ido de la lengua y ha desvelado nuestros secretos para entrar en la fortaleza —afirmó el hada.

—Ahora no es el momento de buscar respuestas —les cortó Markus que estaba justo al lado de Hipólita y escuchó la conversación. Entonces este, salió de la sala de reuniones con su arma desenfundada.

Todos los miembros del consejo salieron de la habitación para enfrentarse a los invasores junto al resto de rebeldes. Dwargun se consternó cuando uno de sus guardias le explicó que los demonios habían entrado por una brecha de la montaña. Por lo visto habían utilizado algún tipo de magia oscura muy poderosa como para hacerla añicos.

—Esto jamás había pasado, ningún ser ha penetrado la roca sin mi consentimiento durante siglos —Dwargun, corazón de piedra, estaba tan furioso que pegó un puñetazo en la pared. Si se hizo daño no lo demostró.

En la montaña reinó el pánico: los civiles corrían de un lado a otro o se ocultaban en sus casas; los soldados rebeldes se dirigían prestos a la abertura de la montaña para contener a los enemigos y que éstos no penetrasen más allá de la ciudad.

Muchos de los rebeldes no se encontraban en la montaña esa mañana porque estaban haciendo misiones en el exterior, tal como era el caso de Demetrio, Cassandra, Dafne, Helena y Lander. Sin embargo, Ciro como era menor de edad y no lo dejaban formar parte del grupo de exploradores, en cuanto se enteró fue a plantar cara a los invasores. Therion, que ya casi estaba recuperado de sus heridas, también fue. Se reunieron con los soldados rebeldes y analizaron la situación: las tropas de Baltor, fácilmente reconocibles por el estandarte del cuervo, habían excavado la montaña hasta llegar a una de las entradas y trataban de forzarla para penetrar por ella. Daba la impresión de que sabían con exactitud, dónde se encontraba dicha entrada porque se

habían dirigido justo a ese punto de la montaña. ¿Cómo era posible? ¿Acaso tenían a un espía entre sus muros?

A Ciro se le ocurrió una idea y éste se la comentó a Therion y a Dan, el líder de los rebeldes. Ambos estaban esperando al enemigo en la entrada para emboscarles junto a otros compañeros.

El plan de Ciro era mejor, pues al muchacho se le ocurrió taponar el acceso principal para obligar al enemigo a coger un desvío y esperarlos ocultos entre las casas. Había algunos arqueros apostados en lo alto de las viviendas y terrenos elevados con arcos y flechas en mano, preparados para atacar. Dan, se sorprendió de la astucia del chico y siguió su plan. Esperaron pacientemente a que el primer grupo de enemigos, cruzase la trampa y Dan dio la señal. Desde una posición elevada les lanzaron un torrente de proyectiles y rocas, desatando el caos entre las filas invasoras. Los gritos de sorpresa y confusión resonaron en la montaña mientras sus antagonistas se tambaleaban, atrapados entre la confusión de su propia marcha y la furia de los rebeldes.

Los invasores, desorientados y frenéticos, intentaron retroceder, pero el acceso era tan estrecho que se taponaban entre ellos mismos y les era imposible huir. Therion y Ciro, espadas en mano, empezaron a atacar con mayor ferocidad y sin dar tregua a los enemigos. El resto de rebeldes, inspirados por su arrojo y valentía, arremetieron también contra ellos. Consiguieron repeler las huestes invasoras sin apenas bajas rebeldes, gracias a la inteligencia de Ciro.

Cuando derrotaron a los enemigos, Dan y Therion se acercaron al muchacho y le felicitaron por su astucia. De lo contrario, quien sabe cuantos aliados hubiesen perecido.

—No tenéis por qué darme las gracias, pero sí podéis hacedme un favor.

—Claro, ¿cómo era tu nombre, chico? —le preguntó Dan, mostrando interés.

—Me llamo Ciro.

—¡Ah! Tu eres el hijo de Cassandra y Néstor. He escuchado tus hazañas. Dime, Ciro,

¿qué puedo hacer por ti? Pídeme lo que consideres, pues estamos en deuda contigo todos nosotros.—le indicó Dan.

—Quiero que me tengan más en cuenta y también me gustaría formar parte de los grupos de exploradores. Solo deseo que se me encomienden más misiones importantes

—pidió Ciro.

—Entiendo, desde luego has demostrado ser muy valeroso, pero eres joven todavía y no me corresponde a mi decidirlo. No obstante, hablaré con tu madre y si ella está de acuerdo en que emprendas algunas misiones yo no tengo objeciones. Lo que has hecho hoy ha sido encomiable —dijo Dan sorprendido.

—Ciertamente, ningún niño de su edad hubiese llegado a tal razonamiento. Ciro demuestra una madurez inusual —le halagó Therion.

—Y serás recompensado, la hazaña de hoy no se olvidará. Ahora, Ciro, ve a descansar, por favor. Mis hombres se encargarán de cargar los cadáveres y de cerrar la brecha que han causado en la montaña. Más tarde hablaremos tu y yo —comentó Dan y sin atreverse a contrariarlo, Ciro le obedeció. Therion, sin embargo, se quedó a ayudar a Dan Ciro tenía una sonrisa de oreja a oreja, por fin se había hecho destacar entre los rebeldes y estaba convencido de que pronto contarían con él para más misiones. De vuelta a la ciudad de los enanos, Ciro se encontró con dos arpías que por lo que les contaron Ariadna y Dafne hacía unos años, debían de tratarse de Nicótoe y Ocípete, las arpías de la gruta que visitaron en Ohein. Ciro no estuvo en aquella gruta, pero tanto Dafne como su hermana les describieron todos los detalles. El muchacho no se las esperaba y se quedó contemplándolas boquiabierto sin saber cómo reaccionar, pues nunca había visto a una arpía tan de cerca. Fue Nicótoe la que se acercó a él y habló primero: —¿Qué miras chico?

—Hola —contestó este —: soy Ciro el hermano de Ariadna, ¿vosotras sois Nicótoe y Ocípete? Mi hermana me habló de vosotras.

—¡Vaya, con que Ciro es tu nombre! Sí, somos las mismas. De hecho, acabamos de llegar ahora mismo y no veas el revuelo que hay montado. Menos mal que hemos llegado a tiempo, pues hemos conseguido avisar a tiempo de que las tropas de Baltor se dirigían hacia aquí —comentó Ocípete.

—¿A quién habéis avisado? —de repente Ciro se puso muy tenso.

—No sé, a un soldado rebelde que vimos en la cima de la montaña. ¿Pasa algo? —

preguntó Nicótoe frunciendo el ceño.

—Sí, que ese debe ser el traidor. Nadie nos ha avisado del ataque, nos

hemos dado cuenta cuando ya los teníamos prácticamente dentro. ¿Recuerdas su rostro? —quiso saber Ciro.

—No, lo llevaba oculto en el casco. Si lo que dices es cierto, es probable que haya más de un implicado. ¿Quién se supone que tenía que hacer la guardia? ¿Cómo es posible que no se hayan dado cuenta del ataque antes?

—No lo sé, pero tengo que decírselo a Dan —dijo Ciro y se marchó apresuradamente a su encuentro.

—Espera, Ciro, no deberías comentárselo ahora delante de todos los rebeldes. Sería más aconsejable pillarlo a solas, no sabemos quien o quienes pueden ser los traidores —

argumentó Ocípete.

—Tienes toda la razón, hablaré con él más tarde, no me fio de decírselo a nadie más.

—Haces bien, por cierto, Ciro, tenemos que decirte algo muy importante —Nicótoe no estaba segura de como darle la noticia a Ciro, así que optó por un tono suave, pero firme—. Hemos visto a tu hermana.

—¿Qué-e? —el muchacho se quedó atónito como si le estuviesen contando algo imposible.

—Sí, la vimos dirigiéndose al continente del sur en un barco volador —corroboró Ocípete.

—¿Cómo? —Ciro se tambaleó, debía estar soñando, no podía creérselo. Un brillo de esperanza incendió sus ojos.

—Tranquilo, chico. Te contaremos todo lo que sabemos. ¿Podemos ir a un sitio oculto de miradas indiscretas? —le preguntó Nicótoe, mientras agarraba al muchacho para que no se desplomase por la sorpresa.

—Yo creía... pensaba que... no puede ser—Ciro se quedó sin palabras. La había estado buscando durante tanto tiempo sin recibir siquiera una sola pista que ya se había dado por vencido.

—¿De verdad era ella? ¿Estás segura? —preguntó un incrédulo Ciro.

—Te lo prometo, la misma. Vamos te contaremos todo lo que sabemos

—le aseguró Ocípete.

Nicótoe y Ocípete, lo llevaron hasta una calle que estaba desierta y allí le contaron toda la conversación que mantuvieron con Ariadna, como que todo ese tiempo había

estado con las hadas, lo que se proponía hacer, *etc.* Poco a poco, Ciro, recuperó el color original de su piel y recobró la compostura. Sencillamente, nunca quiso pensar que su hermana había muerto, pero le pilló totalmente por sorpresa tener noticias de ella y saber que estaba bien, fue un alivio para él.

—Tenemos que ir con ella y ayudarla en su misión —dijo el chico.

—No, tenemos que confiar en ella y dejarla sola. Si desviamos la atención de Baltor en los rebeldes, Ariadna tendrá más posibilidades de triunfar. Tu hermana es una maga muy poderosa, estoy segura de que lo conseguirá. Ya nos demostró en la gruta de lo que es capaz por sus seres queridos —afirmó Ocípete.

—¿Y qué os ha traído a vosotras has aquí? ¿Ocurre algo en Ohein? —preguntó Ciro mostrando su preocupación.

—Pues, fuimos a llevar alimentos a Ohein, gracias a las provisiones que nos dio tu hermana tan amablemente. No sé si estarás informado, pero las cosas no marchan muy bien allí. La comida escasea y el rey Baltor no hace más que pedir tributos que el pueblo no puede pagar. Cuando nos dirigíamos hacia allí, vimos unas huestes avanzar hasta Berodia. En consecuencia, dejamos allí la comida y nos dirigimos lo más rápido posible hasta aquí para avisaros. De hecho, llegamos un par de horas antes que las tropas de Baltor, pero parece que el soldado rebelde que nos atendió, no lo comunicó —explicó Nicótoe.

DRAKMOR

—¿Estás preparada? —le preguntó Dante, mirándola con ternura.

—Por supuesto, ¿y tú? ¿Tienes todo listo? —respondió Ariadna, sonrojándose cuando su mirada se encontró con la de él.

—Sí, llevamos provisiones para todo el viaje, ida y vuelta. Incluso he traído un poco más por si acaso. De todas formas, cuando lleguemos a la ciudad de los draconianos, nos encontraremos con mis amigos, y seguro que ellos nos ayudarán.

—Tengo ganas de conocerlos; no paras de hablarme de ellos.

—Te van a encantar, estoy seguro.

—¿Nos vamos?

Dante asintió, abrió la puerta y ayudó a Ariadna a cargar la mochila que llevaba en la espalda a un carromato que estaba frente a la casa. Amarrados al mismo, había dos camellos. Ariadna subió a la parte trasera, cubriendo su rostro con una capucha, mientras Dante se sentaba junto a las riendas para conducir el carro.

—Oye, ¿estás convencido de que no nos pararán? —le preguntó ella, insegura, desde la parte trasera de la carreta.

—Llevan varios días buscándote, pero parece que todo ha vuelto a la normalidad.

Además, aunque lo hagan, confían en mí. De cualquier modo, ten tu magia preparada por si la situación se pone fea, ¿vale? —dijo Dante, tragando saliva.

—Yo no soy tan optimista como tú; creo que esto no va a salir bien.

—¡Tú como siempre! Ariadna, ¿cuándo nos ha salido mal un plan? —le sonrió mientras indicaba a los caballos que iniciaran la marcha.

—Decenas de veces, o puede que más, pero no sé cómo lo hacemos que siempre conseguimos salir airosos de cualquier problema.

—Sí, ¿recuerdas cuando nos capturaron los centauros? Yo pensaba que me iban a matar —le confesó Dante, mirándola de reojo.

—Yo tam… —Ariadna no pudo terminar la frase, ya que se puso tan pálida que daba la sensación de que se desmayaría al instante. Dante siguió con su mirada para ver qué era lo que había provocado su reacción, y sus temores se confirmaron cuando vio a un soldado que les cortaba el paso.

—¡Alto! —gritó el guardia. Dante aminoró la marcha hasta que los caballos quedaron detenidos por completo y miró de reojo a Ariadna con cara de preocupación.

La chica se colocó mejor la capucha para que no se le viera el rostro, pero lo hizo tan disimuladamente que resultó natural.

—¿A dónde os dirigís? —quiso saber el soldado.

—Buenos días, soy Drake. Seguramente habrá oído hablar de mí —empezó a decir Dante. —No te he preguntado quién eres, extranjero, sino ¿a dónde vais? —por el tono de voz del soldado parecía que empezaba a impacientarse.

—Vamos a Drakmor, señor.

—¡Ja! ¿A la ciudad de los draconianos? ¿Crees que soy tonto? ¿Y qué harían dos humanos como vosotros allí?

—Nuestros asuntos son cosa nuestra, señor.

—Entiendo, entonces me dejaréis que examine la carreta, ¿verdad? Por si tuvieseis algún producto ilegal. ¿Tenéis algo que ocultar?

«Lo sabe» pensó Dante. Él no tuvo más remedio que asentir, pero tenía la mano preparada para blandir su mandoble. El guardia se acercó al carro, examinó a Ariadna muy de cerca y le quitó la capucha. Dante estaba tan tenso que se disponía a desenvainar su arma. No obstante, miró por el rabillo del ojo y se percató de que el aspecto de Ariadna ahora era muy distinto. Tenía el pelo rubio y rizado; además, había cambiado su complexión física, pues ahora era más alta y atlética. Nadie diría que se trataba de ella en absoluto, pues sus rasgos habían cambiado de tal forma que parecía otra persona. Su nariz respingona ahora era aguileña y en su boca, en lugar de unos labios finos, destacaban unos gruesos.

—¡Podéis continuar! —ordenó el soldado al ver que estaba todo en orden. Dante y Ariadna salieron de la ciudad cuando el sol estaba alto y emprendieron su viaje hacia Drakmor. El camino más rápido para llegar era atravesar el desierto de las Arenas Carmesís. De lo contrario,

tendrían que dar un rodeo demasiado grande y sabían que el enemigo los buscaba, así que decidieron cruzar por el vasto desierto. Cuando pusieron un pie en aquellas despiadadas tierras, se sintieron abrumados por su majestuosidad.

Las dunas se alzaban como titánicas olas de arena, esculpidas por el viento, el cual susurraba silenciosamente en cada recoveco. El suelo árido y seco crujía bajo el carro a medida que avanzaban. Conforme se iban adentrando en el desierto, la vida se volvía cada vez más escasa. Pequeños arbustos hacían todo lo posible por sobrevivir. Algunos cactus aislados se alzaban, con espinas afiladas como dagas. Debían avanzar con mucho cuidado, pues existían temibles seres que emergían de las profundidades del suelo; algunos los llamaban los devoradores de las arenas [23].

A Ariadna, aquellas inhóspitas tierras conseguían ponerla extremadamente nerviosa, por lo que trató de mantenerse ocupada conversando con Dante, aunque sin dejar del todo de estar alerta. Así que le preguntó: —¿Por qué te conocen aquí como Drake?

—He estado viviendo entre los draconianos un par de años; ellos me salvaron la vida ya que estuve a punto de morir de sed en el desierto y me acogieron como si fuese uno más de ellos. Entonces, me dieron el nombre de Drake y todo el mundo me llama así en el Continente del Sur.

—¿Qué más has estado haciendo por aquí todo este tiempo? —le preguntó Ariadna con curiosidad.

—Nada importante, he estado estudiando los Páramos Solitarios y no te voy a mentir, tenía la esperanza de que vinieses. En el fondo intuía que estabas viva —dijo mientras se rascaba la nuca y desviaba su mirada hacia la arena.

Ariadna se sonrojó y no supo qué contestarle, así que se quedó callada. Tras un silencio incómodo, Dante volvió a hablarle: —¿Y tú qué has estado haciendo? ¿O mejor dicho, dónde has estado?

—Para empezar, para mí no han pasado dos años, sino cuatro —le contestó ella.

Dante la miró con el entrecejo fruncido, sin comprender.

—Supongo que quieres decir que se te ha hecho muy largo, ¿no?

—No, Dante —negó ella con la cabeza—. Quiero decir que para mí

han pasado cuatro años de verdad. Todo este tiempo he estado entrenando en Aes Sidhe, el reino de las hadas, y allí el tiempo pasa de otra forma. Aquí solo han transcurrido dos años, pero en Aes Sidhe, han sido cuatro. Es complicado de explicar…

—Pe… pero si eso es un mito —logró decir Dante.

—Eso pensaba yo también, pero es real. Te lo prometo.

—Está bien, te creo. Pero, ¿cómo llegaste hasta allí?

Ariadna le explicó todo lo que había pasado el día en que ella había desaparecido de Irëdia. Cuando le recordó el asedio de Micka a Dante, a éste se le tornó el rostro muy pálido. Empezaba a sentirse culpable de nuevo por haber perdido el control y haberla golpeado como una bestia aquel día. Así que Dante cambió repentinamente de tema y dejó de mostrar interés por las hadas; en lugar de ello, le comentó: —Me dijiste que llegaste hasta aquí en barco, pero ¿cómo lo conseguiste tú sola? ¿O es que tienes una tripulación?

—Verás, las hadas espolvorearon un poco de su polvo mágico en la nave y ésta empezó a surcar los cielos, y entonces me llevó hasta el puerto.

—¡Guau! —exclamó Dante—. ¡Tuvo que ser alucinante!

Ella le sonrió y se dio cuenta de que era la primera vez que reía en mucho tiempo.

Siguieron conversando durante todo el camino sobre lo que habían hecho en esos años y, en un momento, se pusieron al día de todo. Tuvieron que hacer una parada para descansar porque la tormenta de arena les impedía el paso. Protegieron a los camellos con tela y se sentaron muy pegados uno al otro dentro de la carreta. Cuando la tormenta amainó, la fría noche se cernió sobre ellos, por lo que decidieron no avanzar más ese día e intentar dormir un poco. No obstante, sabían que tenían que tomar precauciones durante el ocaso, ya que había muchos asaltos de bandidos y maleantes, así que montarían guardia.

Además, Ariadna no estaba acostumbrada a los cambios climáticos tan drásticos, pues de noche las temperaturas eran muy bajas y de día el sol abrasador se cernía y castigaba la piel con su intenso calor. Se bajaron del carro para encender un fuego y preparar algo de comer. Hacía tanto frío que Ariadna temblaba y los dientes le castañeaban. Dante se quitó la capucha y se la puso a ella sobre los hombros para

protegerla, gesto que Ariadna agradeció con una leve sonrisa.

Empezaron a preparar el campamento y recogieron madera muerta y ramas de arbustos secos para hacer una pequeña hoguera. Ariadna encendió el fuego para calentarse, mientras que Dante se quedó perplejo al darse cuenta de que Ariadna no utilizó magia para encenderlo. El muchacho se sentó a su lado para calentar sus brazos en la fogata y aprovechó para preguntarle: —¿Por qué no utilizaste la magia para encender el fuego?

—No me extraña que me preguntes eso —le contestó con una risita tonta—. La antigua Ariadna hubiese usado un hechizo, pero durante el tiempo que he estado fuera de Irëdia he aprendido a sobrevivir sin magia. Es más, ahora prefiero utilizarla solo si es necesario. He de admitir que todavía soy un poco torpe haciendo hogueras y he conjurado una brisa para avivarla, pero he conseguido prenderla sin magia.

—Ya veo, pues ni siquiera me había dado cuenta de tu torpeza, yo diría que eres bastante hábil. De hecho, podrías ser capaz de cambiar incluso la temperatura corporal,

¿no? Es decir, ¿podrías usar magia para no pasar frío o calor?

—Exacto, pero solo lo utilizaría si fuera estrictamente necesario porque ese tipo de magia mantenida consume mucha energía, lo que provoca que me canse. Te habrás dado cuenta de que antes estaba siempre agotada, ya que no dejaba de usar la magia para cualquier cosa.

—Ah, entiendo. Mi padre la utiliza constantemente para todo y nunca parece cansado.

Ariadna tembló al recordar a Baltor y se le ensombreció el rostro. Además, le contestó a Dante de manera muy seca: —Si no te importa, estoy muy cansada para hablar; me voy a dormir.

Ariadna se tumbó y se dio la vuelta para no mirar a Dante. Sabía que él no tenía la culpa de tener un padre tan horrible, pero con solo recordarlo, un escalofrío le recorría todo el cuerpo. «¿Cómo puede estar con vida ese asesino?», pensó. Dante notó que Ariadna estaba disgustada por algo, pero no entendía qué había hecho o dicho para que reaccionara así. Decidió que lo mejor era dejarla estar y montar la primera guardia. Más tarde la despertaría para ver si tenía hambre, ya que no habían comido nada desde el mediodía.

No había salido aún el sol cuando reanudaron la marcha. Se notaba que Ariadna seguía enfadada con Dante, pues ella le contestaba con monosílabos y apenas le miraba a los ojos. Aún así, Dante se empeñaba en hacerla reír y le gastaba bromas

constantemente. En un par de ocasiones consiguió su objetivo, y Ariadna sonrió, por lo que ella empezó a mostrarse más simpática. Seguían avanzando por las zonas áridas y ya se vislumbraba a lo lejos una mancha gris. Se alegraron al ver una tonalidad diferente en el horizonte, pues estaban cansados de ver la dorada arena por todas partes. Debían estar cerca de Drakmor; con un poco de suerte, llegarían en una hora.

Siguieron avanzando hasta llegar al cañón de Drakmor y pasaron por el estrecho pasaje conocido como el Nido del Dragón. [24].

Dante no dejaba de escrutar las paredes del cañón, como si estuviera buscando algo.

Ariadna lo miró extrañada y el muchacho se percató, así que le susurró: —Estate muy atenta. Siento que no estamos solos.

A Ariadna le dio la extraña sensación de que los estaban observando. Estaba segura de que había visto una cabeza humanoide tras las rocas del acantilado, pero cuando volvió a mirar, no había nada ahí. Ambos continuaron la marcha con normalidad; sin embargo, estaban muy atentos a todo lo que pasaba a su alrededor.

De pronto, un grupo de bandidos apareció: algunos humanos y otros, hombres-lagartos. [25] Del cañón emergió una lluvia de flechas hacia ellos. Ariadna reaccionó a tiempo y lanzó un hechizo protector que rodeó también a los camellos. Acto seguido, los maleantes se abalanzaron contra ellos, bloqueando cualquier ruta posible de escape.

El bandido de aspecto más peligroso se acercó a ellos con una sonrisa maliciosa en el rostro. Sacó una daga que relucía bajo los rayos del sol y amenazó a Ariadna y a Dante para que entregaran todas sus pertenencias de valor.

En respuesta, Dante desenvainó su mandoble y lo blandió contra el bandido que trató de intimidarles. Entonces, una fuerza invisible empujó a Dante y lo hizo caer de bruces contra el suelo. Ariadna, que era capaz de ver la magia, comprendió que esta provenía del cañón. Seguramente uno de los bandidos era un hechicero. Así que la muchacha concentró su poder en ese punto y, acto seguido, una avalancha de piedras sepultó a muchos de los bandidos, incluyendo al

portador de la magia.

El hombre que les había amenazado cambió de pronto su semblante y, asustado, se arrojó con el arma en mano hacia Ariadna. No obstante, Dante interceptó el golpe por ella, y la daga se clavó en su costado. Dolorido, Dante volvió a arremeter con su mandoble contra el bandido y le cortó la cabeza de un tajo.

El resto de los maleantes, al ver que el que seguramente era su jefe había muerto con tanta facilidad, huyeron despavoridos.

Dante se desplomó en el suelo con la daga aún incrustada en su interior, y Ariadna lamentó no saber conjurar magia curativa en ese momento. Su única esperanza era llevar a Dante hasta sus amigos los draconianos. Se suponía que la ciudad estaba muy cerca; solo tenía que pasar el cañón, así que volvió a usar su magia para subir a Dante en el carro y apremió a los camellos para que aceleraran el paso.

En menos de una hora llegó a su destino. Sin embargo, los draconianos eran muy desconfiados y le pidieron que se detuviese en la puerta. Ariadna lloraba de impotencia y temía lo peor; les imploró que la dejasen entrar. Uno de ellos dio la orden para que se abrieran las puertas y, cuando Ariadna les mostró la herida de su amigo, corrieron a socorrerle. La hoja que había herido a Dante estaba bañada en un veneno que solían utilizar los bandidos de aquellas tierras. Por suerte, el chamán de la tribu de draconianos era un experto en antídotos.

Ariadna, con el pelo enmarañado y los ojos hinchados de tanto llorar, estaba sentada en una silla al lado de la cama, donde Dante había estado inconsciente durante dos eternos días.

Con la cabeza apoyada en el borde de la cama, parecía que se había quedado dormida en esa postura tan incómoda. Dante comenzó a recobrar la conciencia lentamente. Sus párpados se movieron poco a poco, y sus ojos azules buscaban desesperadamente ubicarse en la realidad que los rodeaba. Giró la cabeza a un lado para poder descubrir mejor dónde se encontraba.

Ariadna despertó de repente al notar un movimiento cerca de ella. Al darse cuenta de que Dante había recobrado la conciencia, su rostro se iluminó con una expresión de felicidad. Sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, pero esta vez eran de alegría.

—¡Por fin despertaste! —susurró con una voz entrecortada, apenas conteniendo la emoción en sus palabras.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Dante. Con la poca fuerza que le quedaba, tomó la mano de Ariadna y entrelazó sus dedos con los de ella. Ariadna, sin poder contener las lágrimas, le dijo de manera entrecortada: —¿Por qué lo hiciste?

Podías haber muerto.

—Si no lo hubiese hecho, serías tú la que habría muerto —le contestó con una voz débil y secó las lágrimas que caían por las mejillas de Ariadna.

KYRA

Demetrio llevaba ya varios días que parecía que estaba en las nubes. Lo único a lo que se dedicaba día tras día era a observar a Kyra, la hija de Hipólita, a quien prácticamente seguía a todas partes. En más de una ocasión, intentó acercarse a ella para hablarle, pero las palabras no le salían y se marchaba corriendo en la dirección opuesta, como si hubiese visto un espectro.

Esta conducta comenzó a despertar la curiosidad de la muchacha, por lo que ésta empezó a interesarse por aquel extraño individuo que huía despavorido cada vez que se le acercaba más de lo debido. Hasta que un día, Kyra lo comentó directamente con su madre: —Mamá, ese hombre con el que viniste, ese tal... No recuerdo muy bien cómo se llama... ¿Darío, quizás? No, no... así no era —se corrigió.

—¡Ah! Creo que te refieres a Demetrio, ¿verdad? —le respondió Hipólita.

—¡Sí, eso es! ¡Demetrio! Ese es su nombre. Me contaste que os ayudó mucho en la batalla que se libró en el bosque hace ya dos años —comentó Kyra.

—Efectivamente, le estoy muy agradecida por ello. Dime, Kyra, ¿qué pasa con él? —

preguntó su madre, sin poder disimular la preocupación en su voz.

—Es que me observa todo el tiempo y me hace sentir muy incómoda. A veces, incluso se acerca, abre la boca como si quisiera decirme algo y luego se aleja con el rostro muy pálido como si hubiese visto un espíritu o algo. ¿No te parece un comportamiento demasiado extraño?

—¿No serán imaginaciones tuyas, hija mía?

—No, ¿acaso no te has dado cuenta? Es demasiado descarado —le contestó Kyra.

—Bueno, hija, solo digo que no le des demasiada importancia. Si de verdad quiere algo, estoy segura de que te lo dirá. Ya sabes lo que decimos acerca de los hombres...

—Sí, que son muy diferentes a nuestra raza, son fáciles de corromper y sus corazones son tan frágiles como el cristal —dijo Kyra

cansinamente.

—Y que no debes enamorarte ni sentir nunca nada por ellos —le espetó con dureza Hipólita.

—¡Mamá, podría ser mi padre! Vamos, ni se me pasa por la cabeza.

—Lo sé, cariño, pero eso incluye encariñarse con otros. No olvides que tenemos una alianza temporal por objetivos comunes, pero es solo eso, nada más. Te comento todo esto porque he notado cómo miras a ese muchacho, ese tal Therion, y también cómo te mira él a ti.

—¡Madre, no es lo que piensas en absoluto! ¡Le detesto! Es tan chulo y prepotente —

le contestó su hija, claramente disgustada por su osadía.

—Lo mismo pensaba yo de tu padre y te concebí a ti —le dijo la reina de las amazonas en un tono suave.

—Nunca hablas de padre… ¿Por qué lo mencionas en este momento? —le preguntó Kyra.

—Vamos a un lugar más tranquilo a charlar de ello, lejos de miradas indiscretas —le sugirió Hipólita mientras echaba un vistazo a una sombra tras la puerta. Juntas recorrieron los pasillos rocosos de la fortaleza enana hasta que llegaron a un manantial que brotaba desde el techo de la montaña.

—Aquí vengo cuando quiero estar en paz. Este lugar me recuerda un poco a nuestro hogar, al sonido de la cascada —comentó su madre mientras soñaba despierta y tocaba el agua del manantial con la mano.

—Sí, yo también lo añoro. Mamá, no tengo todo el día. En media hora me voy de misión, así que dime, ¿qué es eso de lo que querías hablarme?

—Ya sabes que la ley de las amazonas es no enamorarse jamás. Los hombres están para procrear y para nada más, no tienen cabida en nuestra sociedad —la voz de la reina adquirió un tono severo.

—Lo sé perfectamente, te has encargado de recordármelo toda mi vida, y te estás yendo por las ramas. No entiendo por qué esta conversación ha desembocado en esto.

Sé exactamente cómo funcionan las reglas y si no las cumplo, me expulsarán de

Amacenos, pero lo peor es que no tenemos un reino del que ser expulsadas y tú te preocupas por nimiedades —le gritó Kyra, claramente contrariada.

—¡Para empezar, no me hables de ese modo, porque no solo soy tu madre sino tu reina! —le espetó Hipólita, alzando la voz más de lo habitual—. Solo te recuerdo tu cometido. Algún día tú ocuparás mi lugar como reina y, si amas a alguien, debes olvidarlo. Yo te estoy ahorrando ese sufrimiento y te lo estoy diciendo antes de que te encariñes más con ese muchacho.

—No te preocupes, mi reina, entiendo muy bien mi papel —dijo Kyra en un tono muy frío—. Tengo que ser igual de distante como lo has sido tú siempre, tanto que ni siquiera has sido capaz de abrazarme jamás. Me habría conformado con un poco de cariño, ver alguna vez un atisbo de amor en tus ojos, pero ya veo que solo soy una pieza más en tu tablero [26].

Kyra se marchó corriendo con los ojos anegados de lágrimas, dejando a su madre sola junto al manantial.

—¡Espera, Kyra! ¡No te vayas así, por favor! —intentó la reina detenerla en vano.

Kyra tenía los ojos tan vidriosos que no podía ver hacia dónde se dirigía, solo quería alejarse de aquella mujer que le había hecho tanto daño con su carácter impasible sin pretenderlo. Si lo que Hipólita quería era proteger a su hija de sus sentimientos hacia otros, no lo había conseguido. Kyra siempre había sido muy sentimental y, aunque su madre le obligaba a reprimirse, ahora se sentía como un volcán a punto de estallar.

Kyra continuó corriendo sin mirar hacia dónde iba y se chocó con alguien que pasaba por el pasillo, cayendo de bruces. Notó cómo una mano cálida la ayudaba a levantarse y la sostenía entre sus brazos. Kyra no podía creérselo, allí estaba Demetrio, el que había desencadenado sin saberlo aquella horrible conversación con su madre, así que se apartó de él instintivamente, como si él tuviese la culpa de todo lo que había pasado.

—Kyra, si quieres puedo avisar a tu grupo de que no te encuentras bien para que puedas descansar, ¿vale? —le dijo Demetrio en tono protector.

—¿Cómo sabes que tengo que ir de misión? ¿Acaso me estás espiando? —le preguntó, sin disimular su enojo.

—Eh... lo pone en el tablilla de anuncios —le respondió Demetrio, algo confuso.

—No disimules, ¡sé que te pasas los días observándome! Estás obsesionado conmigo, ¿no? ¿Qué eres, un anciano al que le van las jovencitas que podrían ser sus hijas? —le espetó Kyra en un tono que a Demetrio no le agradó en absoluto.

—¡Eh, un poco de respeto, soy un veterano de guerra! Y no toleraré que ninguna niña malcriada me hable en ese tono —le replicó Demetrio con el ceño fruncido.

Kyra comprendió que se había pasado de la raya y había descargado su enfado sin motivo sobre él. Demetrio solo se había comportado amablemente con ella. No obstante, Kyra se moría por saber por qué siempre estaba tan atento con ella y le preguntó: —

Entonces, ¿por qué me sigues a todas partes?

—Es que estoy preocupado por ti... No sé cómo explicarte esto, pero tu madre y yo...—a Demetrio le costaba mucho terminar la frase.

—¡Venga, dilo! —le instó Kyra.

—Te concebimos juntos, es decir, soy tu padre —consiguió decir a duras penas Demetrio—. Llevo queriéndotelo decir desde que lo supe. Tu madre nunca me permitió acercarme a ti para que no te encariñases conmigo como le pasó a ella.

—¿Q-Qué quieres decir? —logró preguntarle Kyra.

—A ver, ya sabes que cuando un hombre y una mujer, bueno, en este caso, una amazona, se enamoran... pues..., tú me entiendes... Se engendra su amor y fruto de él nacen niños.

—El procedimiento me lo sé... No entiendo cómo es posible que estés vivo...

—¡Ah, sí! Las normas de las amazonas. Tu madre se enamoró de mí y no acató la orden que tu abuela le dio, y me dejó con vida. A veces pasa; es decir, las amazonas dejan con vida a los hombres para procrear otra vez. No obstante, lo que tu madre y yo sentíamos el uno por el otro era algo que Antíope, tu abuela, no podía permitir. De

hecho, yo aún la amo.

—Como el resto de mi pueblo se entere, ambos estáis en un aprieto.

—Lo sé, pueden incluso hacer lo que tu madre no se atrevió a hacer e incluso desterrarla a ella por incumplir vuestras leyes. Por eso nadie más puede saberlo,

¿entiendes?

—¡Odio las normas de mi pueblo! Si no fuese por ellas, quizás habríamos podido vivir como una familia unida.

—¡Que nadie te escuche decir eso, Kyra!

—Cuando sea reina cambiaré nuestras leyes.

—Tu madre lo ha intentado y no ha tenido éxito.

—Yo no voy a fracasar. Por cierto, debo irme ya.

—¿Seguro que estás bien, Kyra? Estas muy alterada.

—Estoy mejor gracias a ti, Demetrio. Sé que mi madre solo pretende protegerme, aunque pienso que esta no es la manera adecuada de hacerlo.

—Eso sí, no puedes irte sin que te explique una cosa primero —el semblante de Demetrio se endureció.

—¿El qué? ¿Qué sucede? —le preguntó Kyra.

—Tienes sangre de amazona y de semidiós, por lo que eres muy poderosa, y estoy seguro de que pronto descubrirás de lo que eres capaz.

—¿Eso significa que tú eres...? —Kyra estaba tan sorprendida que no pudo concluir la pregunta.

—Sí, soy un semidiós y lo descubrí al luchar en el bosque contra uno de los trece demonios. He estado participando en batallas sin saberlo. Lo descubrí únicamente en una situación desesperada. Por eso te lo estoy mencionando ahora, porque creo que cuanto antes comprendas tu naturaleza y lo que puedes hacer, todo será mejor y más sencillo para ti.

—Es mucho que asimilar así de repente. ¿Mi madre lo sabe?

—Sí, se lo conté antes de partir de Amacenos. Cuando quieras, podemos volver a hablar de esto, pero ahora si realmente quieres participar en esa misión, deberías irte o llegarás tarde.

Kyra miró a Demetrio de arriba abajo; ahora se dio cuenta de que compartían rasgos faciales muy similares y se percató de que había estado muy cegada. Es más, cualquiera

podía notar su parecido. Kyra temía que alguien se hubiese percatara de ello. Eso significaría el destierro de su madre y la muerte de Demetrio, y vete a saber lo que le harían a ella si se enteraban. Therion llegó a su lado, miró a Demetrio, pero después posó sus ojos en Kyra.

—¡Venga lenta, date prisa! —exclamó mientras conducía a Kyra por los pasadizos de piedra.

Kyra salió de su ensimismamiento y se dirigió con premura hacia donde se encontraba el resto del grupo de exploradores, que ya la estaban esperando. Sus compañeros miraron a Therion y a Kyra con caras de pocos amigos, pues hacía más de cinco minutos que los estaban esperando. Con su llegada, emprendieron la misión de reconocimiento del terreno.

PYREÓN

El sol ni siquiera se había puesto cuando Dante y Ariadna emprendieron de nuevo su viaje. Dejarían la caravana en la aldea de los draconianos, ya que tendrían que seguir su camino montados en camello. Dante sabía que no lo necesitarían para ese tramo de su periplo, pues incluso podría llegar a estorbarles. Tenían que seguir rumbo hacia el noreste y adentrarse aún más en el desierto hasta llegar a unos riscos. Una vez allí, afrontarían el gran desafío de conseguir la llama eterna que reposaba en lo alto de las rocas escarpadas.

El desierto se levantaba ante ellos como un reto, mostrando lo inhóspitas y amenazantes que eran aquellas tierras. El sol, despiadado y abrasador, castigaba sus pieles. El sudor recorría sus frentes y una sed abrumadora se apoderaba de ellos. Si el tramo hasta Drakmor les había parecido duro, este les resultaba aún peor. Las interminables dunas de arena dotaban de gran belleza el paisaje, que no podían detenerse a admirar si no querían descubrir la cruel faceta oculta del desierto.

Lo más terrorífico de las noches en el desierto no eran las temperaturas gélidas ni los espejismos, sino lo que emergería de las entrañas de la arena: los devoradores de las arenas.

La tormenta de arena los retuvo de nuevo y, sin poder avanzar, tuvieron que cubrirse la piel.

—Esto no es bueno —observó Dante con dificultad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ariadna, tapándose los ojos para evitar la arena.

—La tormenta nos va a retrasar y, en este tramo de desierto, es muy peligroso quedarse de noche. Te conté lo de los devoradores de arena, ¿verdad? —Ariadna negó con la cabeza y Dante le explicó—: son seres enormes que emergen de la arena en busca de alimento por la noche y viven por esta parte del desierto.

—Entiendo. Entonces, tenemos que avanzar como sea.

—Con esta tormenta es imposible; nos perderemos y no servirá de nada.

—¿Qué propones entonces, Dante?

—Rezar.

Esperaron a que la tormenta amainara para continuar la marcha. No obstante, sus temores fueron confirmados cuando el ocaso llegó y aún estaban en mitad del desierto.

Podían ver a lo lejos el risco de una montaña, por lo que no andaban muy lejos de los Páramos Solitarios. Sin embargo, la tormenta los había retenido más tiempo del deseado. Ariadna miró con preocupación a Dante y le preguntó: —¿Qué deberíamos hacer ahora? ¿Avanzamos o descansamos hasta el alba?

—Tenemos que seguir; no podemos pararnos o seremos pasto de los devoradores.

Avanzar también va a ser un riesgo, pero creo que no tenemos más remedio. La montaña está muy cerca; creo que llegaremos en un par de horas si continuamos a buen ritmo.

Continuaron su camino en silencio y con la única fuente de iluminación de los rayos de la luna. El cielo estaba despejado y se cubría con un manto negro salpicado de un sinfín de estrellas brillantes, que formaban constelaciones que narran historias de los dioses. Les hubiese apetecido contemplarlo por más tiempo, pero no podían detenerse ni un solo minuto.

De pronto, sintieron un temblor y vieron cómo las arenas del desierto se removían bajo sus pies. Les apareció justo enfrente una montaña de arena que se desplazaba hacia arriba, como si se tratara de una enorme ola de arena, revelando una criatura grotesca y aterradora: una gigantesca serpiente con colmillos como cuchillos mortales y un cuerpo espinoso.

Dante bajó de inmediato de su montura y le dijo a Ariadna: —Encárgate de tranquilizar a los camellos. Yo me encargo de esto.

—Pero… —musitó Ariadna, observando aterrada a aquella criatura que emergió de las arenas.

—¡Haz lo que te digo! Confía en mí.

Ariadna le obedeció y evitó que los camellos huyeran e incluso tuvo que usar su magia para que se tranquilizaran. Mientras tanto, Dante se quitó la túnica, quedándose con el pecho al descubierto. Su piel se tornó roja, sus brazos ganaron volumen y de su cabeza crecieron unos retorcidos cuernos. Ariadna temblaba de miedo, pues recordó el día del asedio a Micka, en el que Dante estuvo a punto de matarla. Se aferró a la piedra protectora de su collar, que en esos momentos vibraba con gran violencia y brillaba en un intenso carmesí. Dante se lanzó contra la criatura con una fuerza sobrenatural y agarró su mandíbula para que la serpiente no le mordiese. El devorador de las arenas zarandeó a Dante hasta hacerlo saltar por los aires. La criatura se elevó hasta comérselo de un bocado. Insatisfecha por su manjar, volvió su fea cabeza hacia Ariadna y los camellos. Se precipitó hacia ellos, abriendo la boca para tragárselos, como había hecho segundos antes con Dante. Ariadna ya estaba convencida de su final, pues estaba paralizada de terror y no podía hacer nada.

De repente, algo hizo que el monstruo se detuviese; le empezaron a crujir las tripas con violencia y apareció un boquete en lo que podría ser su estómago. Dante emergió de las entrañas del ser; había utilizado su fuerza bruta para ello. La serpiente gigante se desplomó sobre la arena, creando un temblor al caer. Los temores de Ariadna se cumplieron cuando Dante fijó en ella sus ojos como llamas, pues estaba segura de que había vuelto a perder el control. La apariencia demoníaca de Dante acercándose a ella la hizo palidecer. Solo pensaba en huir, pero sus piernas no le respondían. Dante acercó su mano al rostro de Ariadna, y ella cerró los ojos, aceptando su final. Los volvió a abrir cuando notó una caricia en su mejilla; vio que Dante había vuelto a la normalidad. En lugar de los ojos de llamas, se encontró con la mirada azul océano que tanto le fascinaba.

—Has vuelto… —consiguió decir Ariadna a duras penas.

—Claro, ¿qué esperabas? —a Dante se le ensombreció el semblante al ver el rostro de pánico y confusión de Ariadna.

—Disculpa, no quería ofenderte; veo que ya controlas tu transformación —observó Ariadna.

—Después de lo que pasó, me esforcé mucho para conseguirlo —dijo con un deje de voz.

—Dante, deja de preocuparte por el pasado, por favor. Noto cómo te pones cada vez que recuerdas ese momento —Ariadna se acercó a él para abrazarle.

—¡No lo entiendes! ¡Por poco te mato! —exclamó Dante, apartándola bruscamente.

—¡Mírame a los ojos! —le gritó Ariadna.

—¿Qué? ¿Para qué? —Dante tenía los ojos clavados en el suelo.

—¡Mírame! —le ordenó la muchacha.

Él le hizo caso y vio que Ariadna tenía el rostro surcado por lágrimas. Ella volvió a acercarse a él muy despacio. Estuvieron a punto de rozar sus labios cuando escucharon temblores lejanos.

—¡Tenemos que irnos ya! ¡Vienen más! ¡Y no podremos con más de uno a la vez! —

exclamó Dante mientras ayudaba a Ariadna a subirse de nuevo al

camello. Acto seguido, se subió al suyo y fueron lo más deprisa que pudieron hacia el risco.

Dejaron atrás el desierto y se adentraron en las tierras sombrías de los Páramos Solitarios. Decidieron que lo más aconsejable era buscar algún lugar en el que resguardarse, pues no sería muy inteligente adentrarse en plena noche en la montaña.

Hicieron un fuego para calentarse y cocinar algo. Entonces, en pleno silencio, Ariadna le preguntó a Dante: —¿Qué eres?

—Una persona —le respondió, ofendido, Dante.

—No me malinterpretes, por favor; solo quiero entender cómo te transformas en esa especie de demonio —le aclaró la muchacha.

—Tu amiga Dafne lo descubrió el día que perdí el control en el bosque de Drajar,

¿recuerdas? Cuando agredí a tu prima sin querer. Ariadna, soy un híbrido, es decir, mitad humano y mitad demonio. Mi padre no me habla mucho de mi madre, pero por lo visto era humana. Aún no me explico qué vio en él o si mi padre la forzó —a Dante se le escapó una lágrima—. Lo que sí sé es que no la he conocido.

—¡Oh, Dante! De veras que lo siento mucho —Ariadna le abrazó para que se sintiese arropado.

—No te preocupes, eso fue hace mucho tiempo —Dante le sonrió y le agarró la mano con dulzura.

Las mejillas de Ariadna se volvieron a encender y se puso tan nerviosa que empezó a preguntarle cosas para mantener la mente ocupada: —En la tierra de la que vienes...

—Nucrax —le interrumpió él.

—Eso... ¿son comunes ese tipo de uniones?

—No, yo siempre he sido marginado por mi condición. Tengo que sentirme agradecido de que no me asesinasen al nacer, porque a los que son como yo los matan, los expulsan o los tienen como mascotas. Los demonios nos consideran inferiores; es más, entre ellos mismos se discrimina al más débil, así que imagínate. Mi padre no permitió que corriese la misma suerte e incluso me daba un trato privilegiado en comparación con mis hermanos. No obstante, no te haces una idea de

lo que me costó hacerme respetar cuando mi padre me nombró general de los ejércitos demoníacos.

—¿Y ahora por qué estás enemistado con él? —le preguntó Ariadna—. ¿Qué ha pasado?

—Tú eres lo que ha pasado —le dijo él sin pensar.

—Lo siento, yo no quería causarte problemas y no tienes por qué acompañarme. Si te marchas, lo entenderé.

—Ariadna, no te estoy echando nada en cara. ¿Sabías que el momento más feliz de mi vida fue cuando te conocí? Antes de eso, me sentía solo y triste. Es cierto que me había ganado el respeto de los demonios, pero seguía sintiéndome vacío, como si me faltase algo muy importante. Me di cuenta de que no me sentía querido; supongo que esto se debe a que la forma de "amar" de los demonios es egoísta. No era consciente de lo que era el amor. Al conocerte a ti, pude estudiar el comportamiento humano y me he dado cuenta de que, realmente, los demonios no aman; lo que quieren es poseerte. Yo me sentía diferente; ellos no tienen remordimiento. Sin embargo, cuando Baltor me ordenaba masacrar a un pueblo entero, yo me sentía culpable. Lo peor de todo es que no lo podía expresar delante de nadie porque se consideraba un rasgo de debilidad. En el fondo, sabía que no podría continuar fingiendo mucho tiempo más y que pronto acabaría explotando —admitió Dante.

—No puedo ni imaginar por lo que pasaste. Debió de ser tan duro… ¿Tu padre comprendió todo esto? —quiso saber Ariadna.

—No, él nunca lo supo. Siempre ha sido, incluso, más exigente que el resto de los demonios. Estoy seguro de que no lo hubiese comprendido. Bastante tengo con ser híbrido; no le gusto a los demonios y los humanos, en cuanto saben lo que soy, me temen.

—Que sepas que yo te acepto tal y como eres —le sonrió Ariadna.

—Quizás seas la única —se rió Dante.

—Tuvo que ser difícil para ti. ¿Tenías algún amigo?

—En Nucrax las cosas no funcionan así; todos son muy traicioneros y envidiosos.

No puedes saber en quién confiar.

—Los humanos también somos así, pero hay gente buena —comentó Ariadna.

—Los demonios son peores que los humanos. No tienen sentimientos ni remordimiento por nada.

—Me dijiste que te habían desterrado. ¿Cómo te sentiste?

—Me sentí aliviado por tener que dejar de fingir ser alguien que no soy, pero también confundido porque estaba en una tierra desconocida para mí. No obstante, no me arrepiento de nada porque he hecho muchos amigos aquí y he aprendido muchísimo de las costumbres de los draconianos.

Ariadna y Dante se pasaron la mayor parte de la noche charlando. Conforme avanzaba el ocaso, las temperaturas bajaban bruscamente. Se tumbaron al lado de la fogata para estar calentitos. Aun así, Ariadna, que no estaba muy acostumbrada al frío, pues venía de una ciudad costera de temperaturas más templadas, comenzó a temblar.

Dante la abrazó y empezó a mover sus manos alrededor de su cuerpo para que entrara en calor. Ariadna, que, pese a la fogata, estaba helada de frío, le devolvió el abrazo y, entrelazados, cayeron en un profundo sueño hasta que los primeros rayos de sol los despertaron. Dante se despertó primero y se quedó un rato observando a Ariadna mientras dormía. Cuando ella abrió los ojos y sorprendió al chico mirándola fijamente, se puso inmediatamente colorada y se ruborizó aún más al darse cuenta de que seguían abrazados y que sus bocas estaban muy cerca unas de otras. Así que ella lo apartó simulando un bostezo y le dijo: —¡En marcha! Los páramos solitarios nos esperan.

—Sí, aprovechemos la luz del día. ¿Qué tal has dormido? —preguntó Dante con una sonrisa pícara.

—Todo lo bien que se puede dormir sobre arena dura —le contestó Ariadna con su característico sarcasmo.

Así que desmontaron el campamento y empezaron de nuevo la marcha, dirigiéndose hacia la montaña.

—Ariadna, tengo que decirte algo antes de llegar... —dijo Dante de repente, con el semblante muy serio.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, preocupada.

—No sabes qué es lo que hay en el risco, ¿verdad? —empezó a decir

él. Ariadna negó con la cabeza—. ¡Es una dragona!

—¿Cómo? ¿No estaban extintos los dragones? Espera, ¿y ahora me lo dices? —

Ariadna estaba confusa y contrariada.

—Perdona, es que se me olvidó decírtelo antes —contestó él, rascándose la nuca.

—¿Cómo diantres se te puede olvidar algo tan importante? ¿Y qué hacemos ahora?

Yo no sé si estoy preparada para enfrentarme a una dragona cabreada.

—Tranquila, tengo un plan. La dragona no conoce tu olor, pero el mío sí, así que, mientras yo la distraigo, tú te cuelas y coges la llama eterna —le explicó Dante.

—¿Estás loco? ¡Te va a matar!

—Vaya, con que estás preocupada por mí —dijo Dante en tono burlón, guiñándole un ojo a Ariadna.

—¡Serás idiota! —exclamó Ariadna.

—En serio, sé lo que hago; llevo como dos años lidiando con esa dragona.

—¿Para conseguir la llama eterna, verdad? —acertó Ariadna, levantando una ceja.

—Sí —confesó Dante.

—¿Para qué la quieres tú? —quiso saber ella.

—Pues igual que tú, te dije que te ayudaría a buscarla —le respondió Dante.

—Ya, pero me acabas de decir que llevas dos años intentándolo. ¿Para qué la querías? —le volvió a preguntar Ariadna, frunciendo el ceño y poniendo los brazos en jarras.

—Ariadna, me desterraron de Núcrax y de Irëdia; Baltor me dijo que solo volvería con una condición: si le llevaba la llama eterna. Al principio quería conseguirla para regresar, pero ya te he dicho que eso ya no me interesa y que me siento muy cómodo aquí.

—¿Quién me dice a mí que no me estás utilizando para conseguirla y después darme la patada? Así matarías dos pájaros de un tiro, ¿verdad?

—Ariadna, ya no sé cómo decírtelo. Yo sería incapaz de hacerte daño. ¿Crees de verdad que iba a arriesgar mi vida por ti en el cañón para luego matarte?

—Es que me tienes muy confusa, Dante; no sé en qué bando estás.

—¿Aún no lo sabes? Deja que te lo susurre al oído.

Ariadna, incrédula, se acercó con reservas, y en cuanto lo hizo, Dante le plantó un morreo en los labios, que ella correspondió. Sus labios se fusionaron en un largo y apasionado beso, y la tensión que había entre los dos hasta hacía unos momentos se esfumó por completo, sin dejar rastro.

Ariadna notó que sus fuerzas flaqueaban; era como si los besos de Dante drenaran toda su energía.

«¡Madre mía! ¿Y lo bien que besa?» pensó Ariadna. Un temblor lejano hizo que se apartaran el uno del otro. Ariadna miró a Dante preocupada y se preguntó qué vendría ahora. Dante le apremió y le instó a que subiera al camello. Avanzaron hasta tener más cercana la montaña y ataron las riendas de los camellos a un árbol para que no les abandonaran. Conforme se acercaban al risco, los temblores se acrecentaban. Dante le indicó a Ariadna, con un gesto, que esperase un instante escondida en la maleza, y él se dirigió con paso decidido hacia una abertura que había en el pie de la montaña. Una llamarada de fuego, del mismísimo Tártaro, estuvo a punto de calcinarlo; Dante, con una ágil voltereta, logró esquivarlo.

Una enorme sombra oscura se cernió sobre el cielo, eclipsando al sol con su envergadura y provocando que las sombras campasen a sus anchas. Con un rugido atronador, el escupefuego desplegó sus inmensas alas membranosas, de un brillo oscuro y amenazante. Sus ojos eran como dos llamas infernales que emanaban un aura

de poder sobrecogedor, capaz de helar los corazones de todo aquel que se atreviese a desafiarlo. La dragona negra era una criatura imparable, capaz de retar a los propios dioses con su presencia. Era la señora de las sombras, que dominaba el cielo con su instinto letal.

El escupefuego bajó en picado sobre Dante y abrió la boca para lanzar otra llamarada. Él la esquivó por los pelos y corrió hacia el lado

contrario de la entrada a la montaña. La reina de las sombras lo siguió sin piedad, momento que Ariadna aprovechó para escabullirse con disimulo en el interior de la abertura.

Ariadna ascendió por los laberínticos pasajes de la caverna. Según las leyendas, la llama eterna aguardaba en la cima de la montaña. Tras ascender lo que le pareció una eternidad, encontró una traicionera escalera de piedra afilada. Subió la empinada escalinata, ya casi sin aire en los pulmones, hasta llegar a la cima. Se encontró al borde de un imponente precipicio, mirando hacia abajo a una gran profundidad. La vista le resultó aterradora a la vez que impresionante, con rocas empinadas que se precipitaban hacia un valle profundo.

El viento soplaba con tal violencia que Ariadna temió salir volando. Incluso tuvo que recitar un sencillo conjuro para volver su cuerpo más pesado. La luz dorada del sol bañaba todo el paisaje y creaba sombras alargadas que resaltaban las formas irregulares de las piedras. Un rugido aterrador estuvo a punto de provocar que Ariadna se precipitara contra las afiladas rocas. Sin embargo, ella se agarró con fuerza y siguió avanzando con determinación por el borde del precipicio, muy pegada a la pared rocosa. Dante debía estar haciendo muy bien su trabajo porque el plan estaba funcionando a la perfección. La dragona no se había dado cuenta, de momento, de la presencia de Ariadna.

Ella continuó ascendiendo por el sendero de afiladas rocas que se extendía por todo el precipicio; incluso se vio obligada a trepar por traicioneras paredes de piedra. Estaba tan alta que le costaba respirar con normalidad; la altitud comenzaba a hacer mella en ella. Sus pulmones ardían con cada inhalación y sentía como si le faltara oxígeno. Era incapaz de conjurar siquiera sus hechizos en voz alta, así que, por un momento, agradeció los años de aprendizaje con las hadas y el hecho de haber aprendido a realizar magia sin necesidad de articular palabra. No obstante, le costaba hasta meditar, lo cual le resultó complicado; pero, tras unos minutos de concentración, fue capaz de crear una esfera mágica de aire alrededor de su cara. Esto le permitió ascender sin más dificultades y respirar mejor.

Ariadna temía por la seguridad de Dante, pues se estaba demorando con esos contratiempos más de lo esperado. Consiguió llegar de una pieza hasta lo que se podía decir que era la cima de la montaña, pero se sintió desilusionada cuando vio que allí no había ninguna llama. Ni siquiera unas pequeñas ascuas ni ningún indicio de que allí hubiera existido una llama sagrada de los dioses. Ariadna estaba a punto de darse por vencida cuando escuchó un estallido sordo a su izquierda.

Miró en aquella dirección y Ariadna no era capaz de creer lo que veían sus ojos: un enorme huevo dorado crujió con fuerza mientras unas escamas se desprendían lentamente del cascarón. Un resplandor brillante iluminó el nido del dragón mientras la pequeña criatura emergía poco a poco, emitiendo un sonido gutural que resonó por todas partes. El aire se cargó de una energía que nadie sabría explicar y el olor a azufre y humo impregnó el ambiente. El dragón recién nacido, de escamas resplandecientes, rugió con fuerza para anunciar su llegada al mundo. Su membranosa piel anaranjada, de tonos vibrantes como una llama, resplandecía con el sol. La punta de su cola era de un color indescriptible, entre dorado y rojizo. Sus ojos color ámbar brillantes miraron curiosos a Ariadna, quien no podía hacer otra cosa que contemplar la majestuosidad de la criatura. Un aleteo cercano sacó a Ariadna de su ensimismamiento; contempló con horror cómo la dragona oscura se acercaba hacia ella.

Ariadna estaba convencida de que la devoraría o la calcinaría, así que cerró los ojos, aceptando su final. Después, nadie sabría explicar con exactitud lo que ocurrió. La señora de la noche escudriñó los pensamientos de Ariadna: se suponía que la maga debería sentir violada su intimidad, pero, por el contrario, se sintió comprendida y aceptada. Sin saber cómo, la dragona estaba comunicándose con ella mentalmente.

Ariadna sabía que la señora de la oscuridad le hablaba en un idioma antiguo y olvidado, pero la maga comprendió todas y cada una de sus palabras. La dragona le dijo que Ariadna era la elegida por los dioses, la que sería la portadora de la llama; por un momento, sintió el mismo pesar que la dragona, pues debía desprenderse de su hijo recién nacido para confiárselo a Ariadna, así lo había dispuesto la diosa Vesta, la diosa de la tierra, el fuego y el humo, la única diosa que veneraban los dragones. La señora de la noche dejó caer lágrimas de amargura que se cristalizaron al chocar contra las piedras.

El dragoncito de ámbar se acercó para besar el rostro de su madre y una sensación de pesar inundó el corazón de Ariadna, la única testigo del amor que madre e hijo se profesaron. La dragona clavó sus llameantes ojos en la hechicera y le ordenó que cuidara de su vástago. Los ojos de ámbar también se fijaron en Ariadna, mirándola con una ternura difícil de describir. Y así es como los caminos de Pyreón [27] y Ariadna se entrelazaron para siempre.

Mientras Ariadna iba descendiendo por la caverna con Pyreón en brazos, se chocó con Dante, quien se mostraba inquieto y agitado.

—¡Creía que te había perdido para siempre! De repente, la dragona… —dijo Dante, con lágrimas en los ojos y abrazando a Ariadna con fuerza, como para cerciorarse de que estaba allí y se encontraba bien.

Pyreón rugió porque le estaba aplastando, y entonces fue cuando Dante reparó en la presencia de la cría de dragón. Se quedó impresionado; lo miraba con los ojos como platos y la boca entreabierta.

—Y… ¿y esa cosa? —logró decir con dificultad, sin salir de su asombro.

—Se llama Pyreón y es lo que andábamos buscando… No sé cómo explicártelo, pero es la representación de la llama eterna. Cuando estaba en la cima, salió de su huevo y entonces vino aquella dragona. Creía que iba a devorarme, pero me habló.

—¿Cómo que te habló? Ignoraba que los dragones supieran hablar. ¿Qué te dijo?

—Me dijo que soy la elegida de los dioses, la portadora de la llama, y luego me confió a su cría y se puso a llorar su pérdida —le explicó Ariadna.

—No sé qué puede significar eso, pero lo más importante es que estás bien.

¡Vámonos de aquí! Este lugar me pone los pelos de punta —admitió Dante.

Salieron de la abertura de la montaña sin más complicaciones ni obstáculos. Pyreón empezó a gruñir en dirección a unos arbustos y Dante, armándose de valor, fue a comprobar, pero allí no había nada.

Pyreón se agitó en los brazos de Ariadna con más fuerza, y esta empezó a tararear una de las nanas que solía cantarle su madre cuando era niña para tranquilizarla. El dragoncito de ámbar comenzó a bostezar y se recostó aún más en los brazos de Ariadna.

—¿Qué le pasará? Allí no hay nada —dijo Dante, señalando a la dirección a la que había rugido el bebé dragón.

—Quizás solo está un poco nervioso; se acaba de separar de su madre.

Sin darle mucha más importancia, volvieron hacia los camellos y se internaron en el desierto. Esta vez, esperaban atravesarlo sin

complicaciones, pero desde que

abandonaron los Páramos solitarios, tenían la extraña sensación de que algo o alguien los vigilaba.

ENTRE LAS SOMBRAS

Ciro se deslizaba entre las sombras, sigiloso cual pantera. Contenía la respiración mientras seguía al sospechoso que se movía con cautela por las callejuelas desiertas. El encapuchado que tenía delante, con un andar que sugería la familiaridad de aquellos rincones, se detenía de vez en cuando para comprobar que nadie lo vigilaba, como si sintiera su presencia. Ciro contenía el aliento, evitando hacer ruido. ¿Sería uno de ellos?

¿El espía que había estado buscando? La urgencia de cumplir su misión lo dominaba, y en su mente resonaron las palabras de Dan: "Necesitamos encontrar la raíz de esta infiltración".

La tensión crecía al mismo tiempo que la oscuridad se profundizaba. De repente, la figura se desvió hacia un cobertizo abandonado. Ciro dudó por un instante, sintiendo el peso de la decisión que recaía sobre sus hombros. Debería regresar y discutirlo con sus superiores, pero algo en su instinto le decía que debía continuar.

Finalmente, Ciro tomó una determinación y decidió entrar al cobertizo. Sin embargo, lo que encontró dentro no fue lo que esperaba. El lugar estaba vacío, y el eco de su corazón retumbaba en sus oídos, como si el silencio supiera más de lo que parecía.

Regresó sobre sus pasos; ese individuo no podía haberse esfumado, él lo había visto entrar en el cobertizo. Sin embargo, el lugar parecía completamente abandonado. Ciro agudizó sus sentidos en busca de alguna pista, algo que pudiera delatar el paradero del encapuchado.

Tras revisar el mobiliario del cobertizo, se percató de que una de las estanterías tenía unos surcos en el suelo, como si alguien hubiese arrastrado un mueble pesado. Ciro apartó la estantería hacia un lado y descubrió un pasadizo secreto. Se armó de valor y se internó en los oscuros corredores. Oía el murmullo de voces lejanas y extremó la precaución para seguir avanzando lo más sigilosamente que pudo. Ciro se acercó a un pilar cercano para poder escuchar mejor la conversación de dos hombres:

—No puedes seguir así, Achilles —dijo el primero, con una voz grave que le resultó familiar. —La última vez casi nos atrapan.

—Lo sé —respondió Achilles, nervioso—, pero tenemos que llevar a

cabo el plan.

No hay otra opción.

A Ciro la voz de este último también le sonaba de algo, pero no sabía concretar de qué. Los hombres se movieron y Ciro contuvo la respiración, temeroso de que lo detectasen. Solo pudo verles de espaldas y lo único que sacó en claro fue que el de la voz grave tenía el pelo oscuro y era muy corpulento; mientras que Achilles tenía un pelo de color granate muy intenso, una prominente barba pelirroja y estatura media.

Ciro empezó a unir las piezas del rompecabezas: ¿sería ese tal Achilles la misma persona que los delató tiempo atrás en Lonxe? ¿Se habría colado como refugiado entre los rebeldes y realmente actuaba como espía al servicio de Baltor? ¿O quizás todo esto no era más que una coincidencia? A Ciro le resultaba demasiado sospechoso como para tratarse de una casualidad: tono de voz similar, pelo rojizo y el mismo nombre. No podía tratarse de una mera coincidencia, así que decidió que debía corroborar con Dan que había una persona entre sus filas que cumpliera las mismas características. No obstante, no se fue de inmediato, sino que esperó un buen rato a que los hombres se hubiesen marchado.

Aprovechó que estaba a solas en la habitación secreta y buscó alguna pista, algo que pudiese servir para desvelar el plan que estaban urdiendo. Tan solo encontró de interés una carta; lo demás no le pareció importante. No se detuvo a leerla, pero llevaba el sello de armas del ejército de Baltor, así que le pareció prueba suficiente de la traición y la guardó bien doblada bajo la manga de su túnica.

Ciro regresó sobre sus pasos, con el pensamiento de lo que acababa de escuchar llenando su mente. Tenía que hablar de inmediato con Dan y contarle todo lo que había descubierto. Se dirigió apresurado hacia la sala del consejo, pensó que Dan se encontraría allí, pero en esos momentos estaba vacía. Preguntó a uno de los soldados que se encontraba custodiándola por Dan. Éste le indicó que probablemente Dan estaba en su dormitorio o en la posada, ya que tenía el día libre. Ciro lo encontró en su habitación; a juzgar por su aspecto, acababa de despertarse de una larga siesta.

—Tenemos que hablar sobre lo que me encargó, señor —dijo Ciro con urgencia.

—Claro, entra y háblame de tú, por favor. No me llames señor, dime

Dan —le invitó Dan, no sin antes cerciorarse de que no había nadie por los alrededores. Dan le ofreció asiento, pero Ciro estaba tan nervioso que se quedó de pie.

—He seguido a un encapuchado hasta un cobertizo y he descubierto esta carta. No he querido leerla sin usted, quiero decir, sin ti, pero, como puedes ver, tiene el sello de armas de Baltor —informó Ciro, mientras extendía la carta para que Dan la cogiese. Este la tomó y se disponía a desdoblarla para leerla, cuando Ciro añadió: —Dan, hay más.

He escuchado a dos hombres hablar y solo he sacado en claro que uno de ellos se llama Achilles, es pelirrojo y su voz me resulta familiar. Del otro no he podido descubrir nada interesante, pero también me suena mucho su voz. Creo que son personas que conozco, pero necesito indagar más para descubrirlos.

—No conozco a ningún Achilles de pelo rojizo, pero podría estar utilizando un nombre falso —comentó Dan, pensativo, y concluyó: —Si bien no hay demasiados pelirrojos en la ciudad, estoy seguro de que daremos con él. ¿Crees que podrías reconocerle?

—Por la voz estoy seguro de que sí, aunque no pude ver bien su rostro porque estaba oscuro, pero tenía una barba muy prominente y estatura media.

—Lo encontraremos, cuenta con ello. Descubramos lo que dice la carta.

Dan la leyó en voz baja y luego se la pasó a Ciro. En el escrito se detallaba específicamente cuándo iba a ser el próximo ataque y desde qué punto de la fortaleza se atacaría.

—Esto nos viene genial, Ciro, muchas gracias. Nos adelantaremos y reforzaremos la vigilancia para que no nos pillen por sorpresa.

—Temo que haya más infiltrados, Dan. Solo podemos contar con personas de nuestra confianza.

—No te preocupes, Ciro. Compartiré esta información con las personas en quienes sabemos que podemos confiar. No le digas esto a nadie más, ni siquiera a tu madre, por favor.

—Mis labios están sellados, Dan.

—Gracias por todo, Ciro. Me gustaría contar con tu perspicacia para la

defensa de la ciudad como la última vez. Has resultado ser un aliado muy astuto y estaré siempre en deuda contigo. También he de pedirte, a pesar de tu escasa edad, que sigas investigando a los sospechosos. Voy a indagar sobre la descripción que me has proporcionado y pronto recibirás indicaciones de mi parte.

—Es un placer ser de utilidad.

Dicho esto, Ciro se marchó. Se sentía tan orgulloso de sí mismo que no se dio cuenta del hambre que tenía. Su estómago rugió con fuerza, confirmándole lo que ya sentía. Y

aunque no tenía un cielo para confirmar lo tarde que era, imaginó que debía estar bien entrada la noche y muy próxima la hora de la cena. Así que se dirigió hacia el gran salón que utilizaban de comedor. Había muchos rebeldes sentados, esperando a que se sirviese el banquete. Ciro se sentó solo, pues todos sus conocidos habían salido de misión hacía un par de semanas. Al cabo de media hora, Ciro vio aparecer por la puerta a Helena, Dafne, Jacky y a su madre. Ciro se abalanzó sobre ellos y los abrazó.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el niño, curioso.

—No muy bien. Un destacamento de soldados de Baltor nos atacó y hemos vuelto prácticamente con las manos vacías —contestó Helena, cabizbaja.

—Al menos estamos a salvo —comentó Cassandra, la madre de Ciro—. ¿Y tú? ¿Ciro querido, qué tal ha ido por aquí?

—Nos atacaron las tropas de Baltor y tenemos sospechas de que les ayudó alguien desde dentro.

—Sí, ya nos comentaron que, gracias a ti y a Therion, no llegaron muy lejos —dijo Cassandra, orgullosa, y despeinó aún más los alborotados cabellos de Ciro como gesto cariñoso.

Ciro se ruborizó y quitó importancia al asunto, cambiando de tema:

—Nicótoe y Ocípete llegaron ese mismo día y no os vais a creer lo que nos contaron.

Cassandra puso cara de extrañada y, entonces, Dafne tomó esta vez la palabra:

—Es cierto, Cassandra. Tú no estabas y no las conoces, pero hace dos

años nos encontramos con ese grupo de arpías y las convencimos de que no atacaran a los humanos de la aldea Ohein.

—Gracias a nuestra mediación, los humanos y las arpías tienen un tratado de paz y se cuidan los unos a los otros —intervino Helena.

—Correcto, y me confirmaron que siguen así. No obstante, lo que quiero deciros incumbe a Ariadna —anunció Ciro.

—¿Cómo? ¡Explícate, por favor! —exclamó Cassandra con la voz quebrada.

—Mi hermana se encontró hace unas semanas con Nicótoe y Ocípete. ¡Está viva! Y

no solo eso, se dirige hacia el Continente del Sur para completar su misión. Mamá ya te comentamos que Ariadna tiene que conseguir la llama eterna para mermar los poderes del espejo maldito.

—¡Es... es genial! —logró decir Helena.

—¿Véis? Yo sabía que estaba viva, lo presentía... Y una madre nunca se equivoca con estas cosas —afirmó Cassandra, llena de alegría.

—Entonces, tenemos que ir a ayudarla. No podemos dejarla sola en tan peligroso viaje —habló esta vez Dafne, que acababa de participar en la conversación, como si hubiese enmudecido por un momento por la sorpresa.

—Las arpías me insistieron en que debemos dejarla y que este camino lo debe recorrer sola —comentó Ciro.

—¡Tonterías! ¿Qué sabrán ellas...? Mi hija nos necesita más que nunca —aseguró Cassandra.

—No me cabe duda, pero tita, tenemos que mantener la cabeza en su sitio. El Continente del Sur es un lugar muy extenso para buscarla y puede que nunca la encontremos. Ni siquiera tenemos una pista de en qué parte del mismo pueda estar —

intervino Helena.

—Helena tiene razón. Sin contar con el hecho de que aquí también tenemos cosas importantes que hacer para apoyar a la rebelión. Por eso no iremos todos; iré yo a buscarla junto con Kyra cuando regrese de su última misión —indicó Dafne.

—¿Pero qué dices? ¿Vosotras dos solas? Además, ¿y eso por qué? Quien debería ir soy yo, que para eso soy su madre —se quejó Cassandra.

—¡Callaos! Se me ha ocurrido algo mejor —sugirió Ciro—. Y aunque me pese, Dafne tiene razón. Yo tengo cosas que hacer aquí y ustedes también tienen obligaciones.

—¿Qué es eso de que tienes cosas que hacer aquí, jovencito? ¿Estás tramando algo?

—preguntó Cassandra con los brazos en jarras.

—No, pero le prometí a Dan que no podía contároslo. Digamos que tengo una misión especial aquí dentro —contestó Ciro.

—¿Ni siquiera a tu madre? Espero que por lo menos no sea nada peligroso —dijo Cassandra.

—No te preocupes, mamá, por favor. Solo que prometí que no lo diría.

—Está bien, no voy a insistir —cedió Cassandra.

—Lo que trato de deciros es que quizás Kyra y Dafne sí que deberían hacer algo por Ariadna. Sabemos que el espejo es cada vez más poderoso y que cuanto más tiempo pasa, más probable es que el sello que encierra al demonio de su interior se rompa. ¿Y si le ayudamos consiguiendo el resto de cosas que Ariadna necesitará para mermar sus poderes mientras ella consigue la llama eterna? —sugirió Ciro.

—Espera, ¿entonces lo que estás diciendo es que vayamos a buscar el rocío de Yggdrasil y la magia de las hadas? —preguntó Dafne.

—Por ahora solo el rocío y no se me ocurre nadie más adecuado que ustedes dos.

Kyra conoce el bosque a la perfección y tú eres una elfa; quizás los elfos te ayuden —

argumentó Ciro.

—¿Crees que por el mero hecho de ser elfa, me van a apoyar? ¡Es una tontería! A penas conozco sus costumbres, me he criado entre humanos. No me tomarán como una de ellos —aseguró Dafne.

—Pero Ciro tiene razón. De entre todos nosotros, Kyra y tú sois las que más posibilidades tenéis de triunfar —comentó Helena.

—Me pesa mucho decir esto, pero es verdad. Si los elfos ven que os acompaña algún humano, no os querrán ayudar. Es más, si vamos alguno de nosotros, creo que empeoraremos las cosas —comprendió Cassandra—. No obstante, tengo mis dudas sobre dejar a Ariadna a su destino.

—Madre, sabes mejor que nadie que ella es una maga muy poderosa. ¿De verdad crees que necesita nuestra ayuda? Es probable que más bien le estorbemos. Además,

¿por dónde empezamos a buscar? ¿Y si vamos al continente y no estamos aquí cuando ella regrese? Estoy muy seguro de que en cuanto encuentre la llama, vendrá a Irëdia y nos encontrará —explicó Ciro.

—Se nota que conoces muy bien a tu hermana. Es tan obstinada que seguro que lo logrará. Y cuando lo haga, aquí estaremos nosotros. Estoy de acuerdo con tu plan en cuanto a conseguir el rocío, pero solo Kyra y Dafne pueden decidir si se van a arriesgarse con esto o no —comentó Cassandra.

—Por mi parte, estoy dispuesta. En cuanto llegue Kyra, le preguntaré si me quiere acompañar y, si no, iré sola —sentenció Dafne.

—Si se diera el caso, ya lo veremos, pero no te dejaremos sola —indicó Helena.

METAMORFOSIS

La luz del atardecer bañaba los verdes campos, iluminando tenuemente el sendero.

Los rebeldes estaban preparados en sus posiciones. Cada uno, pertrechado con su arma y preparados para enfrentarse al grupo de soldados de Baltor que custodiaban un cargamento de suministros del rey tirano.

Cuando oyeron el sonido de las ruedas de la carreta acercándose, los rebeldes se escondieron detrás de los árboles, conteniendo la respiración. Kyra hizo lo propio y se ocultó entre las ramas con el arco preparado para disparar en cualquier momento. El carro, escoltado por cinco guardias, avanzaba despacio, ajeno al peligro que les acechaba entre los árboles.

En un momento de silencio casi palpable, el líder del grupo de exploradores rebeldes dio la señal. Con un grito de guerra, los rebeldes emergieron de su escondite, rodeando la carreta con velocidad y precisión. Kyra disparó una certera flecha contra uno de los guardias, atinando a este en el hombro. El soldado no se inmutó; así que, sus sospechas se confirmaron: se trataba de hombres inmunes al dolor. Esto los hacía más temibles y peligrosos que cualquier otro hombre.

Los guardias del rey reaccionaron tan rápidamente que desenvainaron sus espadas en un instante. Sin embargo, la ventaja numérica de los rebeldes fue abrumadora. En un breve pero intenso enfrentamiento, lograron desarmar a los guardianes y someterlos, atándolos de manos a pies para que no opusieran resistencia. Después los ataron también a los árboles para estar más seguros, ya que no se atrevían a infravalorarlos.

Con la amenaza neutralizada, los rebeldes se lanzaron sobre el carro. Abrieron las cajas y barriles, revelando un tesoro de alimentos: panes, quesos, pescados, barriles repletos de vino, verduras y frutas variadas. La alegría y el júbilo llenaron el aire mientras comenzaban a cargar sus mochilas con todo lo que podían llevar.

De pronto, uno de los soldados de Baltor se desató y se movió tan rápido que nadie se percató de ello hasta que agarró a Kyra. El guardia pretendía que soltaran a sus camaradas; si no hacían lo que pedía, amenazaba con rebanar el pescuezo de la princesa

amazona. Antes de que nadie pudiera tomar una decisión, Therion reaccionó de forma inhumana y, con una fiereza más de bestia que de hombre, retorció el cuello del enemigo. El hombre seguía moviéndose débilmente en el suelo, incapaz de levantarse.

Esos humanos no morían, aunque les cortasen la cabeza. Kyra se sorprendió mucho de la reacción de Therion, pues nunca antes le había visto actuar de esa manera, tan alterado y bruto.

Los rebeldes se marcharon con su botín y dejaron a los soldados de Baltor amarados a los árboles, ya que no conocían la forma de matarlos. La noche se les echaba encima; no se habían imaginado que tardarían tanto en hacerse con el cargamento y tenían previsto llegar a Berodia al atardecer. No obstante, debido a los contratiempos, se vieron obligados a acampar en un claro. Therion empezó a comportarse de manera extraña; insistía en que no debían dormir a la intemperie y que debían aligerar el paso para llegar cuanto antes de vuelta a Berodia, pero nadie le hizo caso.

La luna llena iluminaba el claro, y el aire era fresco, cargado de un aroma a tierra húmeda. Therion se sentó en la orilla del fuego; el calor lo hacía sentir más vivo, pero también más inquieto. Sabía que lo que venía era inevitable.

—¿Te encuentras bien? — le preguntó Kyra, mirándolo con preocupación.

—Sí, solo necesito un poco de aire fresco nada más —murmuró, levantándose y alejándose. Su corazón latía con fuerza. Cada paso lo llevaba más cerca de la transformación, y la lucha interna se tornaba casi insoportable, tanto que no pudo contenerse. Sus huesos crujieron y su piel ardió mientras la metamorfosis comenzaba.

En un instante, el hombre fue reemplazado por la bestia. Kyra, quien lo contemplaba desde muy cerca, no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Qué clase de magia era esa?

Therion se había convertido en una bestia: sus músculos habían crecido el doble y había ganado al menos medio metro de altura. Su robusto cuerpo estaba cubierto por un espeso pelaje blanco que brillaba a la luz de la luna. Sus ojos, intensos y penetrantes, destellaban con su característico tono amarillo, pero le dotaban de una ferocidad que ponía los pelos de punta. Sus garras, largas y afiladas, parecen capaz de desgarrar la piedra misma, y su prominente hocico revelan unos colmillos atroces que asoman entre sus labios gruesos.

Ahora no quedaba ni rastro de Therion, sino que el lobo blanco parecía haberlo devorado por completo.

Uno de los rebeldes que vigilaban el campamento dio la alarma, y muchos salieron de sus lechos, provistos de lanzas y cuchillos, dispuestos a eliminar cualquier amenaza.

Kyra sabía la verdad. Sabía que detrás de esos ojos feroces se escondía el alma de

Therion, el que tantas veces la había protegido. Sin pensarlo, se interpuso entre sus compañeros enfurecidos y el lobo.

—¡Esperad! —exclamó, su voz temblaba pero era firme—. No es un monstruo. ¡Es Therion!

Sus compañeros se detuvieron, confusos; sus miradas se alternaban entre el lobo y Kyra, que se había atrevido a enfrentarlos. La tensión en el aire era palpable.

—¿Therion? —Uno de los hombres frunció el ceño—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo he visto con mis propios ojos. ¡Él no haría daño a nadie! Ya lo conocéis —su voz se quebró—. ¡Por favor, no lo matéis!

El lobo, consciente de su presencia, se acercó lentamente; su mirada estaba clavada en ella, como si entendiera su súplica. La multitud retrocedió un paso, temerosa del animal que aún olfateaba la tensión en el aire.

—¿Y si nos ataca? —dijo otro hombre, con la duda reflejada en su rostro.

—No lo hará. —Kyra respiró hondo, apretando los dientes para contener las lágrimas—. Él es uno de los nuestros. ¡Os prometo que no les hará daño! ¡Confiad en mí!

Mientras hablaban, el lobo blanco aulló a la luna, y todos los presentes se estremecieron, temiendo lo peor. No obstante, en lugar de atacarlos, la bestia se adentró en un pequeño bosque de la zona.

Kyra empezó a entender muchas cosas: las misteriosas desapariciones de Therion por las noches, su ropa hecha jirones cada mañana, su cuerpo lleno de magulladuras tras cada transformación y su nerviosismo cada vez que veía el atardecer. Ahora todo cobraba

sentido y se dio cuenta de lo que tendría que haber sufrido él al ocultarlo.

Ahora mismo Kyra tenía más preguntas que respuestas, pero estas tendrían que esperar. Lo que más le preocupaba en esos momentos era la seguridad de Therion. No obstante, no se atrevió a buscarlo por el bosque de noche. A la mañana del día siguiente le pediría a algunos rebeldes que la ayudasen a buscarlo, ya que seguramente Therion acabase malherido debido a su transformación. Pues siempre que desaparecía de noche lo encontraban al día siguiente con profundas heridas y arañazos. [28]

Después del incidente, los rebeldes se fueron a dormir bastante confusos y doblaron la vigilancia por si hubiese alguna amenaza más que osase perturbar su descanso aquella noche. Kyra se ofreció voluntaria para hacer la guardia porque no podía dormir.

No podía dejar de pensar en Therion, en lo que estaría pasando. Además, tenía la esperanza de que volviese de nuevo al campamento convertido en humano. Eso fue algo que no sucedió, sin embargo, la noche transcurrió muy tranquila. Solo se escuchaba el aullido de los lobos en la distancia, algo que conseguía que a Kyra se le erizara la piel. ¿Sería alguno de esos lobos Therion?¿Estaría bien? Tan avanzada la noche era peligroso salir, pero con las primeras luces del día iría a buscar a su amigo.

LA PORTADORA DE LA LLAMA

Ariadna y Dante avanzaron con cautela a través del árido desierto, junto con el pequeño dragón de ámbar, cuyas brillantes escamas reflectaban la luz solar. Drakmor parecía estar cada vez más cerca, pero aún quedaba mucho camino por recorrer. El silencio en el desierto era casi absoluto, más profundo de lo que recordaban. De repente, entre la arena y las rocas, surgieron figuras sombrías: un grupo de hombres hiena, de rostros deformados por una insaciable codicia, emergieron con miradas feroces y dientes afilados como cuchillas.

Los hombres hiena se detuvieron, rodeando a los viajeros con una sonrisa torcida que mostraba colmillos largos y enmarañados. Uno de ellos, el autodenominado líder, alzó una mano y ordenó con una voz áspera: —Dádnos lo que lleváis, y quizás os dejemos seguir con vida.

Era la primera vez que Ariadna se topaba con estos seres y aunque su apariencia le infundía respeto, no se amedrentó. En cambio, se posicionó delante de Pyreón para protegerlo, mientras Dante ya estaba dispuesto para desenfundar arma, preparado para el combate. La tensión creció en el ambiente, y por un momento, parecía que la confrontación sería inevitable.

Pero Dante, demostrando su valentía, no aguardó órdenes y en un rápido movimiento, sacó su espada y se lanzó hacia uno de los hombres hiena. Con un golpe preciso, desarmó al atacante, quien retrocedió levantando las manos en señal de paz, aunque sus ojos seguían llenos de rabia. Ariadna, por su parte, recitó unas palabras en el idioma antiguo, invocando unas raíces del suelo que apresó a los hombres hiena.

Estos intentaron zafarse de su ataduras sin ningún éxito.

Los atacantes quedaron sorprendidos por la resistencia y el valor de los viajeros y se quedaron pensativos. Parece ser que no esperaban que dos humanos supieran defenderse tan bien. Sin embargo, uno de los hombres hiena, el más audaz o quizás el más desesperado, rompió los tallos que le ataban y arrojó un cuchillo improvisado hacia

Ariadna. Ella lo esquivó a duras penas, pues le pilló desprevenida, y en respuesta, Dante apuntó con su kopis [29] y gritó:

—¡No queremos pelear con vosotros, pero si es necesario usaremos la violencia!

El líder de los hombres hiena observó la escena con una mezcla de odio y respeto, sopesando sus opciones. Finalmente, uno de sus subalternos dio un paso adelante y, bajando la voz, soltó: —No buscamos otra cosa que nuestra supervivencia.

Últimamente, nos hemos visto obligados a asaltar a todo aquel que osa moverse por el desierto, pero nosotros tampoco queremos problemas.

—Lleguemos a un trato mejor, soltad a mis camaradas y nos iremos —dijo el líder de los hombres hiena.

Ariadna y Dante se miraron dudosos, sin tener claro si debían confiar en ellos o no.

Pero decidieron arriesgarse, Ariadna recitó el contra hechizo para liberarlos y los hombres hiena mantuvieron su parte del trato.

Tras algunos momentos de tensión, los hombres hiena dieron un paso atrás y, con un gruñido, se apartaron del camino y volvieron por el mismo sitio por el que habían venido. Ariadna y Dante aprovecharon la oportunidad, y con rapidez, continuaron su camino, dejando atrás a los agresores.

Con el pequeño dragón de ámbar en brazos, siguieron adelante, más conscientes que nunca de los riesgos del desierto.

Ariadna, Dante y Pyreón llegaron al anochecer a la ciudad de Drakmor sin encontrarse con demasiadas dificultades por el camino: solo un grupo de bandidos y hombres lagarto que pudieron sortear con facilidad. Cuando los draconianos vieron al pequeño Pyreón, tuvieron una reacción bastante extraña, ya que se arrodillaron ante el dragoncito de ámbar y ante Ariadna. Desde ese momento, no dejaron de referirse a ella como la portadora de la llama. Los draconianos incluso los invitaron a festejar con ellos la llegada de Pyreón y su jinete de dragón, Ariadna. Al parecer, llevaban mucho tiempo

esperándoles, pues, según la leyenda, un dragón de ámbar descendería de la montaña con su jinete y llegaría a Drakmor para traer la paz y el equilibrio a sus habitantes.

Tras mucho vino y bailes, Ariadna y Dante se embriagaron con el néctar del dragón, una bebida mucho más estimulante y fuerte que el vino. Dante estaba familiarizado con beberlo, pues llevaba varios años viviendo entre los draconianos y era muy común beber el néctar en ocasiones especiales. No obstante, esa noche bebió más de la cuenta e iba pegando tumbos de un lado a otro. En cuanto a Ariadna había bebido solo un par de vasos, no estaba acostumbrada a bebidas tan fuertes, así que no quería levantarse del suelo por temor a que descubrieran su lamentable estado de embriaguez.

De repente, Dante la cogió de la mano, rogándole que bailaran una última canción antes de dormir. Tras la negativa de la muchacha, Dante insistió y la puso en pie.

Entonces se dio cuenta de que lo que realmente le ocurría a la maga era que no podía mantenerse en pie. Con cuidado, la llevó hasta la habitación que la chica tenía en la posada para tenderla en la cama.

El dragoncito de ámbar estaba dormido en el suelo del cuarto, así que trató de entrar con sigilo para no despertarlo. Algo extremadamente difícil, teniendo en cuenta que la habitación estaba en penumbra y que sus cuerpos no paraban de tambalearse. Ambos perdieron el equilibrio, pero, por fortuna, fueron a caer en la cama. Pyreón debió despertarse con el ruido que estaban montando; el dragoncito les gruñó molesto y salió al pasillo. Las risas de Dante y Ariadna resonaron en la noche al ver la reacción del pequeño dragón. Ariadna le susurró algo al oído a Dante y él se acurrucó con ella en la cama de forma tierna. Disfrutando ambos de la calidez de sus cuerpos entrelazados y quedaron absortos en un profundo sueño.

Se despertaron a mediodía con un dolor que les martilleaba la cabeza. Ariadna se ruborizó al ver que Dante estaba acurrucado a su lado. Mientras que él le respondió con un gesto juguetón y le dijo: —Repíteme eso que me dijiste anoche.

Ariadna ya no podía estar más colorada de la vergüenza, y su respuesta fue darle un codazo en el costado a Dante y salir corriendo de la habitación, como si hubiese visto un fantasma. Él se levantó para ir tras ella, pero se paró en seco cuando vio a Pyreón en la puerta. El dragoncito le gruñó en señal de desaprobación, y Dante le dijo en voz alta: —

Pyreón, no entiendo a esta chica; me gustaría saber qué diantres le pasa por la cabeza.

Ariadna siguió evitándolo el resto del día, a pesar de que tarde o temprano tendrían que ponerse en marcha para continuar su periplo.

Dante les explicó a sus amigos que se dirigían hacia Irëdia. Inmediatamente, siete de ellos se ofrecieron a acompañarlos, pues aseguraban que tenían que ir allí para hacerse con un barco.

—¿Para qué necesitáis una nave?

—Queremos comerciar con una ciudad-estado de Irëdia que se llama Brisa; creemos que pagarán un buen precio por el néctar del dragón y por las especias que aquí cultivamos.

—Tengo una idea: ¿y si venís con Ariadna y conmigo? Así nos podremos proteger mutuamente de bandidos y otros malhechores.

—Por nosotros no hay ningún problema. ¿Crees que a la portadora de la llama no le importará?

—Trataré de hablar con ella, pero no creo que tenga inconveniente.

No sabía cómo se las ingeniaría para abordar a Ariadna, pero pensó que no podía estar enfadada con él eternamente, así que la buscó por todo Drakmor. Tras media hora, la encontró en el campo de entrenamiento. Estaba sentada sobre una piedra con Pyreón en brazos; daba la sensación de que ambos estaban sumidos en una especie de sueño.

Cuando Dante se acercó, Ariadna abrió los ojos de repente y lo miró fijamente.

—Vete —le ordenó ella.

—Oye, Ariadna, no sé qué te he hecho para que me trates con tanta frialdad, pero...

—intentó decir Dante.

—Frío eres tú, que te mofas de mí siempre que puedes —le espetó ella.

—¿Qué dices? Solo me gusta chincharte, ya sabes cómo soy. No he hecho nada con mala intención, así que perdóname, por favor —le dijo él con sinceridad, lo que aplacó un poco el temperamento de la

muchacha.

Como ella no le contestaba nada, Dante siguió hablando: —Soy un estúpido, en lugar de haberme reído de lo que me dijiste, te tendría que haber dicho lo que realmente siento por ti. Perdoname, pero me pongo muy nervioso en tu presencia y a veces me da por hacer estupideces —Dante comprendió hasta qué punto había metido la pata con ella y esperaba que no fuese demasiado tarde y añadió—: yo también te quiero.

Al ver que Ariadna no decía nada, él siguió sincerándose: —Te quiero desde hace mucho tiempo, mucho antes de que yo fuese consciente de esa palabra. Me estoy abriendo, así que por lo menos dime algo, ¿no?

Ariadna seguía paralizada, no sabía qué contestarle. Varias lágrimas se escaparon de sus ojos, pero estas eran de felicidad. Las palabras no salían de sus labios; solo podía moverse por puro instinto y abrazar a Dante con la misma ternura que anoche. Se besaron locamente, como si sus labios llevasen mucho tiempo conteniéndose.

A Pyreón no le gustaba que Dante estuviese tan cerca de Ariadna y se abalanzó sobre ellos. Incluso escupió una diminuta llama que se apagó al instante como advertencia. Dante y Ariadna se apartaron, reparando en la presencia del dragoncito.

—¡Ay, pero si eres un adorable escupefuegos! —exclamó Dante acariciándole la cabecita. A Pyreón le solía calmar que le rascasen detrás de las orejas, pero estaba tan enfadado con Dante que le mordió la mano.

—¡Au! Serás… —Dante apartó la mano con rapidez.

—¡Ya basta! —les gritó Ariadna. Pyreón seguía molesto, pero no se atrevió a desafiar la orden de Ariadna. Así que le dio la espalda a Dante y caminó con mucha solemnidad.

—¡Qué engreído y cabezota es este dragón! —se quejó Dante, y Pyreón le echó una mirada desafiante.

—Ya vale por hoy, los dos —les apaciguó Ariadna y cogió en brazos al pequeño dragón.

—Ariadna, he pensado que no nos vendría mal compañía en el viaje, ya que nos asecharán muchos peligros —empezó a decir Dante—. Algunos aquí en Drakmor quieren ir a una ciudad-estado llamada Brisa para comerciar. ¿Te parece bien que nos desviemos hasta allí

antes de ir a Irëdia?

—Brisa está muy cerca del continente de Irëdia y, al ser una ciudad-estado, no forma parte del reino de Irëdia, así que creo que es una excelente idea. Una vez allí, estoy segura de que nos podrán informar de lo que ha ocurrido en el reino en nuestra ausencia —argumentó Ariadna.

—¡Genial! ¿Partimos ya antes de que se haga de noche? —sugirió Dante.

—Claro, avísales para que se preparen. Saldremos en media hora —informó Ariadna.

Por fortuna, llegaron a la ciudad costera sin ningún tipo de contratiempo. Antes de entrar por el control rutinario del portón de la ciudadela, Ariadna utilizó de nuevo su magia para cambiar de aspecto. Decidieron esconder al dragón de ámbar en el carro, tapado con sábanas. No obstante, los guardias parecían buscar algo porque insistieron en revisar toda la mercancía y les hicieron muchas preguntas como: a dónde se dirigían y la razón por la que emprendían dicho viaje.

Los draconianos fueron muy inteligentes y dijeron que iban a comerciar con el reino de Irëdia y a llevarle al rey Baltor el néctar del dragón como obsequio. Uno de los guardias que realizaban el control estuvo a punto de descubrir a Pyreón. Sin embargo, Ariadna fue más rápida y, con un sortilegio silencioso, hizo que el dragoncito fuera invisible. Ese viejo truco ya le sirvió en otra ocasión para ocultar a Jacky en la aldea de Lonxe y fue muy efectivo. De hecho, los guardias no vieron nada sospechoso, así que les dejaron entrar sin ningún inconveniente.

Ariadna y compañía se aventuraron a los barrios pobres en busca del navío de Ariadna, pero se encontraron, para su sorpresa, que estaba muy bien vigilado.

Seguramente, alguien que la hubiese reconocido se había chivado. Decidieron esperar al anochecer para colarse en el barco. Es cierto que pasaba menos gente ahora por allí, pero los soldados de la ciudad seguían patrullando el muelle. Dante conocía muy bien esa ciudad y sabía que las cloacas llevaban directamente a la playa del puerto. Desde allí, nadaron hasta la nave silenciosamente para que no les pillasen.

Nadaron con mucho cuidado en grupos de dos para que los guardias

no les detectasen. El primer grupo, compuesto por Ember y Nyx, llegó al navío con éxito.

Como ambos destacaban en Drakmor por su sigilo, se encargaron de los soldados que estaban a bordo. Cuando despejaron el camino, Nyx, de escamas como la noche, le hizo una seña al segundo grupo indicando que era el momento de avanzar.

Esta vez le tocaba el turno a Ariadna, Pyreón y a Hidra, de escamas albinas, que llegaron hasta el barco sin dificultades. Luego le llegó el turno al tercer grupo: Dante, Ildrie, Ladón y Electra. Ellos no tuvieron tanta suerte, ya que un guardia les escuchó y alertó al resto de soldados. Los draconianos que estaban a bordo del navío comenzaron a levar anclas y poner la nave a punto para zarpar.

Mientras tanto, Ariadna cubría a los que quedaban para que pudiesen subirse al barco antes de que este ganase mucha velocidad. Los soldados los atacaban con sus

flechas, tratando de impedirles el acceso. Ariadna lanzó una bola de fuego hacia ellos para evitar el ataque y darle cobertura a Dante, Ildrie, Ladón y Electra mientras subían a bordo. La distracción que creó Ariadna les ayudó a subir sin dificultades, pero la maga se percató de que Dante y Ladón avanzaban unidos, pero muy despacio, y que había mucha sangre en el agua, así que se temió lo peor.

Sacó fuerzas para ayudarles y, cuando se dio cuenta de que la sangre provenía de Ladón, sintió alivio, aunque inmediatamente después se sintió muy mal por ello. Por un momento pensó que habían herido a Dante. A Ladón le atravesaba una flecha la mitad de la espalda; la herida tenía muy mala pinta, pero no debían detenerse. Tenían que salir inmediatamente de allí si no querían acabar apresados o gravemente heridos o, peor aún, muertos. Dante y Ariadna se quedaron al lado de Ladón para tratarle la herida. En cuanto al resto de tripulantes de la nave, se centraron en los remos para avanzar con más rapidez, ya que los guardias habían subido a uno de los barcos y les estaban siguiendo.

Mientras tanto, Ariadna fue corriendo a la bodega a por el polvo de hadas que guardaba, ya que, aparte de poder ayudar a Ladón porque es curativo, también podría ayudarles a escapar volando, lo que dificultaría que sus enemigos les siguieran. Pyreón la siguió; el pequeño dragoncito no se separaba jamás de ella. Ariadna reparó en que el polvo de hadas había desaparecido. Probablemente, los guardias se lo habían llevado.

La joven maga seguía preguntándose cómo habrían burlado las defensas mágicas que había puesto en el navío, pero no era momento para eso; sus amigos la necesitaban en cubierta.

Se dirigía hacia allí cuando un hombre salió de la nada e intentó clavarle una daga en el cuello. Ariadna la paró por unos centímetros con las manos, gritó de dolor y los goterones de sangre brotaron. Ariadna intentó desesperadamente zafarse de su agresor, pero este era mucho más corpulento que ella. De repente, Pyreón apareció y mordió la mano de su atacante. Este gritó y dejó caer su arma.

Distracción que aprovechó Ariadna para pegarle una patada en sus partes bajas. La maga empujó algo invisible con las manos y el hombre que hace un momento la había atacado se estampó contra una pared de la nave; era como si algún ente invisible con una fuerza sobrenatural lo hubiese empujado. A Ariadna no le gustaba usar ese poder, pues lo consideraba siniestro, pero no se detuvo a lamentarlo, ya que entendía que de no haberlo hecho, el hombre la habría asesinado a ella. De no haber sido por Pyreón, seguramente lo habría conseguido.

Ariadna y Pyreón subieron a la cubierta raudos y se percataron de que el barco que les perseguía estaba muy próximo a ellos. Ariadna sabía que tenía que hacer algo, o, de lo contrario, los alcanzarían. Así que convocó durante unos minutos un viento fuerte que hizo que la otra nave aminorase.

—Esto les retrasará —dijo ella triunfante y se dirigió hacia Ladón para ver cómo se encontraba.

—No soy sanador, pero esto tiene muy mala pinta —expuso Dante, que estaba intentando en vano detener la hemorragia de Ladón.

—Haremos lo que esté en nuestra mano. Ya sabes que la magia curativa no es mi fuerte. Si estuviese Dafne con nosotros, la cosa sería diferente... Necesitamos llevarle con algún sanador y rápido. ¿Hay algún destino más cercano que Brisa? —preguntó Ariadna.

—Puede que alguna isla, pero no sé qué nos encontraremos... —confesó Dante con el semblante ensombrecido mientras Ildrie le ayudaba a cubrir la herida de Ladón con tela.

—Yo conozco esas islas; hay una que nos pilla de paso y está poblada —afirmó Ildrie.

—¡Ariadna, tus manos! —exclamó Hidra aterrada—. ¿Qué te ha

pasado?

—Bajé a comprobar las existencias que tenía de polvo de hadas para que pudiésemos volar y así perder de vista al enemigo, pero un soldado salió de la nada y me atacó. Seguramente estaba a cargo de vigilar el interior del navío. Me da miedo pensar lo que pueden hacer con él.

—El polvo de hadas ahora es el menor de nuestros problemas, Ariadna. Tienes que curarte eso antes de que empeore —dijo Dante, dejando que Ildrie terminase de vendar a Ladón y acercándose a examinar las manos de la chica.

—Estoy bien; quien te tiene que preocupar es Ladón.

—No podemos hacer más por él. Le he vendado la herida con tela limpia y propongo que, antes de acomodarlo en el interior del barco, echemos un vistazo por si hay más indeseables dentro. Si un soldado estaba vigilando el interior de la nave, es probable que haya más.

—Está bien, iré yo con Hidra a revisar todo el navío —expuso Dante. Ariadna iba a replicarle cuando este le interrumpió—: No, Ariadna, sé lo que me vas a decir. Tú te quedas con Ildrie y Ladón. Ildrie, por favor, trátale las heridas, por muy cabezota que se ponga.

—¡Dante, espera! ¿Quién guiará el rumbo entonces al resto que están abajo remando? —preguntó Ariadna.

—De momento, vamos a quitarnos de en medio. Esos soldados quedaron muy atrás con tu ráfaga, pero no me fío todavía —sin decir nada más, Dante se esfumó al interior de la nave con Hidra.

—Pyreón, por favor, ve con ellos y échales una mano. Te necesitan más que yo —le pidió Ariadna al dragoncito. Éste refunfuñó, pero aun así la obedeció.

Ariadna observaba cómo Ildrie examinaba la temperatura y el pulso de Ladón, y no pudo evitar decirle: —Parece que sabes lo que haces.

—Tengo nociones básicas de curandera. Mi abuela lo era, ¿sabes? Y me enseñó algunos remedios. No tengo nada aquí que pueda ayudarle, pero parece que Ladón está estable. Es cierto que está inconsciente; entiendo que es por el dolor al sacarle la flecha, pero creo que se recuperará. No obstante, tenemos que llevarlo a algún sitio para que le limpien la herida como es debido, si se infecta, empeorará. Déjame examinar tus manos, Ariadna, por favor.

Ariadna dejó que Ildrie le examinara las heridas de las manos. Ella evitó mirarse porque era muy aprensiva. Ildrie le juntó una especie de tónico que sacó de sus ropajes; esto le escoció, pero Ariadna no se quejó. Luego, Ildrie le cubrió las manos con un trozo de tela.

—¿Mejor? —preguntó Ildrie con una sonrisa.

—Sí, muchas gracias, Ildrie, eres muy amable.

Ariadna estaba tan exhausta por usar su magia que se quedó tumbada sobre la cubierta. Se sentía débil, como si solo pestañear le supusiera un gran esfuerzo. Le pesaban terriblemente los párpados, la visión se le tornaba borrosa.

Al rato, Dante volvió y, entre Ildrie, Hidra y él, trasladaron a Ladón al interior de la nave. Ariadna hizo el amago de ayudar, pero le pesaba tanto el cuerpo que le fue imposible. Pyreón se quedó a su lado haciéndole compañía.

Tras un par de minutos, Dante regresó y se tumbó a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que estoy agotada.

—Y preocupada por el polvo de hadas, ¿verdad?

—Sí, es que las hadas me lo habían encargado, ¿sabes? Me siento responsable; no tendría que haber dejado algo tan valioso en el navío. Debería haberlo llevado conmigo.

—Ariadna, no te preocupes demasiado por eso. Ellos ni siquiera sabrán para qué se utiliza.

—Espero que no lo usen como condimento en las comidas entonces —bromeó Ariadna.

Era un chiste muy malo, pero eso hizo sonreír a Dante.

—Hay otra cosa que me preocupa... ¿Cómo han podido entrar a la nave y romper todas las barreras mágicas que puse? —expuso ella, mostrando su confusión.

—Eso lo ignoro, Ariadna —le confesó Dante.

Ariadna se quedó con la incertidumbre, pero decidió que era un sinsentido estar dándole vueltas a ese rompecabezas.

Consiguieron despistar al barco enemigo y se dirigieron a gran velocidad a la isla más cercana para buscar la forma de curar a Ladón.

Tras un par de días de viaje que les parecieron eternos, estaban ya muy cerca de la isla habitable más próxima o al menos eso decía Ildrie. La herida de Ladón tenía cada vez peor aspecto y empezaba a oler a podrido. Con lo que Ariadna, tuvo que utilizar nuevamente su magia para que las corrientes marinas fueran favorables y le llevase a su destino antes de lo esperado. No obstante, usar tanto poder le dejaba exhausta. Esto hacía que ella se sintiera frustrada, pues a pesar de su entrenamiento, seguía agotándose si utilizaba demasiado su magia, era cierto que había mejorado mucho, pero tenía la sensación de que aún le quedaba mucho por aprender.

Por otro lado, Dante quería llegar cuanto antes para que asistieran a Ladón, aun así, no presionaba a Ariadna, justo lo contrario. Pues se preocupaba por su bienestar.

El sol empezaba a ocultarse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y violetas, cuando avistaron a lo lejos la isla, por lo que nos les debería de quedar mucho para llegar. Las risas de júbilo resonaban entre los tripulantes, ¡por fin estaban a punto de llegar a su destino!

De pronto, un estremecimiento recorrió el casco del navío. El mar, que minutos antes había sido sereno, empezó a agitarse con furia. Las olas se elevaron como murallas de agua, y un eco profundo resonó desde lo más profundo del océano. Las risas se convirtieron en gritos de confusión.

Un torbellino surgió del abismo, girando con una fuerza devastadora. El agua se arremolinaba en un vórtice mortal, y en su centro, una descomunal sombra se alzaba.

Una criatura, con unos tentáculos enormes se extendían como serpientes marinas, emergió de las profundidades.

La nave, atrapada en el torbellino, comenzó a girar, los gritos se mezclaban con el rugido del mar. Las olas golpeaban con violencia, y el vórtice devoraba todo a su paso.

Los tentáculos del ser se lanzaron hacia el casco, envolviéndolo con una fuerza sobrenatural.

—¡Agárrense! —gritó Ariadna, intentando mantener el control mientras el barco se balanceaba peligrosamente. Pero era demasiado

tarde. Con un último crujido resplandeciente de madera, el torbellino se tragó el navío y a su tripulación, arrastrándolos al abismo oscuro del océano. El silencio se apoderó del mar una vez más, y el vórtice se disipó.

RAZAS DEL CONTINENTE DEL SUR

El continente del sur se caracteriza por

tener una gran variedad de razas variopintas. A continuación se explicarán más detalladamente diferentes rasgos de cada una de ellas como pueden ser: su cultura, religión, aspecto físico, el hábitat en el que los podéis encontrar, habilidades y debilidades. Sirva este apartado como anexo complementario a la novela para aquellos curiosos que quieran sabe más.

DEVORADORES DE LAS ARENAS

Descripción física Serpientes gigantes que de día permanecen dormidas en el interior de las arenas del desierto, pero de noche salen a cazar a sus presas. Tienen la piel recubierta de extrañas púas anaranjadas y la boca con dientes puntiagudos y afilados, dispuestos en varias hileras sucesivas. En su cola cuentan con un mortal aguijón venenoso que es letal.

Hábitat natural Tienen sus hogares en túneles excavados por ellos mismos en las arenas del desierto del continente.

Capacidades y habilidades Su enorme aguijón venenoso puede matar a cualquier criatura. Sus cuerpos son resistentes. No obstante, no soportan el calor en exceso. Por ello, durante el día están bajo tierra y solo salen de noche a realizar sus labores de caza.

Los afilados colmillos les permiten excavar grandes cantidades de arena y son temidos porque son tan afilados como cuchillas. Sienten cualquier vibración en la arena y eso les hace ser unos adversarios muy temibles, ya que pueden sentir a cualquier ser caminando en el desierto desde varios kilómetros de distancia.

Sociedad y cultura

Aunque da la sensación de que estos seres no son inteligentes, la realidad es que tienen su propio idioma, basado en sonidos guturales que solo ellos comprenden.

Viven en comunidades organizadas en clanes por varias generaciones. El líder suele ser el más sabio y viejo de todos y lo denominan como el gran “Ancestro de las Arenas”. Éste es el que guía al grupo en sus decisiones. Los más jóvenes de la comunidad son los encargados de cazar y explorar por las noches.

Rinden culto a la luna, ya que es ella la que les guía en sus cacerías nocturnas y les protege de las sombras de la noche.

Relaciones con otras razas Debido a que son incapaces de comunicarse con otras razas diferentes, no tienen relaciones con

ninguna de ellas. Sencillamente todo aquello que se adentre en el desierto de noche, podría convertirse en su posible presa.

Debilidades Aunque parezca contradictorio teniendo en cuenta que habitan en las profundidades del desierto, la verdad es que son vulnerables al calor. Esa es la razón por la que solo salen de noche a cazar.

Son débiles contra la luz solar, pues les ciega. Este es uno de los motivos por los que durante el día, permanecen debajo de las arenas del desierto.

Su oído super desarrollado también se puede considerar una debilidad, ya que no soportan ruidos demasiado fuertes.

DIENTES DE SABLE

Descripción física Es una criatura de similares dimensiones a las de un León pero mucho más fornido y corpulento, pueden llegar a los 280 kg de peso. Su cuerpo es robusto, con patas cortas y fuertes. Los caninos superiores pueden medir hasta 10-12

centímetros en algunas especies, siendo muy largos y curvados.

Hábitat natural Se han avistado algunos grupos poco numerosos de estas magníficas criaturas en el continente. Se tenían por una leyenda, ya que se creían extintas hace mucho tiempo. Si bien están en peligro de extinción, ya que son seres muy dependientes a la caza de grandes presas. Últimamente, debido a las grandes temperaturas del continente les cuesta más encontrar presas de gran magnitud y esto podría incluso provocar su declive.

Capacidades y habilidades Poseen unos dientes grandes y afilados: Sus caninos superiores son extremadamente largos y afilados, ideales para desgarrar la carne de sus presas. Aunque sus mandíbulas no pueden abrirse tanto como las de otros felinos, tienen una fuerza significativa para sujetar y matar a sus presas.

Se caracterizan por un cuerpo musculoso y poderoso: su cuerpo es robusto, con patas cortas y fuertes, lo que les permite realizar embestidas rápidas y fuertes para derribar a sus presas.

Tienen una estupenda capacidad de emboscada. Son cazadores por emboscada, aprovechando su agilidad y fuerza para sorprender a

animales de gran tamaño.

Aunque no son tan longevos como otros felinos, estan adaptados para realizar ataques explosivos en breves pero intensos periodos de caza.

Sociedad y cultura Conviven en grupos familiares, ya que por su estrategia a la hora de cazar, necesitan cooperar entre ellos. Coexisten con otros mamíferos y depredadores de la zona, lo que implica una dinámica de competencia y equilibrio ecológico **Relaciones con otras razas** Su interacción con otras especies refleja un equilibrio ecológico en el que cada uno tiene su papel en la cadena alimenticia.

Debilidades Los largos y afilados colmillos de los dientes de sable son propensos a fracturarse o desgastarse rápidamente, especialmente si se usan para morder presas muy duras.

Están adaptados para cazar grandes mamíferos, como por ejemplo camellos. Si estas presas escasean, su supervivencia se puede ver comprometida.

Su estructura ósea es pesada y musculosa: Aunque esto les proporciona fuerza para cazar, también limita su velocidad y agilidad en comparación con otros felinos más ligeros, dificultándole capturar presas más rápidas o escapar de amenazas.

DRACONIANOS

Descripción física.

Son criaturas que combinan rasgos humanos y de dragón. Tienen la postura erguida de un humano, pero su cuerpo está recubierto de escamas al igual que los dragones. Los tonos de las escamas pueden variar según el tipo de dragón del que desciendan.

Habiéndolos muy diversos: de agua, azules verdosos; fuego, de tonalidades naranjas o rojizas; tierra, marrones; viento, verdes; hielo, blancos; eléctricos, morados o azulados; luz, dorados; oscuridad, tonalidades de grises y negros… Estas son los colores más comunes pero pueden variar, debido a que están muy mezclados. E incluso un draconaniano que tenga descendencia de un antepasado dragón de hielo y otro eléctrico puede presentar a veces ambas habilidades y colores diferentes.

Sus rostros conservan la estructura facial humana, pero suelen tener los ojos penetrantes y de colores brillantes. Presentan una mandíbula fuerte y sobresalen colmillos afilados de sus bocas. Pueden presentar cuernos en la cabeza, o cola de dragón o incluso ambas características. Muy pocos presentan alas, pero también hay casos aislados.

Son altos en comparación a los humanos, pues los draconianos miden entre 2 y 2,50

metros aproximadamente.

Hábitat natural Conviven en diferentes tribus, dentro de una ciudad llamada Drakmor que está en las lindes del desierto y junto al cañón de Drakmor. Se suele llegar a la ciudad a través del nido del dragón, un paso que hay abierto en mitad del cañón. Es posible también bordearlo para llegar hasta la ciudad, pero es un camino más largo y peligroso.

Capacidades y habilidades Poseen una piel muy resistente dado a que están recubiertas de escamas. Esto les dota de protección contra ataques y también contra condiciones de temperaturas extremas, tanto cálidas como frías.

Todos ellos son capaces de usar su aliento para atacar. El mismo presenta las cualidades características según del tipo de draconiano del que se trate. Pues están los que descienden de dragones de fuego, de hielo, eléctricos, *etc.*

Los miembros de esta raza suelen presentar cualidades mágicas, aunque no todos.

Gracias a que su estirpe de dragón cuentan con una longevidad mayor que los humanos.

Sociedad y cultura

Viven en la ciudad de Drakmor, pero están divididos en distintas tribus. Cada tribu tiene un líder, no obstante, suelen ponerse de acuerdo con facilidad si tienen objetivos comunes y no existen disputas entre las mismas. Estas tribus operan dentro de la ciudad, manteniendo cierta autonomía pero colaborando en asuntos comunes. Dejan atrás sus posibles diferencias para sobrevivir a las duras condiciones del desierto, pues a penas hay agua y alimentos.

Surgieron de la unión entre humanos y dragones. A veces, el vínculo que se creaba ente los dragones y los jinetes de dragón era tan fuerte que entre los humanos nacían niños que presentaban escamas, colas y cuernos, muy parecidos a sus hermanos los dragones, pero con rasgos humanoides.

La convivencia entre ambas razas fue pacífica un tiempo hasta que algunos dragones lo consideraron un insulto, y la guerra estalló; así es como ocurrió la masacre de Elisea, la ciudad de dragones y jinetes de dragón. No quedó más que cimientos y cenizas. Por suerte algunos draconianos lograron huir y se asentaron en el desierto y fundaron Drakmor.

Los draconianos saben hablar la antigua lengua de los dragones, ya que la han aprendido de generación en generación y es costumbre enseñársela a sus crías desde pequeñitas. No obstante, también conocen el lenguaje común de los humanos.

Su cultura está marcada por la veneración a un antiguo mito: la expectativa de que un dragón de ámbar descenderá de la montaña con su jinete y llegará a Drakmor para traerles la paz y la abundancia perdida en tiempos pasados .

Viven principalmente de la recolección, la caza en el desierto y el comercio con otras tribus o grupos. La arquitectura en Drakmor refleja su adaptación al entorno árido, con construcciones hechas de materiales del desierto y diseños que protegen del calor extremo.

Relaciones con otras razas Están en eterna disputa con los hombres hiena por causas de territorio.

Sin embargo, se llevan bastante bien con los humanos e incluso suelen tener relaciones comerciales con las ciudades humanas cercanas.

En cuanto al resto de razas no guardan una relación directa, pero se sienten interesados en comerciar con cualquiera que tenga algo que ofrecerles de interés.

Debilidades Si bien sus cuerpos son robustos y fuertes debido a sus escamas, tienen un punto débil en su anatomía. Como es el caso de sus hermanos los dragones, tienen un área vulnerable. Concretamente, un punto débil en su cuerpo, que a menudo se encuentra en el vientre, la garganta y también en la base de su cuello, donde su escamoso blindaje es más escaso.

DRAGONES Y JINETES DRAGÓN

Descripción física.

Los dragones se extinguieron hace mucho, pero se caracterizaban por ser enormes y majestuosos, con un cuerpo similar al de un reptil, pero más imponente. Sus escamas que brillaban y eran de tonos dorados, azules, rojos, verdes,etc. Se suponía que según el tipo de dragón podía ser de un tono u otro. No todos los dragones expulsaban fuego de sus fauces, pues existían dragones con alientos eléctricos, o que expulsaban ráfagas de viento, o cualquier tipo de energía natural.

Poseían una cabeza con cuernos o crestas que le daban un aspecto imponente. Sus ojos eran grandes y penetrantes, reflejaban inteligencia y poder. Sus alas eran enormes y membranosas, similares a las de un murciélago. Estas les permitían volar con gracia y velocidad a grandes distancias.

Capacidades y habilidades Son razas longevas y con el cuerpo blindado en escamas por lo que son resistentes a los ataques y a las temperaturas adversas. Tienen la capacidad de volar gracias a sus enormes alas. Pueden atacar con sus garras, colmillos, cornamenta y con su aliento. Este puede ser de fuego, hielo, eléctrico o de otro tipo de energía, dependiendo del tipo de dragón.

Los jinetes de dragón podían poseer algunas o varias de estas características, una vez que se vinculaban con su dragón.

Hábitat natural Los dragones son criaturas que se extinguieron hace mucho, pero las leyendas dicen que surcaron el cielo y anidaron en las montañas del continente.

Algunos saqueadores buscan los codiciados tesoros de dragón, por lo que aquellas tierras se han vuelto peligrosas hasta para sus propios habitantes.

Antes de la gran masacre de Elisea, convivían en dicha ciudad con los jinetes de dragón y con los draconianos de manera pacífica. No obstante, la paz no duró mucho tiempo y algunos dragones consideraron un insulto la descendencia entre humanos y dragones.

De Elisea no quedaron más que cimientos y cenizas. Se dice que la antigua Elisea, estaba en el noroeste del continente. Desde dicha masacre no se han visto dragones sobrevolar el cielo de aquellas tierras, salvo a Terra, que es la dragona que anida en la cima de los

Páramos solitarios.

Sociedad y cultura

Se sabe que los dragones veneraban a Vesta, diosa del humo, el fuego sagrado y el hogar. También veneraban la naturaleza, siendo su elemento favorito el que controlaban.

La lealtad y la fidelidad eran los valores fundamentales. La traición a un vínculo sagrado se considera un grave pecado, y las consecuencias podían ser severas tanto para dragones como para humanos.

Los dragones vivían en clanes organizados en torno a linajes antiguos, cada uno tenía su propia historia y tradiciones. La elección de un jinete o la formación de un vínculo importante se realizaba en ceremonias rituales que honraban a sus ancestros.

Los dragones actuaban como guardianes de sus comunidades humanas, además de ser consejeros y mentores, transmitiendo su sabiduría ancestral y sus enseñanzas.

Se celebran festivales en honor a los vínculos formados, donde se realizan ceremonias, bailes y ofrendas para fortalecer los lazos y honrar a los ancestros.

Relaciones con otras razas Normalmente creaban un vínculo muy fuerte con algún humano y les denominaban jinetes de dragón. A veces también se vinculaban con otras razas humanoides: como elfos, amazonas, enanos e incluso vampiros. Los dragones no se llevaban mal con ninguna otra raza, pero hubo discrepancias por parte de algunos dragones que no estaban de acuerdo con que existiesen los jinetes de dragón ni los draconianos porque lo consideraban un insulto a su raza.

La relación entre dragones y humanos no es simplemente coexistencia, sino una alianza sagrada y ancestral basada en el respeto mutuo, la confianza y los lazos emocionales profundos. Ambos grupos ven en sus vínculos una forma de unión que trasciende lo físico, alcanzando lo espiritual.

Cuando un humano y un dragón deciden unirse, pasan por un rito ancestral llamado el “Vínculo del Alma”. Este ritual implica un intercambio de energías, palabras y promesas que sellan su unión.Los vínculos pueden ser temporales o permanentes, pero los más fuertes crean un lazo que trasciende generaciones, permitiendo que el vínculo se vuelva una verdadera familia.

Debilidades Los dragones tienen un punto débil en su anatomía al igual que les ocurre a los draconianos. Los dragones tienen un área vulnerable, como un punto débil en su cuerpo, a menudo en el vientre, la garganta o en la base de su cuello, donde su escamoso blindaje es más delgado.

FELÍNIDOS

Descripción física Esta raza tiene una estatura similar a la de los humanos, con una complexión generalmente atlética y flexible. Su piel o pelaje presenta patrones y colores característicos de los felinos que representan (por ejemplo, rayas para los tigres, manchas para los leopardos, un pelaje más uniforme para los gatos domésticos). Tienen orejas puntiagudas en la parte superior de la cabeza, similares a las de los gatos, que pueden moverse independientemente para captar sonidos. Sus ojos son grandes, con pupilas verticales que les permiten una visión nocturna excelente. Poseen colas largas y flexibles que usan para equilibrarse y expresar emociones. Sus manos y pies están equipados con garras retráctiles y almohadillas que facilitan la escalada y el sigilo.

Capacidades y habilidades Son extremadamente ágiles y rápidos. Se les da bastante bien la escalada y el sigilo, al igual que a cualquier otro felinos.

Tienen sentidos agudizados: vista nocturna, oído muy sensible y olfato desarrollado.

Son cazadores natos, con una excepcional capacidad de acecho y emboscada. Poseen una fuerza notable en sus extremidades. Además, muchos tienen habilidades sensoriales extras, como detectar cambios en la temperatura o en las vibraciones del suelo. Algunos pueden tener habilidades especiales, como el camuflaje o un sentido de orientación innato.

Hábitat natural Generalmente prefieren ambientes selváticos, boscosos o zonas montañosas donde puedan ocultarse y cazar. Pueden vivir en densas junglas, sabanas o áreas boscosas.

Se adaptan con facilidad al entorno y son capaces de habitar tanto las áreas rurales como las zonas urbanas densas si encuentran recursos suficientes y protección. La mayor parte viven en la ciudad Aegis, pero también los puedes encontrar por libre o en grupos más pequeños.

Sociedad y cultura Su sociedad suele estar basada en clanes o tribus, con una estructura jerárquica que respeta a los ancianos o a los cazadores más hábiles.

La cultura valora la fuerza, la agilidad, la astucia y las habilidades de caza. Tienen tradiciones relacionadas con el respeto por la naturaleza y los animales, así como rituales de iniciación para jóvenes que desean demostrar su destreza.

La comunicación puede incluir sonidos, gruñidos, maullidos y lenguaje corporal sofisticado. Algunas especies más desarrolladas han llegado a dominar la lengua común.

Relaciones con otras razas En general, son reservados y desconfiados con razas diferentes, especialmente si representan amenazas o competencia en recursos. Sin embargo, pueden formar alianzas con otras razas humanoides si comparten intereses o necesidades.

Tienden a desconfiar más de las razas que consideran demasiado ruidosas o destructivas, pero valoran la lealtad y el honor en sus relaciones.

Están en guerra con los krokántropos por temas territoriales, ya que ambas ciudadades colindan con los pantanos.

Debilidades Su dependencia de la vista y los sentidos agudos puede ser una desventaja en ambientes muy ruidosos o con poca luz. La exposición prolongada a ambientes hostiles puede desgastar su resistencia física y mental. Aunque son excelentes cazadores y escaladores, su resistencia en combates prolongados puede disminuir si no mantienen su agilidad y velocidad.

Su tendencia a desconfiar puede impedir alianzas estratégicas con otras razas en ciertas situaciones.

HOMBRES HIENA

Descripción física Los hombres hiena tienen una estatura media entre 1.70 y 2.00

metros, con cuerpos musculosos y ágiles.

En cuanto a su pelaje suele ser de tonos marrón claro con manchas oscuras dispersas. Aunque algunas especies presentan tonos grisáceo. Tienen un pelaje corto en la cabeza y en la parte superior de la espalda, con una melena espesa y rizada en la coronilla y el cuello.

Poseen un rostro alargado con un hocico prominente, grandes dientes afilados visibles incluso cuando no están sonriendo, ojos de color amarillo brillante o dorado con pupilas rectas o diferentes tonos de marrones, sus orejas son grandes y puntiagudas.

Las extremidades de estos seres son fuertes con dedos largos y garras afiladas, adaptadas tanto para trepar como para luchar.

Se caracterizan por tener una cola corta y robusta, que usan para mantener el equilibrio, y marcas faciales o corporales que indican su clan o estatus social

□

□

Capacidades y habilidades

□

Son extremadamente habilidosos en moverse silenciosamente y mimetizarse con el entorno árido o selvático donde habitan.

□

Tienen una resistencia notable a la fatiga y a condiciones extremas, como calor intenso o escasez de agua.

□

Cuentan con una excelente visión nocturna, olfato y oído extremadamente desarrollados, lo que los hace excelentes cazadores y guardianes.

□

Son expertos en leer a otros, usando su inteligencia y astucia en conflictos o alianzas.

Hábitat natural Gracias a su resistencia al calor extremo, viven en

zonas áridas como desiertos. Se sabe que han fundado una ciudad en el desierto del continente que se llama Kharashthar y son bastante territoriales. No les gusta que nadie esté por sus tierras sin permiso previo.

Sociedad y cultura Se trata de una sociedad jerárquica basada en clanes familiares.

La autoridad recae en los líderes de clan, quienes ganan respeto por su ingenio y habilidades de supervivencia.

Esta raza valora por encima de todo la astucia y las habilidades en la caza.

Tienen rituales de iniciación que involucran pruebas de ingenio y resistencia física.

Celebran festivales en los que se conmemora la historia de su clan.

Veneran a deidades relacionadas con la caza, la supervivencia y las fuerzas de la naturaleza. Algunos clanes creen en espíritus ancestrales que protegen y guían a su pueblo.

Su idioma es una serie de gruñidos, risas, y sonidos rasposos, complementados por gestos y marcas faciales. Tienen un sistema de símbolos que usan en marcas en la tierra o en objetos. Algunos han aprendido otros idiomas, pero no se caracterizan por el manejo fluido de otras lenguas.

Relaciones con otras razas Los hombres hiena son muy desconfiados y reacios a mantener alianzas con otras razas. Si bien, algunos clanes comercian con humanos para poder conseguir materiales que no poseen. Están siempre en disputa con los draconianos por temas territoriales, ya que los hombres hiena consideran que el desierto es suyo.

Debilidades

Debido a su naturaleza astuta y a veces manipuladora, pueden ser extremadamente desconfiados, lo que dificulta alianzas duraderas.

Aunque son muy resistentes, su piel no es tan dura como la de algunas razas blindadas, por lo que pueden ser vulnerables a armas o ataques precisos.

Su adaptación al clima árido y selvático los hace menos efectivos en entornos templados o fríos.

KOÎROS

Descripción física Son criaturas humanoides con rasgos de erizo de entre 1,50 y 1,60

metros de altura. Sus rostros combinan rasgos humanos con detalles que recuerdan a un erizo. Tienen ojos grandes, almendrados, de color oscuro con un brillo intenso que le permite ver en la oscuridad. Sus cejas son gruesas y pobladas, y en lugar de cabello, en la parte superior de su cabeza y a lo largo de la espalda, posee una serie de púas cortas y rígidas que se asemejan a las de un erizo, pero que pueden variar en tamaño y orientación. La nariz es pequeña y achatada, y su boca presenta labios delgados, con dientes puntiagudos que asoman cuando frunce el ceño o muestra agresividad.

Capacidades y habilidades Sus cuerpos son ágiles y están rodeados de púas, con lo que les confiere protección no solo como mecanismo de defensa, sino que le permiten camuflarse. Tienen la habilidad de ver en la oscuridad.

Estas criaturas parecen adaptadas a ambientes forestales o selváticos, donde puede ocultarse entre la vegetación espesa y usar sus púas para confundir a los intrusos. Es una criatura territorial, que prefiere mantenerse en silencio y acechar desde las sombras, mostrando una inteligencia aguda y una gran resistencia física.

Son resistentes y se adaptan con facilidad a otros entornos.

Hábitat natural Suelen preferir zonas forestales o selváticas porque pueden ocultarse con mayor facilidad entre la vegetación espesa. Por ello, habitan en las zonas forestales del continente. No tienen un único hogar ya que son nómadas.

Sociedad y cultura

Muchos se han visto obligados a emigrar a Brisa porque en el continente hay algunas disputas entre felínidos y krokántopos que han terminado por afectar en su hábitat natural. Sin embargo, muchas otras familias de erizo han preferido permanecer en el continente.

Viven en grupos de familia y no tienen un hogar preestablecido, sino

que van viajando a lo largo del bosque y cambiando constantemente de casas. Creen que así están más seguros de posibles depredadores.

Veneran y respetan a la naturaleza en todas sus formas. Son muy territoriales y no les gusta que haya intrusos cerca. No obstante, suelen preferir huir y esconderse antes que atacar. Eso no significa que no sean fieros en el combate cuando es necesario, solo que prefieren evadir los problemas sin necesidad de combatir.

Hablan su propio idioma, pero algunos han aprendido a comunicarse con humanos.

Relaciones con otras razas Es una raza que no se caracteriza por relacionarse con otras criaturas diferentes. Por el contrario, algunos se han visto obligados a salir de su zona de confort para comerciar con otros seres. Son reacias a las alianzas y a los conflictos, así que prefieren mantenerse en una postura neutral, aunque siempre hay alguna que otras excepción.

Debilidades Las variaciones extremas de temperatura o humedad pueden afectar su salud. Además, tienen una fuerte dependencia a sus hábitats específicos para poder sobrevivir.

Son vulnerables a depredadores. Aunque sus espinas son una defensa efectiva, en algunos casos pueden ser superados por depredadores especializados.

Su capacidad de movimiento puede ser limitada en terrenos muy resbaladizos o complicados, lo que puede dificultar su huida ante amenazas.

KROKÁNTROPOS

Descripción física Los Krokántropos, también conocidos como hombres cocodrilos, son una especie humanoide con rasgos de cocodrilo. Miden entre 2 y 2.40 metros de altura, con cuerpos musculosos y escamosos que varían entre tonos de verdes profundos, grises y marrones. Tienen una cabeza alargada, con una mandíbula poderosa repleta de dientes afilados, sus ojos son amarillos con pupilas verticales y fosas nasales en la parte superior del hocico. Sus manos y pies tienen dedos con garras cortas pero fuertes, ideales para trepar y cazar.

Hábitat natural Viven al sur del continente, en comunidades cercanas a pantanos y ríos. Su ciudad principal se llama Crocidia.

Capacidades y habilidades Sus cuerpos poseen gran fuerza física. Además, su piel es resistente y les ofrece protección contra ataques y condiciones adversas. Su poderosa mordida puede destrozar objetos y defensa propia. Tienen una gran habilidad para nadar con impresionante rapidez en ríos y lagos, siendo excelentes nadadores. Su visión nocturna y sentidos agudos les ayuda a la hora de cazar. Usan su lengua larga y pegajosa para atrapar presas pequeñas.

Sociedad y cultura

Son una raza guerrera con tradiciones que valoran la fuerza y la resistencia. La caza y la defensa del territorio son actividades sagradas. Tienen un sistema social jerárquico basado en la fuerza y la destreza en combate. Los líderes suelen ser los más fuertes y astutos. Creen en varias deidades de la naturaleza, pero sobre todo veneran al dios de los ríos y pantanos, se refieren a él como Váltos.

Relaciones con otras razas Son en su mayoría hostiles o desconfiados hacia razas externas, respetando solo a aquellos que demuestran fuerza y honor. Pueden ser aliados útiles en combates o en escenarios acuáticos, pero son seres generalmente solitarios y no suelen aliarse con otras razas. Están en continuas disputas de territorio con los felínidos que viven en la ciudad de Aegis, esto se debe principalmente a lo cercana que está dicha ciudad del pantano.

Debilidades La piel dura puede en ocasiones ser una desventaja en movimientos que requieran rapidez o flexibilidad extrema, con lo que les puede resultar más difícil esquivar movimientos veloces de sus

adversarios. Por todo ello, su complexión robusta puede hacer que sean menos ágiles en combate cuerpo a cuerpo contra adversarios más rápidos y ligeros.

Destacar que la dependencia del agua hace que sean vulnerables en ambientes secos y áridos.

MINOTAUROS

Descripción física Son hombres mitad toro y mitad humanos. El cuerpo es humanizado, pero en su cara presentas rasgos de toro. Sus cabezas están coronadas por cuernos de toro. La piel está recubierta por un pelaje espeso y duro. Tienen una complexión más corpulenta que la de cualquier hombre y miden entre los 2,40 y 2,60

metros aproximadamente. Sin embargo, alguna vez se avistado algunos minotauros que llegan a los 3 metros de altura.

Hábitat natural Realmente no se sabe su procedencia pero últimamente se han avistado muchos en el continente y en Irëdia. Prefieren las zonas frondosas o cercanas a los ríos u otras fuentes de agua. No obstante, debido a las circunstancias actuales de continuas guerras, se adaptan prácticamente con facilidad a cualquier tipo de medio.

Suelen aprovechar las fortalezas naturales o cavernas para vivir, ya que no se caracterizan por ser expertos constructores.

Capacidades y habilidades Los minotauros poseen una fuerza física extraordinaria, capaces de enfrentarse a criaturas mucho más grandes que ellos.

Su resistencia les permiten soportar condiciones adversas y combates prolongados.

Si bien son expertos en combate cuerpo a cuerpo, ya sea con armas contundentes o desarmados. Además, dominan técnicas de embestida y agarre que les son muy útiles en el combate.

Tienen unos sentidos agudizados, lo que les facilita detectar peligros y rastrear a enemigos.

Sociedad y cultura Se organizan en clanes, los más fuertes ocupan un lugar en la cúspide de la jerarquía. Además son una raza que sobreponen y valoran la fuerza, la valentía, el vigor y el combate.

Suelen celebrar pruebas de valor y combate para demostrar su liderazgo y sus habilidades Su cultura está profundamente ligada a la tradición guerrera. La música y la danza suelen acompañar ceremonias de iniciación, batallas y festivales.

Sus mitos y leyendas exaltan la fuerza, el valor y la resistencia, y que explican su origen y su conexión con la tierra y los dioses.

La artesanía incluye la creación de armas y armaduras robustas, decoradas con símbolos que representan su fuerza.

Son capaces de hablar la lengua común..

Relaciones con otras razas En general se suelen mantener hostiles con razas que consideran débiles o que puedan amenazar su territorio. Sin embargo, pueden trazar alianzas con otras razas, siempre y cuando respeten su fuerza y sentido del valor y el honor.

Tienen una relación amistosa con los humanos rebeldes, ya que Baltor y sus tropas invaden su territorio. Pues éstos talan indiscriminadamente los árboles de los bosques y ocupan territorios estratégicos como cavernas para reabastecerse.

Debilidades Su velocidad es limitada, ya que su tamaño y musculatura les dificulta moverse rápidamente o ser ágiles en combate.

Son muy resistentes, pero tienen puntos débiles como por ejemplo su cabeza y cuello.

Tienen poca resistencia contra la magia o hechizos que afectan la mente.

Su tendencia a resolver los conflictos mediante la fuerza puede ser explotada por oponentes astutos o con habilidades estratégicas. Es cierto que prácticamente todos actúan así, hay algunas minorías que prefieren la diplomacia, pero esto es inusual.

SÁVRAS

Descripción física Son seres humanoides con rasgos de lagarto. La estatura promedio de dichas criaturas está entre 1.70 y 2 metros de altura. Se caracterizan por tener una piel escamosa en tonos verdes, marrones, grisáceos o negros, con patrones que varían según la región. Sus ojos son grandes y amarillos o rojos, con pupilas verticales que permiten una visión nocturna excepcional. Poseen unas extremidades robustas con garras retráctiles tanto en manos como en pies.Tienen una cola larga y musculosa que usan para mantener el equilibrio y en combate.

Hábitat natural Pueden vivir en una variedad de hábitat terrestres, desde desiertos a bosque lluviosos. Por lo que algunos viven de manera aislada en bosques o en ciudades del continente, conviviendo con otras razas, pero en su mayoría prefieren vivir en el desierto. Han establecido un campamento cerca a las ruinas de Elisea.

Capacidades y habilidades Destacan por su gran agilidad y velocidad para correr y escalar. Además, pueden resistir con facilidad al calor y a ambientes áridos.

En cuanto a su capacidad de camuflaje es asombrosa, ya que pueden cambiar el patrón de sus escamas a voluntad.

Su lengua larga y pegajosa le permite atrapar presas y detectar olores a gran distancia.

La capacidad regenerativa de estas criaturas es asombrosa, ya que pueden sanar heridas menores, o incluso sustituir miembros amputados tras un tiempo.

Sus ojos están adaptados para poder ver en la oscuridad, gracias a sus pupilas verticales.

Sociedad y cultura Se organizan en clanes que controlan territorios específicos, bajo el mando de un líder. Suelen celebrar ritos de iniciación para los jóvenes que incluyen pruebas de supervivencia y combate.

Su cultura está muy marcada por las tradiciones orales, leyendas y mitos que exaltan su conexión con los dioses de la naturaleza. Son muy respetuosos con la naturaleza y practican la caza y la recolección con un profundo respeto a la flora y fauna de la zona.

Su arquitectura se adapta a su entorno, aprovechando elementos naturales como cavernas, acantilados o árboles. Suelen usar pigmentos y escamas para adornar sus hogares o hacer amuletos de protección

contra posibles peligros y depredadores.

Suelen utilizar herramientas y armas hechas de piedra, hueso y madera, a veces complementada con algunos metales. Su arte es rupestre y utilizan pigmentos para tatuarse símbolos de protección en la piel porque son muy supersticiosos.

Relaciones con otras razas No suelen llevarse mal con otras razas. De hecho, han aprendido el idioma de otras razas para comerciar con ellas y poder conseguir objetos o materiales que escasean en sus tierras.

Debilidades Sus escamas son resistentes, pero pueden ser vulnerables a armas cortantes o penetrantes en puntos específicos, donde el blindaje de sus escamas es más escaso.

Dependen de ambientes cálidos y secos para vivir, por lo que los climas fríos o demasiado húmedos pueden ser un desafío para ellos.

Aunque la cola les resulta muy útil en combate, pueden perder el equilibrio si se la atrapan o cortan.

SERES DE LA NOCHE

También denominados como hijos de

las noche. Se considera en este apartado todas las criaturas que temen a la luz o que sus poderes se debilitan durante el día, o bien, que son más fuertes durante la noche.

ELFOS OSCUROS

Son llamados de este modo porque están vinculados al mundo de las sombras y de las tinieblas. A pesar de ser una de las razas dominantes de la antigüedad, son menores en número que los elfos del bosque de Drajar.

Descripción física Son muy hermosos físicamente, tienen básicamente los mismos rasgos físicos que el resto de elfos, por lo que sus rasgos son finos y solo se diferencian de estos por su piel que es bastante más oscura, a veces con tonos azulados oscuro o grisáceos. Además, entre el color de pelo suele predominar el blanco o negro azabache y mucho menos común gris ceniza. Tienen una complexión perfecta y tampoco engordan nunca como los demás elfos. Estos seres también son longevos, pero no suelen vivir tantos años como los otros elfos, su razón se desconoce.

Hábitat natural Estas criaturas tienen su ciudad principal en las profundidades del aterrador bosque Susurrante, la cual no es tan secreta como las otras poblaciones elfas, pero permanece bien protegida.

El Bosque Surrante es bastante tétrico y sus árboles tan altos que apenas da la luz.

Capacidades y habilidades Al igual que los elfos del bosque de Drajar están unidos con la magia por unos fuertes vínculos, pero no están tan unidos a la naturaleza como estos.

Los elfos oscuros tienen una visión excepcional en la oscuridad absoluta, pudiendo ver claramente sin necesidad de luz.

Suelen ser poderosos conocedores de la magia y lo arcano. Se inclinan más por la magia oscura y de ilusión.

Se caracterizan por su inteligencia y astucia. También son muy ágiles y habilidosos en el combate. Especializados en el uso de la daga, la espada y el arco corto. Gracias a su agilidad, son difíciles de golpear.

Sociedad y cultura La sociedad de los elfos oscuros están divididas en casas, cada una con su propia historia, poder y rivalidades. La fidelidad a la casa es fundamental y las rivalidades entre ellas pueden

ser intensas.

Los elfos oscuros valoran la fuerza, la astucia y el poder. La guerra y el conflicto son comunes y la lucha entre casas constante.

Rinden culto a Selene, diosa de la luna y la noche, creen que ella fue la que creó el cuerno del bosque que les hace controlar a los Nemed. Dichos seres son su protección contra posibles invasores.

Los rituales religiosos, incluyen sacrificios, ceremonias oscuras y festivales que refuerzan la devoción y la autoridad de los líderes religiosos.

La vida social está marcada por la competencia y la manipulación. La traición y la intriga son comunes, y la confianza es rara entre los miembros de diferentes casas o incluso dentro de la misma.

Relaciones con otras razas Suelen comportarse de forma reservada con otras razas e incluso con miembros de diferentes casas. Les cuesta confiar en los demás. Por todo ello, en la antigüedad nunca han tenido vínculos con otros seres mágicos, debido a que se creen una raza superior y siempre han estado en desacuerdo con los elfos del bosque Drajar. Además, respetan a los demonios por su poder y fuerza, de tal modo que algunos están a favor del régimen de Baltor.

Debilidades Tienen sensibilidad a la luz del sol, por eso habitan en el bosque Susurrante. Están adaptados a vivir allí y les cuesta salir de su zona de confort. Además, la exposición prolongada a la luz puede afectarles en su visión y sus sentidos.

Les cuesta integrarse en otras sociedades pues a parte de ser muy reservados, el resto de razas no suelen confiar en ellos por su naturaleza traicionera y su cultura.

La naturaleza traicionera de su sociedad puede hacer que sean propensos a conflictos internos o desconfianza, lo que puede ser utilizado en su contra por enemigos o aliados.

HOMBRES LOBO O LICÁNTROPOS

Descripción física Durante el día apariencia humana y durante la noche forma de bestia. Por las noches se transforman en seres

musculosos y corpulentos. Las transformaciones difieren según el ciclo de la luna, siendo durante la luna llena cuando se manifiesta su forma más peligrosa, mucho más corpulentas que las anteriores.

Por lo general en su forma de lobo el pelaje es espeso, cuyo color dependerá del cabello del varón cuando está en forma humana. Los ojos suelen tornarse amarillentos o rojos brillantes. Se caracterizan por unos colmillos grandes y afilados con una mandíbula fuerte y unas enormes garras.

La transformación varía según los diferentes ciclos de la luna:

□

Luna nueva: mantiene su forma humana, pero su carácter se ve alterado por la influencia de la luna, el individuo se vuelve más fuerte y furioso. Desarrolla algunos rasgos lobunos: los colmillos le crecen, las uñas se alargan, las orejas se vuelven puntiagudas y les crece pelo en el cuerpo.

□

Cuarto creciente: las características de lobo se acentúan más que en la anterior fase, pero sin alterar la figura completa del individuo. La transformación es incómoda, y el control es aún posible, pero requiere mucho esfuerzo.

□

Luna llena: el cuerpo del individuo se vuelve enorme y musculoso, con un pelaje denso y espeso. La mandíbula se alarga, con colmillos afilados, y los ojos brillan con intensidad. La fuerza y la agresividad aumentan, y el control sobre sus instintos es muy difícil. Se necesita de una gran fuerza de voluntad y calma para controlar sus impulsos.

La transformación lo convierte en una criatura casi indestructible, pero también más impredecible y violenta. La luna llena despierta su lado más salvaje y peligroso, haciendo que sea muy difícil detenerlo o controlarlo.

□

Cuarto menguante: el hombre lobo comienza a volver a su forma humana, pero aún conserva algunas características bestiales, como manos con garras, colmillos afilados y ojos brillantes. La fuerza disminuye, y el control vuelve a ser posible, aunque todavía hay

vestigios de su lado salvaje.

Hábitat natural Son los ciudadanos varones de la ciudad de Lewis. Tras un maleficio de Baltor, fueron todos condenados a transformarse en bestias cada noche, sin poder tener ningún control de dicha transformación.

Capacidades y habilidades Su vista, olfato y oído están mucho más desarrollados que los humanos, facilitándoles rastrear presas o detectar peligros.

Poseen una capacidad de curación rápida que les ayuda a recuperarse de heridas menores y, en algunos casos, heridas graves.

Tienen una velocidad impresionante y agilidad que les permite cazar y escapar con facilidad.

Son fuertes y resistentes, capaces de levantar objetos pesados y resistentes a los golpes.

Mientras están transformados estas características aumentan según el ciclo de la luna. Siendo el ciclo de luna llena el más poderoso y peligroso de todos. Durante el día, cuando son humanos, estas características son mucho menos fuertes. Si bien algunos en su forma humana ya demuestran una rápida capacidad de curación, sentidos agudos, una gran velocidad o fuerza.

Relaciones con otras razas Los humanos, generalmente sienten un profundo rechazo por ellos porque les temen, ya que piensan que son monstruos y no entienden que en realidad son personas que sufren de una dolorosa transformación. Es cierto que algunos de los hombres lobo, como es el caso de Therion, han llegado a convivir con humanos, pero suelen ocultar su naturaleza nocturna, intentando que nadie los vean transformados de noche. La mayor parte de los humanos, sin embargo, siguen opinando que esta raza no es más que una leyenda o un mito. Otros, opinan justo lo contrario, y han tratado de darles caza.

Los vampiros los consideran rivales e incluso enemigos naturales, debido a su ferocidad y a su naturaleza depredadora.

En cuanto al resto de criaturas mágicas, su relación dependerá si éstas

consideran al hombre lobo como una amenaza o no. Generalmente, prefieren no tratar mucho con ellos, dado a que muy pocos hombres lobo consiguen tener control en su transformación, con lo que se les considera muy peligrosos.

Debilidades En cuanto a las debilidades de los hombres lobo, cabe destacar la más evidente que es el influjo que la luna tiene sobre ellos. Dependiendo del ciclo lunar, al hombre lobo le resultará más fácil o más difícil mantener el control sobre sus actos mientras está transformado. Siendo la luna llena, el ciclo más complicado de controlar y necesitando para ello, una gran fuerza de voluntad para resistir sus impulsos depredadores. En cualquiera de los casos, la transformación física resulta inevitable.

La exposición con la luz solar les hará regresar de nuevo a su forma humana, con lo que no pueden decidir libremente que forma de las dos quieren tomar.

Son sensibles a los ruidos fuertes en su forma de lobo, llegando incluso a confundirlos o asustarlos. No obstante, algunos de ellos también tienen los sentidos agudizados en su forma humana y pueden sufrir fuertes jaquecas. Los humanos que se dedican a cazar a hombres lobo suelen utilizar sonidos fuertes para mermar sus capacidades auditivas, haciendo que pierdan el equilibrio o incapacitándolos por un corto periodo de tiempo.

NO MUERTOS

Descripción física Son espíritus malignos que han perdido su humanidad y regresan en forma de cadáveres andantes. Su apariencia suele ser grotesca, con cuerpos descompuestos, piel reseca o expuesta, e incluso a veces tan solo son un saco de huesos.

Su rasgos físicos dependerán del estado de descomposición del cuerpo en el que hubiesen resucitado. Sus ojos suelen ser vacíos o brillantes con un tono azulado o rojizo.

Hábitat natural No tienen un hogar preestablecido pues siguen las ordenes de los seres que lo invoquen, normalmente magos versados en la materia de la nigromancia.

Puestos a elegir prefieren zonas sombrías como pantanos, bosques

repletos de árboles o incluso ruinas.

Estos espíritus malignos antes de ser invocados por su amo, habitan en una especie de dimensión alterna, llamada el mundo de las sombras.

Capacidades y habilidades Estos seres son inmunes a cualquier tipo de dolor y no pueden sangrar, con lo que eliminarlos es una tarea muy complicada porque los ataques de filo no les afectan tanto y son adversarios muy resistentes.

Pueden soportar grandes heridas y no enferman.

Además, no sienten cansancio, ni sueño, ni tampoco la necesidad de alimentarse.

Esto les hace unos enemigos temibles en batallas de larga duración.

Sociedad y cultura Por lo general, los no muertos carecen de una cultura o sociedad organizada en el sentido humano, aunque algunos ejemplares forman hordas o, incluso, jerarquías lideradas por un comandante. En ciertos contextos, pueden tener rituales o creencias relacionadas con su existencia, como venerar a sus creadores o a deidades oscuras. Sin embargo, en la mayoría de los casos, su sociedad es simplemente un conjunto de unidades que actúan en función de sus instintos o instrucciones de sus maestros.

Relaciones con otras razas Los no muertos suelen ser temidos y rechazados por el resto de razas vivientes, pues los consideran monstruos y abominaciones. Sin embargo, suelen ser aliados de sus amos, normalmente magos oscuros, nigromantes o también llamados señores de la oscuridad. Suelen convivir en perfecta armonía con los demonios, ya que estos son expertos conocedores de la magia oscura.

Debilidades La luz intensa o la magia de luz puede dañarlos o incluso destruirlos por completo.

El fuego es particularmente efectivo contra ellos, sobre todo si es de origen mágico.

La destrucción de su fuente de vida, es decir, de su invocador, acaba con su existencia directamente. No obstantes, los nigromantes son muy astutos y no se dejan ver fácilmente.

NEMED

Descripción física Los nemed son árboles con la capacidad de moverse e incluso algunos pueden hablar. Parecen ser árboles antiguos y majestuosos, con troncos gruesos y rugosos cubiertos de cortezas oscuras y retorcidas. En sus ramas no se aprecian hojas normales, sino con formas retorcidas que a veces parecen tentáculos. Esto les dota de un aspecto tétrico y siniestro.

Hábitat natural Los nemed viven en el bosque Susurrante, ya que prefieren los lugares aislados y remotos. Ese bosque es ideal para ellos porque es sombrío, con zonas arboladas densas donde apenas penetra la luz. Suelen frecuentar áreas húmedas y fértiles de dicho bosque, que, además favorece su crecimiento y supervivencia.

Protegerán el bosque, su hogar, sea como sea. De hecho, se les conoce también con el nombre de: ´Protectores del bosque Susurrante´.

Capacidades y habilidades Aunque son árboles, los nemed son capaces de moverse lentamente, arrastrando sus raíces o extendiendo sus ramas.

Se trata de seres hechizados que pueden manipular su entorno ligeramente, moviendo raíces, ramas o creando ilusiones visuales para asustar o engañar a los intrusos que se atrevan a adentrarse en el bosque Susurrante.

Estas criaturas son bastante resistentes a daños físicos gracias a su estructura arbórea, e incluso se regeneran si sufren daños menores.

Son capaces de comunicarse entre sí mediante vibraciones en el suelo o en sus ramas, formando redes de comunicación subterráneas o aéreas. Algunos ha aprendido a comunicarse con otras razas, pero no son muy hábiles hablando otros idiomas y como mucho son capaces de articular algunas palabras sencillas.

Sociedad y cultura Su cultura se basa en preservar su hogar y en proteger su especie. Son criaturas solitarias, que viven en pequeños grupos. Tienen una especie de conciencia colectiva, compartiendo información y alertándose mutuamente ante amenazas. No muestran interés en actividades humanas o animales, sino en mantenerse ocultos y en equilibrio con su entorno. Su origen está ligado a una

magia ancestral que los hechizó y deben atender siempre a la llamada del cuerno del bosque sea cual sea su

portador. En el primer libro de la saga, el cuerno primeramente está en posesión de los elfos oscuros que, a través de su influencia, utilizan a los nemed para sus propias rencillas.

Relaciones con otras razas Los nemed están en sincronía con la naturaleza y el bosque, con lo que no suelen relacionarse con otras razas, salvo con los elfos oscuros porque comparten el objetivo de proteger el bosque.

No obstante, a lo largo de los años su relación se ha enturbiado porque los elfos oscuros utilizan a los nemed con el poder del cuerno mágico y éstos no tienen más remedio que responder a la llamada y obedecerlos.

Además, los nemed suelen ser huraños y reservados con otras criaturas, pues rara vez permiten que algún intruso penetre en el bosque. Por ello, nadie suele atravesarlo, sino que es preferible dar un rodeo, ya que los nemed no suelen ponerse de acuerdo con otros fácilmente y son difíciles de convencer.

Debilidades Los nemed son especialmente vulnerables a los ataques mágicos basados en el elemento fuego, ya que pueden quemar sus cortezas y destruir su estructura mágica.

A pesar de que son capaces de moverse, su movilidad es bastante lenta y limitada, lo que los hace vulnerables a ataques rápidos o emboscadas.

No se sabe con exactitud, pero se dice que si el cuerno del bosque se debilita o se rompe, los nemed podrían perder su capacidad de movimiento y conciencia, volviéndose meros árboles normales y corrientes. Si bien esto nunca se ha probado y no es más que una mera conjetura.

La magia del cuerno también puede ser una debilidad, ya que si alguien logra poseer dicho objeto, será capaz de controlarlos e incluso podrían llegar a neutralizarlos.

Por todo ello, están a merced de ese hechizo que los ata.

VAMPIROS

Descripción física Físicamente parecen humanos, pero de apariencia mucho más pálida, con piel muy blanca o cenicienta, que refleja su aversión a la luz del sol. En cuanto a sus ojos son penetrantes, a menudo de color rojo intenso, amarillentos o tonos oscuros, que refulgen en la oscuridad. Sus orejas son afiladas como la de los elfos. En cuanto a sus colmillos son prominentes y afilados como agujas, diseñados para desgarrar y extraer sangre de sus víctimas.

Su complexión suele variar, ya que puede ser delgada, esbelta o musculosa, pero suele ser atlética. Su cabello puede ser de cualquier color: rubio, castaño, blanco, gris, negro o en algunos casos pelirrojo. En general todas las tonalidades típicas en los seres humanos.

Hábitat natural Estas criaturas prefieren ambientes oscuros, sombríos y solitarios como cuevas, criptas, lugares abandonados o incluso bosques densos.

Evitan la luz solar porque puede dañarlos o debilitarlos, por lo que suelen refugiarse en lugares cerrados durante el día.

La mayor parte de los vampiros habitan en una de las ciudades que están al Noroeste de Irëdia. Sin embargo, puede que algunos de ellos, prefieran vivir aislados del resto de su especie.

Capacidades y habilidades Los vampiros presentan una fuerza y velocidad sobrehumana: su fuerza física es mucho mayor que la de un humano promedio y pueden moverse con rapidez y agilidad excepcionales.

Además, tienen una capacidad innata regenerativa, por lo que sanan sus heridas rápidamente. Esta capacidad les hace difíciles de matar, pues son capaces inclusos de curar heridas graves.

Pueden influir en las mentes humanas más vulnerables, hipnotizándolas o controlándolas a voluntad.

Sus sentidos de vista, oído y olfato son mucho más agudos que los humanos, permitiéndoles detectar presencias e incluso rastrear víctimas.

Otra característica de los vampiros es que son inmortales al paso del tiempo. Sin embargo, pueden morir por otras razones como por ejemplo la exposición a la luz solar, heridas mortales o pérdidas significativas de sangre.

Sociedad y cultura Los vampiros suelen tener una estructura jerárquica, con un señor supremo, y una sociedad que puede ser tanto solitaria como organizadas en clanes o comunidades. Son civilizados, ya que tienen sus propias reglas, códigos de conducta y rituales que deben cumplir. El objetivo principal de su sociedad consiste en proteger a su especie y perpetuar sus linajes de sangre.

La cultura vampírica a menudo incluye ceremonias antiguas, pactos y un fuerte sentido de lealtad entre sus miembros.

La inmortalidad les permite acumular conocimientos, tradiciones, historias y constumbres que transmiten de generación en generación.

Relaciones con otras razas Los vampiros pueden llegar a coexistir con humanos, a menudo como depredadores sigilosos. También pueden mantener relaciones con otras criaturas sobrenaturales como hombres lobo, demonios, elfos oscuros o seres mágicos, ya sea como aliados o enemigos.

La interacción con humanos suele ser tensa, pues su necesidad de sangre y su naturaleza depredadora generan conflictos. Los humanos que descubren realmente lo que son a menudo les temen o incluso los persiguen.

En el gobierno del tirano Baltor se muestran colaboradores y aliados de este. Los rebeldes piensan que se debe a que Baltor les ha ofrecido algún tipo de acuerdo.

Debilidades La exposición a la luz del sol puede dañarlos gravemente o destruirlos por completo.

Son complicados de matar por su alto poder regenerativo, pero heridas mortales o muy graves pueden ocasionar su destrucción. Sobretodo, si se les ataca directamente a partes vitales.

La pérdida significativa de sangre puede matarlos, aunque también pueden recuperarse rápidamente si reciben sangre fresca.

AGRADECIMIENTOS

Me siento afortunada de poder decir que sois tantas las personas que me habéis acompañado en este viaje literario y que tengo tanto que agradecer que no sé por donde empezar. Solo espero no dejarme a nadie atrás.

Primero de todo, dar las gracias a mis padres, Juan y Rosa María, por darme tanto. Por animarme a alcanzar mis sueños, por enseñarme los valores que hoy forman parte de mí y, sobretodo, por apoyarme en cada una de mis decisiones.

También me gustaría agradecer a mi hermano, Juan José por sus consejos, apoyo y estar siempre ahí , tanto en las buenas como en las no tan buenas.

Muchas gracias a mi pareja y futuro marido, Daniel, por animarme desde el principio a continuar con este proyecto, por el apoyo que me brinda siempre en todo y por ser el faro que alumbra mis días grises y los no tan grises.

A mi familia y, estoy generalizando mucho, pero es que sois tantísimos a los que agradecer, que este párrafo sería infinito si os menciono a todos. Sabéis perfectamente a quienes me refiero aquí y sois todos los que habéis creído en mi siempre. Muchas gracias por ello, porque sin vosotros no hubiese llegado tan lejos.

No me olvido tampoco de todo mi grupo de amigos que también es bastante extenso y tampoco de mis compañeros de trabajo, gracias de corazón por creer en la saga Ariadna y por vuestros valiosos comentarios.

A mis queridas niñas, mis lectoras cero, que me han ayudado muchísimo con todas y cada una de las decisiones a tomar sobre esta novela. Sin ellas, Él nombre de la magiaño sería lo mismo. Muchas gracias a todas vosotras: Yolanda Trapiella Pino, Eva García Trapiella, Nuria Martínez Sánchez, Juani Rodríguez Pelayo, @isacat7, eva_murias, Zaraida Méndez, isabelita1984, Clara Isabel Bermúdez Pérez, Bárbara Fernández Blanco, María Contreras Martínez y @aventureralectora22.

A mis fieles seguidores y algunos compañeros de letras entre ellos: Tanya González, Sergio Valencia, J.J. Guerrero, Mercedes, Estefanía

Aragón, Myriam y muchos más que siempre están apoyándome.

Aprovecho este párrafo para dar las gracias a la persona que ha ilustrado la portada de esta novela y que ha dado vida al personaje de Ariadna, haciendo que todos nosotros podamos imaginárnosla mucho mejor. Ella se llama Alba, pero podéis encontrarla en Instagram como: @kalisdice. Ha convertido la portada en una verdadera obra de arte y le estoy muy agradecida por ello. Espero que pueda dar vida también al resto de la serie Ariadna. Además, es un placer trabajar con ella porque es una persona súper amable y atenta.

Por supuesto, y no podía olvidarme, de ti lector, gracias por adentrarte en esta aventura y vivirla de manera tan auténtica: llorando, riendo, sufriendo por cada uno de los personajes, *etc.*

Tened muy presente que sin vosotros este proyecto no hubiera salido a la luz y que habéis contribuido mucho a la creación de este mundo de fantasía. Cada uno de vosotros me habéis inspirado y ayudado con la creación de los personajes. Como sabéis muchos de los mismos, están inspirados en alguno de vosotros. Evidentemente, muchas otras cosas de su personalidad me las he inventado, pero en gran medida se parecen un poco a vosotros.

A todos los que lleváis acompañándome en este proyecto desde que supisteis de él y me habéis animado a llegar hasta aquí, esta historia va por todos vosotros y espero que os transmita tanto a vosotros como me transmitió a mi durante su creación.

SI QUIERES ESTAR AL DÍA DE TODAS MIS

NOVEDADES, PUEDES SEGUIRME EN LAS

REDES SOCIALES:

INSTAGRAM: @vanesa.hitamejias

FACEBOOK: Vanesa Hita Mejías

TIKTOK: @vaneshita_92

BLOG: unmaravillosomundoliterario.blogspot.com/

LA RELIQUIA ENCANTADA
SAGA ARIADNA I

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

En Irëdia, un reino mágico y sombrío, estalla una cruenta batalla entre humanos y demonios. El conflicto da lugar al gobierno del tirano rey Baltor, cuyas ansias de poder y control amenazan con resquebrajar los cimientos de las alianzas y la paz de antaño.

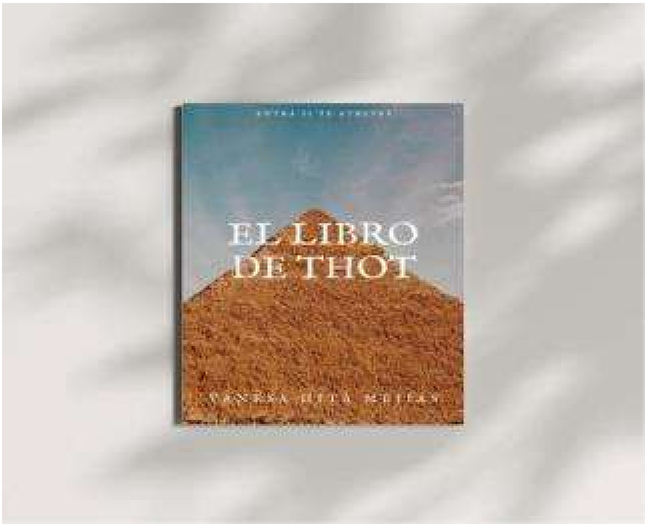
El Ejército de Fos, la única esperanza para poner fin a tal tiranía, ha resultado aniquilado en la contienda. Al movimiento rebelde la situación se le escapa de las manos y es incapaz de dar con una solución. Las criaturas mágicas están siendo confinadas, o han pasado a formar parte de las tropas del malvado rey. Mientras tanto, los elfos se mantienen al margen de la disputa y permanecen refugiados en algún recóndito lugar.

Cuando Ariadna, una joven de 17 años, recibe en legado un misterioso objeto, no imagina que su futuro y el de Irëdia está a punto de cambiar, emprendiendo una

comprometida aventura. A lo largo de su viaje descubrirá que no está sola y que el reino guarda más secretos de los que se imagina.

¿Podrá Ariadna soportar el peso de la responsabilidad del reino en sus hombros?

Esta es la primera entrega de la saga de fantasía: Ariadna.



Según la mitología egipcia, el Libro de Thot concedía unos poderes inimaginables que permitía controlar tanto a personas como animales e incluso resucitar a los difuntos.

La arqueóloga Emma Cánovas dirige una expedición a Egipto con el objetivo de encontrar un fragmento del Libro de Thot. Un descubrimiento tan importante que podría suponer un gran paso para desentrañar los secretos de la antigua civilización egipcia.

Tras hallar la tumba del príncipe Neferkaptah, a ella y a su equipo, la calamidad les persigue a todas partes. Escuchan susurros, ven sombras y tienen pesadillas. Emma se verá obligada a recurrir a Hugo, su fiel amigo, para que le ayude a investigar el origen de estos inexplicables sucesos.

Emma y Hugo descubrirán que no solo está en peligro sus vidas, sino también el equilibrio del mundo moderno. En una intensa batalla, tendrán que unir fuerzas y enfrentarse a sus propios miedos para detener al antiguo mal desatado antes de que sea demasiado tarde.

“El libro de Thot” es una emocionante aventura que te sumergirá en un viaje a la antigua civilización egipcia, donde los secretos del pasado y las sombras del presente se entrelazan en una apasionante historia de intriga, misterio y magia.

SOBRE LA AUTORA

Vanesa Hita Mejías nació en Algeciras (Cádiz) en 1992. Estudió derecho en su ciudad y terminó sus estudios en 2017. Desde pequeña tuvo una gran afición por la escritura y la arqueología. En particular, lo que más le llama la atención es la cultura clásica de las grandes civilizaciones de la antigua Roma, Grecia y Egipto. Aunque no dedicó sus estudios a esta rama, al cumplir la mayoría de edad, participó en varios yacimientos arqueológicos como voluntaria. Esta experiencia le ha llevado a plasmar en sus obras Ĺa reliquia encantada´y Él nombre de la magiaúna ambientación similar a la de la antigua Grecia, incluyendo, además, elementos de fantasía, como seres extraños y objetos mágicos.

En 2024 participó en el concursos anual de Amazon con su novela Él libro de Thot´, un emocionante thriller que te sumergirá en un viaje a la antigua civilización egipcia, donde los secretos del pasado y las sombras del presente se entrelazan en una apasionante historia de intriga, misterio y magia.

Desde su infancia ya desarrollaba historias de fantasía y terror. Aventuras que han dado lugar a varios relatos con los que la autora ha participado en algunas antologías, creadas junto a otros autores, como: “Almas oscuras” en 2020, “Hechizos simiescos” en 2017, “Cuentos de la cosecha” y “Escritores al alba” en 2016.

GLOSARIO

Obolydsen: el nombre de ulula (lechuza) deriva del griego obolydsein, es decir, del llanto y del gemido. Y es que cuando el ave canta, lo recuerda justamente.

Por lo que estas extrañas aves emiten un sonido similar al de las lechuzas.

Nemed: son aquellas horribles criaturas que atacaron a los protagonistas en el bosque Susurrante. Son siniestros árboles capaces de moverse.

Arconte: es una figura que cumplía funciones similares a las de un alcalde en las ciudades-estado griegas.

Asclepieia: se trata de un templo dedicado al dios Asclepio, en el que la gente era atendida por personal médico.

Polis: en la antigua Grecia se referían por ese nombre a la ciudad. En este caso se refieren a la ciudad de Brisa.

Epiblema: un chal usado sobre un quitón (túnica) o peplo (prenda usada por mujeres sobre un quitón o en lugar de uno) por hombres y mujeres.

Mito de Apolo y Dafne: este mito cuenta que Apolo se burló de Eros. Eros, molesto por la arrogancia de Apolo, ideó vengarse de él y para ello le arrojó una flecha de oro, que causaba un amor inmediato a quien hiriese. Otro disparo hirió a la Ninfa Dafne con una flecha de plomo, que causaba el rechazo amoroso. Entonces, Dafne le pidió a la diosa Diana que, por favor, la transformase en laurel para que Apolo dejase de perseguirla. Y de este mito de la mitología griega se me ocurrió el nombre de una de las protagonistas de esta saga.

Irënos: moneda de oro de mayor valor en Irëdia.

Pies de altura: son las unidades de medida que solían utilizar los griegos en la antigüedad, diez pies equivalen aproximadamente a tres metros de altura.

Amazonas: son una raza de mujeres guerreras que tienen más fuerza que los humanos.

Hijos de la noche: se trata de vampiros y otros seres de la noche que temen a la luz.

Siete pies de altura: aproximadamente equivalen a unos dos metros de altura.

Arazoyi: criaturas similares a una larva de unos 6 pies de altura, aproximadamente (180-190 cm), pero con un duro caparazón que le recubre todo el cuerpo, 8 patas alargadas como las de una araña y un letal aguijón de avispa como cola. A toda esta desagradable apariencia, hay que sumarle sus afilados colmillos como cuchillas y sus abominables veinte diminutos ojos que tiene repartidos por lo que debería ser su cara.

Armadizos: seres mitad armadillo y erizo. Tienen la cara parecida a la de un erizo, pero el resto del cuerpo como un armadillo. La piel está recubierta por púas y mide alrededor 270 cm, la complexión de su cuerpo se puede asemejar a los ejemplares mayores de oso pardo.

Diablos espinosos: Similares al dragón de comodo, pero con el cuerpo recubierto de espinas como un erizo.

Thalassia: palabra derivada de "thalassa", que significa "mar" en griego.

Kalko: moneda de plata, de valor intermedio.

Kelmas: monedas de cobres de menor valor.

Kopis: espada larga, recta y de doble filo que usaban los antiguos griegos. Sin embargo, la más emblemática y conocida se llamaba xiphos, que era utilizada principalmente por la caballería y los hoplitas en la época clásica. Si bien hay que tener en cuenta que la espada de Dante es más ancha y grande que las que las mencionadas porque los demonios crean sus armas mucho más grandes e imponentes que si las comparamos con las humanas.

Nido del Dragón: se le dio este nombre porque se decía que antiguamente, Drakmor estaba gobernada por el dios dragón y el pasaje está repleto de pequeñas cuevas en las que dice la leyenda que vivían las crías de dragón.

Pyreón: Pyro (fuego) y Eón (eterno).

Petteia: es un antecesor del ajedrez, también contaba con un tablero y piezas de madera, pero con otras reglas. El objetivo del juego era

capturar todas las piezas del oponente. Las piezas se movían ortogonalmente cualquier distancia no obstruida. Una pieza se capturaba cuando se atrapaba entre dos piezas opuestas en cuadrados adyacentes en un rango. La pieza capturada se retiraba del tablero.

[1]

Un aura de color índigo generalmente se asocia con cualidades como la intuición, la percepción espiritual, la sabiduría y la sensibilidad. Las personas con auras índigo suelen ser vistas como altamente intuitivas, creativas y con una fuerte conexión con su mundo interior y espiritualidad. También se les atribuye una gran empatía y una tendencia a buscar la verdad y comprender más allá de lo evidente.

7[2] El nombre de ulula (lechuza) deriva del griego obolydsein, es decir, del llanto y del gemido. Y es que cuando el ave canta, lo recuerda justamente.

Por lo que estas extrañas aves emiten un sonido similar al de las lechuzas.

8[3] Los nemed son aquellas horribles criaturas que atacaron a los protagonistas en el bosque Susurrante. Son siniestros árboles capaces de moverse.

[4] El arconte es una figura que cumplía funciones similares a las de un alcalde en las ciudades-estado griegas.

9[5] Templo dedicado al dios Asclepio, en el que la gente era atendida por personal médico

10[6] En la antigua Grecia se referían por ese nombre a la ciudad. En este caso se refieren a la ciudad de Brisa.

11[7] Hombres mitad toro y mitad humanos (mitología griega). Con el

cuerpo humanizado y cara de toro.

12[8] Reptiles humanoides se les denomina sávra.

13[9] Hombres mitad erizo y mitad humano, se les conoce como koîros.

[10] Un chal usado sobre un quitón (túnica) o peplo (prenda usada por mujeres sobre un quitón o en lugar de uno) por hombres y mujeres.

14[11] Cuenta el mito de Apolo y Dafne que Apolo se burló de Eros. Eros, molesto por la arrogancia de Apolo, ideó vengarse de él y para ello le arrojó una flecha de oro, que causaba un amor inmediato a quien hiriese. Otro disparo hirió a la Ninfa Dafne con una flecha de plomo, que causaba el rechazo amoroso. Entonces, Dafne le pidió a la diosa Diana que, por favor, la transformase en laurel para que Apolo dejase de perseguirla. Y de este mito de la mitología griega se me ocurrió el nombre de una de las protagonistas de esta saga.

15[12] Moneda de oro de mayor valor en Irëdia.

16[13] Los pies son las unidades de medida que solían utilizar los griegos en la antigüedad, diez pies equivalen aproximadamente a tres metros de altura.

[14] Las amazonas son una raza de mujeres guerreras que tienen mucha fuerza.

17[15] Se refiere a vampiros y otros seres de la noche que temen a la luz.

18[16] Aproximadamente unos dos metros de altura.

19[17] Criaturas similares a una larva de unos 6 pies de altura, aproximadamente (180-190 cm), pero con un duro caparazón que le recubre todo el cuerpo, 8 patas alargadas como las de una araña y un letal aguijón de avispa como cola. A toda esta desagradable apariencia, hay que sumarle sus afilados colmillos como cuchillas y sus abominables veinte diminutos ojos que tiene repartidos por lo que debería ser su cara.

20[18] Seres mitad armadillo y erizo. Tienen la cara parecida a la de un erizo, pero el resto del cuerpo como un armadillo.

La piel está recubierta por púas y mide alrededor 270 cm, la complexión de su cuerpo se puede asemejar a los ejemplares mayores de oso pardo.

[17] Similares al dragón de comodo, pero con el cuerpo recubierto de espinas como un erizo.

[19] Derivado de "thalassa", que significa "mar" en griego.

[20] Moneda de plata, de valor intermedio.

[21] Monedas de cobres de menor valor.

[22] Ojo los libros en aquella época no son como los conocemos hoy en día. Normalmente se trataban de rollos de papiro o pergamino. Las obras extensas como La Íliada y la Odisea se dividían en varios rollos y a cada uno de ellos se les denominaba libro. Algunos libros también podían estar escritos en tablillas.

[23] Serpientes gigantes que de día permanecían dormidas en el interior de las arenas del desierto, pero de noche salían a cazar a sus presas. Tienían la piel recubierta de extrañas púas anaranjadas y la boca con dientes puntiagudos y afilados, dispuestos en varias hileras sucesivas. En su cola contaban con un mortal aguijón venenoso que era letal.

21[24] Se le dio este nombre porque se decía que antiguamente, Drakmor estaba gobernada por el dios dragón y el pasaje está repleto de pequeñas cuevas en las que dice la leyenda que vivían las crías de dragón.

[25] Seres humanoides, pero con características de lagarto: presentan una lengua alargada y fina, escamas en su piel, cola y otros rasgos comunes de los reptiles.

[26] Los antiguos griegos tenían sus propios juegos de mesa estratégicos, como el "Petteia". Es un antecesor del ajedrez, también contaba con un tablero y piezas de madera, pero con otras reglas. El objetivo del juego era capturar todas las piezas del oponente. Las piezas se movían ortogonalmente cualquier distancia no obstruida. Una pieza se capturaba cuando se atrapaba entre dos piezas opuestas en cuadrados adyacentes en un rango. La pieza capturada se retiraba del tablero.

[27] Pyro (fuego) y Eón (eterno).

[28] Este capítulo, titulado "Metamorfosis", está inspirado en el mito de Dafne, la ninfa que se convirtió en laurel porque Apolo la perseguía. Ella, deseando permanecer casta, rogó a los dioses que la transformaran en laurel. Este es uno de mis mitos favoritos. En esta ocasión, es Therion quien se transforma en lobo; aunque realmente no hay relación entre ambas historias, elegí titular este capítulo así en honor a este mito. Por esta razón, uno de los personajes principales se llama Dafne.

[29] Espada larga, recta y de doble filo que usaban los antiguos griegos. Sin embargo, la más emblemática y conocida se llamaba xiphos, que era utilizada principalmente por la caballería y los hoplitas en la época clásica. Si bien hay que tener en cuenta que la espada de Dante es más ancha y grande que las que las mencionadas porque los demonios crean sus armas mucho más grandes e imponentes que si las comparamos con las humanas.